Tatuaje



Fátima Corral

Tatuaje



Fénix Furiosa

Fátima Corral

Primera edición: marzo 2026
Depósito legal: B 1655-2026
ISBN: 979-13-991039-4-6

© Del texto: Fátima Corral
© Maquetación: Fátima Corral
© Diseño ilustración de la portada: @kridastudio (Fiverr)

Sello: Fénix Literario.

Impreso en Polonia — Printed in Poland

Todos los derechos reservados. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneado o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso por escrito del autor, ni su incorporación a ningún sistema informático, bajo la sanción establecida por la legislación.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personales reales, empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

Para aquellas personas que son refugio para otras.
Para ti, que solo te permites ser tú mismo, sin filtros ni caretas, con tu persona refugio, donde tu esencia es libre sin miedo a ser juzgada.



Capítulo 1

Estaba segura de que iba en línea recta, adoquín tras adoquín, con los tacones en la mano y sintiendo que el suelo estaba demasiado frío para estar a las puertas del verano. Mis ojos seguían con dificultad cada paso, y eso era lo que me llevaba a dudar de si, ciertamente, la línea era recta, posiblemente desde fuera se viera otra realidad.

—¡El suelo es lava! —gritó Ainhoa—. No se puede pisar lo gris.

—Pues estamos apañadas porque todo es gris, y vale que vamos como melocotones en almíbar, pero de ahí a volar… —se quejó Yoana.

—¿Has conseguido decir todo eso sin trabarte? —pregunté sorprendida sin saber si se me había entendido aquel balbuceo.

—Nos hemos pasado bebiendo —dijo Marta.

—+1—añadí. Sí, nos habíamos pasado.

—De pasarnos nada, ¿cuántas bodas de nuestra mejor amiga vamos a vivir? —pronunció Claudia con claridad.

—Pues siendo ella la protagonista, dos o tres más… —contesté.

—Que el suelo es lava, nenas, que nos quemamos…

—¡Estoy que ardo! —gritó Yoana con ironía.

De repente, perdí la visión de mis pies y vi una larga calle alumbrada por farolas. El frío del suelo se trasladó a mi culo y sentí un pinchazo. Las risas de mis amigas rompieron en eco por toda la calle.

—Shhh, que vamos a despertar a los vecinos… —volví a balbucear.

—Me he meado… Tías…, que me he meado…

Las risas volvieron a romper en aquel callejón. Me levanté de la forma más indigna que cabía en ese momento. Yoana me agarró por el brazo intentando sujetarme o sujetarse, a saber. Había poco de racional en esa escena.

Sin saber muy bien cómo, nos medio recompusimos y anduvimos unos minutos más en silencio, roto ocasionalmente por risitas escondidas, como las que te dan en el instituto en el momento menos indicado y con la cara de perro del profesor mirándote fijamente.

Claudia movió las llaves entre sus dedos dos calles antes de llegar a la puerta de su casa. El grupo entero nos paramos, necesitaba quitarse los zapatos, no sé ni cómo aguantaba todavía con aquellos andamios atados con una finísima tira de tela. Y ahí estaba ella intentando sacar la hebilla cuando comenzó a retroceder con pequeños saltitos.

Por un momento, dejó de oírse cualquier ruido existente. Las

carcajadas no tardaron en llegar. Tuve que tirarme al suelo.

—¡Ha desaparecido! —gritó Marta entre risas tomando aire como podía.

Me eché la mano a la tripa y me limpié las lágrimas. No había manera de parar de reír.

—No te creo, tía, no te creo. Y no lo he grabado… —se lamentó Ainhoa.

—¿Pero estás bien? —pregunté como pude.

No hubo respuesta. En lugar de preocuparnos seguimos riendo.

—¡Hostia! El vestido estará para tirar.

—Pero, zorras, ¿y si me ayudáis?

La voz de Claudia salió de entre las ramas del seto que se la había comido y volvimos a romper en carcajadas.

Yoana y yo nos arrastramos por el suelo y metimos las manos en el ramaje. Conseguí tocar un pie, la agarré del tobillo y tiré. Yoana hizo lo mismo. Al poco, el cuerpo de Claudia se dejaba mover por el suelo.

—Ahora en serio —comenté—, mañana va a parecer que te ha atacado una gaviota. Quizá deberíamos ducharla… —propuse al resto.

—Que se duche en sueños, que yo necesito cama.

Ainhoa le quitó las llaves de la mano, se acercó a la puerta, apoyó una mano en la madera y tanteó el ojal de la cerradura en varias ocasiones hasta que consiguió abrir. Entramos tras ella. Nos quitamos los vestidos en la misma entrada y yo no esperé a llegar a la cama para tumbarme; me dejé caer sobre el sofá.

***

—¡Aaaaaaaaaaahhhhh! —Me despertó un grito desgarrador.

Me desperecé como pude para ubicarme, el sol entraba fulminante por la ventana. Se oyeron pisadas de alguien corriendo. Claudia entró escandalizada moviendo de arriba abajo sus manos por su cuerpo. Me puse de pie frente a ella. Estaba hecha unos zorros.

—¡Aaaaaaaaaaahhhh! —grité al comprobar que todo su cuerpo

estaba repleto de arañazos.

—¡Aaaaaaaaaahhhh! —me copió.

—¿Qué pasa? —preguntó Yoana frotándose la cara con la mano. Miró a Claudia y gritó.

—¡Aaaaaaaaaahhhh! —volvió a chillar Claudia, esta vez mirándome las tetas.

—¡Aaaaaaaaaahhhh! —imitó Yoana señalándome con el dedo aterrada.

—¡Aaaaaaaaaahhhh! —me desgarré aterrada sin saber por qué.

Me comencé a sacudir pensando que tenía un bicho o algo y giré sobre mí misma para que se espantara. Pero allí no había nada. Bajé la vista en busca de eso que tanto les había asustado.

Y chillé mientras corría hacia el baño, me eché agua y jabón y froté con fuerza. Aquello no salía. Fui a la cocina y cogí el estropajo.

—¡No!, tía no hagas eso, se supone que debería estar tapado, se te puede infectar y será peor.

—¡Aaaaaaaaaahhhh! —grité dándome manotazos.

—¡Joder!, ¿y eso? —preguntó Ainhoa seguida de Marta que se restregaba los ojos.

—¿Qué pone? ¡¿Qué pone?! —exigí.

—Para las manos —me ordenó Yoana—:

«Mi recuerdo para siempre cerca de tu corazón. G».

Fabricamos sin quererlo un silencio raro, como si esperáramos que alguien nos explicara por qué yo llevaba un tatuaje bajo mi teta izquierda.

—¡¿Qué?! —exclamé.

—¿Quién es G? —preguntó Claudia.

—¿Te hiciste un tatuaje, tía? ¿Sabes que eso no se quita?

—Pero ¿cómo me voy a hacer un tatuaje?, si a mí no me gustan… Pero ¿cuándo me hice yo esto? —Buscaba en mi mente el momento en que mi nivel de consciencia había huido de mi ser.

—¿Quién es G?

—La culpa es de Nuria, ¿cómo se le ocurre contratar un estudio de tatuaje en una boda? Que te pasas un poco de copas y la lías para toda la vida —comentó Ainhoa.

—Se puede quitar con láser, ¿no? —pregunté.

—Que te lo pague Nuria.

—¿Quién es G?

—Y yo qué sé quién es G, Claudia. Me importa una mierda, solo quiero quitarme esto. Madre mía, si es que encima se nota mucho, si me pongo el bikini se va a ver…

—Ufff, sí…

—A lo mejor G no es nadie, Gaby. Quizá te viniste arriba y te lo autodedicaste —planteó Marta.

—¿Y para qué voy a tener yo un momento tal de egocentrismo como para manchar mi piel y firmarme con una ridícula G? —Estaba cabreada, muy cabreada.

—Opino como tú —apoyó Ainhoa—, G es alguien, otra persona.

—Bueno, pues a lo mejor G nos puede explicar por qué tienes un tatuaje que, al parecer, te dedica él. La tipografía elegida es bonita, por lo menos queda elegante, podría ser un bodrio con faltas de ortografía… —añadió Claudia.

—Venga, ¿en serio? ¿Eso es lo que te preocupa? Tengo un puto tatuaje en la teta. Odio los tatuajes. ¡Acabo de marcarme como una vaca para toda la vida! ¡Qué horror! ¿En qué momento me perdisteis de vista como para que me diera tiempo a hacer esto? Ay, me va a

dar algo. —Me dejé escurrir hasta el suelo.

—Quizá Nuria puede saber algo…

—Perdona, pero yo estoy más marcada que tú, que con cuatro letritas negras os habéis sobresaltado…, ahora…, ¿me explicas esto? Me escuece todo el cuerpo y, como no se cure bien, se van a quedar cicatrices como si hubieran practicado conmigo el lanzamiento de cuchillo del circo…

—Desapareciste en el seto, como Homer Simpson. Así… —Yoana se dejó caer para atrás imitando el momento.

Todas volvimos a romper en carcajadas al recordar la escena.

Tras varios minutos, terminamos con un suspiro. Me quedé pensativa, no tenía idea de en qué momento de la boda había perdido el conocimiento hasta el punto de tatuarme y no acordarme. ¿Cabría la posibilidad de que me lo hubiera tatuado poniendo la inicial de mi nombre? No, imposible, eso era lo único de lo que estaba segura. ¿Y si me habían drogado?

—¿Y si me han drogado? No entiendo por qué no me acuerdo. ¿Me perdisteis de vista ayer durante tanto tiempo? Es que tuve que conocer a alguien, decidir si sí o si no, y tatuarme, que vale que no es muy laborioso, pero su tiempo se lleva…

—Yo no recuerdo haberte abandonado, la verdad… —comentó Claudia—. ¿Y si llamamos a Nuria y le preguntamos? Habrás tenido que firmar algún contrato o algo, ¿no? La verdad es que no sé muy bien cómo va lo de los tatuajes…

—¡Hola, perras! —saludó efusivamente Nuria.

—Tenemos un problema. Bueno, antes de nada, ¿qué tal tu noche de bodas? —preguntó Marta.

—De lujo —contestó con una sonrisa Fernando acercándose a su ya mujer—, primero vomitamos, después nos cepillamos los dientes y terminamos dormidos a plomo en la cama.

—¿Y el folleteo?

—Eso ha sido esta mañana, para hacer hambre —respondió Nuria coqueteando tras darle un beso a Fer—. Bueno, a ver, ¿qué pasa?

Me acerqué a la pantalla y me señalé con el dedo. Abrió los ojos

horrorizada y me señaló.

—Sí, yo estoy igual de sorprendida…

—¡Hostia! ¿Tú? Pero si odias los tatuajes. —Le di la razón con un gesto de manos—. ¿Quién es G? ¿Eres tú? —Negué sorprendida, ¿por qué se planteaban esa opción?

—Por eso te llamamos. Lo primero —enumeró Ainhoa—, ¿para hacerse un tatuaje hace falta firmar algo? —Nuria asintió y Ainhoa me miró entrecerrando los ojos—. Lo segundo, Gabriela no recuerda habérselo hecho ni haber conocido a nadie que se llame G o inicie por G.

—Que ya podía haber sido otra letra, porque anda que la misma que mi inicial… —admití.

—A lo mejor es G de Guadalajara, muy patriota tú, decidiste… —tanteó Yoana—, no… es una chorrada… ¿Quién en la boda tenía un nombre o un apellido que comience por G?

—Oye, se me ocurre —le cortó Claudia— ¿y si te doy con una aguja así por encima?, lo mismo tienes un recuerdo de esos regresivos y descubrimos qué pasó…

Negué con la cabeza, el simple hecho de ponerme ahí una aguja me daba pavor.

—A ver…, había varios tíos… Está García, un compañero de la uni; Gonzalo, George, se llama Jorge, pero su mote es el nombre en inglés… Gerardo… No sé, también puede ser alguno que se apellida González, mis primos se apellidan así. Había un Gabriel al que llaman Gaby como a ti. ¿Te suena haberlo conocido? Es muy feo el pobre, pero…

Me tapé la cara con la mano, qué desastre todo, qué desastre…

—¿Y por qué tiene que ser un tío? —preguntó Yoana.

—Pues básicamente porque yo no soy lesbi y no me atraen nada las tías —solté algo molesta sin saber muy bien por qué.

—También odias los tatuajes y ahí tienes uno para toda la vida, monina, por lo que no descartes tan pronto…

—Hablando de eso, ¿le pagas tú el láser, Nuri? —inquirió Ainhoa.

—¿Y yo por qué voy a tener que pagar nada? Que no se lo hubiera hecho, que tiene que firmar una autorización —contestó cabreada.

—Bueno, la idea de poner un estudio de tatuajes en la boda fuiste

tú, algo de responsabilidad deberás tener. Eso y que eres la rica del grupo, nuestros sueldos de dependientas y administrativas no dan para eso.

Bajé la cabeza mientras ellas gritaban y se exigían responsabilidades, además de repartir culpas, cuando la única víctima y verdugo de todo era yo misma. Salí del salón y fui a la habitación donde habíamos dejado la ropa el día anterior. Me puse unos pantalones y una camiseta de manga corta. Me volví a mirar al espejo, repasé con la yema de mis dedos el relieve de las letras negras. Suspiré. Busqué desmaquillante en el baño y me lavé la cara, me eché crema y me recogí el pelo en una coleta. Con cada uno de mis movimientos, repasé todos mis pasos desde que tomé la primera copa; sí había algún blanco en mi memoria, era obvio que no me podía acordar de todo, ni siquiera de haberme clavado varias veces una aguja de tatuar. ¿Quién era G?

No sabía qué decisión tomar, llamar a mis padres y contarles lo sucedido admitiendo mi propia desprotección durante un tiempo indefinido; ahorrar para quitármelo con láser lo más rápido posible; volverme loca intentando descubrir en la lista de invitados de Nuria qué nombre o apellido comenzaba por G y llamar a todos hasta que uno aportara algo de luz, o dejarme caer en la cama y dormir hasta despertarme de esa pesadilla.

—Nena, Nuri nos ha pasado la lista de invitados y la distribución de las mesas, lo mejor sería ponernos a buscar —comentó Ainhoa desde la puerta.

—Vale, pero no serviría de mucho, esto ya está grabado y aunque encontremos al tal G, ya no se quitará, no es una pegatina. —Me dejé caer en la cama. Mi amiga se tumbó conmigo—. Debería llamar a mi madre, no quiero esperar a que lo vean.

—Buah, va a flipar, por fin la pava de su hija se atreve a cometer una locura. —Rio escandalosamente tras darme un manotazo.

Me limité a asentir. Efectivamente, iba a flipar para bien. Tomé de la mano a Ainhoa y me dirigí al salón junto al resto. Busqué mi móvil y llamé a mi madre. Ella era divertida, animada, tenía una energía inagotable y era la favorita de mis amigas, si por ellas fuera,

formaría parte del grupo como una más.

—Hola, mamá.

—Ey, chicas, ¿qué tal la boda de Nuri? Estáis hechas unos zorros, eso es porque lo disteis todo y lo disfrutasteis al máximo. Cuando os repongáis, mandadme vídeos. ¿Perreasteis hasta el suelo?

—Y hasta los arbustos… —Claudia mostró sus heridas de guerra.

—Uy, eso pinta feo, límpiate bien con agua y jabón y después te pones algún antiséptico, pásate por alguna farmacia y que te den alguna pomada mejor, que cicatrice bien…

—Tenemos otra noticia… —murmuró Yoana.

Mi madre se quedó expectante y me miró sonriendo, supongo que pensando que habría ligado, pero no, claro que no. Yoana me dio un codazo y me susurró un «venga, venga» que no me daba alternativa. Me levanté la camiseta. La cara de mi madre pasó por varios estados antes de pronunciar palabra. Primero entrecerró los ojos, después los abrió sorprendida y finalmente brillaron orgullosos.

—¿Qué pone?

—«Mi recuerdo para siempre cerca de tu corazón. G» —leyó Yoana.

Mi madre rompió a reír a la vez que palmeaba.

—Has tenido que vivir un flechazo de novela para atreverte a tanto en unas horas, enamorarte y tatuarte. ¿O te lo has autodedicado?

—Ni una cosa ni otra, mamá. No me he enamorado de nadie, aunque te pese, y no recuerdo haberme tatuado esto. Y desconozco quién es G —comenté abatida.

—Me parece maravilloso, además, la tipografía de la letra es bonita y elegante. Y el sitio escogido es… sugerente.

—¿Verdad? —intervino Claudia—. Lo malo es que ya sabes cómo es tu hija con el tema de marcar su piel… y se lo quiere quitar con láser.

—Pero eso no es tan fácil, cuesta mucho dinero, se tiene que hacer en varias sesiones y no te garantizas que no quede cicatriz, al final se puede quedar ahí una marca que… es mucho más bonito un tatuaje. ¿Que no te acuerdas? Te inventas la historia, esa frase da para muchas invenciones.

Su sonrisa era tan amplia que hasta me asustaba. Llamó a mi

padre que no tardó en asomarse a la pantalla y reír a carcajadas.

—Bienvenida al vicio, hija —dijo levantándose la camiseta y mostrando el tatuaje que tenía en el pecho. Un lobo aullando en un bosque de pinos.

Siempre me habían gustado los tatuajes de mi padre, pero solo los suyos, los demás no. Mi padre era un tipo guapo, muy guapo. Volvía locas a mis amigas. Era Guardia Civil y mantenía el físico con mucho trabajo de gimnasio y dieta. Mi madre no se quedaba corta, era guapa, guapísima, aunque para todos los hijos, sus padres son los más guapos, ¿no? Hace años que me independicé, pero siempre quedarán en mi memoria sus horas de espejo con la plancha del pelo en la mano para realizar esas ondas tan bonitas, que yo nunca he conseguido imitar, de hecho, las he cogido manía, no tengo la soltura de su muñeca para poder girar bien la plancha.

Allí, los dos frente a la cámara, sonriendo ilusionados, eran la pareja perfecta y el modelo a seguir. Guapos, cariñosos, respetuosos y dialogantes. ¿Quién no quiere eso en su vida? Todos. Y ahí ahondaba mi problema en las relaciones con los chicos, que yo aspiraba a tener el mismo modelo que había vivido con mis padres, y eso era, evidentemente, imposible.

—Oye, se me ocurre —inició mi madre—, ¿y si os venís a merendar a casa? Hacemos una barbacoa. ¿Te parece, amor? —preguntó mirando a mi padre.

—Claro, veníos, nosotros vamos ahora a comprar la carne y la verdura y echamos la tarde o la noche en casa. Así nos contáis todo lo que recordéis de la boda.

Guiñó un ojo y salió de la pantalla.

—Allí estaremos —confirmó Claudia—, en cuanto me haya curado un poco… —Rio con resignación.

Nos despedimos y colgamos la llamada. Mis amigas comenzaron a revolotear por la casa preparándose para la siguiente cita del fin de semana.



Capítulo 2

Mis padres tenían la costumbre de invitar a casa a mis amigos y a los de mi hermana desde que tenemos uso de razón. Alegaban que era la forma de conocer con quién andábamos, y que preferían que estuvieran en casa de pijamada, o de lo que fuera, antes de que estuviéramos en la calle haciendo vete tú a saber qué. A mí, personalmente, ese plano no me disgustaba, porque mantenían la distancia y la discreción, podíamos hacer casi lo que quisiéramos y hablar de nuestras cosas sin que ellos pusieran la oreja; además, era un sitio seguro y caliente en el que estar. Mi hermana no opinaba como yo, se sentía controlada y aseguraba perder intimidad, por lo que hacía lo posible por ir a casa de otras amigas en lugar de traerlas a la nuestra. Con el tiempo tuve que darle la razón, porque ligar con chicos no era factible si la única opción era presentarlo a mis padres antes que a mis amigas.

Ahora, pasados los años y a punto de los treinta, volvía a agradecer ese refugio que nos brindaban, de hecho, Yoana se confesaba con mi madre y le pedía consejo. Luego mi madre se lo chivaba a la suya si así lo consideraba. A día de hoy, mantiene la tradición, y es feliz porque está al día del chisme.

No hizo falta llamar, la puerta se abrió y mi madre saludó una a una con un abrazo. A mí me miró de lejos, agarrándome de los brazos y con una sonrisa demasiado amplia.

—No me digas ni mu —inquirí.

—Venga, Gabriela, si es una decisión fantástica, un poco de aventura.

—Que yo no lo decidí, y la aventura va a ser quitarlo sin dejarme un riñón y sin que quede marca.

—Y adivinar quién es G —gritó Claudia desde el salón.

—Pues si te lo quieres quitar, tu padre y yo no te vamos a dejar dinero, creemos que algo así te viene bien para que vivas un poco, que estás muy encorsetada.

—Mamá, ¿lo dices en serio? Que esto es de por vida, una mancha en mi piel…

—Bueno, cicatrices de guerra, como las que se le van a quedar a Claudia si no las cura bien.

Resoplé, puse los ojos en blanco y crucé el umbral de la puerta

con mucha rabia dentro. ¿De verdad no me iban a ayudar porque les parecía bien, lógico y normal que tuviera un tatuaje que no había elegido?

—Hola, infanta —susurró mi padre abrazándome meloso. Para mi padre la jerarquía era importante, mi madre era la reina, él el rey, mi hermana la princesa y yo la infanta. De ahí que yo siempre quisiera cumplir con lo establecido y no decepcionar a la realeza, mi hermana era la que se encargaba de saltarse las normas—. Déjame verlo.

Me levanté la camiseta con desgana. Se agachó a la altura y entrecerró los ojos.

—Te juro que no me acuerdo cómo me lo hice, papá. ¿Es posible beber tanto y tener tal laguna que ni te acuerdas de que te están clavando una aguja?

—Sí, es posible. Además, ahí duele menos y el alcohol atenúa el dolor. Un sitio estratégico, por cierto. Ven, vamos a lavarlo y a curarlo, se te puede infectar, si no tienes cuidado en las primeras horas, las consecuencias pueden ser peores.

—Genial…

Me pidió que me lo lavara con agua y jabón y, después de secarlo, me ofreció una crema antibiótica. Trajo un poco de film transparente y lo colocó sobre las letras negras.

—Me encanta la idea de Nuria de contratar un estudio de tatuajes en la boda. Menos mal que no estuve invitado, porque no habría descartado hacerme algo pequeño que conmemorara el día. Impresionantes las propuestas que tienen ahora las organizadoras de bodas. Sublime.

—Ay, papá, cualquier excusa te vale.

—Nunca entenderé ese rechazo tuyo a los tatuajes, cuando tanto tu madre como tu hermana, como yo, tenemos varios.

—Pues a lo mejor por eso —pronuncié más borde de lo que debería haber sonado.

—Eso ha estado feo, Gabriela.

—Sí —admití—, perdón. Estoy descentrada y muy rayada con esto —me señalé el tatuaje—, con el o la tal G y con no acordarme de

nada. Si hasta firmé un consentimiento y no tengo noción de ello.

Mi padre me abrazó con fuerza y dejó un beso en mi pelo.

—Tú estás bien y esto tiene solución, varias para ser exactos. Y por G…, descubriremos quién es.

—Perdonad que me meta en la conversación —interrumpió Claudia —, tenemos la lista de invitados, podemos comenzar una vez tengamos el estómago lleno.

—¿Ves? Ya podemos empezar por ahí, buscaremos en redes sociales los perfiles que se puedan ajustar, y ahora que os gusta tanto fardar en redes de todo lo que hacéis, lo mismo encontramos pistas que nos lleven a entender qué sucedió anoche. —Me miró firme y seguro—. Vamos, a preparar el carbón.

Cuando salí al patio, mis amigas ponían la mesa y ayudaban a mi madre con los refrescos. Me senté en el columpio con forma de huevo y, aunque el momento me pedía rayarme en mi soledad hasta culpabilizarme de todo, lo cierto era que estaba en casa de mis padres con mis amigas, el ambiente era jovial y festivo y pedía dejar a un lado unas preocupaciones que podían esperar.

Me levanté para ayudar a mi padre con la carne. Me sonrió a modo de agradecimiento. Era un poco pronto para montar una barbacoa, el sol apretaba todavía bien alto. Lo que significaba que mis queridos progenitores no tenían prisa alguna y habían preparado un plan que se alargaría pasado el anochecer. Al día siguiente había que trabajar, de ahí la excusa de la merienda; ahora bien, no descartaba que mis amigas fueran invitadas a pasar la noche en casa, en el mismo césped si así surgía.

—Bien, es hora de sacar los móviles y comenzar la búsqueda —comentó Marta.

Puso en el centro de la mesa su inseparable *tablet* y toqueteó con los dedos hasta dejar un documento con una distribución de mesas redondas y nombres sobre las supuestas sillas.

—Recuérdame que no me case nunca —dijo Yoana—, solo de pensar en organizar esto, me dan los mil males.

—Esto lo hacen las organizadoras de bodas, tú solo pagas y te

olvidas.

—Solo…

—Entonces, estamos buscando chicos que tengan un nombre que empiece por G… —expuso mi padre.

—O apellido… —puntualizó mi madre—, y chica…

—Chica no creo —afirmé. Tomé la *tablet* y, como si estuviera buscando a Wally, comencé por la mesa de la esquina izquierda hasta la de la derecha—. Madre mía, ¿cuánta gente hay aquí? Yo hago la fila de arriba y otra que haga la de abajo, después otros repasáis, por si se nos escapa alguien —propuse.

Tras varios minutos, algún que otro bocadillo de panceta y varios platos de pollo con verduras braseadas, teníamos una lista de cinco nombres y otra de veinte apellidos, ni más ni menos.

—Y ahora ponte a buscar, tía. Era obvio que iban a salir muchísimos —se quejó Claudia.

—Para mí no era tan obvio, no sé quién es G —refunfuñé.

—Hija, ya solo con que busques García y González, te salen unos cuantos —intervino mi padre. Asentí resignada—. Venga, saco el portátil y les ponemos cara, quiero entender que nos moveremos en una horquilla concreta de edad, ¿o cabe la opción de un sesentón?

—Pues como no se acuerda, no lo descartemos —soltó riendo Ainhoa, que recibió un proyectil de pan por burlarse de mí.

Mi padre tecleó sus nombres, buscó en los amigos del perfil de Fer, pero esa gente estaba resabiada y las cuentas eran privadas.

—Da igual, los voy a seguir, lo mismo aceptan la solicitud y podemos trabajar a partir de ahí —dije pulsando la pantalla.

—Hay otra opción… —planteó mi madre. Todos nos quedamos mirándola esperando a que acabara con ese tenso silencio que se había marcado—. Podéis hablar con la empresa de tatuajes, supongo que tendrán protección de datos, pero si vas tú, no creo que se nieguen a contarte en qué momento fue el tatuaje y con quién ibas, si es que se acuerdan. Vale que eran muchos invitados, pero este tatuaje es… distinto…

—Dame el nombre de la empresa. Hoy es domingo y no van a atenderme, pero mañana, según den las 10, no suelto el teléfono

hasta que me den información —exigí.

—Aguja y sombra Tattoos.

—Qué nombre más bonito… —ironicé.

—Hasta que sepas algo, todo van a ser pegas —se quejó Marta.

Busqué con los ojos a mi madre, me miraba pidiéndome calma, respirar hondo y no pagar con mis amigas mis preocupaciones. Inconscientemente inspiré como había practicado con ella durante décadas, sobre todo en los malditos años de adolescencia donde los estudios no me dejaban dormir. Sacudí la cabeza. No era momento de volver al pasado. Debía centrarme en el presente, y ese estaba formado por mi familia y mis amigas, aunque faltaba mi hermana.

—¿Qué sabéis de Estela? No he hablado con ella desde antes de la boda.

—Tu padre la ha llamado esta mañana. Está en Texas, mañana vuelve. —Asentí. Esa información la tenía, no era nueva para mí—. Y casi sin descansar, coge otro vuelo. Dice que nos llamará con tiempo y nos contará más sobre el viaje que haremos todos.

—¿A Abu Dabi? —pregunté.

—Sí, se supone.

Mi hermana era azafata de vuelo de una de las compañías más importantes de Emiratos Árabes. Cada cierto tiempo, nos invitaba a un viaje en avión, con hotel incluido, gracias a un programa del que pueden disfrutar como trabajadoras. Ese año tocaba Abu Dabi. Y con la tontería, por decirlo de alguna forma, del tatuaje, se me había olvidado el pedazo viaje que me iba a dar nada más acabar el verano.

—Vale, lo bueno de ir allí es que tendré que ir tapada y este manchurrón no se verá.

—Cuando te pones dramática, no hay quién te gane, hija—resopló mi madre con desgana.

Esa noche no dormí bien, sentía que el tatuaje me molestaba, incluso llegué a notar la aguja pasar por mi piel en más de una ocasión, lo que me llevó a despertarme sobresaltada y terminar atracando la nevera, más por ansiedad que por hambre real.

Para poder llegar más o menos decente al trabajo, me enchufé dos cafés bien cargados y me maquillé un poco, un panda a mi lado

parecía más descansado que yo.

La realidad es que la cosa estaba tranquila, con tanta gente de vacaciones y la carga de trabajo en mínimos, nos permitía muchos momentos de distensión y relajación. Llevaba en esa empresa siete años, había comenzado realizando las prácticas del grado superior de administración de empresas. Nunca me apeteció demasiado estudiar y, tras acabar con muchísimo esfuerzo el bachillerato, decidí meterme en un grado para asegurarme, al menos, otra vía de escape, o como dijo mi tutora de 2º de Bachillerato, otra opción de vida, no todo es la EVAU y la universidad. Les debí de gustar y me terminaron contratando, comencé como una administrativa más, aprendiendo de las veteranas. Hacía ya un año que me habían ascendido y tenía bajo mi mando un grupo de trabajo de cinco personas. Lucas formaba parte de él, se había convertido casi en mi mejor amigo. Y digo casi porque ninguno de los dos se atrevía a dar el siguiente paso, nos manteníamos en una relación de confianza plena y de indirectas continuas. Los dos lo sabíamos y las permitíamos. Era un juego raro de te tiro una indirecta, la recibes, te haces el tonto o te la contesto, la recibes…, un partido de tenis donde ninguno llegaba a saltar la red. En verano se intensificaba, la poca ropa daba mucho juego y a Lucas le encantaba, y se

encantaba, ser un meloso, ser pícaro y mostrarse apetecible.

—¿Sabes que el otro día leí que quizá debemos asumir que tenemos una persona con la que nos lanzaremos indirectas toda la vida, sabiendo que nunca llegaremos a más?

—¿Lo leíste o lo viste en algún gurú de Tiktok?

—Lo segundo —admitió—. Creo que eso somos nosotros, tú para mí y yo para ti.

Me sentí un poquito perdedora, para qué negarlo. Es cierto que liarte con alguien del trabajo puede complicar un poco el día a día, sobre todo si es solo un encuentro, pero eso no me había hecho perder la esperanza de, algún día, probar sus labios, su cuerpo, su carne. Y ¿qué narices?, tener algo serio con él, era la baza de reserva, esa que si ves que nada funciona, te garantiza una alternativa. Entre él y yo había mucho terreno ganado porque nos conocíamos casi como mejores amigos, solo había que saltar la línea que no dejábamos de tensar con cada coqueteo, indirecta y tonteo. Vaya, que a lo mejor me estaba molestando más de lo que quería admitir que mi oportunidad se fuera por la borda.

—Entonces lo de estos años, ¿solo ha sido un juego? ¿No había ninguna intención? —pregunté.

—¿Por tu parte sí?

—No contestes con preguntas para evadir la verdad. Sé honesto y reconoce que has jugado conmigo, con mis ilusiones.

—¿Ilusiones? —Se mesó el pelo nervioso—. Yo no…, a ver…, sí, pero…

—Te va muy lenta la cabeza, no consigues encontrar las palabras exactas. Pues yo sí, mira, Lucas, no me gusta que jueguen conmigo. Nunca tuve la certeza de tener algo contigo, pero esto ha sido un rechazo en toda la cara sin siquiera buscarlo. Así, como un bofetón con la mano abierta y mojada, que pica más —admití.

—¿Te has enfadado?

—¿Vas a conseguir en algún momento hablar como una persona normal sin realizar preguntas banales?

—Tienes razón. No sé, Gab, me gusta el tonteo que tenemos y, si soy sincero, no me importaría liarme contigo, me das morbo, pero…

algo más…, nunca me había planteado…

—Nada más allá de un polvo —completé.

—Dicho así, suena muy mal.

—Dicho así, es lo que suena. ¿Por qué no tendrías nada más conmigo?

—Joder, Gab, ¿me estás pidiendo explicaciones cuando ni siquiera tenemos algo entre los dos? —Suspiré agotada de aguantar pregunta tras pregunta sin que Lucas realizara una afirmación con su sujeto y su predicado—. Vale…, pues no sé, eres tan tranquila, te gustan los planes sencillos, cine, cena y casa, parque, paseo y observar el paisaje, que no creo que cuadres conmigo, a mí me gusta salir, viajar, danzar de aquí para allá, conocer gente, irme a ciudades y entablar conversación con desconocidos… Creo que te sentirías incómoda.

—Vamos, que soy una sosa…

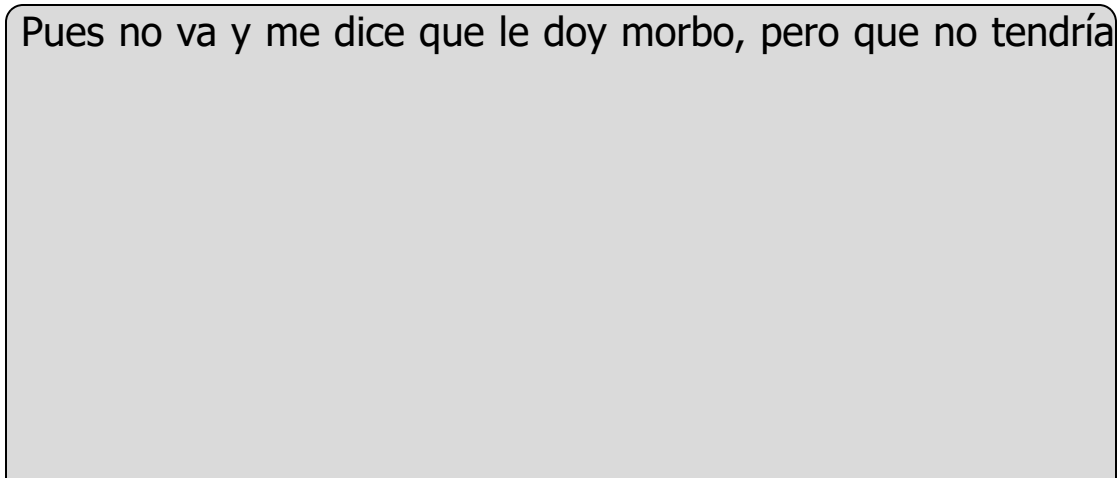
—No he dicho eso, es solo que somos diferentes.

—¿Te parece que esto es de ser una sosa? —Me levanté la camiseta ante su asombro y le enseñé la teta, sin mostrar pezón, obviamente—. ¿Eh?, ¿te parece de alguien que es soso?

—¿Quién es G?

—Uffff, mira, no te soporto hoy ya ni un minuto más. ¿Mimimí, mimimí? ¿Solo sabes preguntar?

Salí del despacho camino del *office*. Pasé la tarjeta por el lector y saqué una concha de chocolate. Desbloqueé el móvil y escribí en el grupo de amigas, que acababa de cambiar de nombre: Buscando a G.



nada conmigo porque soy una sosa...

Yoana:

Me he perdido.

Claudia:

¿Quién?

Yoana:

¿El de los tatuajes?

¡No! ¿Qué tatuajes?

¡Hostia!

En ese momento recordé que tenía que llamar por teléfono al estudio de tatuajes. Miré el reloj de la pantalla del móvil, ya eran las 10:30. Se me había ido el santo al cielo por estar discutiendo con Lucas. Marqué el número.

—Agujas y sombra, estudio de tatuajes, ¿dígame?

—Hola, sí, soy Gabriela. Verá, el sábado estuvieron en una boda, en la boda de Nuria y Fernando y… va a sonar muy raro, pero me desperté al día siguiente con un tatuaje y me gustaría saber quién estaba conmigo cuando me lo hice, porque pone «Mi recuerdo para siempre cerca de tu corazón. G», y yo es que no recuerdo tampoco ningún G…

—Espere, espere —me dijo una voz de hombre un poco desconcertada—. Efectivamente, el sábado estuvimos en esa boda, mi chica y yo. Recuerdo que hicimos un tatuaje doble, exactamente igual, con las palabras que me has dicho. Pero, ¿qué es lo que quiere saber exactamente?

—Quién es G.

—¿Cómo?

—Que no me acuerdo de nada, que yo nunca he querido un tatuaje y, de repente, un tal G me deja un recuerdo en mi teta. ¿Ha dicho que él tiene el mismo tatuaje que el mío? ¿Él o ella? —pregunté con prisa.

—Él. Sí, el mismo tatuaje, las mismas palabras y la misma

tipografía.

—¿Y me podría decir quién es él para poder buscarlo?

—No, no puedo, lo siento, es por la protección de datos.

—Ya, bueno, pero sáltesela un poco, solo un poco. ¿No le doy pena?

—Pues no, la verdad. No la conozco y no me da pena. Aquí tengo su papel firmado, Gabriela Salgado, y él del otro.

Solté el aire que había guardado en los pulmones esperando que en un descuido se le escapara.

—Suficiente desgracia es ya tener estas letras como para no saber quién es el dueño de ese recuerdo. Es doble dolor. Solo dígame si esa G va en el nombre o en el apellido, ¿por favor? —modulé la voz para sonar desesperada.

Le oí resoplar.

—Mire…, yo no le he dicho nada, búsquese una excusa para justificar esto, porque es una familia conocida en la ciudad y paso de que me caiga una denuncia. La G es del apellido, le sigue la «r». No es un apellido común. Del resto se encarga usted. Yo no he dicho nada, lo negaré siempre.

Me colgó sin dejarme decir nada más.

Marta:

¿Con quién has ligado tú? ¿Y no nos informas?

Ainhoa:

Desde que se ha tatuado, se ha desatado. Ahora es una chica mala.

Acabo de llamar al sitio de tatuajes. Solo he podido sacarle que la G es del apellido, que le sigue una r y que la otra persona, un tío, tiene el mismo tatuaje. No me quiere dar más información por la protección de datos.

Y lo otro es… Lucas, joder, lleva años tonteando conmigo y

hoy me suelta eso.

Yoana:

¿Lucas? ¿Tu compi de curro?

¿Desde cuándo te interesaba? ¿Cómo ha pasado, te has lanzado? ¿Tú?

Siempre fue una opción, una bala en la recámara.

Claudia:

Bala la que necesitas clavarte tú para que se te quite la tontería. Gr, nena, solo hay un apellido en la lista que empiece por Gr. Bueno, varios, pero que no es García.

¿Solo un apellido?

¿Y cuántos se llaman así?

Claudia:

Tres: Gonzalo, Aday y Carlos. Y el apellido es Grupeli.

Yoana:

En mi clase del insti había un Grupeli, pero se llamaba Luis. Puedes mirar en mi lista de amigos y después buscar en la suya. No creo que haya mucha gente en Guada con ese apellido. Ahora, eso sí, este tío era de familia con pasta. Un flipado en realidad.

Su madre era periodista en Madrid y se lo tenía muy creído. Su padre tenía una empresa de no me acuerdo qué.

Resoplé. La situación había mejorado y habíamos acotado los candidatos. Y lo cierto es que no sabía si quería saber más o plantarme y… que el tiempo decidiera si nos teníamos que volver a encontrar en algún momento.

Subí al despacho intentando mantener la mente en blanco, con la mirada perdida en el vacío y emborronando la visión de manera consciente, me ayudaba mucho a parar la máquina pensante

incansable que tenía por cerebro.

—Perdona, Gab, de verdad, perdón. No quería hacerte sentir mal, no pensé que… —oí mascullar a Lucas.

—Vale.

—No quiero que las cosas cambien entre nosotros por esta tontería.

—Ok.

—Nos conocemos desde hace años y tenemos confidencias entre nosotros que…

—Que vale —contesté con un tono un poco más elevado.

—Entonces, ¿me perdonas? —Sus ojos brillaban arrepentidos.

—Pues no lo sé, la verdad. Tengo que dejar que pasen uno o dos días y vea si puedo hacer como si no hubiera existido la conversación de antes. Ahora tengo otras cosas más importantes en las que pensar, por lo que, haz el favor, de no interrumpirme si ves que estoy concentrada mentalmente en otras cosas.

Sé que mi tono rozaba el desprecio y el rechazo, y así lo sentía. Era injusto y lo sé, pero era lo que me pedía el cuerpo y, si tanta confianza y confidencias compartíamos, tendría que entenderlo.



Capítulo 3

La operación tatuaje comenzaba. Tras dos cafés bien cargados y haber metido un chute de hiperactividad al cuerpo, la decisión estaba tomada: tenía que escribir a los tres candidatos. Comenzaría por uno al azar y esperaría unos días hasta contactar con el siguiente. ¿Por cuál empezar?

Entré en una web de inteligencia artificial y le pedí que me diera un orden de los nombres que escribí. El elegido número uno sería Gonzalo Grupeli.

Entré en Instagram, lo busqué y le mandé la solicitud de amistad junto a un mensaje:

> Hola, soy Gabriela. Coincidimos el sábado en la boda de Nuria y Fernando. No sé si te acuerdas de mí.

Añadí el emoticono de una cara sonriente con los carrillos sonrojados. Inspiré y solté el aire con un puntito de satisfacción. Ahora solo quedaba confiar en que lo viera en solicitudes y no me tomara por una loca.

Decidí esperar a que contestara primero él en lugar de escribir a los tres; poquito a poco, el verano acababa de empezar y tampoco era necesario crear planes sin control y quitarme tiempo de descanso. Además, con suerte, el primer seleccionado sería el individuo que buscaba y no tendría más recorrido.

Lo divertido vendría después, cuando una vez quedara con él, ¿qué le pretendía exigir, exactamente? Algo así como: «Hola, ¿te puedes levantar la camiseta, por favor?». Y, una vez confirmara la existencia de dicho tatuaje, o no, ¿cómo seguir?: «Ah, pues muy bien, encantada». Si me cae bien, ¿qué? Y si me cae mal, ¿qué? Y la otra posibilidad, ¿y si me cae genial y no tiene tatuaje? Sigo buscando.

Fui al baño y expuse todos estos pensamientos en un audio que

mandé al grupo, a ver si con suerte, alguna me daba luz.

Yoana:

Uf, qué pereza, te rayas demasiado.

Claudia:

Tíratelo, por favor.

Ainhoa:

Si no tiene tatuaje, «*next*».

Nuria:

Un poco osado llegar y pedirle que te enseñe una teta, ¿no?

No contesté. Enfrente tenía a Lucas mirándome de reojo cada poco. Sinceramente, me daba igual que se sintiese culpable, le estaba bien empleado.

Sacudí los hombros e intenté soltar toda la negatividad que me invadía; no era normal en mí.

Al rato se encendió la pantalla con una notificación de Instagram:

Por supuesto que me acuerdo, vestido granate, ¿verdad?

Vaya, sí que me recordaba. Había aceptado mi solicitud y me había comenzado a seguir, acepté yo la suya. Entré en su perfil a cotillear. No recordaba a ese chico, podía jurar frente a un juez del supremo que no lo había visto en la vida, pero si él recordaba hasta el color de mi vestido era porque en algún momento nos habíamos cruzado. Era moreno, tenía los ojos marrones y una cara de lo más común. Guapo, sí, pero no tenía nada especial que le hiciera destacar para recordarle. En la mayoría de las fotos aparecía con gente, todos bien vestidos con camisas y pantalones de pinzas.

Sí, esa misma.

Perdona si suena atrevido… No recuerdo mucho de esa noche y tengo la sensación de que nos quedamos con una conversación a medias.

Pedazo de trola acababa de soltar, ya podía concienciarme de ella para que no me pillara después en un renuncio. Decirle que estaba haciendo un *casting* para saber cuál de los tres que compartían

apellido era el que tenía mi tatuaje, estaba totalmente descartado. Cada cosa a su tiempo.

No quiero parecer osado, pero comparto contigo la misma sensación.

Permíteme a mí ser atrevido, ¿te apetece quedar?

Era listo, eso no se podía negar. Sabía cómo usar las palabras y, con tanto atrevimiento por un lado y por otro, había conseguido en poco tiempo lo que quería, quedar con el primer candidato. Ahora, sus intenciones eran diferentes a las mías, por lo que tendría que saber cómo capear la situación si no me gustaba el ambiente que se creara.

Vale.

Tenía pensado estar esta tarde en mi local, quería hacer unas cuentas y revisar unas cosillas. ¿Quedamos en la puerta y te invito a algo mientras charlamos?

¿Tenía un local?, ¿y qué local sería? Tenía que ser en Guadalajara, y lo mismo hasta había estado allí…

Me gusta el plan. Dime donde y cuando, y allí estaré.

Añadí un emoticono sonriente.

¿En el Shiny a las 19:00? ¿Conoces el lugar?

Sí, claro que lo conozco. Nos vemos a las ١٩:٠٠.

Perfecto. Nos vemos luego.

Me copió el emoticono. Me descubrí sonriendo. Tragué saliva al ver de soslayo que Lucas me miraba con mucho interés.

Claro que conocía el Shiny, en muchas ocasiones, pasábamos por allí a tomar mojitos antes de seguir la fiesta en nuestro local habitual.

Puse el móvil con la pantalla sobre la mesa, me recoloqué en la silla y fijé mi vista en el ordenador; con suerte, conseguiría concentrarme y trabajar al menos durante un rato. Porque si algo era cierto, era que todavía no había dado palo al agua en toda la

mañana.

Unas horas después, bajé al *office* y saqué mi táper de la nevera. Aproveché a informar a las chicas antes de que comenzaran a llegar compañeros.

—Gab…

Salté del susto y me llevé la mano al pecho.

—Vaya susto…

—Oye, no me gusta que estemos así… Te has bajado sin avisarme y ni me miras a la cara.

—Estaba trabajando, Lucas, entre unas cosas y otras, he empezado tarde y había que mandar los pedidos a la central en hora.

—Vale —comentó resignado—, no va a haber forma de hablar contigo de esto hoy. Perfecto.

Abrió la nevera, cogió su comida y se dispuso a salir de la habitación.

—¿Dónde vas? —pregunté.

—A comer fuera. Todavía refresca y total… para estar aquí mirando a la pared, prefiero estar fuera viendo coches pasar.

—Eres un dramas.

—Si tú lo dices…

Según lo perdí de vista, me sentí mal. ¿Y si me estaba pasando de dura con él? ¿Y si de repente lo creía así porque había quedado con Gonzalo y lo de Lucas ya no me parecía tan grave? Vibró mi móvil y miré la pantalla.

Claudia:

> ¿Vas a quedar con él sin conocerlo y te vas a meter en su local?

> ¿No sería mejor en un bar con más gente? No sabemos cómo es…

Yoana:

> Si dudáramos tanto de todo, dejaríamos de vivir, Claudia. Que nos vaya escribiendo cada cierto tiempo y listo.

Bloqueé sin contestar. ¿Y si dejaba de hacerme preguntas y

comenzaba a vivir? ¿Y si dejaba los «y si»? La noche de la boda no hubo dudas, ni preguntas ni problemas, y ahí tenía como muestra las letras negras de debajo de mi teta.

Calenté mi comida y salí en busca de Lucas. Estaba a la sombra de un pequeño árbol del *parking*.

—Con este aire, hasta va a refrescar —intenté romper el hielo.

—Todavía no han llegado los días de calor.

Me senté a su lado y copié sus movimientos con cada pinchada.

—Lo siento, estoy siendo demasiado dura por un pensamiento mío, tú no eres responsable.

—Sí lo soy, tengo la sensación de haber jugado contigo. Creo que tienes razón y que este tiempo me he confundido contigo y no sé cómo volver atrás.

—No hay que volver atrás, los dos hemos jugado a lo mismo. Quizá lo de hoy tenía que pasar para que lo dejemos en el pasado —admití—. Ya no tiene mucho sentido, nos hemos hecho espóiler.

—Siento haberte hecho creer que pensaba que eras una aburrida.

—Bueno…, un poco sí lo soy, no soy la loca con iniciativa. —Reí reconociendo la realidad.

—¿Cómo es que te has hecho un tatuaje? Nunca lo habría dicho, siempre has criticado a la gente que los lleva.

—No seas exagerado, yo no he criticado a nadie, es solo que no entiendo el motivo de marcar la piel para siempre. —Me llevé una pinchada a la boca—. No lo sé, no me acuerdo.

—No jodas… —Rio escandalosamente.

Le conté lo sucedido entre mis suspiros y sus carcajadas. Me regaló algún que otro comentario jocoso. Y, como por arte de magia, habíamos conseguido rebajar la tensión que habíamos vivido las primeras horas.



Capítulo 4

El resto del día pasó sin pena ni gloria y solo pensaba en qué ropa ponerme, como si esa fuera mi tarjeta de visita. Estaba claro que Gonzalo se fijaba en la forma de vestir, por lo que pensé en algo casual, pero arreglado.

En cuanto cerré la puerta de casa, dejé el bolso en el suelo junto a las zapatillas y volé hasta el armario, saqué los pantalones finos negros, me puse una camiseta corta blanca y la cazadora vaquera. Me miré en el espejo.

No, ese no era el conjunto; vaya decepción… Abrí el armario y me quedé mirando todo lo que colgaba de las perchas. ¿Y si con un vaquero ancho y un chaleco beige servía?

«¿Y si dejas de pensar en los "y sis" y te lanzas un poco más?», me dije mentalmente con un toque de burla.

Y, oye, que no quedaba tan mal, que estaba sencilla a la par que resultona. Me eché un «*flush*» de colonia. «Menos es más», recordé la frase que no dejaba de repetir Yoana. Cogí el bolso del suelo, me calcé las zapatillas blancas y salí con la barra de labios en la mano; terminaría de apañarme en el ascensor. Iba con tiempo de sobra, quería apostarme cerca y observar el lugar y su llegada, sus andares y su porte; quizá eso despertara algún recuerdo.

Dejé el coche a dos calles y, según llegué al lugar, comencé a compartir la ubicación con mi padre. Era ya una costumbre, yo me sentía segura y él nunca preguntaba cuando lo hacía, se mantenía en alerta por si tenía que salir en mi búsqueda. No sé en qué momento comencé a compartir mi posición con él, tampoco recuerdo si él me lo pidió, simplemente lo hacía.

Gonzalo llegó diez minutos antes de la hora acordada, realizó un barrido a su alrededor, no tardaría en dar conmigo en su campo de visión, por lo que me descubrí como si estuviera entrando en la calle en ese instante. Y, efectivamente, no tardó en sonreírme, no esperó a que estuviera a su altura, se encaminó hacia mí, lo que me pareció un detallazo.

—Gabriela… —saludó con un suave movimiento de cabeza.

—Gonzalo… —le copié pronunciando su nombre.

—¿Dos besos, las manos? —Lo miré extrañada—. Perdona,

prefiero preguntar antes de cometer un error.

—Ya nos conocemos, dos besos, ¿no?

Tomé la iniciativa. El golpe a perfume me pegó de lleno y tuve que controlar el gesto de mi cara. Por favor, ¿qué licor era ese? Por un momento, tuve la necesidad de abrazarlo y colar mi nariz en su cuello.

—Perdona, pero ¿vamos *matching*?

Reí. Sí, íbamos vestidos igual, vaquero claro, camiseta blanca y, en su caso, americana beige.

Su mirada era directa y su sonrisa guardaba un punto de picardía mezclado con cordialidad.

—¿Damos un paseo o tomamos algo? —pregunté.

—Lo que prefieras, podemos dar un paseo y después nos tomamos algo en el local, no es que no me apetezca estar contigo, pero necesito terminar unas cuestiones para mañana, así alargamos la tarde.

—Vamos, que no tengo exclusividad, me compartes con el trabajo.

Bajó la cabeza y rio con sutileza a la vez que movía el pie.

—Me excuso por ello. Te prometo que el próximo día, si te apetece volver a verme, tendrás exclusividad total. Prepararé un plan especial donde estemos solos, sin móviles y sin trabajo que nos pueda molestar.

—Si me lo vendes así de bien, estoy segura de que aceptaré quedar contigo otro día.

Me sorprendí con aquella afirmación que no había meditado, y con el tono meloso que tomó mi voz al contestar.

—¿Te apetece un helado? Invito yo, como primera penitencia —dijo llevando su mano al pecho, con sus ojos fijos en los míos.

Asentí sonriendo. Comenzó a andar con seguridad. Me coloqué a su lado en silencio y seguí sus pasos. Me sentí un poco incómoda, me faltaba conversación.

—Si te soy sincera, no recuerdo haber hablado contigo en la boda —admití rompiendo el hielo.

—¿De verdad? —Rio a carcajadas—. Yo sí lo recuerdo, qué pena que no fuera lo suficientemente impactante para ti.

—No, por favor, no pienses eso, es solo que debí de beber

demasiado y tengo lagunas… ¿Qué te conté?

—Estuviste graciosa, me contaste alguna anécdota de Nuria y el día que os quedasteis atrapadas en el centro de salud.

—Ay, qué vergüenza… No me creo que te hablara de eso.

—Sí, sí, pues lo hiciste, y que ya estabais buscando la forma de atracar la máquina dispensadora de comida si no os sacaban pronto. Hasta afirmaste haber visto el fantasma de una monja.

Rio a carcajadas a la vez que me miraba. Reí con él.

—Te juro que lo vi, Nuria dice que era la sombra de un árbol, pero porque no puede aceptar que había fantasmas, le habría dado algo, por lo que buscó la excusa de la pareidolia.

—El de seguridad tuvo que disfrutar observando las cámaras al día siguiente. —De repente me cogió de la mano y tiró de mí con algo de prisa—. Ven, esta heladería es nueva, se te hace la boca agua solo con imaginarte el sabor. Te recomiendo el de tarta de queso. ¿Cuál es tu favorito? No me digas menta con chocolate, por favor.

Me dejó pasmada la rapidez con la que había cortado la conversación, había comenzado otra y había tomado el control de la situación. De repente, me sentí segura a su lado y la incomodidad previa se había esfumado.

—Mi favorito es el de leche merengada con canela.

—Mmmm, con afrodisíaco… Interesante… —Abrió los ojos con picardía. Noté que me sonrojaba y que él se erguía con disimulo.

No supe realmente si en aquel momento habíamos creado conexión de alguna forma, pero sí estaba convencida de que le gustó tener ese punto de control y a mí me encantó dejarme llevar por él.

Anduvimos por el paseo, en silencio. De vez en cuando me miraba de reojo y sonreía. No soy tonta, sabía perfectamente lo que estaba tramando. Y, sinceramente, no me importaba entrar en el juego. Quizá lo del tatuaje se podía dejar apartado para más adelante y centrarme en que ese chico estaba interesado en mí. Situaciones que no se repiten muy a menudo, además, parecía ser cierto que habíamos hablado en la boda y que un poquito de curiosidad le había causado cuando se acordaba hasta de mi anécdota. Qué

menos que ser un poco receptiva, por cordialidad.

—¿No tenías trabajo? Si seguimos dando vueltas, se nos va a hacer tarde y, a menos que me quieras invitar a cenar, no me quedaré mucho.

—Tentadora oferta. Vamos a mi local, te había prometido una copa.

Aceleró el paso y dejó la mano colgando de manera estratégica, la tomé, ¿por qué no? Lo vi sonreír por el rabillo del ojo y me marqué un punto positivo por tal decisión.

Entramos al local por una puerta lateral. Encendió las luces acariciando una llave de la luz que había en la pared de la izquierda. Frente a nosotros se dibujaba un pasillo extremadamente largo apenas iluminado por dos bombillas de baja potencia. Entré y cerré la puerta tras de mí.

—Si no te importa, te acompaño a la sala, voy al despacho y bajo en breve, tengo que coger la tablet…

—Perfecto —contesté.

Y así fue, con la mano me invitó a bajar por una pequeña rampa. Había unas luces minúsculas que alumbraban la barra. Visto desde esa perspectiva y totalmente vacío, resultaba más pequeño de lo que recordaba. Me acerqué a un taburete alto y me senté de espaldas a la barra, sin perder en ningún momento el lugar por el que había visto por última vez a Gonzalo. Puse en práctica una de esas pequeñas lecciones que mi padre me había enseñado, sobre todo si estaba con extraños.

Mi móvil vibró en varias ocasiones y la pulsera informaba de que habían entrado varios mensajes; lo ignoré, en ese momento solo quería centrarme en el plan que tenía con Gonzalo. Caí en la cuenta de que él tampoco había mirado el móvil en ningún momento en el rato que llevábamos juntos. Punto a su favor.

Apareció con un IPad en una mano y la otra metida en el bolsillo. Marcaba un andar seductor. No podía negar que tenía percha y me gustaba lo que veía. Coloqué en mi boca una sonrisa, me copió el

gesto con una ligera caída de párpados.

—¿Qué te pongo? —ofreció.

—Una cerveza.

Volvió a sonreír. Abrió una nevera, sacó un tercio verde, le quitó la chapa con soltura, como si hubiera puesto miles en su vida, y me la acercó empujándola con dos dedos. Apoyó sus codos en la barra y me observó con interés. Di un trago, estaba fría. Tenía un tono amargo que se perdía a los segundos.

—Es una cerveza especial que fabrican unos primos míos. Ten cuidado, pega fuerte.

—¿Pretendes emborracharme?

Alzó las manos, desentendiéndose. Frunció el ceño, sacó otra cerveza y, repitiendo la misma coreografía, se la colocó frente a él y bebió.

—Si los dos estamos borrachos, nadie será culpable.

«¿Culpable de qué?», me pregunté.

Comenzó a toquetear la tablet mientras abría y cerraba neveras, y revisaba estanterías.

—¿Culpable de qué? —me atreví a preguntar al rato.

Se giró extrañado intentando recordar.

—De lo que pueda pasar… —Mostró de nuevo esa sonrisa seductora con un toque de vergüenza que resultaba interesante.

¿Sería verdad que él sentiría ese puntito de vergüenza y timidez que yo intentaba controlar para que no me jugara una mala pasada? Por dentro era un mar de nervios. Sé que podía salir corriendo en cualquier momento, pero las calabazas que me había dado Lucas esa misma mañana, me retenían en ese taburete de discoteca. Me negaba a parecer siempre esa pavisosa avergonzada sin una pizca de atrevimiento. Tenía que obligarme a aguantar, a esperar a ver qué podía pasar. Un poco de valentía no estaría de más, ¿no? Lo cierto es que a Gonzalo no lo conocía de nada, aunque no iba a negar que me estaba gustando, él, su forma de actuar y su perfume, que no es un detalle banal.

—No dejas de observarme, me siento como un lobo del zoo.

Reí negando.

—Eres como una lámpara de lava. —Me miró curioso—. Sí, te

mueves de manera hipnótica por la barra, repitiendo movimientos, y creo que has apuntado que te falta ron como unas diez veces.

Revisó su lista de pedido. Se echó la mano a la cara y rio a carcajadas.

—Tienes razón… Si es que me despistas, nunca tengo público, y me pone nervioso.

Se pasó la mano por el pecho y los nervios que notaba en mi estómago me dieron un golpecito, como si hubieran hecho una voltereta. Salió de la barra, agarró otro taburete y lo colocó frente al mío. Se sentó, bebió de su cerveza y me hizo un gesto con las cejas.

—¿Qué? —musité en un susurro escondido.

—Cuéntame cosas. Tú ya sabes dónde trabajo…, pero yo no sé nada de ti…

—Tú no trabajas aquí —coqueteé—, tú mandas aquí… —Se llevó la mano al pecho como si le hubiera lanzado una flecha. Hinché mis pulmones—. No sé, no soy nada especial. —Alzó las cejas. Me quedé en silencio y me recriminé, ¿por qué me echaba piedras en mi propio tejado? Debería venderme, yo era un partidazo. Bueno, no, pero eso él todavía no lo sabía—. Soy responsable de equipo en una de las naves del polígono.

—¿De verdad? Fíjate —me miró de arriba abajo—, que no lo habría dicho nunca.

—¿No? ¿Y qué pensabas que era?

—Directora de un hotel.

—¡Hala! ¿De verdad tengo pinta de directora? —Asintió riendo. Le lancé un manotazo que rozó su camiseta. Apretó la mandíbula y realizó un pequeño movimiento con la cabeza, con el que entendí que le había gustado—. No tengo tanto poder.

—Más del que crees… —susurró. Alcancé a oírlo, aunque sé que él no quiso que lo oyera.

Se echó mano al bolsillo, sacó algo cuadrado, se lo llevó a la boca y un humo blanco con olor a cereza nos envolvió.

—¿Vapeas? —pregunté escondiendo mi rechazo.

—Sí, es para canalizar todo el estrés que genera este y los otros negocios. Antes fumaba, pero no soportaba el sabor del tabaco en la boca. Cuando probé esto me pareció una buena alternativa. No

vapeo mucho, solo cuando estoy nervioso —aclaró.

Sé que mi rostro se endureció y perdí la sonrisa.

—Dicen que es peor que…

—El tabaco, sí —me cortó—. Es sin nicotina… —Lo cogió entre dos dedos y lo movió a los lados. Alzó los hombros restándole importancia—. ¿Lo has probado alguna vez? Los hay de diferentes sabores. A mí el que más me gusta es este.

—No, nunca he fumado, de ninguna manera, ni cigarro, ni váper, ni puro ni porro.

Rio y, aunque quise permanecer seria, no pude y me dejé contagiar por su risa.

—¿Quieres? —Me lo ofreció. Negué con la cabeza sin dejar de sonreír—. Vale. Tengo una idea…

Se llevó el váper a la boca, tomó una calada y lo expulsó en un lateral, aunque poco importaba, allí olía a cereza como si hubieran pulverizado media fábrica de ambientadores. Se levantó, se acercó a mí y, en ese momento, supe lo que iba a pasar. Pasó su mano por mi cuello hasta llegar a la nuca. Acercó sus labios a los míos. Los abrí ligeramente. Su lengua se hizo camino tímidamente y con ella llegó el sabor a cereza. El beso era lento y armónico. Dulce e intenso. Inspiré al notar que unos nervios adolescentes me subían por el pecho. Segundos después, acabó el beso con el cierre de sus labios. No voy a negar que me quedé con ganas de más.

—¿Y? —preguntó con picardía.

—Intenso —contesté simulando que saboreaba.

—¿El beso o el sabor?

—A ver, déjame probar otra vez…

Esa vez fui yo quien pasó la mano por su cuello y lo acerqué a mí. Le oí una pequeña risa de orgullo. Ese beso se violentó, se volvió ansioso y perdió la sensualidad del primero. Rodeó mi cintura con sus manos. Perdimos la coordinación de nuestras lenguas y me costó concentrarme. Lo paré riendo. Gonzalo se humedecía sus labios y fijaba sus ojos en los míos. Sé que si hubiera dado pie a más, habría terminado retozando allí mismo, y pese a que no quería ser una cobardica que huía a la mínima de cambio, no iba a llegar tan lejos

en la primera cita.

—¿Te imaginas que te digo ahora que soy alérgica a la cereza? —desvié la tensión.

—Entonces tendría que cogerte en brazos y llevarte a urgencias.

—Aunque pueda sonar tentador, mejor no.

Reímos.

Ay, me gustaba ese chico. Sí, me gustaba.

Sabía muy poco de él, pero no me importaba, ya le preguntaría a Fer o a él mismo. Si bien es cierto que me daba una vergüenza tremenda preguntarle por su vida privada y, mucho más, contarle la mía.



Capítulo 5

Los diez minutos de coche durante la vuelta a casa me los pasé sonriendo como una tonta. Solo podía recordar esos besos que no buscaba, su perfume y sus manos. El momento en que me acarició con la yema de su dedo cada una de las líneas de la palma de mi mano, como si las estuviera leyendo. Esos ojitos marrones que me miraban con cariño.

Cerré la puerta de casa y suspiré. Balance del día…, bueno, muy bueno. Había comenzado con el rechazo de Lucas y había terminado con un encuentro muy cuqui.

Saqué el móvil. Entré en el chat con mi padre y desactivé la ubicación. Respondió con un simple OK.

Me agobié al ver el grupo de amigas.

Yoana:

¿Qué plan tienes entonces con el tío este?

Avísanos, por Dios.

Claudia:

¡Tíratelo!

Yoana:

Sí, Gabriela… Como si no la conocieras. Primero tienen que enviarse palomas mensajeras con cartas romanticonas, después…

Puse los ojos en blanco y dejé de leer. Decidí escribir

directamente.

Nos hemos besado, mucho y mucho rato.

Nuria:

¡¿QUÉ?!

Yoana:

Guauuu, ¿en serio? ¿Tú?

Sí, en serio. Creo que me gusta. Creo que le gusto.

Claudia:

¿Lleva el tatuaje?

Se me cortó la respiración. Me había olvidado totalmente del tatuaje. Ni siquiera le había preguntado si llevaba alguno para tantear…

Se sucedieron los mensajes. Los marqué como leídos y bloqueé la pantalla.

«Vale, genial, eres idiota. El plan era preguntarle antes por el tatuaje. Pongamos que esto no se queda solo en unos besos y avanza. Cuando le quites la camiseta verás que no tiene tatuaje, tendrás que quedar con los otros en la lista y se va a pensar que le estás engañando con gente de su familia. Y va a flipar cuando te vaya a comer las tetas y vea ahí los garabatos grabados de por vida», le dije a mi reflejo en el espejo.

Vi una videollamada. La descolgué.

—¿Qué? —pregunté desganada.

—Que no nos puedes decir que te gusta, que le has besado y no contarnos más. ¿Cómo es? —exigió Yoana.

Entré en Instagram, hice una captura de pantalla y la mandé al grupo.

—¡Eh! Es mono…

—Yo hablé con ese tío. Y tú también, le contaste la anécdota de la

playa de nuestro viaje del año pasado —comentó Claudia.

—¿Le conté lo de la ola? Ay, Dios, qué vergüenza… —admití.

—A él y a unos cuantos más. ¿No te acuerdas de eso?

Negué con la cabeza.

—Bien, pues al menos ya sabemos en qué momento dejaste de recordar, ¿a qué hora fue eso, Claudia? —quiso saber Marta.

—Pronto… ¿las doce?

—¿Y tanto había bebido yo a esa hora como para no recordar nada?

Las tres se encogieron de hombros.

—Entonces, ¿hay plan futurible con él?

Me peiné el pelo recordando los besos que nos habíamos dado.

—Se te ha iluminado la cara. Ten cuidado, que te ilusionas muy rápido y luego te pegan la patada y sufres —advirtió Yoana.

—Ya…, pero tengo una sensación distinta a las anteriores. Yo no he forzado nada, ha surgido solo y por parte de los dos, ¿sabéis? No quiero ilusionarme, pero tampoco quiero perder la oportunidad.

—¿Ha habido flechazo a primera vista? —tanteó Claudia.

—No. Es guapo, es majo, atento… No tiene nada de especial, pero me ha gustado. No me he enamorado. Vamos, que si mañana no lo veo o no vuelvo a hablar con él, no pasaría nada, no me voy a comer la cabeza.

Entró una notificación de Instagram.

Te he prometido que te dedicaría un tiempo sin trabajo y sin móviles, así que he pensado en un plan para mañana, si puedes, y quieres…

Sé que sonreí y que Yoana hizo un comentario al respecto, hice caso omiso y contesté a Gonzalo.

¿Qué has pensado?

Visitar la fábrica de cerveza de mis primos. No es día de visitas, por lo que estaremos solos, y como ya me conozco la explicación sobre los pasos para elaborarla, yo haría de guía. Dejaremos los móviles en el coche y no pensaremos en las

responsabilidades.

Eso era una cita en toda regla. Con un inicio, sin final y un propósito. ¿Llegaríamos a algo más que besos?

Vale, me gusta el plan. ¿A qué hora me recoges?

A las 17:30, ¿te viene bien? ¿Dónde te recojo?

Perfecto. En la plaza de toros.

Genial. Estoy deseando que pasen las horas.

Sentí el hormigueo por mi estómago. Un hormigueo delicioso, ese que te avisa que puedes ilusionarte por alguien, ese que te da alas para fantasear.

—¡Cuenta! Que te hemos visto morderte los labios.

Había olvidado que seguía en videollamada con estas.

—Hemos quedado mañana, me viene a recoger y en el plan solo estamos invitados él, yo y una fábrica de cervezas.

—Cita los dos solos… Pues lo mismo tú para él sí has sido un flechazo… Es raro que un tío tenga ese arranque así a la primera, ¿no? —comentó Marta.

—¿Te ha hablado de follar? —curioseó Claudia.

—No…, es muy discreto en ese sentido, no lo ha comentado ni planteado ni ha dado pistas sobre que su único objetivo sea ese —admití.

Los últimos tíos con los que había quedado fueron eso, polvos. Quedaba con ellos y en la primera copa dejaban claro que querían solo sexo. Algunos en la segunda cita, aunque la primera estaba llena de indirectas muy poco trabajadas, algunas hasta me generaban rechazo. Y por ese motivo había dejado de frecuentar las aplicaciones que te buscan ligues, porque eso parece más un mercado de sexo que otra cosa. La verdad es que había perdido la esperanza de encontrar a alguien con quien compartir más de unas pocas horas de cama en los lugares que frecuentábamos. Sabía que, si algún día encontraba el amor, sería en el lugar más inverosímil posible. Por lo que, desde hacía meses, ni me molestaba en intentar ligar o conocer gente nueva en las discotecas. Lo que no me había llegado a imaginar es que pudiera haber una opción en la boda de

mi amiga, y mucho menos tras esa pérdida de memoria.

—Me voy a duchar y a dormir —intenté despedirme.

—Sí a dormir… a soñar con el nuevo príncipe. ¿Te acuerdas de que esta mañana te lamentabas por lo que te había dicho Lucas?

Puse los ojos en blanco y colgué riendo. La verdad es que era carne de cañón de las risas de mis amigas, siempre lo había sido, de unas risas sanas, porque a mí no me ofendían para nada, hasta yo daba juego a que se dieran. Me ilusionaba demasiado, me frustraba y me montaba unas películas que nada tenían que envidiar a esas romanticonas de navidades, que siempre acaban bien con un chocolate repleto de nubes y una chimenea enfrente. Tan extremadamente inverosímiles como reales.

Mientras dejaba caer el agua sobre mi cabeza, me intentaba concienciar de no ir deprisa, de no ansiarme pensando ya en el traje de novia y el ramo de flores, solo habían sido unos besos y podría no gustarme su forma de ser, sus intenciones o, simplemente, la relación que podríamos tener. Aunque, que él estuviera interesado en volver a vernos, me daba alas para fantasear.

Ya en la cama, escribí a mi madre para darle las buenas noches. Cuando estaba a punto de apagar el móvil, llegó su mensaje.

Te doy mi número de teléfono, por si lo quieres guardar, hablar por aquí es más incómodo.

Buenas noches, Gabriela. Que tengas dulces sueños.

Y volví a sonreír como una tonta. Guardé su número y le escribí por WhatsApp.

Buenas noches para ti también.

Añadí un emoticono sonrojado y apagué el móvil antes de tener contestación. Quería cerrar los ojos recordando cada uno de los minutos que había pasado con él y mantener esa sonrisa durante toda la noche.

Desperté con la vibración de la pulsera, las 7:30. Me estiré y comencé con la rutina del día. Hice café y lo metí en el termo, preparé el túper con galletas caseras, un poco de queso y unas cuantas uvas. Acostumbraba a desayunar en el trabajo, nada más

levantarme tenía el estómago cerrado y, además, me gustaba comer sentada y sin prisa, por lo que complementaba contestar *e-mails* con ir alimentándome. Había olvidado prepararme la comida, así que pillé un cuenco de arroz preparado. Busqué en los armarios un bote de tomate frito, pero no había por ningún lado. Me tenía que plantear seriamente ir a comprar lo más básico. Cogí una lata de atún y, al ver los sobres de kétchup de las hamburguesas, se me antojó como idea un arroz con kétchup. Guarrindongada, sí, pero comida al fin y al cabo.

Me lavé la cara, los dientes, me puse la crema como cada mañana; me vestí, me calcé y salí. Ya en el ascensor encendí el móvil. En la pantalla apareció la notificación de un mensaje de Gonzalo.

Buenos días, Gabriela.

Espero que hayas dormido bien. Esta tarde nos vemos. Tengo muchas ganas del plan de hoy.

«Ayyyy», suspiré mentalmente. Me miré al espejo del ascensor. La cara de tonta que tenía era proporcional a las ganas de verlo. Sí, tenía ganas de verlo, y sentí una necesidad tontísima de acariciar su cuello y besarlo.

Apagué la radio de camino al trabajo para conseguir escucharme, para imaginar cómo iría el día y si debía disimular frente a Lucas, que en cuestión de horas, había aparecido en mi vida una nueva e inesperada ilusión.

Me senté en mi sitio, saqué mi termo y mi túper. Encendí el ordenador y saludé con un «buenos días». Desbloqueé la pantalla del móvil y contesté a Gonzalo.

Buenos días. ¡Qué madrugador!

Yo también tengo ganas de verte.

Hala, ahí, lanzada al precipicio. Si había sido capaz de dar el paso de escribirle por Instagram, aunque el objetivo fuera otro y se hubiera quedado en el limbo, ahora iba a volver a tener la iniciativa.

No había salido tan mal la primera vez.

—¿Y esa sonrisita, jefa? —preguntó Lucas.

—Nada, mis amigas, que están muy locas… —mentí.

—Ah. —Tecleó rápido desviando la atención—. Mira el correo, tenemos jarana.

Asentí, esperé a que cargara el programa y busqué ese *e-mail* que ya preveía tedioso. Veinte mensajes esperaban ser atendidos, pero había uno con una alerta amarilla. Resoplé.

—Sí, reunión con el pez gordo —anticipó.

—Quiere ver toda la nave, hablar con todas las secciones y espera propuestas para el año que viene… ¿Así, sin avisar con tiempo? Podríamos haber hecho una presentación y una encuesta con propuestas de mejora… —lamenté.

—Sí, podría, debería, esperaría…, pero como es jefe, hace lo que le viene en gana. Así que, desayuna rápido hoy, que tenemos que llegar a la reunión con algo. Nos va a tocar bajar como carpeteros de las ONG´s a preguntar por todo el almacén.

***

Llegué a casa totalmente reventada. La reunión había durado más de tres horas. Fue realmente tediosa y de nada nos sirvió el sondeo que habíamos realizado las horas previas. Ese señor estaba más preocupado en intentar hablar español, de que lo entendiéramos -algo difícil de conseguir- y de dejar claros sus objetivos. Resumen: más producción. Las condiciones, evidentemente, no iban a ser las mejores para los trabajadores. Cierto era que no exigía coste cero, pero estábamos en junio y en breve comenzaría el período vacacional, por mucho contrato temporal que tuviéramos, más producción, lo que era más producción, no íbamos a tener. A estas conclusiones también llegaron nuestros jefes y, tras despedir al alemán con complejo de estudiante de español, todo se tornó en caras largas y monosílabos. Nos limitamos a callar y a mirarnos con advertencias entre nosotros; era mejor evitar que crear un conflicto.

Me duché sin lavarme el pelo. Volví a recurrir a los vaqueros, una camiseta y un jersey fino, ese día no había despertado caluroso,

precisamente. Me recogí el pelo en una coleta y me apañé con un poco de *bb cream* para intentar disimular el cansancio.

Antes de salir de casa, me llegó un mensaje suyo. No puedo negar que me gustaba recibirlo y me alteraba un poquito, para bien, el sistema nervioso.

Gonzalo:

Salgo de casa. Te veo en breve.

Contesté con un escueto «ok» y una sonrisa que no vio y no supe si habría intuido.

Llegué a los cinco minutos a la plaza de toros. Mientras esperaba escaneando todos los coches e imaginando cuál podría ser el suyo, cambié la postura de mi cuerpo en varias ocasiones. Estiré mi espalda evitando chepa, crucé las piernas intentando parecer más elegante y menos basta. Crucé los brazos y los descrucé en varias ocasiones. Me agarré con las dos manos a la tira del bolso. Saqué el móvil y lo di vueltas. Llegué a plantearme que él ya estuviera por la zona y me estuviera observando.

No fue así. Un BMW blanco paró frente a mí. Se bajó del coche sonriendo, yo tampoco me pude contener. Se acercó a mí, me agarró por la cintura y me besó. Cerré los ojos y disfruté del momento. La verdad es que no me había imaginado cómo sería ese encuentro y me gustó.

—Tenía muchas ganas de verte —confesó.

—Yo también, he tenido un día duro y no veía el momento de estar contigo —admití—. Sigues sabiendo a cereza. —Reí.

—Es dulce, como tú…

—¿Y no prefieres sustituir el váper por mí? —tonteé.

—Me encantaría, pero, de momento, no puedo disfrutar de ti las veinticuatro horas del día para calmar mis nervios con tus besos, *sweet cherry*.

«¿De momento?», me repetí. ¿Ya había pensado en pasar todo el día juntos? Ese chico fantaseaba más que yo, y eso me gustaba, al menos ya no sería yo la loca ilusa que vuela lejos en el tiempo. Qué fácil iba a ser si camináramos por la misma línea.

Me abrió la puerta del coche y me invitó a pasar. Cerró y volvió a

su sitio recorriendo la parte delantera sin retirar su mirada de la mía. Me recogí nerviosa el pelo, que no tenía, detrás de la oreja.

—Estoy convencido de que te va a gustar, ¿estás preparada?

Puso su mano sobre mi muslo y con un suspiro interior, me limité a asentir.



Capítulo 6

Desde que habíamos llegado a la fábrica no habíamos desentrelazado nuestras manos. Realizamos una ruta alternativa a la marcada en la guía por decisión de Gonzalo. Entramos en estancias vetadas al público normal, estaba claro que nosotros jugábamos con ventaja y mucho enchufe. Me ofreció diferentes variedades de cerveza, las probé todas, decantándome por la de trigo como mi favorita. Él solo bebió de una alegando que le tocaba conducir para volver a casa.

No puedo negar que nos derretíamos entre miradas y caricias cautivas. Habíamos pasado horas allí dentro y a mí me parecieron minutos. No pasaba el tiempo y no se me hacía pesado. Terminamos con el casco de la cerveza en una terraza de piedra que mostraba frente a nosotros un horizonte rural, pintado ya por los últimos rayos del sol.

—Cuéntame algo más de ti, ¿tienes hermanos? —preguntó.

—Una…, la veo poco —me miró extrañado—, es azafata en una gran compañía que realiza vuelos de larga distancia.

—Yo tengo dos, mi hermana mayor, es abogada; y mi hermano pequeño, que vive del cuento y es el preferido de mis padres. Y yo, como soy el del medio, me tienen olvidado. —Sonrió con gracia.

—¿Entonces es cierto eso de que los medianos es como si no existieran? —Asintió divertido señalándose—. Vaya tela…

—Nah, lo asumí cuando llegó el pequeño. Mis padres son médicos, mi padre es oncólogo y mi madre reumatóloga, por lo que ya no tenían tanto tiempo para dedicárnoslo a los tres. Mi hermana necesitaba más apoyo al ser la mayor y chica, y el pequeño acababa de llegar, por lo tanto, yo solo tenía que seguir el rebufo de mi hermana y adaptarme a mi hermano. Tampoco he salido tan mal, ¿no?

—No…, a mí me gustas.

Puedo jurar por todos los dioses del universo de todas las religiones mundiales, que aquellas palabras salieron sin pensar. Noté cómo se me sonrojaban las mejillas y sus ojos brillaban. Acarició mi cara antes de besarme. Era tan delicado para todo… No voy a negar que cada minuto que pasaba junto a él, me llevaba a convencerme

de que entre nosotros podría haber algo serio.

—Y tú a mí, mucho. —Me giró junto al muro, apoyé mis brazos sobre la piedra. Juntó su cuerpo al mío y colocó sus manos junto a las mías, atrapándome bajo él—. ¿Tus padres?

—Mis padres son geniales, mi madre es peluquera y es muy extrovertida y social, le encanta hablar y conocer gente. Y mi padre es el mejor, no lo cambiaría por nada del mundo.

—Ya veo… ¿En qué trabaja?

—Guardia Civil.

—¡Ou! Imponente… Vamos, que me lo tengo que trabajar mucho cuando lo conozca, ¿no?

Reí negando.

—No, no te preocupes, no es de los que te espera con la pistola sobre la mesa.

—Está bien saberlo.

En el silencio que creó, mis pensamientos siguieron volando. Gonzalo acababa de hablar de conocer a mis padres y ni siquiera habíamos comido juntos… Cerré los ojos, inspiré y sonreí por dentro. Había opciones, claro que sí, las había. Primer verano en pareja en muchísimos años, por fin se acababa la sequía y por fin se acababan los rollos raros de un folleteo y si te he visto no me acuerdo.

—¿Te gusta el cine? —intenté averiguar.

—Sí, ¿qué tienes en mente?

—Mañana te invito al cine, una cita en toda regla. —Me giré para quedar frente a él. Le di un pequeño beso en los labios—. ¿Qué género te gusta más?

—Acción, pero elige lo que más te guste a ti.

—Creo que hay una que puede satisfacernos a los dos.

—Te invito a cenar, ¿aceptas?

—¿Hoy? —Asintió—. Vale…

—Pues vamos.

Me agarró de la mano y tiró de mí camino del coche. De vez en cuando me miraba sonriendo. Es que era todo como un cuento de hadas. Perfecto, simplemente perfecto.

Entramos en un restaurante del centro de Guadalajara. El camarero que nos atendía conocía a Gonzalo, nos dirigió a una mesa apartada

cerca de una ventana que daba a una plaza donde jugaban unos niños.

—Si te parece bien, podemos pedir el menú degustación. ¿Alguna alergia?

—Ninguna. Me parece bien lo que decidas, se ve que conoces el sitio.

—Sí, vengo mucho con mis primos.

—¿Con tus primos? —pregunté interesada.

—Sí, somos muchos por parte de mis abuelos paternos y, por suerte, nos llevamos muy bien. Intentamos quedar cada quince días, mínimo. No te puedes imaginar las cenas de Navidad… el día 24 se cena en casa de mis abuelos y, aunque estemos en la otra punta del mundo, hacemos lo posible por estar. Cada uno se encarga de algo: aperitivos, pescado, marisco, etc.

—Lo cuentas con orgullo…

—Por supuesto, es un legado muy bonito que mi abuelo se ha molestado en crear y mantener, que siendo tantos no es fácil.

Los platos fueron pasando uno tras otro, a cuál más rico y sabroso. Charlamos del día a día, de nuestros gustos y costumbres entre caricias y miradas robadas. A Gonzalo le gustaba mucho viajar, pero se definió como un sibarita cosmopolita. Necesitaba cama en hotel, un hotel limpio cómodo y bien ubicado; visitar los restaurantes de las ciudades con más de cuatro estrellas y media de puntuación en opiniones y contratar las visitas guiadas. Estaba claro que no le importaba gastar dinero en comodidades, yo era más desentendida en ese sentido, no buscaba la excelencia, solo disfrutar de los lugares que visitaba, aunque tampoco es que me gustara mucho viajar, me daba pereza y prefería planes en sitios más cercanos. Madrid estaba al lado, y la oferta cultural y turística que brindaba era extensa. No me hacía falta más. Y para visitar la playa, en dos horas en AVE estaba la de Valencia.

—Si me dejas, este verano te llevo de vacaciones.

—Hala, así, ¿ya? Si ni hemos dormido juntos todavía… —dije tanteando los planes futuros.

—Lo sé y, lo siento…, tengo una cita guardada para eso. —Sonrió

tímido—. Quería que fuera sorpresa…

—Vale, vale, entonces no he dicho nada y no he escuchado nada. Sigue con tu plan. —Reí tapándome la cara.

Me agarró de las manos, las retiró y me miró fijamente.

—No te preocupes, mi *sweet cherry*, creo que los dos queremos que pase, ¿no? —Asentí tímida—. Nos merecemos que sea especial o diferente, que no sea un aquí te pillo y mañana más. Siento que eres diferente, que nosotros podemos ser algo… especial. Me gusta cómo me encuentro cuando estoy contigo y quiero que cada pasito que demos podamos guardarlo en el recuerdo para siempre.

—Guau…, me dejas sin palabras, Gonzalo… Yo también siento que esto es diferente…

Me tomó la mano y dejó en ella un beso.

Me acercó hasta la puerta de casa poco antes de las doce de la noche. Tras pasar esa tarde con él, me vi con la opción de confiarle dónde vivía, y me sentí cómoda con ello. Me despidió con un beso y la promesa de recogerme al día siguiente a las siete de la tarde.

Lo primero que hice al cerrar la puerta de casa fue informar con todo lujo de detalles a mis amigas. El revuelo era completamente entendible. Yo, un tío y una opción de pareja estable. Milagro lo llamaron. Excepto Nuria, que se preocupó y me creó una extraña inseguridad.

Nuria:

¿De verdad vas a intentar ir en serio con Gonzalo?

Sí, lo veo, el tiempo que he pasado con él me ha dado buenas vibras. Y parece que él también piensa igual.

De hecho, ha sido él el primero en decirlo, ya sabéis que yo soy más cautelosa para estas cosas.

Nuria:

Ya, no sé, puede. Es que Gonzalo es un poco atrevido, o así

me lo ha parecido a mí las veces que he estado con él.

¿Atrevido?

Qué va…, va con mucho tiento.

Nuria:

Vale, vale, si tú lo crees así, estupendo.

El corazón comenzó a bombear demasiado rápido y me vi respirando con más intensidad. Entré en el perfil de Instagram de Gonzalo buscando algo, no sabía el qué, pero algo. Tras un rato leyendo comentarios y viendo fotos, suspiré creyéndome una loca. No sé qué versión de Gonzalo habría conocido Nuria, pero la que había visto yo, me gustaba y mucho, y no me activaba el sentido arácnido.

Gonzalo:

Buenas noches, *sweet cherry*.

Que tengas dulces sueños.

Otro suspiro acompañó a los nervios del estómago. Era muy mono y detallista.

Buenas noches, nene.

Espero que esta noche sueñes conmigo.

Gonzalo:

Siempre.

Esa noche cerré los ojos con la eterna sonrisa en la cara que ya no era capaz de sacarme, por mucho que Nuria me hubiera querido llevar a la duda. Yo iba a tirar para adelante con todo, iba a poner de mi parte para que esa relación funcionara. Forjaría confianza con él, contacto físico y emocional. Lucharía para que no se quedara en un intento de película romántica que se termina cuando pasa el calor sofocante del verano. No. Esas navidades las viviría junto a él y conocería la tradición de sus abuelos, y le daría el primer beso tras la última campanada. Por supuesto.



Capítulo 7

Oí el tintineo de sus llaves al otro lado de la puerta. Abrí antes que ella.

—No queremos biblias, lo siento.

Cerré riendo.

—¡Idiota! —Rio a carcajadas.

—No, no, que no queremos biblias, mire a ver si el de enfrente quiere, que es de ir a misa de doce.

—Vamos, tío, que estoy cansada…

—Yo a usted no la conozco de nada.

—Vale, pues haré esto hasta que te explote el cerebro.

Comenzó a sonar el timbre de casa de manera ininterrumpida.

—¡Se te va a cansar el dedo! —grité para ser oído.

—No te oigo, ¿qué dices? —mintió.

—Tío, déjala entrar, nos va a volver locos, no va a parar y lo sabes —me avisó Fran desde el salón.

—Vale… —Abrí la puerta y soltó el dedo del timbre—. Pero antes de entrar, tienes que decir la contraseña.

—Me meo. —Se hizo hueco por debajo de mi brazo, me empujó lo justo para pasar y corrió hasta el baño.

Puse los ojos en blanco, recogí la maleta que había dejado tirada sobre el felpudo, la llevé hasta su habitación y volví al salón. Me senté en el sofá y puse los pies sobre la mesita baja. Fran estaba viciado a la consola probando un juego nuevo antes de grabar un vídeo para el canal.

—¿Cómo lo ves? —tanteé.

—No parece que vaya muy lento, tampoco quiero jugar mucho, que, si no, luego en el vídeo no queda natural, y a la gente le mola que lo juegues en directo.

—¿Y por qué no lo dejas y haces un directo, tío? Si quieres hoy juego contigo y así hay más morbo.

—Pero, ¿a ti te gusta este juego?

Era uno nuevo de la factoría Nintendo, el de Donkey Kong. No me gustaban los videojuegos, la verdad, pero por echarle un cable, ¿por qué no?

—Ñah, dime qué botones hay que dar e intento hacerlo lo mejor

posible.

Me pasó un mando y me explicó para qué servía cada botón y gatillo.

—¡Chicoooos! Os he echado de menos —dijo Jésica risueña—. ¿Qué me dices?, ¿está este jugando a la consola? ¿Qué ha pasado?

—¿Qué tal tu viaje? Se ha notado que no estabas, la verdad. Está la casa superordenada, como nunca —le piqué.

—Ya sé que me has echado de menos, tontorrón. —Se acercó y me dio un beso en la mejilla. Repitió la misma acción con Fran—. Qué relajado te veo, ¿tú no tenías evaluaciones esta semana?

—Sí, ayer y mañana, hoy libro. No sé, estábamos esperándote.

Se sentó a mi lado y puso su mano sobre mi pierna.

—Me lo he pasado teta, de verdad. La idea era ir de disco en disco y quemar Gandía, pero al final solo lo hicimos el primer día, después estuvimos de *chill* total, playa, piscinas privadas y camas balinesas. ¡He dormido siesta! ¡Yo! Lo malo es que mañana toca curro de nuevo, pero bueno, no se puede tener todo en la vida.

Jésica trabajaba en el hospital, en administración y, bien colocados, usaba los moscosos a modo de minivacaciones. Había aprovechado dos días libres que tenía para irse a la playa con sus amigas antes de que llegara la avalancha de turistas europeos y adolescentes en sus viajes de fin de curso. Cada vez que yo me quejaba de manera fingida con que yo solo tenía dos días de asuntos propios, me atacaba recurriendo a la cantidad de vacaciones que tenemos los profesores, al final terminaba aumentándolas, ya iba por cuatro meses.

—Pues no sabes cuantísimo me alegro, Jes. Cuando llegue el 1 de julio me acordaré de ti desde una playa paradisíaca de Bali.

—Ojo, que lo mismo te llama inspección para una reclamación.

—Pero si conmigo no suspenden, soy el mejor explicando.

—Bueno, calla, no me desvíes, que no se me olvida que fuiste de bodorrio y estabas superilusionado —vocalizó con ironía.

Sonreí y me revolví el pelo con la mano. Me miró y giró la cabeza intrigada frunciendo el ceño. Movió las manos pidiendo explicaciones.

—Nada… —Noté que mi lengua se movía sin mi permiso

humedeciendo mis labios.

—Uy, uy, uy… ¿Qué ha sido eso? Fran, ¿tú qué sabes?

—Nada, no se ha pronunciado al respecto. —Soltó el mando y apagó la consola, se giró para quedar frente a nosotros—. Solo te puedo decir que no ha parado de canturrear y va todo el día por casa con los auriculares puestos y bailoteando cual tiktoker.

—¿Qué escondes, Aday? —investigó Jésica.

—Nada.

—El que nada no se ahoga.

Fran y yo soltamos aire por la nariz por lo malo que era el chiste, como todos los que ella pronunciaba.

—Va, di —animó Fran.

—La volví a ver.

—¿A quién?

—A la que me robó el corazón.

—¿Qué?, ¿a quién?

—A la dueña de mis sueños desde hace décadas.

—Cuidado, amigo, que si juntamos esas frases y le añadimos un tum, turumtum, turumtum, sacamos la canción del verano —bromeó Jes.

Me dejé caer sobre el sofá suspirando. Nunca había hablado con nadie de eso ni de ella. Pero Fran y Jes se merecían saberlo.

—¿Por dónde empiezo?

—Venga, tío, que tenemos una edad… —apresuró Jésica.

—Hace mil años…

—Cayó el imperio romano —me cortó Fran.

—¿Qué? —dijimos Jésica y yo al unísono.

—Nada, nada, venga, dale.

—Fue el día que salí por primera vez con mis primos. Entramos en una discoteca, yo todavía no tenía la edad, y era cuando todavía te dejaban entrar con dieciséis años.

—Pues sí que hace… —comentó Fran.

—Sí. Mi primo mayor tenía contactos y me dejaron ir con ellos. Fue el primer y último día que probé los chupitos de tequila, qué malo me puse… —Jésica movía las manos rápido metiéndome prisa—. No sé qué me pasó, pero la vi a ella, morena con el pelo largo, reía y

bailaba. —Perdí la mirada en el infinito recordando ese día—. Estaba rodeada de chicas, pero yo solo podía verla a ella. Fue algo raro, como un imán, no podía separar mi vista de ella, de cada movimiento, de cada risa; por mucha gente que hubiera, era capaz de oírla. Hasta el tiempo se ralentizaba, como si ella viviera en cámara lenta…

—¡Cuánto daño han hecho las películas románticas! —comentó Jes —. Seguramente no fue así y con el tiempo has idealizado el momento. Es imposible que oyeras su risa. Venga, va, ¿y qué pasó?

—Tardé como un mes en volver a verla. Desde ese día, salía todos los fines de semana, viernes y sábados, pero nada. Un día, a eso de la una de la mañana, yo estaba en la puerta de una discoteca con mi prima, que intentaba ligarse a un idiota que pasaba de ella; de sujeta velas… Un grupo de chicas salió medio alborotado y una de ellas me dio en la espalda, cuando me giré, me topé con dos enormes ojos marrones brillantes. —Mis compañeros escuchaban atentos—. Se me paró el corazón, se me hizo un vacío en el estómago, sentí una ola fría que me recorría desde la cabeza hasta los pies y perdía la fuerza. Nunca me ha vuelto a pasar, hasta el otro día.

—¿Y qué pasó? —preguntó intrigado Fran.

—Supe que me había enamorado en ese mismo momento. Ella dijo: «uy, perdón, perdona», con una sonrisa preciosa. No pude contestar, tragué saliva y me puse colorado.

—¿Y se fue?, ¿se rio de ti?, ¿te dijo algo más?

—Se fue, una amiga suya la llamó por su nombre, se giró y se fue.

—¿Y?

—¿Y qué? —pregunté.

—No nos puedes dejar así. Dinos cómo se llama, si la pediste salir, si te liaste con ella, dinos algo…

—Nunca conseguí hablarla. Salí todos los fines de semana y frecuenté esos sitios en los que la había visto, pero no conseguía dar con ella. Cuando volví a verla… —tragué saliva, aún dolía—, se estaba morreando con otro. —Hice una pausa—. Y no volví a salir. Me dolió tanto… No quería encontrarla de nuevo y ver que estaba con otro, porque yo era increíblemente estúpido y no era capaz ni de

decirle «hola».

—Espera, espera, espera… ¿te pillaste por una tía cuando tenías dieciséis años y ahora con treinta sigues pillado por ella? —Asentí—. Puto friki…

Se empezó a reír a carcajadas sin parar, de vez en cuando tomaba aire, daba un gritito y seguía riendo. Fran se contagió. Negué con la cabeza intentando no dejarme llevar por ellos.

—Va, tío, nos has contado una trola… —dijo Fran.

—No, no es una trola y no me hace gracia, ¿vale? Esto no lo había contado nunca…, me abro a vosotros y así es como reaccionáis… Pues ninguna gracia, la verdad. Ya no os cuento más.

Fingí enfado, me levanté del sofá. Jésica estuvo rápida, me tomó por la muñeca y tiró de mí obligándome a sentarme otra vez.

—Vale, perdón. Es que es una historia muy muy muy fantasiosa, muy de serie de Disney. Es como si ahora se fuera a abrir la puerta y aparecieran sus amigas cantando y bailando al estilo *High School Musical*.

—Puede sonar como quieras, es la realidad. Y ¿sabes qué es lo peor? Que hay cientos de canciones que me recuerdan a ella porque, adolescente de mí, me machaqué con ellas ilusionándome, fantaseando y sufriendo, ¿vale? Para mí no había ninguna más.

—Tenemos taritas, ¿eh? ¿Qué tal un psicólogo?

—No quiero olvidarme de esto ni pasar página, forma parte de mí.

—*Okey*, vamos, que te gusta sufrir…

—¿Por eso no has conseguido tener nada serio con ninguna? —preguntó Fran.

—No lo sé, lo he intentado varias veces, con Clara estuve tres años…

—Ya, y mira cómo acabó —apuntó Jes.

—Me puso los cuernos, ¿qué responsabilidad tengo yo? Perdona si no me gusta que me engañen…

—Bueno, dejando a un lado la historieta del abuelo cebolleta… Esa sonrisilla de antes… es porque la has vuelto a ver… ¿en la boda?

—En la boda.

—Chico…, ¿crees que eres capaz de contarlo todo sin tener que ponerte una luz en la cara y hacerte un interrogatorio? Que me estás

desesperando con tanta intriga. ¡Al grano!

—La vi cuando llegaba a la ceremonia. Dios, estaba preciosa. Y volví a sentir ese vacío, esa sensación fría y una maldita flecha de cupido en el corazón, porque noté hasta dolor. No le quité ojo, no había ningún chico cerca, por lo que al menos podía acercarme a ella. —Miré a Jes y a Fran que esperaban ansiosos—. Conseguí hablar con ella. La saludé, me presenté y con la excusa de conocerla de «algo», estuvimos mucho rato charlando del pasado, hasta que llegamos a lo que yo ya sabía, que cabía la posibilidad de conocernos al salir por las mismas discotecas en nuestra época joven… Es amiga de la novia, ¿yo qué iba a imaginar? Resulta que durante años he tenido acceso a verla a través de Nuria y nunca se había dado el momento, por lo que creí que si dejaba pasar la oportunidad, cabía la posibilidad de que no hubiera más opciones. Vi que estaba bebiendo cubatas y la invité a uno. Estuvimos un rato hablando y, joder, me encanta esa chica. Más que antes, si cabe.

—¿Le preguntaste si tiene novio? No vaya a ser que…

—No tiene, fue de lo primero que indagué.

—Vale, ¿y cuál es el plan ahora?

—Voy a esperar, le di mi Instagram y me dijo que me escribiría —informé sonriendo.

—¿Y si no lo hace? —planteó Jes.

—¿Por qué no lo iba a hacer?

—¿Lo ha hecho ya? —Negué con la cabeza—. Pues han pasado cuatro días desde la boda y ha tenido tiempo de hacerlo. Lo mismo no le interesas, no se acuerda de ti o pasa de tu culo. Lo siento, amigo, pero el «ya te llamaré», si no es instantáneo, no lo esperes.

—Eso es imposible, me va a escribir, seguro. A lo mejor lo guardó y se le ha olvidado. Estaba bebiendo alcohol…, ya se acordará.

—Si tú lo dices… ¿Por qué no la sigues tú?

—Lo he intentado, la he buscado y no la encuentro.

—Desde el perfil de la novia, te metes en seguidos y la buscas —

propuso Fran.

—Ya lo he hecho y nada. Debe de tener otro nombre.

—¿Cómo se llama?

—Gabriela.

—¿Gabriela? Tiene nombre de vieja —comentó Jésica.

—¿En serio? —pregunté perplejo.

—En mi pueblo había una señora que se llamaba Gabriela, y nosotros la llamábamos la Greibol.

—Qué original —ironicé.

—Lo malo es que ahora solo puedo imaginarme a esa señora a tu lado y, créeme, la imagen es bastante repugnante.

—Me voy a mi habitación. Tengo que subir las notas de mañana. Luego salgo a cenar. —Me levanté y saludé con la mano.

—¿Y si pedimos kebab? —propuso Fran.

—Ok —acepté.

Cogí los auriculares, entré en el móvil y busqué la lista que estaba creando para ella, para acordarme de ella. La puse en aleatorio y me tumbé en la cama. Cerré los ojos y disfruté de una canción tras otra, canciones de los 2000 y actuales, cargadas de sentimientos o de situaciones que me encantaría vivir con ella. Con cada historia que mi cerebro creaba, me aleteaba el estómago. Me sentía pleno en ese momento, dejé la vida de adulto responsable a un lado y me sumergí en aquella época de adolescente en la que la máxima preocupación que tenía era pensar en ella, en cuándo la volvería a ver y qué le iba a decir.



Capítulo 8

Parecíamos dos tontorrones. Nos pasamos la película entre besos, caricias, tocamientos por encima de la ropa. Todo muy morboso, pero yo estaba muerta de vergüenza, ¿y si alguien nos veía?, que ya teníamos una edad. No me imaginaba mi respuesta si me llegaban a llamar la atención por meternos mano en el cine. No me enteré de la película, y dudo de que él se hubiera enterado de algo.

Llegué a plantearme qué tipo de sexo le gustaba a él, ¿le pondría hacerlo en público? Porque si era así, conmigo que no contara… Cuando acabara la película le pediría, le propondría o, directamente, le provocaría para tener sexo. Aunque parecía ir todo a la velocidad del rayo, lo cierto era que yo me estaba pillando, que me gustaba lo que sentía y lo que me ofrecía, y me negaba a chocar luego en el plano sexual y llegar a casa llorando arrepintiéndome, una vez más, de ilusionarme en tan poco tiempo por algo que no tenía futuro.

—Gonzalo, me he muerto de vergüenza ahí dentro.

—Lo sé —rio pícaro—, se te notaba en la cara, estabas muy mona intentando disimular.

Podía haberme enfadado, pero como me rodeó con sus brazos y me atrapó bajo sus labios, se esfumó cualquier atisbo de cabreo.

Sonreí tomándolo de la mano y tiré de él hasta uno de los restaurantes italianos del centro comercial. Pedimos un plato cada uno y compartimos el postre, entre las palomitas y la lasaña, no podía meter más en mi cuerpo. Gonzalo insistió en terminar con un *brownie*, accedí y le quité un par de cucharadas. Estaba bueno, quizá demasiado chocolate para mi gusto.

Tras salir del restaurante, vi a Gonzalo nervioso. Se mordía el labio y me miraba demasiado.

—¿Qué te pasa? —Lo paré, puse mis manos en su cara y lo miré con cariño. Colocó sus manos sobre las mías.

—He preparado un plan, sé que es tarde y mañana trabajas… —titubeó—. Y no sé si estoy yendo demasiado deprisa…

—Mientras no me pidas que me case contigo…, los tiempos son relativos.

—Sí —rio nervioso—, conozco a uno que a los seis meses le pidió matrimonio a su chica. Ya llevan quince años casados.

—No me asustes, nene, que ni hemos follado aún —me salió con

soltura. Apretó la mandíbula y se mojó los labios con la punta de la lengua—. Ah, que van por ahí los tiros —endulcé la voz.

Bajó sus manos hasta mi cintura y presionó mi cuerpo contra el suyo.

—Sí. ¿Aceptas el plan? —La seriedad se reflejó en su rostro.

—No sé cuál es, pero sí, acepto. Solo una pregunta, por hacerme a la idea antes de… ¿Eres más de sexo convencional o tienes fetiches o gustos específicos?

—¡¿Cómo?! —preguntó con una carcajada.

—Ay, Gonzalo, que si te gusta el sado, los disfraces, los juguetes, el voyerismo… no sé… algo que no sea convencional…

—Ya, ya, si lo había entendido, necesitaba tomar tiempo para recalibrar la pregunta. No sé, me gusta el sexo, según vaya surgiendo, no me niego y tampoco exijo, es algo de dos, ¿no?

—Que buena respuesta… —Asentí divertida, me separé de él y eché a andar camino del garaje.

De repente noté una palmada en mi culo y lejos de molestarme, hasta me encendió. Me giré para mirarlo con un toque de picardía. Se mordía el labio con fuerza y podía vislumbrar el fuego en sus ojos. Todo el que pasara por nuestro lado y nos hubiera visto, se habría dado cuenta de lo que teníamos entre manos, porque no se cortó ni un pelo.

Montamos en el coche y condujo por la autovía durante kilómetros, salimos de Guadalajara y recorrimos el Corredor hasta llegar a Torrejón. Por el camino que tomábamos, ya imaginé que la parada sería uno de esos hoteles discretos con habitaciones preparadas para lo que íbamos a hacer nosotros. Y me puse nerviosa. Se me agolparon los nervios en la boca del estómago y comencé a dudar de mí misma y de si iba a estar a la altura.

Metió el coche en un garaje. Me miró y asintió buscando mi complicidad. El silencio nos envolvía a los dos. Abrió la puerta y me invitó a entrar.

Quedé paralizada y con la boca abierta. Quise buscar las palabras, pero solo fui capaz de soltar el aire que guardaba en mis pulmones con una pequeña risa atrapada en mi garganta.

—¿Te gusta? —preguntó a mi espalda, mientras arrastraba sus

labios por mi cuello.

Dejé caer mi cabeza hacia atrás apoyándola en su pecho, cerré los ojos y me rendí al ambiente y sus caricias.

—Mucho… —susurré.

La habitación rezumaba un olor fuerte a cereza, se coloreaba con luces rosas y estaba decorada con un pasillo de pétalos de flor y velas, de las que supuse que salía ese olor. Sobre la cama había una caja de preservativos y una fuente con cerezas.

Fuimos avanzando por el camino marcado. Sus manos se colaron bajo mi camiseta haciéndome cosquillas. Llegó a mi sujetador y bajó la tela. Apretó mis tetas bajo sus manos a la vez que suspiraba con fuerza en mi oído. No puedo negar que ya era palpable la excitación en mí.

Me giré, lo miré a los ojos, pegué mis labios a los suyos y empecé a desnudarlo. Nuestro beso se alborotó y volvimos a perder el ritmo. De repente, su lengua me resultaba ruda y demasiado húmeda. Pasé a besarle el cuello y bajar por su pecho hasta llegar a su cintura. Busqué con detenimiento un tatuaje que no existía y a punto estuve de perder la concentración. No podía caer en el error de creer que me había equivocado, porque no era así. Exhaló el gemido previo a la excitación al saber lo que iba a suceder. Me hizo volver a tocar tierra y centrarme en lo que había planeado para mí, para nosotros.

Y así fue. Desabroché su cinturón. Bajé sus pantalones junto al bóxer de marca. Volvió a gemir. Busqué su mirada, pero no estaba. Se mordía el labio con los ojos cerrados. Tomé su erección entre mis manos. Todavía no se había endurecido lo suficiente. La acerqué a mi boca con cuidado. Colocó sus manos sobre mi cabeza y me empujó suavemente. Me habría gustado marcar yo el ritmo, pero si él lo pedía, ¿por qué no? Gimió en repetidas ocasiones. Le oía jadear con cada bocanada. Empujaba su cadera contra mí. Y lejos de resultarme excitante, me agobié. Paré lo más suave que pude sin resultar brusca y me puse en pie. Quise besarlo, pero se retiró. Me desnudó. Acarició mi cuerpo con delicadeza, como si me fuera a romper entre sus manos. Detuvo sus ojos en el tatuaje que residía como inquilino perpetuo bajo mi teta. Lo leyó, me miró y sonrió. Suspiré mentalmente, ¿qué habría pensado sobre el mensaje

escrito? Me fue empujando con su cuerpo hasta la cama. Me senté. Se acercó a la mesilla, tocó un mando y una música, al más puro estilo *Cincuenta sombras*, comenzó a sonar como hilo conductor. Cogió unas cerezas entre sus dedos y me las ofreció. Atrapé una entre mis labios con sensualidad. Arrugó el entrecejo y los labios satisfecho. Me tomó por la barbilla, me besó y me robó con la lengua el hueso ya liberado de su carne. Lo dejó sobre la mesilla. Abrió la caja de preservativos, sacó uno y se lo puso. «¿Ya?», pensé. Me había dado la impresión de que alargaríamos el juego del morbo.

Se tumbó en la cama y me pidió que me acercara con las manos.

—Ven, *sweet cherry*.

Gateé por las sábanas hasta llegar sobre él. Me froté con él al ritmo de la música, lenta, muy lenta. Jadeé fingidamente suponiendo que le gustaría.

La canción cambió el ritmo y Gonzalo aprovechó para agarrarme por las caderas, sujetar su erección y buscar la entrada a mi vagina de manera certera. Volvió a cerrar los ojos en el momento en que los dos conectábamos en el plano más ancestral. Me moví buscando mi propio placer, necesitaba encenderme más. Me veía en las antípodas del disfrute observando a Gonzalo. Su jadeo se intensificó y bajé el ritmo, no quería que se corriera tan pronto, a mí aún me faltaba.

—Dale, nena, lo haces muy bien —susurró grave.

Me mojé los labios, tiré de mis pezones. Él volvió a jadear. Le gustaba lo que veía y, en ese momento, que yo le provocara, le encendiera y le diera morbo, me bastaba, todo el terreno que pudiera ganar, jugaría a mi favor.

Tras unos minutos, me paró, me giró por las caderas quedando él sobre mí. Se bajó de la cama, me agarró los tobillos y tiró de mí hasta quedar en el borde. Abrió mis piernas y besó la cara interna de mis muslos. Cuando ya pensaba que hundiría su boca en mí, se retiró, resopló y volvió a introducirse en mí, agarrado de mis rodillas. Cerré los ojos concentrándome, me estaba costando muchísimo. De repente se agolpaban mil ideas en mi cabeza: mi tatuaje, el que él no tenía, qué pensaría y ¿cómo buscar ahora a otro tío cuando Gonzalo y yo habíamos traspasado la barrera del sexo con sentimiento? Abrí los ojos buscando escapatoria, todo estaba a mi

favor, el ambiente, el olor, su tacto, sus gemidos, la música, el golpeteo de su cuerpo contra mí, el roce de su piel contra mi clítoris...

Y cuando estaba notando llegar la electricidad, le oí gemir apretando los dientes, ralentizó sus movimientos y terminó con dos fuertes y lentos golpes.

—Ufff, *cherry*. Madre mía… —Se recostó sobre mí recorriendo mi cuerpo con besos—. ¿Te ha gustado?

Me besó lento, largo, con ritmo y armonía, como los besos que acostumbrábamos en los que nos perdíamos.

—Mmm —me limité a sonorizar.

Y entre besos y caricias quise recordar si yo había gemido tanto que había confundido un orgasmo, que nunca me llegó, con la pura excitación del momento. No supe muy bien por qué no le decía que yo no me había corrido y me convencí con que había sido el primer día, que él estaba nervioso, que se había atorado con hacerlo bien, como me estaba pasando a mí, y que la siguiente vez, sin tanta preparación, yo tendría mi ración. ¿Me había gustado? Sí. ¿Me habían faltado unos minutos para decir que había sido exquisito? También.

Sus brazos me recogieron bajo su cuerpo, pegó su nariz a la mía. Olía a ese perfume que tanto me había gustado el primer día. Con tantos nervios, había perdido detalles en el camino que quizá hubieran hecho que me corriera antes. Hundí mi nariz en su cuello arrastrada por su olor.

—Es tarde…, si quieres podemos volver a Guadalajara. Tenemos la opción de quedarnos aquí toda la noche… —propuso con cierto nerviosismo.

—Prefiero quedarme —susurré.

Sus brazos me apretaron un poco más. Se recolocó hasta buscar una postura donde mi cuerpo quedaba encajado en el suyo.

Despertamos con la luz que entraba por las ventanas. Seguíamos en la misma posición en la que nos habíamos colocado la noche anterior. Sonreí. Me gustaba aquello, todo. Gonzalo y su ternura, su cariño, su forma de tratarme y hablarme, estar entre sus brazos, el detalle que había tenido para crear un momento único que recordar.

Todo.

—Buenos días, *sweet cherry*.

—Buenos días, nene —saludé paseando mis dedos por su piel.

—Me gusta que me llames nene, es como si perteneciera a alguien, me da seguridad.

—Ah, ¿sí? ¿Que te sentías inseguro, acaso? —Reí al ver su cara de haber metido la pata—. Solo quería picarte. Voy a ducharme.

Le di un beso en los labios y me levanté corriendo al baño. Cuando el agua estuvo caliente, me metí, apoyé mis manos en la loza. Suspiré y dejé que el agua cayera sobre mí. Había una parte de mí misma que me hacía sentir culpable. ¿Qué explicación podía dar al tatuaje? Y ahora, ¿tendría que olvidarme de buscar al tío que llevaba una copia exacta al mío? Ni siquiera sabía si estaría entre los tres elegidos de la lista. El primero ya estaba descartado. Puto ChatGPT que lo había elegido a él, y error mío pillarme antes de comprobarlo.

Se abrió la mampara de la ducha y sus brazos me recogieron juntando mi espalda con su pecho. Agarró mi cuello con su mano colocando mi cabeza sobre su hombro, me mordió con suavidad la oreja. Con la otra recorrió mi cuerpo junto al reguero que creaba el agua. Se detuvo en mi ombligo creando círculos y bajó hasta colar sus dedos en mi sexo. Entró y salió, jugó con sus dedos.

—Córrete para mí, *sweet cherry* —susurró en mi oído.

Me concentré en sus dedos, en su voz, en su respiración y en la mano que tenía en mi cuello. Cuando sentí que me iba a correr me agarré de sus brazos. Apreté su carne a la vez que gemía el placer que necesitaba explotar desde la noche anterior. Las piernas me temblaban y yo reía con sus dientes pegados en mis labios.

—Agacha —me pidió con delicadeza mientras presionaba mi espalda. Mi culo quedó a la altura de su ya dispuesta dureza. Oí cómo abría un preservativo y aprovechando la humedad de mi orgasmo, entró con prisa.

—No sabía que te gustaban los tatuajes —comentó antes de darle una calada a su váper.

—Y no me gustan. —Reí resignada.

Se puso la camiseta y se acercó a mí. Me peinó con sus dedos a la

vez que sus ojos me observaban de arriba abajo.

—Es un mensaje muy bonito para uno mismo. Repetirse y recordarse que no te puedes olvidar de ti, si es que ese es tu objetivo.

«¿Qué? ¿Cómo me voy a poner ese mensaje para mí misma? ¿Había pensado eso por la G?, ¿la G de Gabriela?», pensé.

—No es para mí, es para aquel que consiga llegar a mi corazón, que no se olvide de que si lo lee es porque siempre quedará en mi corazón grabado —inventé con una maestría que ni yo creía tener.

—Entonces yo ya estoy en tu corazón… —afirmó entre susurros de orgullo.

Asentí. «Ay, madre, ay, madre, ay, madre…».

—¿Tú qué crees?

—Gabriela…, se me pone un nudo en el estómago… Creo que estoy yendo muy rápido, pero me lo pide… —Se dio varios golpes en el pecho—. Creo que me estoy empezando a enamorar… No te asustes, por favor. —Me cogió de las manos y las llevó a sus labios —. Y puedo entender que tus sentimientos no sean tan fuertes conmigo todavía, pero tras pasar nuestra primera noche juntos, no puedo hacerme a la idea de no verte mañana, y pasado y pasado… —Rio nervioso—. Mi mente crea mil planes para estar contigo y los que ya tenía agendados los imagino juntos.

—No me asusto. Yo no sé si me estoy enamorando, pero siento lo mismo que tú, me apetece estar contigo y no paro de pensar en ti. Estás aquí y pienso en ti…

—Joder… Voy a proponerte un plan, quizá es precipitado y, si no estás segura, puedes decir que no…

—No han pasado seis meses para que me pidas matrimonio —le corté.

—No… —rio—, es otra cosa. Este fin de semana me toca quedar con mis primos, ¿me acompañarías?

—¿Sí? —Me miró fijamente—. Sí, claro, ¿por qué no? Un poco abrumador…, pero…

Sonrió con sinceridad, asintiendo. Nos fundimos en un beso cálido que me provocó una pequeña presión en el pecho. ¿Y si yo también me estaba enamorando?



Capítulo 9

Ese sábado me levanté más nerviosa de lo normal. Para empezar porque la noche de antes habíamos hecho quedada en mi casa, les había puesto al día a todas de mi relación con Gonzalo y, salvo Yoana, todas pensaban que íbamos demasiado rápido. Estaban extrañadas de que, en los tiempos que corrían, quedaran tíos que se enamoraran tan rápido y tuvieran tanto interés en una tía, y mucho menos a las puertas del verano donde el zorreo estaba asegurado.

Ainhoa dedicó varias horas a investigar por internet su vida pasada y no encontró nada, lo que le preocupó todavía más, no había ninguna novia, exnovia, rollo o tía que apareciera en sus perfiles, que no fuera su hermana o alguna de sus primas. ¿Por qué sabía que eran sus primas? Porque comentaban las fotos y también las investigó a ellas.

Había dos opciones, que nunca hubiera tenido novias o tuviera una en cada puerto. A lo que alegué que yo tampoco tenía fotos con tíos y sí conocía varón. Y en eso tuve todo el apoyo de Yoana y el silencio sepulcral del resto.

Les conté el plan de los primos de Gonzalo, primero cenaban o tapeaban en un bar y después salían de fiesta. Como buenas amigas que son, quisieron realizar la cobertura de seguridad. A la cena no podían ir, pero salir de fiesta no estaba prohibido. Yo avisaría del local y ellas aparecerían como si no supieran de mi presencia en dicho lugar. Y harían lo posible por mezclarse con la familia y sacar toda la información posible. En eso Claudia era una agente infiltrada de primera, tanto si bebía como si no, su poder de «melasudatodo» se extendía por todos los rincones.

Elegimos la vestimenta que iba a llevar y la dejamos estirada en una silla del salón. Y allí estaba, cada vez que cruzaba por delante de la puerta, me recordaba que iba a ser un día importante.

Madre mía, todo era una locura, solo hacía una semana que conocía a Gonzalo y ni siquiera lo recordaba. El primer encuentro había sucedido solo cinco días antes y ya me iba a presentar a sus primos. ¿Qué opinarían ellos de lo nuestro?

Comencé a hiperventilar un poco angustiada. Debía marcar un ritmo un poco más lento. Vale que los dos nos habíamos pillado el uno por el otro, pero de ahí a despegar a la luna, hay un paso. Antes

de correr hay que aprender a andar, a caminar rápido y a saltar los baches, porque, si no, el leñazo iba a ser de los gordos.

Gonzalo:

Sweet cherry, ¿estás lista?, ¿paso a buscarte?

Sí, dame diez minutos y soy toda tuya.

Gonzalo:

Estoy allí en cinco.

Estaba preparada desde hacía más de media hora. Esos diez minutos era la calma previa a la tormenta. Era una locura, no sabía nada de ellos, ni siquiera cuántos eran, porque, idiota de mí, no había pedido información.

Gonzalo:

Estoy abajo, *cherry*.

Pues, hala, a por ello. Solo tenía que mantenerme cerca de él y que él mismo se ocupara. Una mujer florero en toda regla.

—Estás nerviosa, se te nota.

—Un poco, es que… hace solo una semana que…

—El tiempo es relativo, parece que llevo una vida entera a tu lado —dijo agarrando mi mano antes de besarme.

—No, Gonzalo, una vida no, una semana…

Frunció el ceño y endureció su gesto.

—¿No te apetece el plan?

—Sí, no lo sé. Si a ti te parece bien, adelante.

—Vale —afirmó. Entrelazó su mano a la mía y comenzó a andar.

—No te enfades, por favor, es solo…

—Ya, ya, si lo entiendo, es pronto, me he precipitado. Creí que era mejor ahora que esperar dos semanas más. Estoy ilusionado y quiero compartir estos momentos contigo.

—Oye, vale, déjalo —dije con firmeza—, no le des vueltas. Solo estoy algo nerviosa. No pasa nada. A tu lado estoy más tranquila. Para ti es importante y aquí estoy. —Asintió conforme—. ¿Estarán tus hermanos? —pregunté aguantando el temblor de mi voz.

—No, mi hermana vive en Madrid y solo viene una vez al mes, no

le gusta conducir por la noche de vuelta. Y mi hermano tiene un evento en Galicia que no ha podido cambiar, según él, forma parte del trabajo e ir suponía una buena inyección económica. —Se encogió de hombros.

—Ah… —me limité a decir con un poquito de alivio.

—Estás preciosa.

—Gracias. Idea de mis amigas… —Reí. Tampoco era gran cosa. Llevaba unos pantalones de lino color beige, una camiseta estrecha del mismo color y una cazadora vaquera clara.

—¿Las que estuvieron en la boda?

—Las mismas.

Pocos minutos después llegamos a la terraza de un bar donde se extendían más de cuatro mesas juntas y gente alrededor.

Saludó uno a uno. Allí había chicos y chicas, no supe en qué momento mi mente solo había pensado en primos hombres. Gonzalo me presentó como Gabriela, sus primos me dieron la bienvenida y me invitaron a sentarme.

—¿Cerveza? —me preguntó Gonzalo con discreción. Asentí—. Dos tercios por aquí, por favor —le pidió al camarero.

—Ponnos lo de siempre, un variado de raciones, luego si eso, te pedimos más, que aún falta alguno —añadió uno de sus primos. Ya no me acordaba del nombre de ninguno.

—Hola, Gabriela. Nos conocimos en la boda de Fer, soy Jacobo.

—Hola, yo soy Carlos, también nos conocimos en la boda.

—Ah, ¿sí? Me vais a perdonar…

—¡Gabriela! —gritó una voz femenina—. ¿Mucha resaca? Qué bien me lo pasé contigo. Tengo fotos del momento, luego me das tu insta y te las paso.

—¿Fotos del momento? —pregunté extrañada—. ¿Tú eres…?

—Soy Elisa —contestó risueña—. ¿No te acuerdas de nosotros?

—No, perdón… Yo…

—Normal, con lo que tragaste en tan poco tiempo, tu cerebro debió de bajar las revoluciones.

Los miré extrañada.

—Sí, ganaste una apuesta.

¿Una apuesta? ¿El tatuaje era resultado de una apuesta? ¿Pero

qué había hecho esa noche? Abrí los ojos como platos.

—Te jugaste conmigo que tú me ganabas bebiendo chupitos de lima con tequila. Yo no pude meterme más de cuatro sin respirar, tú llegaste a seis.

—¿Yo? ¿Estáis seguros de que era yo?

—Sí, sí. Estabas con dos chicas más, se fueron al baño cuando les contábamos los retos que hacíamos en la peña del pueblo. Al parecer les aburríamos y a ti no. Te viniste arriba. Fue muy divertido, la verdad.

—Ya…, por cómo lo decís, debió de serlo —acepté medio riendo.

Pese a no acordarme, los notaba cómodos conmigo y me hablaban con confianza, como si siete días antes hubiéramos forjado lazos de amistad. Por un momento, comencé a sentirme a gusto y entré en la conversación que estaban manteniendo sobre sus vacaciones de ese año. Por suerte, Gonzalo no soltaba mi mano, era un cable de amarre. De pronto recordé que había un Carlos en la lista de posibles tatuados. ¿Sería él? ¿Llevaría él bajo su camisa la misma frase que yo? Si así fuera, se habría acordado y, al igual que me habían dicho lo de los chupitos, habría hecho mención al tatuaje, ¿no? ¿Y si yo sacaba el tema?

—Chicos, perdonad que os corte y vuelva a la boda, de la que por desgracia me acuerdo poco, aunque lo que sí que he guardado en mi memoria merece mucho la pena. ¿Qué es lo que más os gustó y lo que menos?

—¿Eres el control de calidad de la novia? —preguntó Jacobo riendo y asentí divertida—. A mí me gustó todo, no tengo pegas… Quizá eché en falta unos churros por la mañana.

—Estoy de acuerdo —acompañó Carlos—. Como pega…, el calor de la ceremonia, habría puesto más ventiladores; con la camisa, la corbata y la americana… Buah, una asfixia.

Elisa simplemente asentía.

—A mí me dejó loca la barra libre…, a los hechos me remito, y lo del estudio de tatuajes… ¡Qué locura! —lancé el anzuelo.

—Hostia, sí… una pasada. Para los viciados, era una chuchería. Seguro que alguno de estos pasó por allí, aunque solo fuera el

escudo del Madrid.

—O cualquier cosa, ¿no? Porque pedo…, te puedes hacer cualquier cosa…

Carlos me miró y asintió riendo.

—¿Te imaginas que te levantas al día siguiente, te miras el culo en el espejo y tienes un Bob Esponja? —planteó.

Reímos todos. Yo fingí cual bellaca. Porque no era un Bob Esponja ni en el culo, pero sí cerca de una teta…, y también me miré en el espejo. Carlos me miraba a los ojos mientras hablaba, no había mudado demasiado el gesto, por lo que no conseguí marcarlo como sospechoso. Quizá estaba mintiendo tanto como yo. Al fin y al cabo, yo tampoco había hecho mención al tatuaje.

—Perdón, perdón. Vengo de Madrid, por las evaluaciones no he podido pasar esta semana por la empresa, he ido hoy y ya me han hecho el lío —excusaba un chico que saludaba dando la mano a todos los allí sentados.

Vestía diferente al resto, algo más desenfadado, un pantalón de vestir estilo chándal, una camiseta algo holgada y una cazadora negra simple.

—No pongas excusas, tío, que no querías venir antes y listo.

Su mirada se cruzó con la mía de manera momentánea. De pronto, volvió a mirarme extrañado y retiró su mirada de nuevo.

Cuando llegó a la altura de Gonzalo, le abrazó palmeando su espalda.

—Hola, Gabriela. ¿Cómo tú aquí?

¿Me conocía? No podía apartar mis ojos de los suyos, que mirada tan intensa, tan directa. Se peinó el pelo con una mano. Tenía el cabello negro bien cuidado y, con aquel gesto, bien podría haber asegurado que era modelo.

—¿Tú también me conoces? Ay, qué bochorno… —Me tapé la cara con la mano—. Perdóname… —Me miró extrañado y pude percibir algo de decepción en esos ojos—. Al parecer también conozco a Carlos, a Jacobo, a Elisa y a Gonzalo… Pero, no sé en qué momento dejé de recordar, tengo una enorme laguna de la noche de la boda. No te lo tomes como algo personal, seguro que te dije alguna chorrada como a Gonzalo o te gané un reto como a Elisa. Quizá hice

algo peor. Lo siento, no lo recuerdo. —Junté las palmas de las manos a modo de disculpa—. Prometo no olvidarme de nada de lo que pase hoy.

—No te preocupes, Gabriela. Es normal desfasar un poco y no recordar, no hace falta que des tantas explicaciones —apuntó Gonzalo justo antes de dar una calada a su váper.

Observé cómo el chico nuevo ponía cara de asco.

—¿Te llamas…? —pregunté.

—Aday.

Sonrió, me dio dos besos y se sentó entre dos primos algo alejado de nosotros. Ese chico era guapo, entre la mirada, la sonrisa, los labios algo carnosos y el pelo… Quizá le podría gustar a Claudia…

En el rato que duró el tapeo y las tres cervezas que nos tomamos, noté las miradas de varios sobre nosotros. Además de las de Aday, que observaba muy atento a Gonzalo, sobre todo cuando hablaba; las de los primos que parecían ser los mayores, y sentí que necesitaba su aprobación para formar parte de esa familia. Se lo llegué a comentar a Gonzalo que, obviamente, lo negó, y alegó que eran mis nervios. Nadie, excepto él, tenía que dar su aprobación, y la suya ya la tenía.

Cuando nos levantamos camino del siguiente lugar, avisé a las chicas de que al parecer iríamos al local de Gonzalo. Me avisaron de que ya estaban allí y tenían el plan totalmente organizado.

—Bueno, yo me voy —se despidió Aday.

—No jodas, que solo es la una, vamos a tomarnos algo antes… —le dijo uno de sus primos.

—Claro, hombre, vente, estamos un rato y luego te vas —le intentó convencer Gonzalo.

Se pasó la mano por el pelo con estilo. Sacó el móvil, lo miró, lo guardó y se quedó pensativo.

—Venga, va, solo un rato, que tengo una montaña enorme de exámenes que tengo que corregir.

Echamos a andar. Gonzalo se adelantó un poco, con su váper en la mano sin dejar de chupetear cada poco. ¿Acaso estaba nervioso por

algo o simplemente era por costumbre social?

—No soporto el olor de esos cacharros —oí que decía Aday.

—A mí tampoco me gustan mucho. —Me encogí de hombros. Anduvimos un rato más en silencio—. Has dicho que tienes exámenes, ¿en qué trabajas?

—Soy profesor de biología.

—Anda… ¿Aquí en Guada? —pregunté por mantener una conversación.

—No, en un instituto de Azuqueca.

—Ah, mira, cerca de mí —reí—, trabajo en…

—Un almacén de Alovera, sí —me cortó. Lo miré extrañada—. Me lo contaste el sábado.

Suspiré resignada.

—Perdona…, ¿qué más te conté? —Me pasé la mano por el brazo intentando tranquilizarme. A saber qué hice esa noche. Bueno, sí, un tatuaje—. O hice… —quise tantear, quizá él sabía algo y, si no recordaba mal, era el otro de la lista.

—Llegamos a la conclusión de que nos conocíamos de vista de frecuentar discotecas. Me dijiste dónde trabajabas, que no te gusta demasiado la música y que bailas por presión social porque estarte quieta significa llamar la atención.

—¿Te conté eso? Vaya…, sí que me desinhibí. Es un pensamiento muy personal. ¿Iba demasiado borracha?

—Un poquito, se te trababa la lengua de vez en cuando, pero no te preocupes —levantó las manos a modo de disculpa—, no te forcé a decir ni a hacer nada.

Él tampoco sabía nada del tatuaje, lo habría dicho en ese momento, ¿no? Me arrasó una ola de desolación y negatividad. ¿Cómo había podido llegar a perder así el control? ¿Y cómo es que había estado sola con gente desconocida alejada de mis amigas?

Iba ensimismada en mis pensamientos, forzando a mi mente a recordar algo, por mínimo que fuera. Me despistó Aday cuando desapareció de mi lado como si se lo hubiera tragado el andén 9 y ¾. Miré a todos lados; al poco lo vi salir de una tienda de chucherías. Llevaba una bolsa repleta de ellas. Se volvió a colocar a

mi lado y me ofreció.

—No, gracias, ahora no me apetecen.

—Bueno, y… —su voz se apagó un poco, se metió un huevo frito a la boca, masticó y tragó con delicadeza— tú y Gonzalo…

—Nos estamos conociendo. La primera vez que lo vi fue en la boda, cosa que tampoco recuerdo —reí nerviosa—, y luego lo encontré por Instagram —alzó los cejas interesado mientras masticaba otra chuchería—, le escribí y quedamos…

—Una semana…

—Sí… —Me recogí el pelo con timidez—, una semana… Hemos congeniado bien, creo…

—Uhum… —musitó y volvió a callar.

Ya en la entrada de la discoteca oí mi nombre. Claudia se acercaba divertida, me abrazaba y me besaba con intensidad. Se presentó a todos los que estaban allí y comentó que había sido una suerte coincidir. Le presenté a Gonzalo. Marta asumió el papel de la amiga desconfiada, lo miró de arriba abajo y le apuntó con el dedo con mucha seriedad. Lo vi tragar y apretar la mandíbula. Me acerqué a él, acaricié su brazo para restarle tensión. Me agarró por la barbilla y me besó con ternura.

Ya dentro de la discoteca, me quedé con mis amigas. Bailamos, reímos, cotilleamos y chismorreamos de todos y cada uno de los primos de Gonzalo. Ainhoa le creó una vida a cada uno de ellos.

—Que sepáis que hay tres que están muy buenos, he sacado a Gonzalo de la lista por razones obvias —dijo moviendo el dedito y poniendo morros.

—A ver…, solo por el *outfit* que llevan, están resultones, lo mismo luego les pones un pijama de Los Simpson y dan repelús —comentó Claudia.

—Creéis que tengo opciones con alguna, la rubia está buenísima. Me tiembla la pepitilla solo imaginando lo que podría hacer con ella —fantaseó Yoana.

—Estás salida… —le recriminó Marta—, contrólate.

—Estoy necesitada y como tú no me quieres aliviar, tendré que buscarlo fuera…

Marta y Yoana eran lesbianas. Aunque Yoana nunca había

renegado del sexo masculino y, si alguno le gustaba, no iba a rechazarlo; se decantaba más por las féminas. Entre ellas nunca hubo sexo, roce o amor; eran amigas, muy amigas, pero nada más. Hasta se habían ayudado a encontrar pareja en ciertas ocasiones, sus gustos eran muy diferentes. Mientras que Yoana las prefería con cuerpazo delgado, tetas y poco culo, Marta se fijaba más en la forma de ser que en el físico, y su objetivo era encontrar una relación seria más que polvos sueltos.

—Reunión de urgencia, chicas, vamos al baño —alertó Claudia.

—¿Qué pasa? No nos asustes —comenté.

—No, susto ninguno. Aparte de haber tanteado a varios de los primos, también he tanteado a las primas. Nadie habla de tatuajes. Les he enseñado mis heridas, les he hablado de marcas de por vida, de recordar la boda hasta la muerte o la eficiencia del láser… He tanteado a los de la lista, descartando a Gonzalo, porque ya sabemos que no tiene el tatuaje, y ninguno, absolutamente ninguno ha hecho mención a un tatuaje, a una marca, nada. Me he fijado muy bien en las caras y los gestos…, nada, ninguno se ha inmutado, es como si estuviera hablando en chino.

—Yo también lo he intentado con los otros dos que teníamos en la lista y creo que los podemos descartar totalmente —admití—. Quizá no sea ninguno de los que habíamos pensado. Lo mismo esa G es por un mote que tenga o alguna gilipollez que dije yo en el momento, otra apuesta que se me ocurriera; o lo mismo es mi G, G de Gabriela… Es posible que la explicación sea tan simple como ridícula. No me acuerdo de nada de lo que hice y, aparte de irme de la lengua aquella noche, al parecer reté a Elisa a tomar chupitos… —Alcé las manos con cansancio.

—Es posible —compartió Marta acariciándome el brazo.

—Venga, chicas, no pasa nada si no lo encontramos. En la boda había doscientas personas, es una locura buscar uno por uno, lo mismo se equivocaron de apellido en el estudio de tatuajes… ¿quién sabe? A lo mejor miró otra línea, otro tatuaje. —Tomó aire para seguir con su argumento—. Piénsalo, Gabriela, Gonzalo no está molesto con el tatuaje, no le ha llamado demasiado la atención y… es bonito, la letra y el mensaje… Y la excusa que te inventaste es

válida —intentó consolarme Yoana.

—Quizá lo mejor es que aceptes que está ahí y ya. Si eso, en un futuro…, te lo puedes quitar con alguna nueva técnica que sea menos dolorosa, invasiva y más efectiva, ¿no? —argumentó Ainhoa.

Asentí con pena. Se me saltaron un par de lágrimas. El hecho de buscar a la otra persona que pudiera llevar el mismo tatuaje que yo, me había mantenido en una realidad fantasiosa, porque, claro, una vez encontrado, ¿qué? Pero llegados a ese punto, tenía que asumir que la tinta se quedaría conmigo de por vida y no había vuelta atrás.

—Venga, nena, no es tan grave, piénsalo. Hay cosas peores. —Marta me limpió las lágrimas y me abrazó.

—Abrazo de grupo, chicas —pidió Claudia—. Y foto para Nuri, mañana la ponemos al día.

Aquel abrazo duró más de seis segundos. En ese rato entraron y salieron varias chicas que nos miraron con interés. Las ignoramos totalmente.



Capítulo 10

Llegué a casa entorno a las dos de la mañana. Eran las diez y todavía no me había dormido. No podía. Cada vez que cerraba los ojos, veía a Gabriela besando a Gonzalo. ¿Qué narices le había hecho yo al karma? Cuando por fin tenía una oportunidad de acercarme a ella, cuando por fin me atrevía a hablarle, cuando por fin estaba sola y podía trabajármelo, así, sorpresivamente, estaba saliendo con mi primo. Y no había más tíos en el puto mundo, no, mi primo. Para que si todo les iba bien, la tuviera delante en reuniones familiares, para verla besarse con él cada quince días. Para que mi corazón se fuera destrozando un poco más cada vez.

Me dolía el pecho. Sabía que era ansiedad y presión que yo mismo me estaba generando. No era dolor de corazón real, era dolor de orgullo. Orgullo hundido y machacado. No quise ponerme música, no quise cebar el recuerdo de cada una de las letras de esas canciones con esa nueva decepción.

Me tapé la cabeza con la almohada y chillé contra el colchón. Pero la angustia seguía ahí sin irse. Pasadas unas horas, golpearon la puerta de mi cuarto.

—He hecho tortitas, como te gustan, también he hecho nata —dijo Jes al otro lado. No contesté—. Aday, ¿estás bien? Ya sé que llegaste tarde, pero es casi la una y no has dado señales de vida. —Seguí sin hacer ruido—. Voy a abrir la puerta si no me dices nada, vístete, porque entro. Te doy diez segundos. Diez, nueve, ocho…

—Déjame, Jésica, por favor.

—¿Estás bien?

—Sí, luego salgo a comer.

—Vale…

Oí chirriar sus pies descalzos sobre el parqué y alejarse por el pasillo.

Inspiré fuerte y cerré los ojos. No iba a poder dormir. Me cambié y cogí la mochila del gimnasio. Intentaría desconectar allí un rato, quizá me diera un poco de luz, porque había entrado en una espiral de negatividad donde no paraba de echarme las culpas a mí mismo.

Abrí la puerta de mi habitación, fui a la cocina, cogí una botella de agua fría de la nevera, pasé por delante del comedor camino de la puerta de casa. Jes se levantó rápido, pero no llegó a tiempo de

verme, salí antes.

—Me voy al gimnasio, estaré un rato, no me esperéis a comer.

—Aday…

Cerré la puerta sin darle opción a que me dijera más.

No duré mucho, no tenía fuerza en los músculos y no quería lesionarme a las puertas del verano. Por suerte, no hacía todavía demasiado calor y pude dar un paseo por el parque fluvial. Me senté en el césped y dediqué un rato a la contemplación. Entré en la habitación blanca mental y cerré los ojos.

Desperté al rato por el cosquilleo de una hormiga en mi brazo. Estaba tumbado sobre la hierba. Miré el reloj, eran las cinco de la tarde. No me notaba mejor, pero había descansado lo suficiente como para volver a casa algo más erguido.

Se abrió la puerta antes de que yo pudiera empujar.

—Ya te vale, que estamos preocupados. ¿Qué ha pasado?

—Nada.

—¿Nada? ¿Desde cuándo desapareces sin pronunciar palabra?, ¿desde cuándo no vienes a comer?, ¿desde cuándo no te comes las tortitas especiales que te hago para desayunar?

—Pufff.

—A mí no me bufes… —Me apuntó con el dedo. Me quitó la mochila y señaló el salón—. Quítate las zapatillas y tira para el sofá. Comité de urgencia.

Puse los ojos en blanco. Sabía que estaban preocupados por mi comportamiento, pero me apetecía nada y menos contar lo que me tenía en ese estado.

Me dejé caer en el sofá, me peiné el pelo en repetidas ocasiones. Fran me observaba con los ojos entreabiertos. Jésica estaba de pie con los brazos cruzados.

—¿Qué hiciste anoche? ¿Hay que llamar a algún abogado? —preguntó.

—¡¿Qué?! ¡No!

—Entonces, cuéntanos… —invitó Fran con amabilidad.

Inspiré y solté el aire con fuerza por la nariz.

—Ayer vi a Gabriela —Jes abrió los ojos esperanzada. Se sentó en el suelo frente a mí con las piernas cruzadas—, besándose con mi

primo.

—¿Cómo? —preguntó Fran.

—Pues así…

Puse mi mano frente a mis labios y simulé un morreo. Solté la mano y gesticulé con asco y mala gana.

—¿Con cuál de todos tus primos? —se interesó Jésica.

—¿Y eso qué más da? Já…, ¿sabes cómo se comunicó con él? Por Instagram… Con él, sí; conmigo no… —Jésica movió la mano dándose la razón—. No se acuerda de nada, no se acuerda de mí, ni de que habláramos, ni, obviamente, de mi Instagram. Es como si me hubiera conocido anoche. No sabía de mi existencia… La semana pasada no tenía novio, ahora va enganchada del brazo de Gonzalo… De puta madre…

—¿De Gonzalo? —preguntó Jes con el ceño muy fruncido.

—Sí, de Gonzalo.

—¿El hijo del doctor Grupeli y la doctora Carrasco?

—Sí —dije de malas maneras—, el hijo de mi tío y de mi tía, mi primo…

—Eso no es serio, no te preocupes. Le va a durar poco, échale máximo dos semanas y vuelve a estar libre —expuso convencida.

—¿Tú qué sabes? —preguntó Fran.

—Gonzalo es un viva la vida, un aquí te pillo aquí te mato. Se lía con todo lo que se mueve. En una noche se puede tirar a dos y ni se despeina.

—¡¿Cómo?! —exclamamos Fran y yo a la vez.

—Gonzalo es conocido… No hace ascos… ¿Cuántas novias le has visto tú a Gonzalo?

—Que haya llevado a la reunión de primos…, dos…

—¿Y cuánto duró con ellas?

—No lo sé…

—No pasó de dos meses. Es el típico don Juan, te embelesa, te adora el oído, te promete la luna, lo tiene tan trabajado, que te lo crees. Y cuando menos lo esperas, zas, tienes más cuernos que la

Feria de San Isidro de las Ventas.

—¿Cómo sabes eso? —me interesé.

—Porque yo estuve con él.

—¿Tú? ¿Y por qué yo no sabía nada?

—Varias veces, además, porque el cabrón, no sé cómo lo hace, crea adicción. Me lie con él, me lo tiré esa misma noche, no es gran cosa, te puedo decir; al día siguiente me conquistó por mensajes, es atento y dice cosas bonitas. Volvimos a quedar, me llevó a cenar y a follar, ahí se esmeró más… y así durante unos días. De repente, me dice que lo siente, pero que cree que está yendo muy rápido y necesita parar. Y yo, vale, paramos, pero ¿seguimos quedando? Él estuvo de acuerdo, pero los mensajitos del caballero se fueron espaciando en el tiempo, también los encuentros. Entonces me enteré de que estaba con otra, en el hospital nos enteramos de todo… Y de que la había invitado al chaletazo de los papis… Dos semanas después, retomó los mensajes, esa vez se lo curró más, que si te echo de menos, que si no puedo evitar compararla contigo y tú eres más, que si te juro que voy a poner toda la carne en el asador y, plof, otra vez a sus pies. ¿Soy imbécil? Sí, pero no sé qué cojones tiene ese tío, la forma en la que te mira, te acaricia, te trata… que caes, es que caes… Pero una cosa os digo… tropiezo dos veces con la misma piedra, tres ya es un esguince demasiado doloroso. Bueno, quizá habría caído una tercera si Gonzalo no la hubiera cagado tanto, estuvo muy poco listo y no analizó bien con quién se liaba. Adivinad… —Los dos nos miramos y nos encogimos de hombros—. Con mi hermana… —Abrimos los ojos—. Quedamos un domingo a comer pollo asado en casa de mis padres y, ¿quién apareció? Síííí, Gonzalo… No duró mucho… lo que tardé en leer en

voz alta los mensajes de la noche anterior y de esa misma mañana.

—Hostia…

—Resulta que eran exactamente iguales que los de mi hermana. Buah, no os imagináis la llorera que me pegué después, por la bajada de adrenalina, ¿eh? No os penséis que a mí un tío me va a destrozar.

Su historia no tenía por qué repetirse con Gabriela. Me había estado fijando mucho en sus miradas, en ellos, en sus gestos. Nunca antes había visto a Gonzalo así.

—No…, esta vez es diferente… —musité.

—¿Por qué ha de serlo? El que es infiel, es infiel. Es un cabrón.

—No… la miraba de otra forma… La mirada no engaña, Jes, y sé que yo ayer tuve que mentirme a mí para que no se me notara que me la comía viva con los ojos. Así es como Gonzalo la veía a ella. Se la comía. La cuidaba, la arropaba, la mimaba…

—Siempre dicen que cuando llega la adecuada… todo cambia… —añadió Fran, dándome la razón. Le señalé con la mano.

—Bueno, pues… miremos el lado positivo, ahora la vas a tener más cerca, trabájatelo, a pico y pala. Poquito a poquito y se la levantas —ideó Jes.

—¿Cómo le voy a levantar la novia a mi primo? Y ¿yo? Que he estado años sin ser capaz de buscarla y hablarle por miedica…

—Pero ya no eres el adolescente de antaño, aunque se te peguen muchas tonterías de tus alumnos… Piensa en ti, sé egoísta…

—Gracias, chicos. No sé qué haría yo sin vosotros. No digo que vaya a hacer lo que propones, porque es descabellado, pero me siento más liberado.

—Y menos preocupado porque sabes que no vas a ir a su boda con Gonzalo —sentenció Jes.

No voy a admitir que eso me había tranquilizado, aunque así era. Desconocía esa faceta de Gonzalo, posiblemente porque nunca me había interesado la vida privada de mis primos, había sido un error creer que compartíamos la misma forma de ver la vida en el plano sentimental, más que nada porque era la educación que nos habían transmitido nuestros padres y abuelos.

Lo peor vino esa noche, cuando tumbado en la cama, me puse la

lista de música y las imágenes del día anterior me golpeteaban constantemente. El vacío del estómago, la decepción, la frustración, una herida del pasado que seguía abierta y el cansancio acumulado me regalaron unas cuantas horas llorando cual adolescente traicionado.

***

Lejos de mejorar a lo largo de la semana, y pese a haberme volcado con el trabajo, exámenes finales, correcciones de última hora, últimas clases de un curso fantástico desde mi punto de vista, mi sentimentalismo estaba en auge. Tenía ganas de acabar el curso y descansar, pero no quería perder los grupos que había tenido ese año. Ellos tampoco querían encontrarse a otro como profesor y costaba despedirse de ellos, de las vivencias y tantos momentos compartidos durante meses y horas. La única forma que encontraba para desconectar era ir al gimnasio. Cada vez que entraba en la aplicación de música, la lista que había creado con su nombre me obsequiaba con la fantástica diapositiva de mi primo y ella besándose.

Por suerte, las aguas en casa estaban tranquilas. Jésica nos deleitaba con sus chismes diarios y Fran se lamentaba porque le tenía que echar más horas a estudiar los exámenes del máster, lo que le quitaba tiempo de grabarse jugando, que era lo que le daba dinero, realmente.

—Genial, genial, genial —dije entrando en el salón y lancé el móvil sobre las piernas de Jes.

Leyó detenidamente y puso cara de sorpresa.

—¿En serio?

—Parece que el señor Gonzalo ha cambiado… o mejor, Gabriela le ha cambiado. Les pronostico una vida llena de éxito y pequeños churumbeles correteando a su alrededor.

—Exagerado, solo ha comentado que irá al cumpleaños de tu abuela.

—¡Exacto! ¿A cuántas ha llevado a eso alguna vez? ¡A ninguna!

¡Ninguna!

Me froté la cara con las manos y gruñí fuerte.

—Para, toro… que lo mismo no las ha llevado porque no estaba con ninguna en esas fechas —pronunció «ninguna» con retintín.

—No voy.

—¿Cómo no vas a ir?, es tu abuela.

—Ya, y el amor de mi vida besándose con otro, con otro no, con mi primo.

—El amor de tu vida… la obsesión de tu vida, puntualizaría yo. Noooooo, no es amoooorrr, lo que tú sieeeeenteeees es una obsesióóón —canturreó.

—Tienes que ir, tío —apoyó Fran—. Tu abuela es más importante, esa relación puede acabar, pero tu abuela siempre será tu abuela. Y siempre te queda la opción de levantársela a Gonzalo.

—Oye, dejad de hablar de ella como si fuera un cromo que se puede intercambiar. —Los dos levantaron las manos exculpándose—. Yo tenía en mente otra cosa con ella, quería intentarlo, ahora no puedo tener con ella la misma actitud. ¿Cómo lo hago?

—De verdad, para lo simples que sois los tíos y lo que os complicáis algunas veces. No hagas nada, sé tú mismo y actúa como te salga. Fin.

—¡Qué fácil lo ves!

—Pues mucho más que tú, tan listo que eres y qué poca visión de futuro… Vamos a ver, estará ella ahí delante de toda la familia, tiene que ser abrumador, por mucho que vaya como una lapa con Gonzalo y que hable con algún primo que le haya caído en gracia. Necesitará alguien en quien apoyarse con confianza, y, tío, tú en eso eres experto. Tienes tacto, eres encantador, amable, simpático y empático. Además, haréis la excursión esa por la montaña, ¿no? —Asentí—. Sé su bastón, cuéntale batallitas de la naturaleza, las abejitas y todo eso que tú sabes…

—Y me voy directo a la *friendzone*.

—O a la retaguardia… —apuntó Fran.

—No voy.

—Aday, como me entere de que no vas, te amargaré la existencia en esta casa por los restos de tu vida. —Se besó el dedo con fuerza

y lo dirigió al suelo—. Y no escupo porque es una cerdada que voy a tener que limpiar yo. —Quise hablar y me lo impidió con el dedo en alto—. Como se te ocurra decir otra gilipollez del tamaño de las que ya has soltado, la tenemos.

Me devolvió el móvil y salió de la habitación hecha una furia.

—¿Tú qué dices? —pregunté a Fran con mil dudas.

—Yo estoy con ella. Tío, tú antes molabas.

Alcé los brazos, indignado.

—Hay que joderse, ¿es que todo el mundo en esta casa está en mi contra?

Ninguno contestó y pillé la indirecta. Fui a la cocina, cogí una bolsa de chucherías y me la llevé al cuarto. Me senté en el suelo con la espalda apoyada en la cama. Cerré los ojos y medité durante media hora. Después analicé mi comportamiento y mi reacción. Mis compañeros tenían razón, no debía cambiar mi forma de ser y sí mi manera de pensar.



Capítulo 11

Poco a poco habían pasado más de dos semanas. Ya me atrevía a hablar de novio en el trabajo y contar los planes que hacíamos. Lucas miraba de reojo y cuando comenzaba a relatarlos, solía entretenerse con el móvil.

Gonzalo y yo nos habíamos visto todos los días, alguna noche la habíamos compartido en su casa o en la mía. Durante la semana, los planes eran sencillos, quedábamos en una de las casas y hacíamos maratones de series mientras comíamos palomitas o cena que habíamos preparado entre los dos. Se le daba muy bien cocinar y siempre estaba dispuesto para encargarse él de los fogones. Los fines de semana, íbamos a Madrid, visitábamos alguna exposición, asistíamos al teatro o simplemente caminábamos hasta que llegaba la noche y cenábamos en algún restaurante elegido por él.

Esa tarde veíamos una serie de espías, apoyaba mi cabeza en sus piernas y él peinaba mi pelo con dulzura.

—Este fin de semana no vamos a poder quedar. Viene Nuria del viaje y toca quedada, la vamos a ir a recoger a casa y la llevaremos a casa de mis padres, vamos a prepararla una fiestecilla, barbacoa y esas cosas.

—¿Puedo ir?

Me levanté y me senté a su lado mirándolo fijamente. Me miró extrañado.

—No, no puedes.

—¿Por qué? Estamos juntos…

—Porque es un plan de chicas y porque es en casa de mis padres. Me parece precipitado presentártelos ya.

—Lo entiendo —se quedó en silencio—. Aunque yo te presenté a mis primos.

—Porque tú quisiste, te gustó llevarme, hasta te sentiste un poco protagonista ese día, y no lo niegues.

—Sí, cierto, me gustó. Vale, entiendo tu postura, los padres son palabras mayores y lo entiendo.

—Tú todavía no me has presentado a tus hermanos… —le recordé intentando convencerle de que eso no era una prioridad.

—Ya, bueno, puede que no tarde.

—Que no hay prisa, Gonzalo, de verdad. Vamos a disfrutar de

nosotros sin estar cada semana quedando con familiares. ¿Te parece?

Me senté sobre sus piernas, le agarré la cara y lo besé.

—Si te pones así… —puso morritos pidiendo más.

Me apunté un punto muy grande. Había conseguido parar un poco la mecha de Gonzalo. La verdad es que era muy fácil hablar con él, daba su brazo a torcer y enseguida llegábamos a acuerdos y no había discusiones. Excepto con una…, el váper. De manera sutil le había pedido que no vapeara en mi casa. Y he de destapar mi artimaña; intentaba que pasáramos el mayor tiempo posible en ella. Así me aseguraba que mientras estuviera allí, no vapearía. Sé que era un poco tóxico, pero también sé que él no era tonto y conocía mis intenciones.

Fui directa a casa de mis padres. Hacía varias semanas que no los veía y los echaba de menos, no acostumbrábamos a estar más de una semana sin vernos, por mucho que cada día habláramos por teléfono o mensajes.

Estuve un rato abrazada a mi padre. Me pidió ver el tatuaje, lo examinó y dio su visto bueno, estaba en perfectas condiciones. Mi madre llegó más tarde a casa, había ido al cine con sus amigas y había dejado a mi padre a cargo de la fiesta. Se quedarían a cenar con nosotras y después saldrían con unos amigos a tomar algo por el centro de la ciudad.

Oímos escándalo en la calle y reí. Fui corriendo a abrir la puerta. Nuria estaba muy morena.

—¡Gab! —gritó al abrazarme—. Mil gracias por el recibimiento, me voy a tener que casar más veces. Antes de nada, por favor, enséñame ese tatuaje.

Me levantó la camiseta y lo miró con detenimiento. Se puso las manos a cada lado de la cara y exclamó que era precioso.

Las invité a pasar, ya se sabían el camino. Mis padres entraban y salían poniendo las diferentes tapas, ayudados por nosotras. Yoana se dedicaba a preparar mojitos. Cuando ya estuvimos todos sentados escuchando lo que Nuria contaba sobre su viaje, Claudia se soltó la lengua.

—Pues nosotras hemos quedado poco, a ver salimos los findes,

pero entre semana, lo de tomarnos la caña de rigor, se acabó, porque como Gabriela no se despega de Gonzalo…

Se me activaron los nervios en el estómago. Todavía no les había dicho nada a mis padres y no era esa la forma en la que me habría gustado contarlo.

—¿Cómo os va? Está como muy pillado, ¿no? —preguntó inocente Nuria.

—¿Quién es Gonzalo? —se interesó mi madre. Tenía una sonrisa en la cara y esperaba atenta una contestación. A mi padre no quise mirarlo, intuía que estaba serio.

—Su novio —soltó Yoana.

Se me cortó la respiración en el mismo momento en el que iba a contestar yo.

—¡Anda, hija! ¿Novio? ¿Y no nos dices nada? ¿Dónde lo conociste, quién es? —interrogó mi madre.

—En la boda de Nuri —volvió a decir Yoana.

—Ya lo cuento yo, ¿vale? —le corté—. Ya sabéis que no me acuerdo de lo que pasó en la boda…, es uno de los que estaba en la lista que hicimos de posibles candidatos del tatuaje. Quedé con él y… no sé, nos gustamos. Y hacemos planes desde que quedamos el primer día.

—De eso hace casi tres semanas… —comentó mi padre—. ¿Era secreto?

—Yo creo que van demasiado rápido, solo hace unas semanas que se conocen y parece que lleven una vida entera, se encierran en casa a ver series como dos cuarentones casados —comentó Ainhoa.

—¡Oye! —le recriminó con gracia mi madre.

—Se ha lanzado demasiado rápido, lo creemos todas —dijo Yoana.

—Por fin un poco de marcha y valentía en el cuerpo, que siempre has estado muy encorsetada —alegó mi madre.

—Es precavida, reina, hay que analizar bien las decisiones que se toman —argumentó mi padre.

—Es miedo, Dani, miedo, nunca ha arriesgado por miedo —le reprochó mi madre con toda la razón del mundo.

—Te lo podías haber traído hoy… —añadió Claudia.

—No. Él quería, pero todavía no era el momento, mis padres no

sabían nada y quería contárselo primero. Gracias, chicas, por allanarme el camino —ironicé. Miré a mi padre—. Primero quería estar segura de que esto podía tener un recorrido largo antes de traerlo aquí, y sentir que no desentonaría. Él ha preferido ir más rápido y ya me ha presentado a sus primos, sin embargo, yo prefería esperar y que fuerais vosotros —miré a mis padres— quienes dierais el visto bueno a conocerlo. Es cierto que ahora mismo estoy muy a gusto con vosotras, aunque también es cierto que me gustaría que estuviera aquí.

Mi padre me miró fijamente asintiendo.

—Infanta, estoy muy orgulloso de ti, se nota que te he educado bien.

—Gracias —dije con vergüenza.

—Tráelo cuando quieras. Si consideras que debemos conocerlo porque confías en que es una relación segura, adelante —sentenció —. ¿Tengo que investigarlo o algo? —añadió riendo.

—No, no lo creo, sus padres son médicos, él es empresario e inversor, su hermana es abogada y su hermano se dedica a estudiar y cosas de internet… —informé.

—¡Braguetazo! —bromeó.

—Y su familia tiene muchos negocios en Guadalajara y alrededores —añadió Nuria—. Gente de alto *standing*… Son amigos de Fer desde el colegio, Carlos, para ser más exactos; conoció al resto en el equipo de fútbol y alguna de las quedadas que hacían. Los que vinieron a la boda son los más allegados. Son muy meticulosos y tiene agendadas las quedadas, es raro, porque improvisan poco, pero se aseguran no perder el contacto. Creo que entre los primos quedaban obligatoriamente cada quince días y con los amigos cada mes, si entremedias surgen planes, los llevan a cabo; ahora, la fecha marcada cada mes, es inamovible. Fer ha llegado a asistir con 38º de fiebre.

—Sí, son bastante metódicos —admití—. Conmigo no, improvisa

bastante, quizá es un acuerdo entre ellos.

Me vibró el móvil.

Gonzalo:

Sweet cherry, te echo de menos. No sé qué hacer toda la tarde sin ti.

Un beso de los nuestros.

Sé que se me puso una sonrisa en la cara. Miré a mi padre para valorar su reacción. Sonrió, asintió y cogió el vaso de mojito, lo alzó y pidió un brindis por los que allí estábamos.

Me generó mucha paz que mis padres ya lo supieran y lo hubieran asimilado con tanta naturalidad. Nunca me habían puesto pegas, aunque siempre me habían pedido precaución. Solo les había presentado un novio, cuando tenía veinte años y un universitario me prometió una galaxia entera. Aquella relación pintaba bien, iba poquito a poco, con su tonteo, sus quedadas los fines de semana, juntarnos con nuestros amigos, visitas furtivas a la universidad… Hasta que se fue de Erasmus y me reemplazó a las dos semanas por una rubia alemana.

Esta vez era distinto, lo notaba, había calma y tiento, sentía que era una relación muy madura. Quizá demasiado.

***

El inicio de la semana siguiente resultó extraño. Gonzalo me propuso viajar juntos a Mallorca, le dije que pediría un par de días en el trabajo y dejé caer de manera sutil si no era muy pronto irnos solos de vacaciones. Me intentó convencer alegando que ya pasábamos fines de semana juntos, que el viaje contaría con dos días más y planes diferentes lejos de casa.

No supe si le había sentado mal, pero pasamos de vernos todos los días a no vernos ninguno. Esa semana tenía mucho trabajo en Madrid, según excusaba él. Es cierto que me llamaba todos los días y hablábamos mientras él conducía de ida o de vuelta a Madrid, y eso me tranquilizaba, porque sentía mi casa muy vacía, me había

mal acostumbrado a tenerlo allí.

Aproveché a unirme a la quedada de cañas con las chicas y reconectar con ellas.

—La vida de casada es igual que la de soltera, no cambia nada, salvo porque ahora llevo una joya en mi dedo y si hago así —mostró su mano como si estuviera haciendo una peineta—, puedo insultar y marcar límites a la vez. —Rio Nuria.

—Y tú, ¿te vas a casar ya? —preguntó Yoana.

Bufé por el ataque.

—No. Sé por dónde vas y vale, sí, vamos rápido. Tengo la sensación de llevar con él una vida, y me ha faltado tonteo, no tengo que currármelo, porque ya estamos juntos, no hay jugueteo previo a la relación…

—¿Ya no tienes hormigueo en la tripa? —preguntó Nuria.

—Sí…, sí lo tengo.

—¿Qué pasa?, ¿por qué lo dices así?

—Porque esta semana no lo voy a ver y estoy preocupada.

Les conté lo del viaje y su reacción. Ellas también pensaban como yo, que su distancia se debía a poner en duda un plan que, aunque me gustaba, me resultaba precipitado.

—Háblalo con él. Lleváis poco, no tienes nada que perder y, si llevarais mucho, tampoco tendrías mucho que perder. Dile que estás insegura.

—Sí, claro, y mostrarme vulnerable delante de él —lamenté.

—Es tu novio, si él no sabe cuándo puedes ser vulnerable, ¿quién lo va a saber? Tiene que conocer tus fortalezas y tus debilidades para poder adaptarse a ti, y tú a él. Es que os habéis saltado pasos… —dijo Claudia medio cabreada.

—Preséntate esta noche o mañana en su casa, le das una sorpresa y se lo planteas cuando estéis relajados después del polvo.

—Eres muy burra —le dije a Yoana—. Y por eso estás soltera.

—Pero no estoy rayada porque mi novio con aires de hombre de relaciones serias que controla manejando los hilos a su antojo, lleva cuatro días sin verme la cara.

—Yoana… —le paró Nuria—, tiene que gestionarlo ella, es su

pareja, ella sabrá cómo se relaciona con él…

—Vale. —Simuló que se cerraba la boca con una cremallera y la tiraba lejos.

Una vez más, tenían razón. Me había rayado por una chorrada que fácilmente podía solucionar hablando con Gonzalo.

Esa misma noche me aposté en la puerta del garaje de su casa. Llevábamos hablando media hora, él ya estaba de vuelta. Me contaba lo que había hecho, que se había reunido con inversores y había comido en un restaurante muy lujoso que le había cautivado. Vi su coche de lejos y me puse delante de la puerta justo cuando él llegaba. Moví el móvil en la mano y reí.

—¿Qué haces aquí, *sweet cherry*?

—Te echaba de menos. No podía estar un día más sin ti y he pensado en darte una sorpresa…

—Y me la has dado… Venga, sube al coche.

Lo hice. Me miró y me besó. Fijé mi mirada en él, le brillaban los ojos, esa era buena señal.

—Estás guapo —le dije acariciando su cara.

—Y tú preciosa. ¿Te quedas a dormir? —preguntó pícaro.

—¿Quieres? —tonteé con voz sensual.

—¿Acaso lo dudas?

Me mordió el labio, rio y entró al garaje. Me recoloqué en el asiento e inspiré satisfecha. No había visos de que estuviera cabreado o decepcionado. Quizá sí era cierto que tenía mucho trabajo y no había podido quedar conmigo.

Nos habíamos ido a la cama sin cenar, y habíamos hecho el amor hasta en dos ocasiones, con una ducha de por medio y una pausa en la que él se perdió en su móvil. En ninguna de las dos ocasiones llegué al orgasmo, y ya no sabía si es que yo no podía porque tenía la cabeza embotada o porque él no se preocupaba lo suficiente por mi placer. Lo cierto es que tampoco le dejaba mucho tiempo para dudar, porque los fingía con gemidos. Y ahí estaba yo, apoyada en su hombro, recogida por su brazo, haciéndole cosquillas por el pecho, dando mentalmente más vueltas que una noria, y él, despreocupado, descargado y satisfecho mirando su móvil.

—Nene —sabía que le gustaba y lo dije en mi favor—, ¿te puedo

plantear una cuestión?

—Por supuesto, *cherry*.

—Tengo la sensación…, y seguramente sea una paranoia mía —me autoculpé—, de que desde que te comenté que quizá el viaje era precipitado, has puesto tiempo y espacio de por medio. Que hasta ahora no había día que no pasáramos un rato juntos, sin embargo, esta semana… si no llego a venir hoy, no nos habríamos visto.

Dejó el móvil sobre la cama, me tomó por la barbilla y me obligó a mirarlo.

—No…, entiendo perfectamente tu postura frente al viaje, lo de esta semana ha sido una casualidad. Habitualmente, tengo mucho trabajo en Madrid y tengo que ir y venir, es cierto que esta semana se me ha agolpado lo que había aplazado las semanas anteriores por estar contigo.

Tragué saliva, parecía sincero.

—Siento haberme rayado así…, pensé que…

—*Sweet cherry*, deja de pensar cosas que no son. Hablamos todos los días por teléfono y te sigo dando los buenos días y las buenas noches porque eres lo primero y lo último en lo que pienso cada día.

—Vale —susurré tímida. Había destapado mi parte más vulnerable y la había tapado sin montar un escándalo. «Bien hecho, Gabriela», me dije a mí misma.

—Estoy hablando con mis primos, este sábado celebramos el cumpleaños de mi abuela en el pueblo. La tradición es ir todos los nietos con ella de ruta. Solemos llegar allí por la mañana, tomamos el vermú y después hacemos senderismo hasta una encina centenaria que hay a unos kilómetros. Allí nos sentamos y nos comemos los bocadillos que nos prepara mi abuela. Es una forma de recordar los veranos que pasábamos con ella en el pueblo. Algo así como mamá gallina con sus polluelos bajo el ala.

—Vaya, ¿todos los primos? —Asintió—. Eso será como una excursión de los *scouts*.

—Algo así. —Rio—. Algunos de mis primos insisten en que vengas.

Me dio el móvil con el chat de sus primos abierto. «Échame una mano, primo», se llamaba. Me hizo sonreír. Leí con detenimiento. Así era, algunos le pedían ir acompañado por Gabriela, o sea, yo. Una

de ellas era Elisa y decía que le había caído muy bien. Lo bloqueé y se lo devolví.

—¿Qué dices? ¿Te apetece venir? —preguntó y me dio un beso en el pelo.

—¿Te apetece que vaya?

—Yo estoy encantado de tenerte a mi lado, aunque sospecho que mi prima te va a robar y te va a acaparar.

—Pero eso significaría presentarme a tus abuelos.

—Y a mis hermanos, creo que va siendo hora. —Nos quedamos en silencio—. No se diga más, te vienes.



Capítulo 12

Me miré al espejo curiosa. No hacía demasiado calor para ser finales de junio por culpa de una ola de no sé dónde que transportaba aire frío, por lo que había optado por unos leggins largos y finos, para evitar arañazos con las hierbas que poblaran el camino. En la parte de arriba llevaba un sujetador de deporte y una camiseta rosa fosforita de tirantes, y algo ancha. Lo del fosforito lo había elegido con intenciones, porque yo habilidad para hacer senderismo tenía poca. ¿Qué habilidad requería eso? Seguridad en el terreno, y a mí es que me sacas del asfalto y es lo mismo que meterme en arenas movedizas.

Me hice una foto y la mandé al grupo.

Ainhoa:

Madre mía, qué guapa está mi aventurera viajera.

Yoana:

Dora la exploradora.

Nuria:

Cuida mis zapas, porfa, que son nuevas.

Sí, las zapatillas de *trekking* eran de Nuria, porque, evidentemente, yo no tenía eso en casa, ¿para qué iba a tener algo que no usaba?

Estáis chistosas.

Tened preparado el móvil por si os tienen que avisar de mi caída por un terraplén.

Yoana:

Eres una dramas. Si seguro que es en llano. Luego te sentirás ridícula con ese *outfit* sabiendo que podías haber

llevado tacones.

Claudia:

Al menos va protegida contra arañazos.

Los míos van mejor, gracias por preguntar.

Ainhoa:

¿Qué tal van tus arañazos?

Claudia le contestó con el *sticker* de un gato que hacía una peineta.

Luego os voy avisando y contando, ¿vale?

Seguro que Gonzalo ya está abajo.

Besines.

Yoana:

Besines.

Repasé la coleta con las manos, cogí las gafas de sol y las llaves de casa. Levanté la barbilla camino del ascensor. Había visto en un Tiktok que eso te ayudaba a cargarte de confianza. Y de esa necesitaba yo a raudales, iba a conocer a mis cuñados y tenía que caer en gracia sí o sí. Aunque Gonzalo no hablara mucho de ellos, entrar con el pie izquierdo a la hermana mayor, abogada, no era un acierto. Ensayé en el espejo del ascensor.

—Encantada de conocerte. —Sonrisa sincera y los párpados relajados.

Nada de añadir que su hermano me había hablado mucho de ella, porque no era cierto y me podría pillar en una mentira. Error. Ni decir que tenía ganas de conocerla, porque ¿para qué quería conocerla? Si ella me hacía esa pregunta, ¿qué le decía, que para ir de compras juntas por el barrio de Salamanca? No, discreción y pocas palabras, mi padre me lo había enseñado desde pequeña. Eso y el «ver, oír y callar», que iba a poner en práctica como un mantra.

—Hola, buenos días, ¿dónde me llevas? —pregunté sonriente nada

más entrar en el coche.

Me miró de arriba abajo y me dio un beso cargado de pasión.

—¿Nos vamos así? Nos da tiempo a subir y echar un polvo…

—No, que voy concienciada de conocer a tus hermanos y, si no, me despistas.

—Perfecto. Vamos a la zona de Valverde de los Arroyos —dijo antes de arrancar.

—¿Tus abuelos tienen casa allí? —Asintió—. Vaya, no me lo habías dicho.

—Hay muchas cosas que aún no te he dicho.

Cierto. Y por eso todavía me asustaba que estuviéramos tan enganchados con la de información que nos faltaba por compartir. Crucé los dedos disimuladamente. Ojalá lo nuestro durara mucho, toda la vida a ser posible.

—Mi hermano se viene con nosotros. Tengo que pasar a buscarlo por casa de mis padres.

—Ah, está bien que me lo hayas avisado con tiempo —comenté indignada.

—¿Tú no te habías concienciado? —preguntó riendo.

Reí y le di un manotazo en el brazo. Tenía razón, había ensayado.

Paró el coche frente a un chalet enorme en una de las nuevas zonas de la ciudad. Tocó el pito. Me miró, puso su mano en mi pierna y sonrió cómplice. Asintió con la cabeza con la intención de restarle importancia.

Se abrió el portón de madera y salió un chico impresionantemente guapo y atlético. Tenía el pelo oscuro cortado a la moda, barba de tres días, ojos oscuros, labios carnosos y una cara armónica, ¿cómo explicarlo? Era guapo, sí, lo era. Y además tenía buen cuerpo. Gonzalo era guapo y estaba bien, pero no como su hermano. No tenía tan buen cuerpo, aunque a mí me servía.

—Hola, Gabriela. Soy Borja. Encantado de conocerte por fin. —Estiró la mano desde el asiento de atrás.

—Igualmente —contesté sonriendo como había ensayado.

Gonzalo me miró escondiendo una carcajada y negando con la cabeza. Lo miré interrogante y volvió a negar a la vez que apretaba

mi muslo con su mano derecha.

Me mantuve totalmente gris durante todo el trayecto. Borja hablaba demasiado, de todo y de nada, opinaba demasiado de política y Gonzalo se limitaba a darle la razón. En varias ocasiones tuve que morderme la lengua para no entrar en una discusión con un total desconocido; ese chico tenía poca experiencia de la vida, sentenciaba demasiado con consignas idealistas que, estaba totalmente segura, había leído en las redes.

—¿Qué música te gusta, Borja? —me aventuré por cambiar de tema.

—Reguetón, la música de ahora. Para salir y ligar, es la hostia.

—Cuando voy con él en el coche me explota el cerebro —añadió Gonzalo.

—¿A ti qué te gusta? —me preguntó.

—Bueno, de todo un poco, lo que ponen en la radio, en la lista de éxitos de España…, la de años anteriores, no sé. No suelo escuchar mucha música.

—¿No? ¿Y cuándo vas en el coche?

—Pongo radios informativas o nada.

—¿Cómo que nada? ¿No te agobia el silencio? —se alteró.

—Su coche no es eléctrico, Borja, suena, ¿sabes? Y a veces es relajante —me apoyó Gonzalo.

Sonreí y se lo agradecí con la mirada. Acababa de ganarse otro puntito más.

Tardamos poco más en llegar a casa de sus abuelos, una que llamaba la atención porque tenía una balconada de madera clara que contrastaba con la pizarra que cubría el resto de la fachada. Era preciosa. Varias plantas de colores decoraban las verjas de las ventanas.

Entramos con discreción. Los muros eran increíblemente gruesos. Oímos jaleo al fondo y nos dirigimos allí. Estaban todos los primos picoteando y bebiendo en copas de cristal. Enseguida llegó Elisa a saludarme y lo agradecí, con ella me sentía recogida. Sin pedir permiso, mis ojos volaron hasta toparse con los de Aday que me observaba intentando ser disimulado. Tenía una bolsa de chucherías en la mano. Me acerqué a saludarlo. Le di dos besos y puedo jurar

que su olor era doscientas mil veces mejor que el de Gonzalo. No pude controlar un pequeño cosquilleo en la tripa.

—Hola. ¿Las chuches?

—Hola. ¿Quieres? —Me mostró la bolsa.

—Cojo un melón, ¿vale? —Así lo hice. Me lo metí en la boca y mastiqué lo más fuerte que pude. Guiñé el ojo por el sabor ácido del pica-pica—. Esto tiene mucho azúcar, ¿es bueno que comas tan a menudo? —pronuncié como si tuviera la boca llena de polvorón.

Me miró divertido. Miró la bolsa, se peinó el pelo y torció la boca. En ese orden.

—Tu novio vapea y yo como chuches. Hay gente que le ha puesto nombre: ansiedad.

—Vaya, pero para eso también están los psicólogos. —Negó con gracia—. ¿Qué te produce ansiedad?

Me señaló a sus primos con la mano. ¿Su familia le producía ansiedad? Intenté esconderme una risa.

—Gabriela, ven, por favor —oí la voz de Gonzalo y me acerqué—. Te voy a presentar a mis abuelos. Ella es Encarnación —me acerqué musitando «mucho gusto»— y él es Gregorio. —Realicé la misma operación.

—Encantados de que estés aquí, Gabriela —habló la abuela con una voz suave y un tono muy bajo.

Se giró y comenzó a meter en una bolsa un montón de bocadillos que había en la encimera.

—Chicos, este año no os puedo acompañar, irá el abuelo. Tengo la rodilla un poco floja y no quiero pasar mal verano. —Se oyó un «oh» generalizado—. Os prometo que antes de que venga el frío, volvemos de ruta.

Me quedé en un lateral observando cómo se movían todos. Cada uno tenía su función, eran como una colonia de hormigas bien organizadas. Gonzalo andaba lejos hablando con un chico y yo necesitaba ir al baño. Busqué a Elisa para que me acompañara, no la encontré. No me quedó más remedio que preguntarle a Aday, el apoyo de confianza más cercano. Me indicó qué puerta era. Me dirigí allí con un poco de tembleque. Había tanta gente que me sentía una extraña, y lo era. Les mandé un mensaje a las chicas con un

pequeño resumen. Revisé el reflejo de mi cara en el espejo, sonreí y salí. De camino a la estancia, observé que Aday hablaba con una chica morena de pelo rizado. Destacaba porque allí todas eran auténticos palillos, mientras que ella marcaba presencia con su cuerpo. No la había visto antes.

—¿Gabriela? —preguntó y abrí los ojos sorprendida—. Soy Lucía, la hermana de Gonzalo.

«Venga, lo ensayado». Me había puesto nerviosa porque mi parte más prejuiciosa, había imaginado a su hermana como una tía rubia, ondas en el pelo, uñas largas y cuidadas y un cuerpo delgadísimo que entraba en una falda de tubo. ¿Una falda de tubo para una ruta senderista? Yo no controlo mi imaginación…

—Encantada —conseguí pronunciar. Me acerqué a darle dos besos.

—Bienvenida.

Asintió, miró a Aday y se giró.

—¿Te puedo contar un secreto?, ¿eres de confianza? —planteó Aday.

—¿Yo? Sí, supongo. —Me miró enarcando una ceja—. Sí, claro. Es solo que, no te conozco mucho como para que me cuentes secretos…

—Este te interesa porque te implica. —Lo miré curiosa—. A Borja no le has entrado por los ojos, no eres santo de su devoción.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Porque estaría aquí dándote la murga y buscando tu aprobación. En cambio, parece que a Lucía sí le has convencido.

—No me gusta ese secreto…

—No te tiene por qué gustar. Yo te he dado el secreto y tú sabrás qué haces con él. Cuidado con Gonzalo, aunque parece que pasa de sus hermanos, para él son importantes. Hablando de Roma…

Gonzalo llegó por mi espalda, me rodeó con sus brazos y me dio un beso en el cuello. No dijo nada, solo se quedó en esa posición observando y hablando con sus primos desde ahí, conmigo recogida bajo sus brazos; me recosté un poquito. Le agradecía tanto el detalle; él no era consciente.

Todos se pusieron en marcha. Gonzalo me cogió de la mano y anduvo junto a mí durante varios metros. El inicio de la ruta no

parecía ser complicado, lo que me alegró. No era todavía conocedora de lo que se venía por delante. Gonzalo desapareció con uno de sus primos, que se había quedado atrás hablando de fútbol. Y yo quedé cerca de Elisa, pero sin ir con ella.

—Toma —Aday me ofrecía un palo de esos de metal que ayudaban a pasear—, que te veo algo floja. Te va a venir bien, aún quedan cinco kilómetros.

¿Cinco kilómetros?

Anduvimos en silencio durante un buen rato. Él iba más fresco que una lechuga, intenté copiar su ritmo y la distancia entre zancadas, a ver si se me pegaba algo.

—Espera, para. No te muevas.

Juro que apreté el culo, porque pensé que tenía un enorme bicho encima. Me estaba muriendo de asco y a punto del desmayo. Acercó su mano a mi pelo y cogió un pequeñísimo animal que se puso en la palma de la mano.

—¿Qué es?, ¿es peligroso? —oí que mi voz temblaba.

—No, es una mariquita.

—Ay, qué idiota, qué susto me has dado. —Solté un manotazo que terminó en su brazo. Estaba duro. Me miró asombrado, al poco fingió dolor.

—Verás, esta es una mariquita de siete puntos. —Acerqué mi cabeza a su mano—. En realidad, las mariquitas son un tipo de escarabajo —expresé asco—, y, aunque son unas grandes aliadas para acabar con el pulgón, el mundo audiovisual, de los dibujos animados y de los cuentos, las ha romantizado. Hasta hay una superheroína con el pelo azul que se convierte en una para luchar contra un lepidóptero.

—¿Un qué? —pregunté confundida.

—Una mariposa.

—Ah…, ¿es que las mariposas y las mariquitas no pueden convivir? ¿Se comen una a la otra?

—No —rio—, de hecho, conviven en el mismo entorno. Los dibujos son ficción. —Se acercó a mi oído—. Aunque… ten cuidado por si aparece Batman —susurró entre carcajadas.

Reí con él, no vi maldad en su comentario y su risa era contagiosa.

Tomó mi mano con delicadeza y dejó que la mariquita pasara de su mano a la mía. Me quedé embobada analizando su movimiento. Me hizo cosquillas cuando subió por mi dedo. Giré la mano y la observé con detenimiento. Llegó a la punta del dedo y desplegó sus alas. Se fue.

—*Sweet cherry*… —Sentí la presencia de Gonzalo, me agarró por la cintura y me dio un beso en la sien—. ¿Vas bien? —Asentí—. Ten cuidado con este, que es el primo enciclopedia. Te va a contar todo lo que sepa de cada hierba, árbol, pájaro… Si ves que te aburre demasiado, solo tienes que dejarle hablando y me buscas sigilosa, no se va a dar cuenta de que no estás.

Rio y abrazó a su primo por detrás. Le palmeó la espalda. Me cogió de la barbilla, me dio un beso en los labios y siguió su camino. Sin mí.

—Mira, el que no está es él —dijo Aday con retintín. Él también se había dado cuenta.

Gonzalo se volvió a girar y gritó de lejos:

—La pena es que no le pica una abeja en los morros para que se los inutilice. —Rio a carcajadas junto a los primos que le rodeaban.

No me gustó el comentario, me pareció mezquino y cobarde, se había esperado a estar lejos para soltarlo. Y ahí sí que vi un punto de maldad que sobraba.

—Ya le gustaría a él que tuviera los morros operados y carnosos para comérmelo a besos.

Reí por lo ridícula que era la escena. Mi mente generó esa imagen y no pude parar. Aday me miró divertido, sacó los labios para fuera para simular que tenía más. En esas que se le pusieron los ojos bizcos y resultaba de lo más cómico.

—Me siento como en la película de *Tú a Londres y yo a California*.

—¿Y cuál de las dos gemelas eres?

—Nooo —reí—, soy la novia rubia del padre, la que odia el campo y es el objetivo de las perrerías de la hija. Estoy preocupada por si me sale una lagartija de la boca. —Puse cara de asco.

Rio a carcajadas hasta doblarse.

—Tranquila, que esos pequeñines lo último que quieren es meterse en tu boca. Tienen campo de sobra para correr. Van a evitar

acercarse a nosotros.

Seguimos andando. Por el camino me fue contando un poco de su vida. Además de profesor, tenía una empresa de energías renovables y, para poder compatibilizar los dos trabajos, había renunciado a un complemento en la nómina. Según contaba, le compensaba porque generaba bastante más, aunque en el plano laboral, le obligaba a dedicarle tiempo muchos fines de semana. Yo le puse al día con mi vida, que era nada. Mi vida era aburrida, monótona y simple. Me quejé de que mucha gente no entendía que para mí fuera suficiente. Tenía todas mis necesidades cubiertas, estaba tranquila sin sobresaltos, trabajaba, pagaba mis gastos y tenía tiempo para dedicármelo a mí, a mi familia y a mis amigas.

Hice medio camino casi sin darme cuenta, Aday hacía fácil la ruta, entre la conversación y los detalles que me iba contando de las diferentes especies vegetales que nos rodeaban, era como estar metida en un documental. El calor comenzaba a apretar y tuve la necesidad de parar en una sombra y sentarme en el suelo.

Gonzalo vino enseguida, aunque iba adelantado, lo vi en varias ocasiones girarse para comprobar que yo iba bien. Me ofreció agua fresca. Aday nos abandonó siguiendo su camino.

—¿Crees que le he caído bien a tus hermanos?

—No lo he hablado con ellos. ¿Por qué lo preguntas?

—Bueno, no están por aquí. No digo que tengan que dejar de lado sus planes, pero, no sé, habría estado bien que se acercaran y nos conociéramos un poco. El único que me está haciendo hoy compañía es Aday. Sé que su ritmo es mayor que el mío y, aun así, lo ha bajado por no dejarme sola.

—Leo entre líneas que crees que yo también te he abandonado… Te he dejado con él porque sé que tiene esa actitud innata, le nace de dentro. Sabía que con él estarías bien, yo he aprovechado para hablar con Jaime, hace mucho que no nos ponemos al día en negocios y como tenía en mente uno… Además, que no soporto que vaya haciendo comentarios científicos de todo. ¿Prefieres que esté contigo todo el rato?

—No, da igual, sé que estás pendiente y Aday no me molesta, me

parecen interesantes sus explicaciones —admití.

—Porque es el primer día, cuando lleves varias, seguro que le pones celo en la boca.

Me acercó a su cuerpo y me dio un beso en la cabeza. De una manera magistral había ignorado el tema de sus hermanos, por lo que pude intuir que sabía cuál había sido mi primera impresión en ellos. Se puso en pie, me tendió la mano y me levantó. Me miró divertido y comenzó a correr riendo. Le solté la mano, pero lo seguí. Nos paró Aday unos metros más adelante y nos pidió silencio.

—Jabalíes… —susurró.

Sacó un *walkie-talkie* del bolsillo.

—Tenemos un gorrino cerca, vente para acá con la pistola.

¿La pistola? ¿Lo iban a matar? ¿Llevaban una pistola? Me agarré del brazo de Gonzalo con fuerza. Él aprovechó a abrazarme. Vi a Carlos que se acercaba y paraba donde Aday le marcaba con la mano.

—No corráis y mirad a vuestro alrededor —avisó.

Sonó un disparo y chillé sin darme cuenta. Los tres me miraron pidiendo silencio. Bueno, no estaba acostumbrada a ese sonido, tenía el derecho a asustarme, ¿no?

Las hierbas se movieron y vi de lejos un jabalí que huía monte a través.

—Listo. Hay que tener cuidado, que pueden embestir. La pistola es de fogueo, la utilizamos para espantarlos. En invierno traemos petardos, pero ahora nos arriesgamos a crear un incendio.

—Gon, tío, te llama Jaime, dice que tiene que enseñarte algo.

—Voy. —Me miró—. ¿Estarás bien?

Asentí, le di un beso y lo invité a marchar.

Emprendí la marcha con la compañía de Aday. Anduvo en silencio durante un buen tramo, no comentó nada y casi ni le oía respirar, cuando yo jadeaba como si me hubiera hecho media maratón. Definitivamente, me gustaba muy poco el campo y la naturaleza. Cada dos por tres iba atusando los mosquitos que se me acercaban y cada zumbido que oía me hacía saltar. En ocasiones vi a mi

acompañante esconder una risa.

—Oye, ahí pone que hay colmenas —avisé señalando un cartel.

—Sí, ven. —Me cogió de la mano.

El tiempo se paró. El aire cesó. Mi corazón se tomó unos segundos sin latir. Mi mente quedó totalmente en blanco. Permanecí inmóvil sin poder echar un pie al frente.

Miré su mano, él lo vio y la soltó como si le quemara el contacto.

—Perdón —levantó las manos—. Quiero enseñarte una cosa, ¿sí? —preguntó con cautela.

Recuperé el ritmo de mis pulmones y mi corazón. Volví a conectar con el entorno, todavía confusa. ¿Qué había sido eso? Busqué sus ojos. Me miraban cargados de incertidumbre sin perder esa intensidad tan llamativa.

—Sí… —conseguí vocalizar—. ¿Es peligroso?

—Un poco… ¿eres alérgica a la picadura de abeja? —Negué—. Entonces solo tienes que intentar no realizar movimientos bruscos, si ellas no ven en ti una amenaza, no te van a hacer nada.

Nos adentramos por un camino de tierra. El zumbido de las abejas era ensordecedor.

—Ay… —lamenté.

—Esto es una maravilla, podemos ver diferentes especies de abeja. Mira, la gorda y peluda, Dios, qué bonito es —susurró—, es un abejorro. Su zumbido es más fuerte, por eso lo oímos tanto. Y esa pequeñita es la abeja normal. Eso es romero, por lo que esta colmena fabricará miel milflores. —Observé sus movimientos con atención. Se movía con cautela—. Mira, eso es espliego, ven.

Me acerqué despacio abrazándome, como si así fuera a evitar una picadura. Cortó una rama, me pidió que la cogiera entre los dedos. Me agarró por la muñeca. El estómago me dio un vuelco, lo miré para saber si a él también le había pasado. ¿Por qué mi cuerpo reaccionaba así? «Seguro que es por el miedo que tienes a que te pique alguna abeja y cualquier contacto te hace saltar», me quise convencer. Acercó mi mano a la planta repleta de abejas. Uno de esos bichos peludos se posó en la flor que tenía yo.

Los dos nos erguimos, se colocó frente a mí y observó al abejorro con una sonrisa preciosa. Miré el animal y su sonrisa a partes iguales

porque las tenía en el mismo punto. Dejé de escuchar el zumbido que nos rodeaba, todos mis sentidos se centraron en aquel pequeño atrapado entre nosotros. Sus alitas temblaban, sus patitas se movían como si estuvieran rebuscando, tenía la cabeza gacha como si fuera un perro rastreador. Era muy bonito y sus movimientos eran relajantes.

—Son agentes polinizadores importantísimos. Estos no producen miel, solo recolectan el néctar. Como curiosidad, pueden volar a más de 50 kilómetros por hora —susurró.

—¡Hala!

Mi grito lo asustó y salió volando. Me aparté intentando huir de su posible picadura. Aday rio divertido. Lo miré y reí avergonzada.

—No te va a hacer nada. Venga, volvamos a la ruta, que a este paso nos van a encontrar a la que vuelvan.

—Esto es lavanda, ¿no? —Le mostré la ramita con flores que me había dado.

—No, es espliego. Así, con una explicación sencilla, es como el macho de la especie. Son diferentes. De hecho, la lavanda ayuda a relajarse y el espliego aporta energía.

—Vamos, una representación de nosotros en estos momentos. Yo ralentizo el paso sin ninguna gana de llegar ahí arriba y tú eres la energía que consigue que esto sea más fácil.

Me miró serio, se humedeció el labio de abajo y lo vi tomar aire.

—Vamos, te va a gustar el lugar. Veremos la cascada desde arriba, es una pasada. Además, allí podrás tumbarte y no temer por tu vida.

—Y no garantizo que me vuelva a levantar. Tendréis que llamar al helicóptero de rescate de la Guardia Civil.



Capítulo 13

Gonzalo se había olvidado de su novia durante toda la ruta. Se había acercado en varias ocasiones para quedar bien con ella, pero no la hizo ni caso. Ni se preocupó de que estaba cansada, de que tenía miedo a los animales y de que no le apetecía estar en el campo porque se sentía insegura.

En varias ocasiones recordé las palabras de Jes, «a pico y pala». En ningún momento mi intención era levantársela, pero si ella era lista, se daría cuenta de que Gonzalo no era el indicado. Mi orgullo adolescente me recordó que ese hueco que ocupaba mi primo me correspondía, mi parte adulta me pedía calma y saber hacer las cosas. Solamente tenía que ser yo mismo.

Les di su tiempo y su espacio cuando él tenía la decencia de acordarse de que había ido acompañado, el resto del tiempo me limité a ser su apoyo moral. Si no hubiera sido por mí, Gabriela se habría quedado abajo esperando.

Me emocionó ver cómo escuchaba atenta todas las explicaciones de profe de biología. Hasta había preguntado curiosidades. Mi corazón iba a doscientos desde que la tomé de la mano. Un gesto inocente que me revolvió por dentro y trajo de nuevo aquel vacío interno, aquella ola fría que recorrió mi cuerpo años atrás. Que ella se paralizara me puso en alerta, quizá había abusado de la poca confianza que habíamos forjado en los primeros tres kilómetros. Vi cómo su pecho se hinchaba con prisas cuando le mostré de cerca el abejorro. Quise guardarme de por vida su imagen concentrada, con una mirada curiosa y relajada, confiando en mí.

Me lamenté de que no recordara la noche de la boda. Todo habría sido más fácil. Estaba seguro.

—¿Queda mucho? No puedo más —se quejó poniendo sus manos sobre sus muslos y agachando la cabeza.

—Solo unos metros, ¿quieres que te lleve a caballito? —propuse riendo.

Negó devolviéndome la risa. No podía asegurarlo, pero mi percepción me decía que se había reído más conmigo que con su novio. Me peiné el pelo buscando la perspectiva real. Iba de cabeza a la *friendzone* y, una vez que entrara ahí, no saldría.

Le tendí la mano para ayudarla a subir una pequeña cuesta del

tramo final. Me miró a los ojos seria. La tomó, la apretó, sonreí y tiré de ella.

—Por fin —medio chilló a carcajadas.

Se tiró al suelo y abrió los brazos como si hubiera coronado una montaña.

—Eres una exagerada. —Le mostré las dos manos, quise ayudarla a levantarse. Esta vez no las aceptó y se levantó sola—. Vamos con estos, hay que reponer fuerzas.

Saqué la bolsa de chucherías. ¿Por qué me había rechazado? Fue directa a donde estaba Gonzalo y me quedé solo viendo cómo se hundía entre sus brazos y le daba un beso. Las mariposas que llevaban años aleteando en mi estómago se revolvieron celosas. ¿Cómo sería besar sus labios?

Vi que Lucía se acercaba a ella y hablaba distendida. Si conseguía caerle bien a ella, tendría todo el camino ganado. No era la mayor de todos, pero era la líder indiscutible, todos lo sabíamos; además de ser la abogada que gestionaba nuestras empresas, por lo que estábamos amarrados a ella.

Me senté en las piedras con las piernas colgando al borde del acantilado. Cerré los ojos y me centré en el sonido del agua cayendo a toda velocidad por la cascada. Ese año transportaba más cantidad que en años previos, gracias a las nieves de ese invierno.

Un dedo me tocó en el hombro.

—Perdona que te moleste, me he nombrado repartidora oficial de bocadillos. Por aquello de involucrarme más con la familia. ¿De qué lo quieres? —me preguntó Gabriela.

Suspiré antes de contestar. «Involucrarse en la familia…».

—Yo tengo mi propio bocadillo, soy celíaco.

Abrió los ojos.

—Ah, uy, perdona, no lo sabía.

—Tranquila —reí—, no tenías por qué saberlo. No había salido antes la conversación.

Asintió, se giró y se volvió con el grupo grande.

Varios de mis primos me copiaron y se sentaron conmigo a comer. Saqué el mío de la mochila. Había preparado el pan yo mismo la tarde de antes. También había metido un par de tortitas de avena

que me había hecho Jésica. Le salían con un sabor espectacular que yo no era capaz de copiar.
La vuelta me resultó tediosa. Gabriela había desaparecido de mi vista, estaba junto a su nueva cuñada hablando y riendo. De repente, el abandonado fui yo. Iba rodeado de familiares con los que hablábamos de todo un poco, pero me sentía solo, con ella había estado cómodo y lleno, como si no necesitara más presencia a nuestro lado.

Al llegar al pueblo, nos despedimos y nos fuimos repartiendo en nuestros coches. La vi dejar la mochila en el maletero del BMW de Gonzalo. Me despidió con la mano y una sonrisa. En la mano sujetaba la ramita de espliego que le había cortado. Se sentó en el asiento del copiloto. La vi oler la flor con los ojos cerrados. Mi respiración se agitó y mis nervios se desplegaron por todo el cuerpo. Joder, si hubiera una oportunidad… solo una… Al menos me conformaba con que cada vez que se llevara mi regalo a la nariz, se acordaría de mí.

***

—Jes —dije cerrando la puerta de casa—, la he cagado. La he cagado mucho.

Más de una hora de vuelta camino a casa, y con la lista de música que me recordaba a ella, fue tiempo suficiente para reflexionar sobre cada uno de los pasos que había dado ese día.

—¿Qué te pasa? —Salió de su habitación con un pijama de verano que no dejaba libertad a la imaginación. Puse los ojos en blanco—. No te asustes… Es que esta noche tengo visita, así que… cuenta rápido y te metes en tu habitación con los cascos, que no quiero que te escandalices. Por cierto, Fran se ha ido a Madrid con los del máster, ha dicho que no le esperemos.

—Vale, pues… me voy en un rato y así tienes la casa sola.

¿A dónde iba a ir? Ni idea… ¿Al coche?

—No hace falta. Solo haz como que no estás y listo. Venga, desembucha, tienes media hora…

Le conté con todo lujo de detalles lo que había sucedido ese día. Y

le planteé mi temor.

—En caso de tener una oportunidad, y siendo muy optimista…, no puedo tener algo serio con ella, ya ha entrado en la familia de la mano de Gonzalo, sería una traición tremenda.

—O no…, con Gonzalo no funcionó, pero contigo sí.

—Ya, ¿qué crees que opinaría mi familia? Que le he levantado la novia a Gonzalo y encima tengo los huevos de meterla en la familia… Me repudiarían, no podría aparecer donde estuvieran ellos… Bastante tengo con que mi padre no me hable, que deje de tener relación con todos sería demasiado… ¿Por una tía? No merece la pena, Jes…

—Tu hermano ¿qué opina? ¿Te ha visto estar con ella? Él se da cuenta de estas cositas…

—No ha venido, está liado con lo del orgullo en Madrid… —Suspiré —. La he cagado…, porque encima me he pillado más por ella. He hablado con ella, hemos compartido opiniones, información personal y… la he tocado…, la he olido… y, mierda, huele jodidamente bien y su tacto… Buah…, la he cagado… Tenía que haber puesto distancia…

—Ostras, no sé qué decirte, tío. Es que tienes razón, aunque también no la tienes. Depende de lo que quieras priorizar. Son muchos años pillado por ella.

—Demasiados. —Noté la sombra de la negatividad—. ¿Y si la he idealizado? ¿Y si no tenemos nada en común? Ya hoy he visto que esto no le gusta nada y a mí me encanta. ¿Y si, tras ponerme a toda la familia en contra, resulta que no hay nada más entre nosotros que la fantasía que yo me he creado durante años?

—¿Y si, y si, y si? Solo hay una forma de saberlo y es… arriesgándose. Esa decisión la tienes que tomar tú, te arriesgas o no. —Negó contrariada con la cabeza—. Gonzalo me tiene confusa. Si realmente va en serio con ella…, tendrás que olvidarla. O vas a machete a por ella y le plantas cara a las consecuencias que pueda acarrear.

—Qué difícil, Jésica…

Asintió seria. Me agarró las manos y apretó cariñosa.

Cuando sonó el timbre me recluí en la habitación, me puse los auriculares y busqué en el cajón de los recuerdos el taco de fotos de

mi adolescencia. Hacía unos años habían aparecido los negativos en casa de mi madre. Los llevé a revelar y con ellos llegó la sorpresa, en una de las fotos aparecía Gabriela al fondo sonriendo y mirando a una de sus amigas que bailaba descontrolada. Cerré los ojos y le puse movimiento a la instantánea. Mezclé los recuerdos de antaño con los creados ese día.

Barajé una lista mental de opciones y posibilidades. A corto plazo solo veía una, quedar más con ella y demostrarme que no éramos compatibles.

A eso de las doce, comenzaron a llegar al grupo las fotos de ese día. Se me volvió a alterar todo el sistema cuando mis ojos se cruzaron con varias que mostraban momentos totalmente dispares. En unas, Gabriela salía bajo los brazos de Gonzalo; en otras, aparecíamos al fondo riendo juntos, mirándonos a los ojos.

Me lamenté y culpé; esas fotos también las vería mi primo, ¿qué pensaría de las mías con su novia? No tenía que haberme tomado tantas confianzas con ella. ¿Le pediría explicaciones? ¿Me las pediría a mí?

Pasé una noche agitada. Entre mi malestar psicológico y que, por muy alta que pusiera la música, oía los gemidos y las risas de Jes, no había conseguido descansar. Por suerte, en mi mente ya solo residía que el lunes siguiente sería el último Claustro y el final de curso. Esperado y necesitado. Ese lunes sería la comida de trabajo y después vendría la libertad. Había planeado no hacer nada durante unos días, ni siquiera pensaría en la empresa, nada, vacaciones autoimpuestas. Ya había informado a los responsables de equipo y a mi junta directiva. Dedicaría esa semana a hundirme en el sofá, a comer televisión, series, programas y películas hasta cabrearme por el aburrimiento. Me obligué a pensar en ello.

***

Oí la puerta de casa a eso de las diez de la mañana, supuse que era Fran que regresaba de su fiesta. Salí a recibirlo, le di la mano y un

abrazo.

—Me voy a la cama, tío. ¿Jésica?

—Debe de estar exhausta de estar toda la noche dale que te pego.

Rio a carcajadas asintiendo.

Desayuné, me aseé y me arreglé. Ese día le daría una sorpresa a mi madre. Pude imaginar su cara al verme. Estaba seguro de que me invitaría a comer. Por otro lado, mi padre pondría cara de acelga y se iría fuera durante todo el día; lo que me regalaba un día entero con mi madre. Y no había cosa que más me gustara que escuchar cómo se desahogaba conmigo y me contaba todo lo que le había pasado durante la semana.



Capítulo 14

Llegué al trabajo muy seria. Lucas lo notó y preguntó repetidamente qué sucedía. Ni yo misma lo sabía, por lo que le contesté con evasivas. Había pasado la noche del sábado en casa de Gonzalo, hasta ahí bien. Pero el domingo se torció. Durante la mañana no dejó de vapear ni un segundo. El olor del cacharro ese comenzó a agobiarme demasiado y me puso dolor de cabeza, había perdido la capacidad de oler otra cosa que no fuera la cereza ahumada esa. Para colmo, su móvil no dejaba de encenderse, llegaban mensajes de Instagram constantemente. No lograba alcanzar a ver quién se los mandaba, porque se hacía con el control de la pantalla a una velocidad pasmosa, y no quería que notara que, de alguna manera, mi confianza en él se tambaleaba.

Me ponía nerviosa cada vez que la pantalla se encendía. ¿Con quién hablaba tanto por Instagram? Conmigo comenzó a comunicarse por ahí. ¿Hablaba con otras?

A última hora de la tarde me aventuré a preguntar. Estábamos viendo una película de la que había perdido el hilo al principio, más preocupada de su móvil que de la trama. Me senté sobre sus piernas. Hundí mis dedos en su pelo y lo besé en el cuello. Quería llevarle a un estado más vulnerable. Justo en ese momento, la pantalla se encendió, cogió el móvil y leyó a mi espalda lo que le había llegado.

—¿Quién te escribe y te reclama tanto, nene? —Lo besé con lengua dejándome toda la dedicación en eso—. ¿Quién tantea lo que es mío? —Tiré un órdago de los grandes.

—¿Lo que es tuyo? —Mordió mi labio con fuerza. Dejó el móvil en el sofá y apretó mi culo con sus manos—. No es nadie. Aquí solo importas tú.

Ya, claro, ahí, pero ¿en las redes? Esa contestación no era la correcta, no era la que yo quería, escondía información y me puso todavía más nerviosa.

Gonzalo se fue calentando y me empezó a desnudar con prisa. Yo no estaba allí, físicamente sí, mentalmente no. Quise concentrarme, pero, lejos de sentir sus labios recorriendo mi cuerpo y sus caricias buscando los puntos clave que nos llevarían al placer, mi imaginación era capaz hasta de ponerle color de pelo a las posibles tías que le

tiraban ficha por Instagram. Y a él entrando a trapo.

No supe en qué momento se corrió. Yo, una vez más, tampoco lo hice. Y me volví a culpar, porque había desaprovechado la oportunidad pensando en que me estaba engañando con otras. Y sí, en plural.

Mi inestabilidad se terminó de coronar cuando me dejó en casa y recogí la mochila que había llevado a la ruta. Allí apareció la ramita de espliego. Sonreí, ya sabía las diferencias entre espliego y lavanda. Busqué fotos para confirmarlo. Cuando olí su aroma, viajé al momento en el que un abejorro buscaba el néctar en sus pequeñas flores y Aday mostraba su sonrisa como escenario. Cerré los ojos intentando recordar lo que había sentido cuando me había cogido de la mano. No fui capaz de recrearlo.

La noche tampoco había sido fácil. Desperté sobresaltada y sudando cuando los sueños me mostraron a Gonzalo besándose con una pelirroja de melena increíble, tetas grandes y piernas largas. Y mi cuerpo experimentó la misma reacción que había vivido con el tacto de Aday.

Me encontré sentada en la cama buscando explicaciones. Miré el móvil, aquella noche no había tenido el mensaje que Gonzalo acostumbraba a mandarme. Me sentía tan mal que hasta estaba convencida de que me había puesto los cuernos. Me tumbé de lado recordando el sueño con todos sus detalles. La almohada comenzó a empaparse con mis lágrimas silenciosas.

Tomé la iniciativa ese día con el mensaje de buenos días. No tardó en contestar, lo que me tranquilizó.

Gonzalo:

Buenos días, *sweet cherry*.

Espero que tengas buen día. Luego te llamo y hablamos.

Eso significaba que no nos veríamos, que nos limitaríamos a la llamada por teléfono de vuelta a casa.

Salí tarde del trabajo con una simple bolsa de cacahuetes en el cuerpo. Un día horrible. El *Blue Monday* el último día de junio.

Descolgué la llamada de Gonzalo.

—Hola, *cherry*, ¿cómo estás?

—Hola, nene. Pues mal, saliendo del trabajo.

—¿Tan tarde?

—Sí, no me ha cundido nada, no he tenido buen día y es último día de mes, tenía que cerrar cosas. —Saqué las llaves del coche del bolso—. Espera que me estoy metiendo en el coche, a ver si se conecta pronto al *bluetooth*. —Me senté, arranqué, puse el aire acondicionado y me abroché el cinturón—. Ya, ¿me oyes?

—Sí. Y ¿por qué has tenido mal día?

—Pues… —reflexioné brevemente si tenía que contárselo—, he pasado mala noche… He soñado que me ponías los cuernos —le oí impresionarse— con una pelirroja con unas tetas cuatro veces más grandes que las mías y unas piernas de escándalo. —Se echó a reír a carcajadas—. No te rías —le recriminé.

—¿Por qué pelirroja? ¿Y esas piernas? ¿Era más alta que yo?

—Y yo qué sé. Pero estoy supercelosa.

—Vamos a ver, eres la única *sweet cherry* de mi vida. Te ha traicionado el subconsciente. ¿Qué se te pasa por la cabeza para que sueñes esas cosas?

—No lo sé.

Me sentí culpable por pensar así de él.

—¿Quieres que cenemos juntos esta noche? —propuso.

—Pues sí, te lo agradecería, verte y estar contigo me quitaría un poco estos celos tontos.

Ese día había mucha circulación en la carretera. Era hora punta de la vuelta del trabajo de los que iban hasta Madrid y era el último día de junio, por lo que comenzaba la operación salida. Había sido el peor día para echar más horas en el trabajo.

Como si estuviera viendo una película a cámara lenta, observé que se creaba un humo blanco espeso tres coches por delante del mío, oí el chirriar de unos frenos y vi la cabina de un camión obstaculizar los tres carriles. Pude analizar rápidamente el movimiento de los dos coches que iban delante del mío, uno azul y, el más lejano, blanco. Este frenó, pero no le fue suficiente y se metió debajo del camión. Chillé, me oí chillar y apreté el freno con todas mis fuerzas. Me

agarré firme al volante y esperé el golpe que sabía que me iba a dar.

Silencio.

Solo oía el silencio. El motor del coche se paró. Pestañeé evaluando la situación. Me eché la mano al cuello, me dolía. Podía mover las manos y me concentré en comprobar que podía mover el resto del cuerpo. Por un momento temí que hubiera pasado lo peor. Me palpé las piernas, las pellizqué, las sentía. Estiré con cuidado la espalda sin dificultad. Moví la cabeza a los lados. Sí. Solo me dolía el cuello.

—Ay.

Abrí la puerta del coche, estaba entreabierta. No me costó empujarla. Oí de lejos la voz de Gonzalo preguntar qué pasaba. Pero mis ojos ya se habían perdido en el conductor del coche contra el que me había estrellado.

Anduve hasta él.

—¿Estás bien? Siéntate, ya hemos llamado al 112 —me dijo un señor.

—No, estoy bien. Hay que evaluar a los conductores. ¿Cómo está ese? —Señalé el coche que estaba bajo el camión. Una mujer salió corriendo hacia él—. Voy a ver a este.

De pronto, me encontraba con energía y necesidad de controlar la situación. Me acerqué. Le levanté la cabeza. Se me congeló la sangre.

—No, no, no, no… no… —Le busqué el pulso. No tenía—. Por favor, ayúdenme a sacarlo, no tiene pulso. Ayúdenme, por favor, ¡deprisa!

El hombre que me había preguntado y otro chico lo comenzaron a mover.

—Con cuidado —dijo una mujer que no sabía de dónde había salido.

Lo tendieron en el suelo, me arrodillé junto a él. Volví a comprobar el pulso. Recordé temblando las indicaciones que me había repetido mi padre mil veces. Busqué sus costillas, marqué con mi dedo, crucé mis dedos y comencé con los golpes.

—Uno, dos, tres, cuatro —me concentré como pude—, cinco, seis, vamos, por favor, Aday, vamos, no te puedes ir…

—Diez, once, doce —contabilizaba un chaval joven a mi lado—.

¿Cuándo hay que dar aire?

—A las treinta.

Seguí sin parar, aprovechando el subidón de adrenalina.

—¿Te reemplazo? Soy policía, estás cansada, sigo yo.

Asentí y me retiré. Me coloqué junto a su cabeza, peiné su pelo y sentí el bajón en el cuerpo. Se me escaparon unas lágrimas. Aquellos dos hombres seguían con la RCP, pero Aday no reaccionaba.

—Vamos, no te puedes ir, venga, por favor, lucha —le susurré.

Oímos las sirenas de la ambulancia. Vi una UVI de la que salían dos personas que nos retiraron y se encargaron de Aday. Me levanté tambaleándome.

—¿Estás bien? ¿Qué te pasa? —me preguntó un sanitario con mucha calma.

—Me duele el cuello y estoy algo aturdida.

—Vale, siéntate ahí en la mediana, ahora te atendemos.

Así lo hice, pegué mi espalda al muro y me sujeté la cabeza con las manos. Observé el escenario. La carretera estaba totalmente cortada, los coches se acumulaban hasta donde me llegaba la vista. Frente a mí, el coche de Aday y el mío destrozados, el suyo estaba peor. En el suelo, los de la ambulancia todavía se afanaban en reanimarlo.

—¡Madre mía! La que habéis liado… si es que no respetáis la distancia de seguridad —lamentaba un señor que rondaría los sesenta años.

—Cálmese, caballero, eso ahora es lo de menos.

Intenté recordar, sí llevaba distancia con el coche de delante. Aun así, no había sido suficiente.

—¡Tiene pulso! Nos lo llevamos.

Me levanté demasiado rápido, porque a punto estuve de caerme al estirar las piernas.

—¿Puedo ir con vosotros? —El sanitario que me había atendido me miró—. Lo conozco, es mi amigo. Cojo el móvil y voy con vosotros. Os puedo dar nombre y primer apellido.

—Venga, date prisa, es una urgencia.

El que se había presentado como policía se me adelantó y cogió mi

móvil, me lo dio y me acompañó hasta la ambulancia presionando mi espalda a la vez que me servía de sujeción.

La llamada con Gonzalo seguía.

—Gonzalo…

—¡Gabriela! ¡¿Estás bien?!

—Sí, voy camino del hospital, hemos tenido un accidente.

—Disculpe, apague el móvil, es una situación delicada. Ya llamará luego.

Asentí y colgué. Delante de mí, Aday estaba tumbado en una camilla, una sanitaria bombeaba aire y una máquina marcaba sus pulsaciones.

—¿Cómo está? Au… —Me eché la mano al cuello, un movimiento de la ambulancia me lo recordó.

Se levantó y me puso un collarín.

—Estable, que es lo que importa. Tiene un traumatismo en la cabeza —le comentó a su compañero que lo apuntó en una hoja—. Presenta deformidad en la clavícula izquierda.

Volvieron las ganas de llorar, me intenté controlar, pero no pude evitar que las lágrimas siguieran su camino.

Mi móvil comenzó a sonar. La sanitaria me miró mal.

—¿Puedo? Es mi padre. —Negó con la cabeza—. Es Guardia Civil…

—Venga, cógelo. Que sea rápido.

—Papá…

—¿Estás bien? ¿Qué te ha pasado? ¿Qué tienes?

—Me duele el cuello, voy en la ambulancia acompañando a otro conductor. —Ya habría tiempo de decirle quién era—. ¿Cómo te has enterado…?

—Los compañeros de tráfico, cuando han llegado, han metido tu matrícula y me han avisado al momento. En cinco minutos estoy en urgencias.

Colgué. Cogí la mano de Aday, puse mi frente en su dorso y respiré profundo con la esperanza de que todo saliera bien.

Cuando llegamos al hospital me hicieron bajar la primera. Mi padre

corrió hasta mí. Me miró, me palpó y me abrazó con fuerza.

—Gracias a Dios. El accidente ha sido fuerte…

Vi cómo se llevaban a Aday para dentro.

—Me tiene que acompañar, tendrán que realizar una radiografía —informó uno de los sanitarios.

—Esperaré aquí —dijo mi padre.

Entré. Un médico me examinó en triaje, quitó el collarín y movió el cuello a un lado y otro. Me realizó una prueba de equilibrio y me preguntó por diferentes síntomas. Tras eso, me condujeron a una sala de espera donde me tomaron los datos y me pusieron una vía. Al poco vino un celador que me invitó a sentarme en una silla de ruedas. Recorrió medio hospital hasta llegar a la sala de rayos. Me hicieron la radiografía y volví a la sala de espera empujada por el mismo celador. Vi las horas pasar. El móvil se había apagado tras agotar la batería. Pregunté por Aday y nadie me supo decir. Dejé caer mis hombros. El collarín era incómodo, el dolor persistía y ya subía a la cabeza. Me molestaba el sillón, el lugar, todo. Al rato vinieron a suministrarme antinflamatorios. Por lo que seguiría allí el tiempo que tardara en acabarse la bolsa.

Solo podía pensar una y otra vez en el accidente. No supe en qué momento el coche de Aday se giró, pero el mío lo embistió de lleno contra la puerta del conductor.

—¿Gabriela Salgado? —Asentí—. En la radiografía no sale fractura ni nada que nos pueda preocupar. Dado el golpe frontal, lo más seguro es que todo sea muscular, lo que llamamos latigazo cervical. Es recomendable que estés unos días en reposo, con el collarín, y que se realice una valoración en unos quince días por su propio médico de atención primaria.

—¿Tengo que coger la baja?

—Sí, pida cita con su médico, él se la gestionará. Le he recetado también unos antinflamatorios que deberá tomar cada ocho horas durante los siguientes cinco días. Por nuestra parte, no podemos hacer más, por lo que le doy el alta, ¿vale?

—Vale.

Una enfermera se acercó, me quitó la vía y me puso un algodón con un trozo de esparadrapo. Me indicó dónde estaba la salida y

desapareció de mi vista.

Salí por donde me dijo. Frente a mí vi a Gonzalo y a mi padre sentados el uno junto al otro. ¿Ya se conocían?

—¡Gabriela! —Corrió hacia mí, me abrazó, me besó en los labios y me apretó contra su cuerpo—. ¡Qué susto me has dado! Pensé que me daba algo. ¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—Sí, sí, estoy bien. Un latigazo cervical, dicen.

Observé a mi padre, serio, de pie y esperando a que Gonzalo me dejara libre. Demasiado serio.

Le tendí una mano y asintió.

—Hija, ¿estás bien?

Gonzalo se retiró sorprendido y lo miró con cautela. Pues no, no se conocían. Mi padre me recogió entre sus brazos y me quitó el alta de las manos.

—Gonzalo. —Le ofreció la mano a mi padre.

—Daniel. —La estrechó con fuerza, pude sentir cómo marcaba territorio—. Encantado.

—Nene, tengo que contarte algo importante. En el accidente estaba implicado tu primo, era el coche de delante, contra el que me di.

—¿Qué primo? —preguntó con miedo.

—Aday.

—Joder, ¿cómo estaba?

—Mal, le hicimos una reanimación cardiopulmonar y en la ambulancia han dicho que tenía la clavícula rota.

Resopló y se pasó la mano por la cara.

—Voy a llamar a la familia, ¿vale?

Se levantó y se retiró para hablar por teléfono. Mi padre y yo nos miramos y nos sentamos, no me pensaba mover de allí hasta que supiera algo. Cuando Gonzalo regresó, la cara le había cambiado, estaba preocupado. Se sentó a mi lado y no dejó la pierna quieta ni un momento.

—¿Familiares de Aday Grupeli? —preguntó una sanitaria.

Gonzalo me cogió de la mano.

—Están en camino, no tardarán, yo soy su primo, el familiar más

cercano aquí presente.

—Venga conmigo, por favor —le indicó—. Solo uno —especificó.

—¿Cómo está, solo dígame cómo está? —pregunté nerviosa—. He estado implicada en el accidente, por favor, necesito saberlo…

—Está estable, estamos esperando el resultado de unas pruebas. Ha recuperado la consciencia al llegar al hospital. Está fuera de peligro. No le puedo decir más.

—Suficiente. Muchas gracias.

—Gabriela, vete a casa a descansar, ¿sí? Cuando salga iré para allá, no quiero que estés aquí toda la tarde, has tenido un accidente, llevas ya muchas horas dentro y necesitas reposo —comentó Gonzalo lanzando pequeñas miradas a mi padre.

—Vale. ¿Me llamas y me informas, por favor?

—Por supuesto.

Se acercó a mí y dejó un beso en mi frente. Miró a mi padre y se despidió muy educadamente.

—Vamos, te vienes a casa. Ya ha ido mamá a por tus cosas básicas. Por el médico no te preocupes, yo me encargo de ir mañana por la mañana a por la baja. Y a por los medicamentos vamos ahora de camino a casa, ¿vale?

—Pero Gonzalo iba a venir a casa…

—Pues le avisas de que yo te quiero en la mía y nosotros vamos a cuidar de ti, por lo menos cinco días.

—Qué borde, papá. ¿No te ha caído bien?

—No es eso, creo que no ha sido el mejor momento para conocernos. Él estaría preocupado por ti por ser tu novio, pero yo me he cagado de miedo cuando me han llamado mis compañeros, porque eres mi hija. Tengo prioridad, ¿no crees?

Me encogí de hombros, acompañé el movimiento con una queja y un gesto de dolor. Me rodeó por la espalda para apoyarme y sentirme protegida.



Capítulo 15

Mi madre me abrazó fuerte, se notaba la preocupación en su cara. Me informó de que había dejado preparada mi habitación. Subí antes de bajar a cenar. Llamé a Gonzalo.

—¿Cómo estás, *cherry*?

—Mal… Te llamaba para avisarte de que mi padre me ha obligado a venir esta semana a su casa, así que, no estoy en la mía. También quiero saber cómo está Aday, estoy preocupada.

—Tranquila, entiendo a tu padre perfectamente. A Aday no he llegado a verlo porque han venido su madre y su hermano y ha entrado mi tía. Estoy en la sala de espera. Parece que el TAC ha salido bien y no tiene nada grave. Y en cuanto a la fractura, se quedará en observación uno o dos días y, si todo va bien, le darán el alta.

—Me gustaría ir a verlo. Sé que su familia tiene prioridad, pero… necesito asegurarme de que está bien.

—Se lo comentaré a mi tía, supongo que mañana podrás entrar en el primer turno. Te paso a buscar por la mañana. ¿Te duele algo más o te pasa algo más que no notaras antes?

—No, solo el dolor de cuello y de cabeza. Cuando se pasa el efecto de la medicación… resulta muy molesto.

—Me gustaría estar ahí abrazándote. Cuando vuelvas a casa seré yo quien te cuide, ¿vale?

—Vale.

Bajé a cenar después de ducharme. Me quité el collarín para eso y me dolió horrores. Mis padres hablaban bajito en la cocina. La comida ya estaba en la mesa, solo quedaba que nos sentáramos. Sonreí a mi madre, había preparado crema fría de calabacín y pescado hervido con limón y patatas panaderas.

—¿Cena al estilo hospital? —pregunté.

—Hija, es que me has pillado a contrapié. Mañana pedimos pizza para comer.

—No te preocupes, si me gusta. Solo quería picarte. Mañana vendrá a recogerme Gonzalo para ver si puedo entrar a ver a Aday.

—Dile que te llevo yo, a la que vaya al trabajo, te acerco —sentenció mi padre—. ¿Quién es Aday, exactamente?

—Es uno de los primos de Gonzalo. Al parecer coincidí con él en la

boda…, no me acuerdo… Y estuve bastante rato con él el sábado en la ruta de Valverde.

Asintió.

—¿En qué trabaja?

—¿Qué te preocupa? Es profesor de biología y tiene una empresa de energías renovables.

—No, por saber. Llevaba buen coche. Quizá eso le ha salvado la vida.

El resto de la cena se la pasó hablando mi madre. Quiso cambiar de tema para conseguir que el momento fueera más fácil. Lo logró. También explicó que había hecho una lista de cosas que tenía que comprar para el viaje a Emiratos Árabes, incluso ya había comenzado a pedirlas por internet, desde bañadores con más tela, hasta un porta botellas de rejilla que se colgaba al estilo bandolera.

Me despedí antes de ir a la cama. Me abrazó durante un rato, ese contacto también curaba.

Cuando llegué a la habitación, recordé que no les había contado nada a las chicas. Así que les mandé un vídeo explicando todo. Lloré al rememorar todos los detalles. Qué miedo había pasado. Me giré en la cama, me agarré a la almohada y me quedé dormida de puro cansancio.

Me desperté sobresaltada con el recuerdo del golpe. Hasta pude notarlo en mi cuerpo. Inspiré y expiré varias veces para calmarme. Durante horas di vueltas en la cama. Ya no había forma de dormir, las imágenes del accidente pasaban una y otra vez por mi cabeza. Y verme arrodillada junto a la cabeza de Aday pidiéndole que no se fuera me dolía en lo más profundo; se me pusieron unos nervios horribles que me alteraron las pulsaciones.

Miré el reloj, me tocaba tomarme el antinflamatorio, tan solo eran las tres de la mañana. Me lavé la cara con agua fría. Me tomé la pastilla y bajé al salón con el móvil. Mis amigas habían contestado y estaban muy preocupadas. Era tarde para responder, aun así lo hice. Les dije que estaba bien, que eso era lo positivo, que podría haber sido peor y que accidentes los puede tener cualquiera. Y así me

quise convencer a mí misma también.

—Infanta…, ¿no puedes dormir?

Mi padre se sentó a mi lado, se recostó y me pidió que me acoplara a su cuerpo. Su brazo me rodeó como cuando era pequeña y veíamos las películas, siempre presente para aportarme seguridad.

—No puedo sacarme las imágenes de mi cabeza…

—Es normal, tendrán que pasar unos días hasta que puedas gestionarlo. Ha sucedido hoy y ha sido fuerte. No te preocupes, poco a poco.

—Papá…

—Dime.

—Me siento culpable con Aday. Le he dado de lleno, podía haber frenado antes… Lo he podido matar.

—Para de machacarte. Ha sido un accidente, has frenado cuando has podido. Tuvo la pericia de girar, si no lo hubiera hecho, se habría metido también debajo del camión y ahora no estarías lamentándote de esto. Tú no eres responsable. Piensa en que le salvaste la vida. Tú te diste cuenta de que no tenía pulso y tú iniciaste la reanimación, si no hubieras tomado esa iniciativa, podría haber sido peor.

—Ya, claro, ahora resulta que yo soy una heroína.

—No, pero tampoco eres el verdugo ni la culpable. Entiendo que pienses así, estas primeras horas son confusas y quieres recordarlo todo, explicarte lo que ha pasado y analizar si habrías podido tomar otras decisiones. Lo cierto es que todo eso ya da igual.

—El del primer coche…

—Ha fallecido. Se metió debajo del camión a gran velocidad, no se ha podido hacer nada, lo han sacado los bomberos.

Cerré los ojos e inspiré. Me acurruqué en el pecho de mi padre e intenté volver a dormirme escuchando el ritmo de su corazón.

***

Mi padre paró en la misma puerta de urgencias. Gonzalo ya estaba ahí esperándome. Me abrazó con cuidado. Se veía que estaba preocupado de verdad. Me miró a los ojos antes de abrazarme de

nuevo. Me rodeó con su brazo y me invitó a entrar con él. Me despedí de mi padre con la mano, él también lo hizo. Anduvimos por varios pasillos hasta llegar a la planta donde se encontraba Aday, la unidad de vigilancia avanzada. En la sala de espera había varios grupos de personas.

—Este es Adam, el hermano de Aday.

—Encantada. Siento conocerte en este momento. Yo…

La presión en el pecho y el nudo en la garganta me impidieron seguir hablando.

—Ya…, bueno, mejor aquí y no en otro sitio.

—Tremendista —le increpó una chica morena con el pelo corto y vestida con bata—. Gonzalo…

—Jésica…

Se saludaron con muchísima tensión. ¿Quién era esa?, ¿otra prima?

—Hola, supongo que tú serás Gabriela. Soy Jes, compañera de piso de Aday. Voy a avisar de que vas a entrar, creo que está su madre dentro.

—Vale —alcancé a decir.

Desapareció por las puertas abatibles y me acurruqué en el cuerpo de Gonzalo. Adam sacó el móvil y se apoyó cerca de la ventana. Al poco apareció una señora muy bien vestida junto a Jésica. Me erguí. Las lágrimas salieron solas.

—Perdón, perdóneme… Yo…

—Tranquila, ya me han informado de que fuiste tú quien lo atendió en el accidente. No sabe que estás aquí, pero le han dicho cómo sucedió todo y está preocupado por ti.

—Perdonad que os corte. Gabriela, tienes diez minutos antes de que cierren el acceso.

—Nosotros nos vamos a ir a casa, esta tarde volvemos. Gonzalo, hijo, tienes mala cara, vete a casa también a descansar, cuando salgas de aquí.

—Claro, tía, ayer fue un día muy intenso. Creo que como en casa

de mis padres, habla con mi madre y os venís.

La señora asintió y yo pasé las puertas acompañada de Jésica.

—Es aquí. Me indicó con la mano.

Tomé aire antes de entrar a la habitación.

Lloré al acercarme a la cama. Aday estaba tumbado bocarriba. Sonrió mucho al darse cuenta de que yo estaba allí. Lo cogí de la mano y no pude dejar de repetir cuánto lo sentía.

La intensa mirada de Aday me miraba compasiva.

—Qué bendita casualidad que estuvieras allí… Me has salvado la vida.

Lloré con hipo negando. Me atreví a tocarle el pelo y peinarlo con mis dedos. Sus latidos aumentaron, lo pude ver en la pantalla que lo controlaba. Tragué saliva.

—¿El golpe en la cabeza?

—Me han puesto unas cuantas grapas. Me han rapado un poco el pelo, pero lo puedo disimular fácilmente. —Giró la cabeza para enseñarme un apósito que tapaba la herida.

—Sí, con tanto pelo es fácil de tapar… La clavícula…, madre mía, te he fastidiado el verano.

—Gabriela, ¿por qué me pides perdón y ahora dices eso?

—Porque fui yo quien te embistió.

—Fue pura casualidad que tú estuvieras allí. Incluso yo, me entretuve con los compañeros del instituto. De haber sido otro día, no habría sucedido. No fue tu culpa, tú me sacaste del coche y me golpeaste aquí —señaló su corazón— para mantenerme en este mundo.

—Yo tampoco tendría que haber estado allí… salí tarde del trabajo…

—¿Lo ves? Fue un accidente, y estamos de acuerdo los dos, que no deberíamos haber tenido porque no nos tocaba estar ahí. ¿Tú cómo estás?

—Latigazo cervical, reposo y collarín. Nada comparado con lo tuyo.

—Bueno, al menos me ha dejado libre el brazo derecho, y por suerte soy diestro, aún puedo hacerme las pajas.

Me atraganté momentáneamente con la ocurrencia. Reímos a

carcajadas.

Me senté en una silla cercana sin soltarle la mano. Me quedé en silencio durante un rato.

—Quería haberte escrito, pero no tengo tu número de móvil ni nada.

Rio y se quejó al hacerlo. Me puse en pie y le toqué el pecho, alarmada.

—Tranquila, es la clavícula, que me duele a rabiar. No sé dónde está mi móvil, supongo que con la chatarra del coche. La Guardia Civil no lo ha encontrado. Le he pedido a mi hermano que comprara otro. Y sí tienes cómo comunicarte conmigo. —Lo miré entrecerrando los ojos—. Tienes mi Instagram, te lo di el día de la boda. Ahora, si no te acuerdas de mí, como para acordarte de dónde lo guardaste. —Rio y se quejó por el dolor a partes iguales.

Nos quedamos mirándonos fijamente. La intensidad de sus ojos me llevaba a quedarme en blanco, solo podía concentrarme en esos dos cañones marrones.

—¿Por qué me miras así? —susurré.

Vi que el monitor marcaba más de ciento veinte pulsaciones por minuto.

—¿Así cómo? —musitó también en un susurro.

—Perdonad, el tiempo se ha acabado, hasta la tarde no podrá volver a tener visitas —informó una enfermera.

—Cuídate, ¿vale? Estaré pendiente —Me despedí dejando un beso en su mejilla. Juro que, ahí, fueron mis pulsaciones las que ganaron velocidad de frecuencia cardíaca.

—Te debo una vida, Gabriela. Gracias por luchar para que me mantuviera en esta. No me quería ir todavía…

Le sonreí desde la puerta. De camino a la sala de espera me di cuenta de que esa sonrisa era una tremenda traición a Gonzalo. Me paré, tomé aire y me recompuse.

—Me han echado —informé al salir.

Gonzalo estaba sentado con el móvil en la mano, lo que venía siendo habitual en los últimos días. Jésica se tomaba un café en una

silla, muy alejada de mi novio. Allí se podía cortar la tensión.

—¿Cómo está? —Se levantó y me acarició el brazo.

—Pues bastante animado para lo que le ha pasado. Ayer pensé que no salía de esa. —Me llevé la mano al pecho.

—Tiene vitalidad, seguro que evoluciona muy bien. Lo malo es que las vacaciones se le han complicado un poco. Adiós, Jésica —se despidió—. ¿Te vienes a casa un rato? Supongo que tu padre querrá que comas en su casa…

—Sí, vale, luego me llevas a casa de mis padres.

Una vez allí, y por miedo a que se me cargaran los hombros, propuso escuchar un podcast tumbados en la cama. Al rato parecía aburrirse y se ofreció a masajearme las piernas y los pies. Sus manos estaban calientes y lo hacía con tanta suavidad que creo que llegué a dormirme. Se tumbó a mi lado mirándome fijamente. Pude intuir que el podcast no lo estaba escuchando y por su mente pasaban mil cosas. Quería hablar conmigo de algo. Me giré para quedar frente a él. Aún me dolía el cuello, aunque el pinchazo era menor.

—¿Qué piensas, nene?

—Que ayer pasé miedo, la verdad. Te oí chillar y el golpe, y te llamaba, no contestabas…

—Por suerte se ha quedado todo en un susto.

—Sí. —Agarró mi mano entre las suyas—. Tenía algo organizado para la semana que viene, estoy pensando en cancelarlo, no quiero dejarte sola.

Ya sabía yo que algo había. A ver por dónde salía.

—No estoy sola, estoy en casa de mis padres y tengo a mis amigas.

—Lo sé, pero no estaré yo… Este viernes salgo de vacaciones durante una semana con mis amigos. —¿Con sus amigos? ¿Quiénes eran sus amigos? Lamenté no saberlo—. Y, claro, tú estás así, necesitas reposo. Tendrás que ir a comprar un coche nuevo, me gustaría acompañarte. Y cuando vuelvas a casa…, tenía pensado irme allí contigo unos días para hacértelo más fácil.

¡Cuántas cosas! Y sin estar presente, así era fácil prometer. Me

saltaron las alarmas.

—Por el coche no te preocupes, ya se solucionará. Y por el resto, me las puedo apañar, solo es el cuello. ¿Dónde vais? No me lo habías dicho…

—A Valencia. Lo han organizado esta semana, hasta que no hemos sabido que podíamos todos…

—¿Me los presentarás algún día? —tanteé.

—Pues claro.

Sacó el móvil y comenzó a enseñarme fotos y ponerle nombre a cada cara, no recordé ninguno, así era complicado.

Él se mostraba atento y preocupado, lo cierto era que yo había entrado en la habitación del pánico. Volvieron los celos y la desolación por sentir que me había faltado información por todas partes. Sospechaba que me escondía cosas, que tenía dos caras o dos vidas y que yo estaba en una de la que encima no tenía visión completa. Y por mucho que él estuviera poniendo toda la carne en el asador cuando estaba conmigo, sabía que una parte de él no estaba con nosotros.

Finalmente, mi padre insistió en venir a buscarme a casa de Gonzalo. No tenía que preguntar el motivo, mi padre no quería que mi novio supiera donde vivía, no le había caído en gracia, se le notaba, no estaba siendo nada afable con él. Y terminó de demostrármelo cuando Gonzalo se despidió de mí en su portal y mi padre se limitó a saludarlo con un simple movimiento de mano.

—Infanta…, tengo noticias, tu coche se ha declarado siniestro, por lo que tendrás que comprar uno nuevo. Si quieres podemos empezar hoy.

—Gonzalo quería acompañarme en esa tarea.

—Bueno, si quiere venirse… A no ser que me digas lo contrario, era un tema que queríamos realizar contigo… —noté dureza en sus palabras.

—No te preocupes, papá, confío en ti, tú sabes más de coches que yo, me asesorarás mejor.

Y con eso relegué a Gonzalo a un segundo plano. Un puntito de orgullo quiso creer que nos posicionábamos en el mismo puesto, él

me apartaba a su manera, yo le apartaba a la mía.

***

La semana pasó sin pena ni gloria, no volví a ver a Gonzalo. Él excusó que tenía trabajo en Madrid y yo no le exigí más. Las cosas no iban como al principio, lo sabía, algo se había roto, no sabía el qué, pero nada estaba igual.

—Mamá, necesito que vayamos a casa. Tengo que buscar una cosa en el bolso de la boda.

Por más que intentaba tumbarme en el sofá y buscar en mi memoria dónde había puesto o visto un papel en el que pusiera el Instagram de Aday, no lo conseguía. La posibilidad de haberlo escrito en el móvil estaba descartada, porque ya había buscado en el grupo de amigas, en las notas, en el grupo conmigo misma, en todos los sitios en los que pudiera apuntar algo, aunque estuviera junto a los tomates de la lista del super. Y si él afirmaba que me lo había dado, es porque lo había hecho, ¿para qué me iba a mentir?

¿Podría habérselo pedido a Gonzalo? Sí. ¿Podría haber mirado en su lista de amigos? También. Pero quería encontrarlo, no corría prisa comunicarme con él, sabía que estaba bien por su primo, y mi objetivo era encontrar ese papelito que había guardado en algún lugar en el momento de vacío memorístico.

Entré y fui directa al armario. En el bolso no había nada. Escribí a mis amigas preguntándoles por algún papelito en sus bolsos o en la casa de Claudia, en la que habíamos dormido, por si se hubiera caído cuando nos cambiamos.

Al volver al salón, vi sobre la mesa la ramita de espliego. La cogí con mis dedos y comenzaron a desprenderse todas las flores. Agacharme a cogerlas no era fácil con el collarín… Por suerte, mi madre estuvo atenta.

—Ya lo recojo yo y lo tiro.

—¡No! No —suavicé.

—¿Y cómo no lo pusiste en agua?

—Pues no se me ocurrió, mamá.

—Espera, tengo una idea, ¿tienes cacharritos de esos de meter

cremas cuando vamos de viaje?

—Alguno tiene que haber en el baño —recordé.

No tardó en regresar y meter las flores en un botecito de tapa rosa. Me lo llevé a la nariz, me recordó de golpe la última mirada que Aday me había dedicado en el hospital y se me puso el estómago del revés.

De repente me urgía mucho encontrar su usuario.

—Si me dices qué buscas, quizá te puedo ayudar —propuso mi madre.

Suspiré. Llegaba el momento de hablar de él, mi madre no era tonta, iba a atar los cabos que yo también comenzaba a atar.

—El otro día, Aday me dijo que el día de la boda me había dado su usuario de Instagram, no sé dónde lo guardé, porque como no me acuerdo ni de haberlo conocido…

—Lo mismo lo metiste en la funda del móvil.

El único sitio que no me había planteado. De manera apresurada le quité la funda al móvil. Un papelillo salió volando hasta el suelo. Lo cogió mi madre y me lo dio sonriendo. Era un trozo de servilleta de color rojo y en rotulador negro estaba su usuario con la que supuse que sería su letra.



Capítulo 16

La magia se fue con ella. Según salió de la habitación, volvieron todos los dolores. La cabeza me iba a reventar y, aunque no habían visto nada fuera de lo normal, nunca antes había sentido reverberar así el dolor en mi cerebro.

Supe que había visto que mis pulsaciones habían subido cuando de reojo miró la pantalla y sus ojos se clavaron en los míos. Desde luego, si tenía que elegir a la persona con la que haber tenido el accidente, de lejos, la elegía a ella. Al menos eso me ayudaría a mantenerme cerca. Más allá de las quedadas familiares. Estaba feo, feísimo pensarlo así, pero teníamos algo en común que el resto no.

—Estaba fuera tu primo. He intentado tener con él unas palabras, pero no quería joderte el plan —parloteó Jes.

—Se supone que ya no tengo más visitas.

—Pero la mía sí, ventajas de trabajar en el hospi. Lo que te decía, quería decirle que cuidara a la novia, que mola mucho dejar por otro, pero que lo mismo no le gustaría tanto que le dejen a él. He decidido callármelo, no fuera a ser que se pusiera a cuidar a Gabriela con esmero y te dejara sin opciones de meter ficha.

—¿Y le has dicho algo?

—Oh, sí. Le he dicho: «veo que estás con alguien».

—¿Y qué ha dicho?

—Sí. Eso ha dicho: «sí». Y luego le he dicho: «veo que es lo suficientemente serio como para presentarla a la familia».

—¿Y qué te ha dicho?

—Sí. Y luego le he dicho: «me alegro de que por fin hayas sentado la cabeza». Y te ahorro la pregunta, ha dicho —le puso entonación a la última palabra—: «*okey*». En fin, un hombre maravilloso —ironizó.

Se sentó en la silla en la que minutos antes había estado Gabriela.

—Me encanta, Jésica, me gusta muchísimo. Te juro que he llegado a pensar que la había idealizado, que todo lo que había fantaseado era solo eso, parte de la imaginación. Que sería inviable que estuviéramos juntos porque podría ser diferente a lo que en realidad es. A ver, la conozco poco y menos, aunque lo que he visto hasta ahora me gusta. Hace un rato nos hemos mirado tan… Buah, la habría intentado besar de haber estado en otra situación física y

sentimental.

—¿Entonces te vas a pasar a la familia por el forro? —me recordó.

—Estoy deseando, pero es arriesgado. Por el momento no voy a hacer nada. Y mientras siga con Gonzalo, queda totalmente descartado.

Se encogió de hombros. Ya había expuesto su opinión y no había cambiado. Desde su posición era más fácil de ver, desde dentro, se antojaba más que complicado.

Dos días después me dieron el alta y volví a casa. Mi madre insistía en que estuviera en la suya un par de días, hasta que me pudiera apañar solo. El simple hecho de compartir techo con mi padre me generaba rechazo. Con Jes y Fran en casa, tenía ayuda suficiente. Además, ya estaba de vacaciones, y el plan de tele y vagueo que había ideado, se había convertido en obligado casi por prescripción médica.

Dos días después, estaba desesperado. La casa se me caía encima, me aburría lo que no estaba escrito y con una mano se complicaba lo de dedicarle tiempo a la cocina.

Un día Jésica interrumpió mi nuevo vicio, bailar en el salón con los cascos puestos mientras escuchaba canciones que me recordaban a Gabriela.

—Tío, bailas como el culo y encima se nota muchísimo que no llevas calzoncillos… Un poco de decoro, ¿no?

—Si no te gusta, no mires. ¿Tú sabes lo difícil que es bajarse y subirse todo solo con una mano? A no ser que me quieras acompañar a cagar todos los días. —Puse morritos y ella cara de asco.

Reí a carcajadas. Le ofrecí mi mano para que bailara conmigo.

—Encantada, pero no puedo seguir el ritmo si no escucho la música.

Desconecté los cascos y sincronicé el altavoz del salón.

—Te llevo pensando todo el día, voy a darte la noche perfecta. Si supieras cuanto tiempo he esperado, creo que fue demasiado, aguantando este sentimiento —canturreé sonriendo.

—Te vas a volver loco, porque ya vas tarde y se te va a complicar

todo.

—Shhh, tú solo baila, no me amargues, que quiero ser positivo.

Aceptó con una mueca divertida. Y allí echamos más de media hora que me arreó el chute de energía que necesitaba.

Esa misma tarde, mis amigos propusieron quedar para sacarme de casa. Se habían organizado para poder quedar todos. Chema venía a posta desde Albacete. Era un grupo dispar, de él formaban parte dos amigos del instituto, Gus y JuanPe; una compañera de trabajo de uno de ellos: Luci y tres compañeros míos del instituto: Chema era de historia, Alfonso de Educación física y Cristina de biología. Y con ese objetivo en la cabeza, no podía pensar en otra cosa. Quise distraerme implicándome en reuniones de la empresa. Al parecer era necesario que mantuviera una reunión con los jefes de equipo, avisar a mi prima, tomar decisiones con los abogados y firmar un acuerdo con, nada más y nada menos, que el Ministerio de Industria. Por desgracia, tendría que esperar, conducir era imposible y no iba a condenar a nadie a que me llevara. Además, desde el día del accidente no me había montado en un coche y no sabía cómo iba a reaccionar, por lo que el taxi estaba descartado. Y al tren le tenía tanta manía que tampoco era una opción, podía esperar un par de semanas, o hasta que me dijera el médico que podía mover el

brazo izquierdo.

La pantalla de mi móvil se encendió mientras comíamos. Ese día habíamos decidido comer todos juntos. Fran se iba dos semanas a Ibiza con unos compañeros *gamers* y era nuestra última comida juntos, como había bautizado Jésica. La verdad es que tenía mucha suerte de tenerlos cerca, eran el aliento diario, la alegría, el compromiso, todo lo que un compañero de piso te ofrece cuando hay buen rollo. Una de nuestras normas era no tener los móviles cerca cuando comíamos o cenábamos juntos, era nuestro tiempo sin distracciones.

—Perdón, perdón. Os juro que no lo voy a mirar, lo dejo en la habitación y vuelvo, no me he dado cuenta de que lo tenía —excusé.

Me levanté y fui hacia mi habitación para dejarlo allí. Algo en mi interior me exigía leer el mensaje, era una notificación de Instagram. Me revolotearon en el estómago las mariposas de la ilusión. ¿Y si era ella?

¡Hola! ¡Te encontré!

Estabas en la funda del móvil.

¿Cómo estás?

Tuve que sentarme en la cama. Mi respiración entró en apnea. Cogí una bocanada de aire cuando mis pulmones no aguantaron más. Era ella. No me había preparado para eso. ¿Por qué me había impresionado tanto?

—¡Aday! —oí gritar a Fran.

—Voy.

No sabía cuánto tiempo llevaría asimilándolo. Sé que entré pensativo y sonriente al salón, no lo pude remediar.

—Uy, ¿esa cara? —Observó Jésica. Nos quedamos en silencio, me senté, cogí el tenedor y comencé a engullir la ensalada de pasta—. ¿Te ha escrito? —La miré—. Eres un mentiroso, has leído el mensaje. —Reí con la boca llena—. ¿Era ella? ¿Le has contestado?

No, no le había contestado. ¿Tendría que haberlo hecho? ¿Estaría ilusionada con la mirada fija en el móvil esperando mi contestación o estaría pendiente de otra cosa? Todo mi cuerpo se revolucionó. Me

gustó tanto esa sensación de nervios e incertidumbre…

Jésica se levantó corriendo. Regresó con mi móvil en la mano.

—Fran, ¿levantamos las restricciones?

—Por favor —exigió.

Puso mi móvil frente a mi cara. La pantalla se desbloqueó. Entró en mi Instagram.

—Estas confianzas solo las tienes tú, ten eso en cuenta, Jes —dije sonriendo.

—Ay…, que te ha escrito. Te ha pedido solicitud de amistad, ¿la acepto?

—¡No! Espera…, si la aceptas ya y no contesto…

—¿Por qué tantas preguntas y dudas? Acepta y contesta cuando puedas. Luego le pones algo así: perdona, Gab, estaba comiendo, he visto tu mensaje, he aceptado tu solicitud, pero quería estar tranquilo tumbado en el sofá para contestarte y así charlar un rato —propuso Fran.

Lo miramos impresionados.

—Listo, aceptada.

Le arranqué el móvil de las manos.

—Déjame a mí al menos vivir estos momentos, ¿no? —hice una pausa—. Estoy jodidamente nervioso.

—Estás jodidamente pillado por ella. Y estás realmente jodido porque está saliendo con tu primo —me recordó Jes.

—Lo sé. Lo sé —lamenté.

De repente se hizo el silencio y terminamos de comer sin pronunciar palabra.

Cogí un helado de postre y me recosté en el sofá. Era realmente difícil comer helado y escribir mensajes a la vez.

Hola. Eso te demuestra que nos conocimos en la boda.

Estoy bien, aunque vivir solo con una mano es complicado.

Me aventuré y le mandé una foto de mi cara sujetando con la boca el helado. Era una imagen divertida. Salía con el pelo medio despeinado, la boca formando una gran O con un helado de cucurucho dentro y guiñando un ojo de forma simpática.

El mensaje le había llegado, pero no estaba conectada. Esperé,

esperé y esperé hasta casi desesperar. Por no contestar antes, lo mismo tardaba horas en volver a entrar, ya estaba perdiendo el tiempo…

Y, de repente, llegó un audio:

—Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, por favor, qué imagen. Gracias, me has hecho reír, que hoy andaba falta de risa. Te iba a proponer quedar mañana, tengo un regalo para ti, para redimir mi culpabilidad en el accidente. Ya sé que me vas a decir que no tengo culpa, pero… quiero darte algo y pedirte disculpas, ¿vale?

Reí. Guardaría ese audio de por vida.

¿Y si te digo que no?

¿Que no me perdonas o que no quieres quedar?

Las dos. No te voy a perdonar porque no tienes la culpa y no podemos quedar mañana porque he quedado con mis amigos y uno ha venido a posta desde Albacete.

Vaya, pues es que mis amigas vienen el sábado a casa…

Espera…, voy a ser bueno…

Había una opción, sería poco tiempo, pero al menos la vería un rato.

He quedado a las ocho de la tarde. Podemos tomarnos un café antes.

Me gusta el café.

Volví a reír.

¿Mañana a las cuatro en la cafetería que hay cerca del Ayuntamiento?

Allí estaré. Juro que no se me va a olvidar, jajaja.

¿Tú qué tal estás?

No puedo abrir la boca como tú…

Me mandó una foto muy parecida a la mía intentando abrir la

boca, la barbilla le daba con el collarín.

No, ahí no te entran ni helados ni pollas.

Jaaaaaaaaaaaaaajajajajaja

No, ni una ni otra.

Me mordí el labio. Vale, era fácil hablar con ella, y reaccionaba bien a mis chistes cutres. Si es que me encantaba esa chica. Tomé aire para despejar mi cerebro un poquito, porque no hacía más que darle vueltas a que era la novia de mi primo y las opciones, obviamente, eran nulas.

Te veo mañana, voy a descansar un poco y a echarme una siesta.

Perfecto. Mañana nos vemos.

Descansa.

Igualmente.

Suspiré aliviado. Me puse los cascos con su lista de fondo y una sonrisa en los labios. ¿Tenía un regalo para mí? ¿Qué sería? El mejor regalo que me podía hacer era decirme que había dejado a Gonzalo.



Capítulo 17

Lo tenía todo preparado. Había comprado poliespán, papel seda y plástico, esa misma mañana. Ay, estaba un poco nerviosa.

Salí de casa y, caminando durante unos quince minutos, llegué a la plaza del Ayuntamiento. La cafetería a la que hacía referencia estaba en una esquina y vendía bollos que olían que alimentaba.

Lo vi llegar cinco minutos después. Se acercó a mí, me rodeó con su brazo libre y me dio dos besos.

—Perdona, es que a estas horas y en pleno julio, tenía que pararme a la sombra para no derretirme.

—Como los bombones —quise redondear su broma.

—No, no, como el chocolate puro, que es más caro y más difícil de comer.

Rio. Era divertido y auténtico.

—¿Entramos? —Asintió y me invitó a anticiparme con un gesto de mano—. ¿Aquí hay bollería para ti?

—Sí, tienen productos libres de gluten.

Pedimos dos tazas tamaño M de café con leche y quise probar lo mismo que comía Aday, por lo que pedimos dos. Pude descubrir que sus ojos chisporrotearon con mi decisión. Antes de que vinieran a servirnos, puse mi regalo sobre la mesa.

—No tenías por qué regalarme nada, Gabriela. De verdad que esto me da mucho apuro.

—Tú solo ábrelo, si es una chorrada.

Comenzó a romper el papel. Cuando llegó al plástico que lo envolvía abrió los ojos y la boca impresionado. Me miró con el ceño fruncido y los ojos con más intensidad que nunca. Hasta sentí que un escalofrío me recorría intensamente.

—Pero esto…

—Lo he hecho yo.

—¿De verdad?

—Si. —Reí.

Apoyándome en poliespán y un cúter, había recortado la forma de una rama de espliego. Había forrado la ramita con papel seda color verde y la parte de las flores con papel seda morado. Encima había pinchado chucherías con esos colores. No había sido fácil encontrar las moradas, tuve que seleccionarlas. Y, para ponerle la guinda,

había creado un abejorro, pero sin el pelito, porque no había gominolas así. Para las alas, había utilizado dos pequeñas obleas finitas.

—Pero…

—Te la puedes comer, las chucherías son sin gluten.

Me volvió a mirar con esa sorpresa, le había encantado y lo podía ver en sus ojos.

—No me lo voy a poder comer, es muy bonito. Está muy logrado.

—Cuando llegué a casa, se me olvidó meter la ramita en agua, por lo que se han caído todas las flores, pero no te preocupes que las he guardado en un botecito. El caso es que cuando las huelo, me recuerda a este momento y se me ocurrió…

—Sublime, Gabriela. Sublime.

Había acertado de lleno. Era una auténtica chorrada y, aunque me lo había currado, eran, simplemente, chucherías de colores. Mi móvil comenzó a sonar rompiendo esa atmósfera que habíamos creado. Gonzalo.

—Hola, nene. —Pude ver un pequeño fruncir de cejas de Aday.

—Hola, *sweet cherry*. Ya hemos llegado. Hemos tardado más de lo que queríamos porque hemos parado a comer por el camino y se nos ha alargado la sobremesa.

—¿Y qué tal el piso? ¿Hace mucho calor?

La camarera nos dejó el café y los bollos sobre la mesa haciendo ruido.

—Bien, normalito. Compartimos habitación en parejas. Y calor, no mucho, es peor la humedad, ya estoy pegajoso. ¿Dónde andas, que se oye mucho ruido?

—Estoy tomando un café con tu primo. Quería pedirle perdón por enésima vez, todavía me cuesta dormir por las noches sin la imagen del golpe.

—Ah, vale. ¿Ya vuelves a casa hoy? —El tono de su voz era totalmente neutro.

—Sí, mi padre ya ha dejado mis cosas en casa, por lo que hoy duermo sola, no sé cómo pasaré la noche… Mañana vienen estas y se quedarán a comer, así que el día lo tengo completo.

—Vale. Cualquier cosa, me llamas. Sé que no puedo estar ahí,

pero estoy a este lado del teléfono.

—Lo sé. Disfruta, que son tus vacaciones.

—Gracias. Un beso, *cherry*.

—Un beso.

Vi que Aday mordía un trozo del cruasán que había pedido y expresaba placer con los ojos cerrados. Lo copié. No sabía qué me depararía, siempre había oído decir que lo sin gluten sabe a paja.

—Guau, esto está bueno —admití. No habría podido ver la diferencia con uno normal.

—Sí, muy bueno. ¿Gonzalo está de vacaciones?

—Sí, se ha ido a Valencia con sus amigos.

—Ah, no sabía nada. Tampoco me habías dicho que no estabas en tu casa viviendo. Me escondes cosas…, me escondes cosas, compañera de accidente —dijo riendo.

Reí y me eché la mano al pecho entonando el *mea culpa*.

—¿Tú te vas a ir de vacaciones? —pregunté por hablar de algo.

—Sí, nos vamos los primos en cosa de dos semanas. Y tengo la suerte de irme con este artilugio como compañero. ¿A ti cuándo te quitan el collarín?

—Mañana ya me lo tengo que quitar, me dijeron que no lo llevara más de siete días. Veremos si no tengo síndrome de jirafa y voy con el cuello de lado a lado.

Se echó a reír y señaló de forma discreta al resto de la cafetería.

—Míranos, estamos tullidos. Seguro que esta gente ya nos ha creado una historia salseante. ¿Creamos la nuestra?

—¿Que hemos tenido un accidente y ha dado la casualidad de que ninguno deberíamos haber estado ahí y que, para más colmo, nos conocíamos de antes? Te parece poco salseo…

—Bendita casualidad, porque eso me ha llevado a estar aquí contigo tomando un café, imagínate que en vez de una chica guapa, joven y afable, tuviera a una vieja con verrugas en la nariz y un humor de perros.

Tenía la taza en las manos, acababa de tomar un trago y me hizo reír hasta el punto de que el café siguió por mi cuerpo un recorrido contrario y salió por la nariz sin previo aviso.

Aday se echó a reír a carcajadas a la vez que buscaba servilletas

para ayudarme. Yo también reí, lo que era difícil porque no podía respirar bien por la nariz.

—Son de las servilletas impermeables, pero algo te podrán ayudar —comentó entre risas.

Me limpié por encima y busqué un paquete de pañuelos en mi bolso. Cuando volví a la normalidad suspiré.

—Espérate que aún me ahogo y me tienes que hacer tú la reanimación —comenté.

—Entonces estaríamos en paz y no te debería una vida.

—Y dale… Que no me debes nada…

Miró el regalo de chuches, se peinó de una forma muy sensual. Me recoloqué en la silla, no me terminó de convencer mi reacción, yo tenía novio. ¿Por qué me impresionaban tanto sus gestos?

—Estoy pensando… ¿y si me lo tatúo?

—¿Cómo?

¿Acababa de hablar de tatuarse? ¿Llevaría él el tatuaje igual que el mío? No podía perder la oportunidad de indagar sin ser intensa.

—Tatuarme una ramita de espliego con una abeja. Me recordaría que sobreviví el accidente.

—¿Tienes algún tatuaje? —pregunté.

—Varios. Alguno no lo puedes ver, porque tienes novio y no me puedo desnudar aquí delante de todo el mundo… Y otro aquí en la espalda, este sí lo puedes ver, mira —se giró—, baja un poco el cuello de la camiseta —ordenó.

Me levanté y lo hice. El olor de su piel llegó a mi nariz como asciende el humo de un incendio. ¡Qué bien olía! Y qué suave tenía la piel. La tinta negra aparecía bajo la tela.

—Las fases de la luna…

—Sí. —Le recoloqué la camiseta y regresé a mi asiento—. Es el renacer más natural y hermoso que existe. Puedes estar pleno, a mitad, de camino a brillar o en parte, incluso no brillar, aun sabiendo que sigues existiendo; que lo que tienes claro es que es un ciclo en el que vas a brillar de nuevo con toda tu fuerza.

—Qué bonita interpretación —dije impresionada.

—¿Tú tienes algún tatuaje?

Aquella pregunta me desoló. Si llevara el mismo que yo, no me lo

habría preguntado porque sabría que sí que tengo uno, uno igualito al suyo. Por lo que, Aday quedaba totalmente descartado.

—Sí, pero, como bien has dicho, tengo novio y no me puedo desnudar aquí delante de todo el mundo… —le copié.

Rio a carcajadas y asintió con la cabeza. Simuló cerrar su boca con una cremallera antes de dar un mordisco a su bollo.

Llegué a casa sonriendo. Vi mi cara en el espejo del ascensor y no quise pensar. No quise hacerlo. Me obligué a fluir. A actuar en automático. Cerré la puerta con llave, me quité las zapatillas y fui directa al salón. Puse el aire acondicionado. Sobre la mesita baja estaba la cajita con las flores del espliego. La abrí. Olí. Cerré los ojos. No se parecía en nada el olor que desprendían esas flores con el de Aday, sin embargo, me recordaba a él.

Volver a casa era positivo, y siempre me había gustado el silencio. Aunque esa vez me notaba insegura, podía oír a lo lejos el chirriar de las ruedas del camión, los cristales cayendo al suelo y la chapa arrugándose. Encendí la tele y puse *The big bang theory*. Era una serie que ya conocía, era comedia, no me provocaría sobresaltos ni situaciones que pudieran alterarme. Y llenaría el silencio que atronaba en el salón. Sí, atronaba, porque hasta me zumbaban los oídos. Podía oír el tic tac del reloj, nunca antes me había molestado, un cambio inesperado, porque cada movimiento del mecanismo se clavaba en lo más profundo de mi tímpano generando un malestar que llegaba hasta a cabrearme.

Aquella noche fue extraña. Gonzalo no había escrito con su mensaje de buenas noches. Al ver que no lo hacía, le mandé yo uno. Lo había leído. Lo había leído y no lo había contestado. Quise pensar que lo haría cuando se fuera a la cama. Me sentí traicionada. Horas antes me había dicho que estaría ahí si lo necesitaba; no lo necesitaba, pero, joder, ¿un «buenas noches»? ¿Un poco de apoyo en mi primera noche sola después del accidente? ¿Tan egoísta era queriendo ese mínimo de atención?

Papá:

Infanta, descansa. Si ves que te despiertas sobresaltada, te

levantas tranquilamente, bebes agua y te acuestas de nuevo.

Recuerda tener buenos pensamientos. Sustituye las imágenes negativas por recuerdos bonitos.

Buenas noches, pequeña.

Se me saltaron las lágrimas al leer el mensaje de mi padre. Él era el único que no me fallaría nunca, que siempre estaría pendiente de mí y me levantaría cuando cayera. Él y mi madre, porque eran un *pack*, el *pack* al que yo aspiraba y que veía que se me escapaba como el agua entre los dedos.

Había demasiado silencio, no podía dormir. El corazón me iba a mil, notaba cada uno de los golpes contra mi caja torácica. Hasta me llegué a poner nerviosa pensando que eso no era normal. Lo busqué en internet, había gente que era capaz de notarlos y me sentí aliviada. Intenté contarlos como si fueran ovejas, y así entrar en calma. No había manera.

Me levanté, bebí agua. Vi la cajita de espliego en el salón y la llevé al dormitorio, la dejé entreabierta sobre la mesilla. No quería que perdiera mucho olor y se me acabara. Aday me había dicho que la lavanda relajaba y el espliego activaba. Activada ya estaba, por probar… El caso es que el olor me recordó al momento en que tomé la ramita entre mis dedos, al zumbido que nos rodeaba y a la sonrisa de Aday.

Amanecí a las ocho de la mañana. Había logrado dormir cinco horas seguidas. Cerré la cajita, ya no olía igual y me preocupé. Miré la pantalla del móvil. Ni rastro de Gonzalo. Lloré. Mi intuición o mis celos me decían que se había liado con otra. ¿Tenía motivos para pensarlo? No, pero tampoco carecía de ellos. Seguro que había estado toda la noche de fiesta, habría bebido o no, seguramente sí, se habría liado con otra; a saber. Lo cierto era que se había olvidado de mí. Y eso dolía. No quise ponerle un mensaje de buenos días, no quise presionarlo, no quise ser cargante, agobiarlo y empeorar todavía más la situación. La tristeza y la preocupación se levantaron conmigo y me hicieron compañía. La única alegría que viví nada más levantarme fue que no me volvería a poner el collarín.



Capítulo 18

Mis amigas llegaron todas juntas cargadas con mochilas y bolsas de comida. Abrí la puerta y se fueron distribuyendo por la casa como si de una coreografía se tratase. Nuria iba descargando comida en la nevera. Claudia guardaba patatas en los cajones. Marta conectaba la consola a la televisión y Yoana y Ainhoa se instalaban en la habitación de invitados.

—¿Y esto? —pregunté.

—Campamento de verano en casa Gaby. Tú solo tienes que fluir y disfrutar. Prometemos no ser muy intensas y estar en calma. Tampoco pidas imposibles, que ya sabes cómo somos, pero venimos concienciadas —informó Claudia.

Reí y volví al salón. Me apetecía tenerlas por allí pululando, de repente, el silencio se había esfumado y me sentía más cómoda.

Comenzaron poniendo una película romántica y entre «ohh» y «¡qué pringado!» o «calzonazos, te la va a liar», sacaron la comida. Sushi, rollitos de primavera y arroz tres delicias. De repente una pregunta me vino a la cabeza con todas sus consecuencias: ¿El sushi tendría gluten? La consecuencia era clara, Aday se abrió paso en mi mente.

Sé que me quedé pensativa demasiado rato. Y la falta de información de que Gonzalo siguiera con vida, me creó un nudo en el estómago.

—Estás muy seria, ¿qué te pasa?, ¿te duele algo? —advirtió Marta.

—No, es solo que…

—Gonzalo… —adivinó Nuria. La miré extrañada—. Lo siento, Gabriela, es que no me gusta. No me gusta en general, pero mucho menos para ti. Me da mal rollo ese chico. Siento decirlo, las pocas veces que he estado con él…, me ha parecido un chulo, un engreído y un flipado. No sé qué viste en él, pero no te pega… Y encima no tiene el tatuaje. No sé por qué no lo mandaste al cuerno cuando comprobaste que no lo tenía…

—Bueno, así, de gratis y sin pedirlo… —comentó Yoana con desparpajo.

—¿Nos quieres contar algo, cielo? —preguntó Ainhoa al ver que yo estaba a punto de llorar.

—No tengo noticias de él desde que llegó ayer por la tarde a

Valencia. No me escribió para darme las buenas noches, ni me contestó al mensaje que yo le mandé. —Y entonces salieron las lágrimas recorriendo mis mejillas.

—¿Has mirado si ha estado conectado? —Negué—. Dame el móvil, porfa, lo miramos en un momento…

Le di el móvil a Claudia. Entró en WhatsApp.

—Pues ha estado activo hace media hora. ¿Por qué no le escribes a ver qué pasa? Está claro que tu mensaje lo ha leído y que está vivo…

—No, no le va a escribir. Lo siento, Gaby, pero tienes que aguantar, la única forma que tienes de pedirle explicaciones es dejar que la cague aún más —ideó Marta.

—Pero…

—Ni pero ni nada. Mientras esté de vacaciones, tú vas a seguir tu vida y no le vas a escribir hasta que él lo haga, tampoco le vas a llamar, por mucho que te cueste o mucha necesidad que tengas de hablar con él. Si te pregunta que por qué no le has escrito, le dices que estabas respetando su tiempo de vacaciones con sus amigos y no querías ser molestia —argumentó.

—Joder, pero eso va a ser muy difícil —asumí.

—Te haremos cobertura y te ayudaremos, ¿vale? —se ofreció Nuria —. Ya veremos por dónde sale. Quizá estamos agrandando el problema y solo salió de fiesta y tiene resaca… Lo mismo luego llama, se explica y fin del problema porque son paranoias nuestras.

Todas asintieron y me quedé conforme con esa opción. Quizá no era nada y yo lo había pintado todo muy negro.

A media tarde, comenzaron a preparar mojitos. Yo seguía con medicamentos, por lo que me abstuve de probarlos. Estuvimos recordando momentos divertidos y anécdotas de vivencias juntas, de las fiestas, de escapadas, incluso de la boda.

—Tengo algo que confesar —murmuró Claudia casi avergonzada—.

Estoy hablando con uno de los primos de Gonzalo.

El cuerpo se me llenó de nervios y me puse en alerta.

—¿Y cómo puede ser eso? —preguntó Yoana asombrada.

—Del día que quedamos con Gabriela.

—¿Y quién es? —se interesó Nuria.

«Por favor, que no sea Aday. Por favor, que no sea Aday», me repetí mentalmente de manera fortuita. Hasta me sorprendí a mí misma con esa petición.

—Pues… es majísimo, guapo…, es superatento…

—Que quién es —exigió Ainhoa.

«Por favor, por favor, por favor…».

—Se llama Juan Carlos —confesó sonriendo.

Juro que la calma que sentí en ese momento, nunca antes la había vivido. Y eso me llevó a otra encrucijada: ¿por qué me había preocupado tanto que no fuera Aday cuando yo estaba con Gonzalo?

Claudia no paró de hablar y hablar de su nueva ilusión. Habían quedado esa semana en una piscina del parque natural del Alto Tajo y se había propuesto no cortarse un pelo, iba a ir a por todas. El alivio me transportó de nuevo a la imagen de Aday tras la ramita de espliego.

Se quedaron a dormir y se distribuyeron por las diferentes habitaciones. Yoana durmió en mi cama. Gonzalo seguía sin dar señales. No quisieron que le escribiera, me lo prohibieron totalmente. Y eso desencadenó las lágrimas que empaparon la almohada. Dormimos abrazadas, al menos contaba con el consuelo de mis amigas.

A eso de las doce sonó mi teléfono. Mis amigas estaban recogiendo todos los bártulos para desalojar mi piso. Gonzalo.

—Ponlo en manos libres, pero no se lo digas.

Asentí y lo hice.

—*Sweet cherry*, perdóname —dijo al descolgar sin darme tiempo a saludarlo—. Quise contestarte esa misma noche, luego pensé que quedaría mejor hacerlo cuando yo me fuera a dormir para demostrarte que no te sacaba de mi mente, pero llegué muy pedo, mucho, hasta vomité. Me debieron de poner alcohol de limpiar, porque me hizo un destrozo. Ayer estuve todo el día en la cama con

un dolor de cabeza horrible y es que toda luz me molestaba. Sé que te podía haber mandado un audio o lo que fuera… Lo siento. ¿Cómo estás? ¿Qué tal has dormido?

—Hola —saludé cortante—. El viernes me dormí llorando, la verdad; y anoche acompañada de mis amigas, al menos tenía a alguien cerca.

Le oí resoplar. Yoana hizo un gesto de apoyo. Nuria se tapaba la boca con las manos.

—Joder, lo siento, *cherry*, lo siento. No lo he hecho bien, perdóname. ¿Podrás perdonarme?

Mis amigas negaban con la cabeza.

—¿Tengo alternativa?

Yoana se desplomó en el suelo, negando.

—Sí la tienes, pero… por favor… Te juro que he estado en casa. ¿Estás celosa o preocupada?

—Las dos…

—Daría lo que fuera por estar ahí a tu lado y demostrarte que todo está bien. Que no tienes de qué preocuparte. Y convencerte de que me perdones. ¿Cómo puedo hacerlo?

—Pues no lo sé, Gonzalo. Es que lo he pasado mal. Me prometiste que estarías ahí si te necesitaba, y no has dado señales de vida en casi dos días…

—Lo sé. Admito el error y asumo la culpa. Solo puedo prometerte que en el tiempo que me queda aquí te voy a demostrar que estoy ahí, no puedo hacer más —se le oía apurado de verdad.

Suspiré y me pasé la mano por la cara. Nuria me miró alarmada.

—Vale… Vale…

—¿Sí? ¿No estás cabreada? —su voz temblaba y me dio mucha pena.

—Sigo cabreada, ¿vale? Pero lo que me propones es la mejor opción ahora mismo, tú estás allí y yo aquí.

—Pues no te lo prometo, te lo juro, te juro que, aunque esté a punto de exhalar mi último aliento, te llamaré.

Ainhoa le hizo una peineta. Se levantó y terminó de recoger.

A última hora de la tarde aparecieron mis padres con un par de empanadas. Además, traían las llaves del coche de mi madre, me lo

dejarían el tiempo que hiciera falta, seguramente en una semana tendría que volver al trabajo y necesitaba coche sí o sí.

—Esta semana comenzaremos a buscar coche. A ver si hay suerte y no tardan seis meses en traerlo. ¿Lo quieres híbrido, gasolina o eléctrico?

—Gasolina. A lo sumo híbrido, por si acaso. No lo sé todavía.

—Lo que prefieras, yo apuesto por el gasolina. Ahora, es cierto que si quieres entrar en ciertas zonas de Madrid, vas a necesitar el híbrido, como mínimo —alegó mi madre.

Nos quedamos en silencio. Me dolía la cabeza de pensar. Las ganas de ver a Aday chocaban con las promesas de Gonzalo y, ni una ni otra, se alzaba vencedora.

—¿Es posible que te gusten dos personas a la vez? —solté de pronto.

Mis padres se miraron.

—¿Dos?

—Ajá.

—¿Amor o simplemente gustar? —preguntó mi madre.

—No, amor no…

—¿No quieres a Gonzalo? —se interesó mi padre.

—Me gusta, me gusta mucho, pero quererlo así de amarlo, creo que todavía no. Quiero verlo, quiero estar con él, pero enamorada no estoy.

—Pues si no estás enamorada y solo lleváis un mes… Parecíais muy acaramelados —apuntó mi padre.

—Sí, y así es.

—¿Y quién es el otro? —tanteó mi madre.

—Aday —tardé en contestar.

—Ya sabía yo… —La miré levantando una ceja—. Hija, que te brillan los ojos cuando hablas de él…

Respiré con tranquilidad. Me rendía al consejo de mis padres.

—Te pueden gustar dos, pero no estar con los dos en el mismo plano de llámalo enamoramiento o como quieras. Piensa que

mañana se muere uno, cuál te dolería más.

—Joer, papá, qué burro —le regañé.

—La muerte te lleva a elegir… Tú me dirás.

—Pues es raro, no me gustaría que muriera ninguno. Con Aday no he tenido más que un café y con Gonzalo tengo una relación…

—Pero no lo quieres… —apuntó mi padre.

—No te gusta Gonzalo, ¿verdad? —le pregunté.

—No es santo de mi devoción, no. No me da buena espina, pero si tú lo quieres y te hace feliz… Nosotros te apoyamos.

—No me ayudáis…

—No podemos elegir por ti. De hecho, me parece peligroso que tengas que elegir. En el momento en el que dudas, todo empieza a torcerse.

Tenían razón, ¿cómo no dársela? El hecho de no anteponer al que era mi novio a su primo, ya dejaba ver que las cosas bien no estaban. Pero es que Gonzalo no lo había hecho bien, con su actitud había ayudado a que no le priorizara.

Esa noche me llamó sobre las once.

—Hola, *cherry*. ¿Qué tal el día?

—Bien, han venido mis padres después de que se fueran estas. No me han dejado sola y eso me preocupa, no estoy acostumbrada a no tener soledad.

—El martes estoy ahí, ¿vale? No voy a pasar por casa, voy directamente a la tuya.

—Vale.

—Necesito estar contigo, abrazarme a ti y que tus dedos me hagan cosquillas por los brazos. Necesito respirar tu olor.

—Qué bonito, Gonzalo…

—Gabriela… te quiero.

Me quedé en silencio totalmente congelada en el tiempo. Ay, yo no sabía si lo quería, hacía pocas horas que había dicho que no, pero ¿y si era que sí? No estaba segura, no quería mentirle, aunque no decirle nada tampoco era una opción.

—Y yo a ti —terminé diciendo con la boca pequeña.

Técnicamente no había dicho que le quería, ¿no? Se me aceleró el corazón y me di cuenta del paso que acabábamos de dar. Quizá

debía dejar de pensar en tonterías y centrarme en lo que, muy convencida, había creado junto a Gonzalo. Desde el primer día supe que, si él seguía mi camino, estaríamos juntos porque sentíamos igual, reverberábamos en la misma onda.



Capítulo 19

Había pasado la mañana en el médico, de ahí había ido al fisio y me confirmó lo que me temía, como mínimo debía estar cuatro semanas con el cabestrillo puesto y una mano inmovilizada.

Bufé cuando salí de la consulta. No solo me tocaba ir andando a todos los sitios en pleno verano, con el calor que hacía, sino que perdía toda mi libertad. Para moverme a cualquier lado, necesitaba que alguien me llevara. Los taxis en Guadalajara no funcionaban bien, la frecuencia de paso de los autobuses era demasiado alta, daban muchas vueltas y nunca te dejaban cerca de donde querías. Y el Uber no existía. ¿Cómo podía ser que en esa ciudad no existieran licencias VTC? Es que ni la bicicleta podía coger. Me tocaba estar cuatro semanas metido en casa o depender del resto.

Me acordé de que Gabriela tenía la suerte de haberse quitado ya el collarín y me animé a preguntar.

¿Qué tal el cuello? ¿Se ha vencido a un lado?

Tardó en contestar.

Perdona, que estaba hablando con Gonzalo y no había visto el mensaje.

¿Y por qué me decía eso?

No, jajajaja, no se ha vencido, sigue en su sitio y recto. Si todo va bien, la semana que viene me dan el alta y vuelvo al curro.

¿Tú qué tal estás?

Hecho mierda, para qué mentir. Tengo que seguir sacándome los mocos solo con el brazo derecho durante cuatro semanas, como mínimo.

Jajaja, vaya…

Y lo de volver al curro… lo malo de ser autónomo, además de profesor, es que no hay vacaciones, por lo que me tocará trabajar desde casa.

Tendría que pasarme por Madrid, pero, de momento, conducir

con una mano, no me dejan.

¿Cuándo tienes que ir?

Cuando quiera…

Hasta el martes no llega Gonzalo y mañana tengo el día libre. ¿Quieres que te lleve? Mi madre me ha dejado su coche hasta que compre otro.

Esa era otra, no tenía coche y se me había olvidado completamente que tenía que ir a comprar uno… Me centré en la propuesta de Gabriela. ¿Ir con ella a Madrid?

Mmmm, no sé… ¿Qué harías mientras estoy en la oficina?

Ah, cualquier cosa, ir de compras o sentarme en una cafetería a leer un libro…

Venga…, vale. ¿Vienes a buscarme?

Sí, claro. Te doy mi número y me mandas ubicación por WhatsApp.

Espera, ¿qué acababa de pasar? ¿Tenía el número de teléfono del amor de mi vida?

Grité de pura excitación. Ni en mis mejores sueños. Lo guardé en la agenda bajo el nombre de «el amor de mi vida eres tú». Para que cada vez que me escribiera me recordara la suerte que tenía.

***

Habíamos quedado a las nueve. Y me había dicho que el coche era de color verde botella de vino, así, con esa especificación. Bajé antes de tiempo y esperé en la acera. Sonreí al ver el coche. Me mesé el pelo para colocarlo *casual*.

—¡Hola! —saludó risueña.

—Hola. Estoy un poco nervioso…, es la primera vez que monto para meternos en autovía desde el accidente —admití.

—Yo también. —Se encogió de hombros—. Otra experiencia que vivimos juntos…

Sonrió tanto y de una forma tan bonita que no pude atrapar las

mariposas del estómago que revoloteaban a placer. Hasta me miré por si se me notaba que querían salir de ahí dirección Gabriela.

Emprendió la marcha. No sonaba música, ni radio ni nada. Solo el motor del coche. A los cinco minutos ya me había agobiado. Me agarré de la maneta que hay sobre la puerta.

—¡Oye!, que no conduzco tan mal —se quejó riendo.

—Estoy nervioso, entiéndeme. Y que no lleves música me agobia más.

—No suelo llevar nada, no estoy acostumbrada a la música. Pero si te va a hacer sentir mejor y más tranquilo, eres libre de enredar ahí a tu antojo. Si te digo la verdad, no sé cómo funciona. Bastante con que he conseguido colocarme el asiento a mi gusto.

—¿Tienes preferencias de música? —indagué.

Negó con la cabeza. Reflexioné si era buena idea poner la lista de música que tenía con su nombre. Otro sueño cumplido. Toqueteé la radio, conecté el coche a mi móvil a través del *bluetooth* y le di al *play*.

La primera en sonar fue *Rosas* de La Oreja de Van Gogh.

—Esto ya se puede considerar *vintage*, ¿no?

—Shhh, escucha la letra. Es genial.

Tarareé la canción. De vez en cuando me miraba y se reía. De pronto, aminoró la marcha y cambió el semblante.

—Vamos a pasar cerca de donde tuvimos el accidente —musitó.

Tragué saliva. Vi que se agarraba con fuerza al volante. Me giré lo justo para que mi mano derecha llegara hasta su hombro. Mis pulsaciones se dispararon por varios motivos, el hecho de tocarla, de apoyarla y del recuerdo de que ahí, tirado en el asfalto, estuve unos minutos sin vida.

Se me saltaron las lágrimas. A ella también. Vi que se desviaba en la siguiente salida camino de una gasolinera. Paró el coche y se tapó la cara guardando el sollozo. Cerré los ojos y solté lo que no había salido desde el accidente, todavía no había llorado, no lo había asumido. Que Gabriela se dejara llevar por los sentimientos y la

emoción, me ayudó a sacar los míos.

Al rato comenzó a reír casi a carcajadas.

—Madre mía, somos idiotas —dijo.

—¿Por?

—Míranos, llorando como dos críos a los que les han quitado el juguete. Deberíamos reír porque estamos vivos, sobre todo tú.

—Sobre todo yo. —Cambié el lloro por la risa, porque tenía razón —. Vale, pero reconoce que nos merecíamos llorar un poquito, que estuve muerto ahí tirado cual perro.

—¡¡Oye!! Que en ningún momento fuiste maltratado, te cuidé y te mimé, y te exigí que te quedaras en este mundo, menos mal que me hiciste caso. Y deja a los perros en paz.

—¡Gracias!

La tomé de la mano, la acerqué a mi boca y dejé un beso. Cerré los ojos. Un escalofrío me recorrió entero. Qué sensación tan maravillosa. La miré a los ojos fijamente. Los suyos brillaban de las lágrimas y quise creer que de algo más.

—¿Por qué me miras así? —preguntó escondiendo una sonrisita.

Era la segunda vez que me decía esa frase. Mis ojos se engancharon a los suyos y me tembló todo el cuerpo. ¿Qué decirla? Es que me la quería comer entera empezando por la mirada. ¿Era el momento de confesar que me encantaba hasta niveles que no podía controlar?

—Así, ¿cómo? —me di espacio para que fuera ella la que realizara la lectura.

—Pues así…

Movió el brazo como si espantara moscas. Arrancó de nuevo y regresó a la autovía. Reí por dentro. Sabía que si Gonzalo no estuviera de por medio, Gabriela y yo ya habríamos tenido un acercamiento.

Llegamos casi una hora y media después. Condujo con precaución y no superó los 100 kilómetros por hora. Supe que intentaba adaptarse de nuevo a la jungla de asfalto. Estacionó en un *parking* subterráneo cerca de mi oficina.

—Bueno, pues ha sido un placer traerle hasta aquí. Hemos superado una barrera y hasta nos hemos dado una lloradita

conjunta. —Rio y supe que era un mecanismo de defensa.

—Y nos ha venido muy bien. Te juro que contigo estoy teniendo primeras veces, nunca antes había vuelto del inframundo y nunca antes había llorado con hipo junto a una mujer.

Reímos los dos. Terminamos con un suspiro.

—Me voy a dar un paseo por las tiendas y luego buscaré un sitio donde comer. ¿Te aviso? —propuso.

—Por favor. Tengo muchas cosas pendientes, pero a la hora de la comida estoy fuera, te lo aseguro.

Me acerqué a ella, la agarré de la cintura y le di dos besos. Me despedí con la mano y entré en mi edificio. Ya en el ascensor sonreí y disfruté de lo que acababa de vivir. Me peiné el pelo antes de salir.

Mis compañeros me recibieron con aplausos. Muchos se levantaron a abrazarme, tuve que pedir calma. Hasta que conseguí llegar a mi despacho, tardé varios minutos, aquello parecía el besamanos de los Reyes.

Tomé aire. Mi escritorio estaba totalmente despejado. Mi secretario golpeó la puerta con los nudillos y entró.

—Buenos días, jefe. Bienvenido —saludó sonriendo—. En media hora te esperan en la sala de juntas. Viene la abogada para informarte de los últimos acuerdos y creo, si no he oído mal, que uno de los responsables de innovación quiere proponerte una inversión en algo de suelos solares, o algo así —comentó confuso.

—Me encanta que tengas el oído en todos los rincones de esta oficina.

Se giró sonriendo orgulloso. Me recosté en la silla. Se me antojaba tan extraño el lugar… Encendí el ordenador con la intención de responder *e-mails*. Diez minutos más tarde estaba hasta el moño de escribir con una sola mano. Tardaba muchísimo y me dolían los dedos.

La reunión resultó más rápida de lo esperado. Mi prima me dio la bienvenida, me explicó los papeles que tenía delante y me informó de qué debía firmar para llevar a cabo dos acuerdos de implicación en unas obras públicas del Ministerio. En realidad, aunque sonara pomposo, era un trámite habitual. Por otro lado, un compañero de innovación había estado investigando que en Estados Unidos

estaban avanzando en la creación de ventanas con cristales que realizaban las mismas funciones que una placa solar, calentando la casa, el edificio o el lugar donde se pusieran, además de estar probando ya el suelo solar. Consistía en un mecanismo muy parecido, era una placa solar adaptada para colocar en el suelo con un cristal resistente. La propuesta era si teníamos el capital suficiente para invertir en compra o investigación y ser los primeros en implantarlo en España.

Lo cierto era que mi empresa no era tan grande como para asumir esa innovación, por lo que planteé buscar otras empresas con las que hermanarnos para invertir.

La idea pareció gustar y todos se pusieron en marcha. Iríamos con tiento, ese tipo de avances siempre hay que tomarlos con cautela.
Gabriela me esperaba sentada en una mesa para dos en un restaurante con menú del día. Un lugar castizo con cabezas de toro colgadas de las paredes.

—Me da miedo tanto cuerno, ¿eh?

—Ya…, yo he pensado lo mismo. —Se encogió de hombros—. Era económico y ofrecía varios primeros y varios segundos. Y tiene opción sin gluten —puntualizó.

Asentí con el corazón calentito por ese detalle. Pedimos y comimos. Conversamos de todo un poco, me contó que se sentía más cómoda con el silencio que con la música, pero que en los últimos días le agobiaba un poco que en su casa no se escuchara nada. Estuve tentado de recordarle lo que habíamos hablado en la boda, que nos conocíamos de antes y que tenía una foto en la que salía ella. Pero me callé.

En el camino de vuelta, Gonzalo la llamó por teléfono. Le dijo que yo iba en el coche y que me había acercado a Madrid en un intento de ayuda y de superación. Nos saludamos como siempre. Ay, si él supiera que yo quería estar con su novia, que me tenía totalmente enamorado, y sí me atrevía a confirmar que aquello era amor, porque no podía sacarla de mi cabeza. No lo había hecho durante años, sin haber tenido contacto con ella; mucho menos iba a sacarla cuando tenía contacto directo. Cuando soñaba con ella, pensaba en Gabriela todo el día y mi cuerpo reaccionaba a cada risa, mirada y

roce que teníamos. Todavía no me había comido el espliego de chucherías. Me parecía una aberración desmontar lo que había hecho ella con tanto cariño. Le había dedicado tiempo y esfuerzo para regalármelo a mí, prácticamente un desconocido. Suspiré. Gonzalo era un obstáculo. Y no me apetecía nada irme con él de vacaciones, aunque solo fueran tres días y hubiera más primos. Ninguna gana.



Capítulo 20

Me levanté a abrir cuando sonó el timbre. Cerré los ojos e inspiré. Había decidido que el camino era Gonzalo. En él iba a priorizar. Aday no era mi novio, era majo y nos compenetrábamos muy bien. Sí. Pero pensar en él, o plantearme siquiera besarlo, era alta traición a mi novio. Sí, besarlo. Porque llevaba dos noches soñando solamente con eso. Despertándome sobresaltada cuando comenzaba a besar a Gonzalo, sentía el beso muy diferente y tremendamente mejor, y al abrir los ojos me encontraba a Aday. Quise convencerme de que era el subconsciente, como la pelirroja con la que me había puesto los cuernos Gonzalo. Solo el raciocinio era válido. La realidad era lo que vivía día a día y no lo que reproducían los sueños.

—Te he echado tanto de menos… —Soltó la maleta y la mochila en el felpudo.

Sin cerrar la puerta, me abrazó por la cintura y colocó una mano en mi cuello con la que dirigió mi cabeza hacia sus labios. No puedo negar que me reconfortó. Sus labios estaban suaves y su beso me devolvió a ese sentimiento que había creado con él. Nos perdimos en un beso largo, apasionado, tierno, sensual. Pasó por todos los estados.

Y tampoco podía reprocharle nada, me había jurado que me llamaría todos los días, que estaría pendiente y que el primer sitio al que llegaría una vez de vuelta, sería mi casa; y así había sido. Había cumplido con creces. Hasta me había llamado dos veces en el mismo día.

—¿Preparada para recuperar el tiempo perdido?

Asentí mordiéndome los labios. Claro que sí. Lo estaba deseando.

Me desnudó lentamente, paseando sus ojos por cada poro de mi piel. Me desabrochó el sujetador, dirigió su boca a uno de mis pezones. Y con la otra mano pellizcaba el otro.

—¡Oh! —exhalé.

Lo oí reír. Me soltó y rodeó mis tetas con sus manos. Se mordió el labio y me miró con unos ojos llenos de fuego. Sus dedos acariciaron el tatuaje y un escalofrío me recorrió el cuerpo. Por desgracia, él no era el dueño de ese tatuaje. Ojalá hubiera sido así, qué fácil habría sido todo.

Me bajó los pantalones sin apartar su mirada de la mía. Introdujo

sus dedos en mí. Puse los ojos en blanco y gemí. Me mordió el labio y paseó su lengua por mi boca buscando la mía. Fue bajando por mi cuerpo realizando un camino de besos. Hundí mis manos en su pelo. Abrió mis piernas y, esta vez sí, su boca comenzó a devorarme entera. El solo hecho de sentir su lengua moviéndose de arriba abajo sobre mi clítoris, y sus dedos acariciando mi interior, me trasladaba a un mundo de fantasía. Deseaba alargar el momento para guardarlo en mi memoria; mi cuerpo tenía otros planes y decidió rendirse al éxtasis con un claro temblor de piernas.

Cuando recuperé el aire, quise devolverle el sexo oral. No me dio tiempo, sus manos se colocaron en mis caderas, me giró y empujó mi espalda hacia abajo y gemí de las ganas que tenía de que entrara en mí.

—Espera, *cherry*, el condón…

Lo miré de reojo. Sacó uno del bolsillo, lo abrió y se lo puso. Fue cuidadoso, lento y juguetón. Entró y salió en varias ocasiones. Gimió con cada una de ellas. A mí, a partir de ahí, ya me daba igual todo, el hecho de que se hubiera preocupado en que yo me corriera, le había hecho ganar muchísimos puntos. Pero Gonzalo venía con la lección aprendida. Quizá lo habían hablado entre sus amigos. Porque, cuando menos lo esperaba y le sentía entrar y salir a placer, llevó sus dedos a mi clítoris como si de una diana se tratara; y se esmeró en excitarlo lo suficiente.

Tal fue la fantasía que, por primera vez desde que llevábamos juntos, los dos explotamos en gemidos a la vez y, por primera vez en mi vida, había tenido dos orgasmos en un mismo día.

—Madre mía, *sweet cherry*, me voy a tener que ir más a menudo, ¿qué ha sido esto?

Puso los ojos en blanco satisfecho. Me agarró por la barbilla y me besó. Fue un beso lento que entendí como agradecimiento.

Esa noche se quedó a dormir, y la siguiente y la siguiente. La convivencia fue total, salvo en contadas ocasiones que se iba al local a trabajar un rato. Me gustó mucho la forma en la que nos organizábamos y buscábamos por la casa. El uno pendiente del otro y viceversa. Se tomó total libertad a la hora de poner lavadoras o realizar tareas de la casa. No hablamos del tema, simplemente se

dio. No tuvimos que repartir tareas, las hicimos sin más. Hasta me cogía por el pasillo, me agarraba de la mano y me hacía girar sobre mí misma susurrándome «guapa» al oído. Todos los celos e inseguridades salieron disparados por la ventana. Me sentía mejor que nunca y, casi casi, podía hablar de amor. Los «te quiero» se nos escapaban de la boca cada poco. Y lo cierto era que no quería que se fuera de casa, que me gustaba su compañía y contar con su abrazo a modo de abrigo y protección.

Ese fin de semana, por desgracia, volvió a su casa. Había quedado con sus amigos y con sus primos y no quería molestarme a las tantas de la mañana cuando regresara a casa. También me había invitado a ir con ellos, pero yo todavía no me sentía bien como para salir a darlo todo. Ni siquiera acepté la invitación de mis amigas, que habían decidido ir de tapas a Alcalá de Henares y echar allí la noche.

De nuevo, la casa se quedó sola y vacía, y ese silencio cada vez me gustaba menos. Entré en Instagram, cotilleé el perfil de Gonzalo, por si hubiera subido algo. No, Gonzalo hacía tiempo que no subía nada, sin embargo hablaba con gente por esa aplicación, porque le llegaban muchas notificaciones a la pantalla de inicio del móvil. Caí en la cuenta de que me había olvidado por completo de Aday, ni siquiera recordaba dónde había dejado la cajita con espliego, la guardé el día que Gonzalo regresó, para evitar preocuparle sin motivo; y había olvidado dónde.

Aday tampoco actualizaba Instagram desde hacía tiempo. Sus fotos eran muy normales, con amigos y en situaciones en las que, junto a más gente, sonreía a la cámara. No había ninguna en la que destacara él. No era el protagonista. Le escribí.

¿Qué tal ha ido la semana?

Me he descargado Spotify, jeje.

Te iba a pedir si me podías pasar la lista de música que pusiste en el coche…

No estaba conectado y no lo vio. Me di un manotazo en la cabeza,

si tenía su WhatsApp, ¿para qué le escribía por Instagram?

Le puse los mismos mensajes y añadí uno:

Te había puesto esto por Instagram, perdona si me repito no es presión, es despiste, jajajaja.

Después caí en que podía haber borrado los mensajes de Instagram, pero como ya se lo había dicho por el otro lado… Madre mía…, sí que estaba empanada…

Aday:

Jajajaja, gracias por arreglarme la tarde. Espera, que te mando un *sticker* que te representa.

Una mujer con un vaso en la mano caía por unas escaleras que llevaban a un sótano. Reí a carcajadas. Nunca me reía con las caídas ajenas, me ponían nerviosa por si se hacían daño, pero esa, precisamente esa, me hizo reír hasta que se me saltaron las lágrimas. Lo reproduje varias veces. Ay, qué maravilla de *sticker*. Lo puse en favoritos.

Aday:

Te mando el enlace.

Le he cambiado el nombre y he puesto el tuyo para saber que lo he compartido contigo 🙄.

Vale, gracias.

¿Esto cómo va, pincho y ya?

Aday:

Sí, pincha y luego si quieres dale a seguir y así se te queda guardada para cuando te apetezca escucharla.

Es de agradecer que valores tanto mi lista de música. Que eso venga de una persona que ama el silencio…

Espera…, ¿qué pretendes? ¿Intentar conocerme a través de

las canciones y proceder a mi asesinato?

¡¿Qué?!

Aday:

Jajajajaja, era broma, mujer, si tú no me quitas la vida, me la das.

Por cierto, ¿qué vas a hacer sola esta semana? ¿Viciarte con mi lista?

¿Sola?

Aday:

Sí, nos vamos el martes a la playa y volvemos el viernes. Hemos cambiado las fechas porque le venía mejor a uno de mis primos que, por lo visto, la mujer se ha quedado embarazada y tienen ecografía cuando teníamos reservadas las vacaciones.

Ah, pues no sabía nada. No me lo ha comentado Gonzalo.

¿Y quiénes o cuántos sois?

Aday:

Somos quince en total, si te digo todos los nombres, te quedas loca. Los primos y las primas que solemos ir 🤷.

Y tú me vas a cotillear todo lo que pase, ¿a que sí?

Aday:

Jajajaja, ¿qué pasa, que no te fías de Gonzalo?

Idiotaaaa, claro que me fío. Pero ya has visto que no me lo cuenta todo.

Aday:

Vengaaaa, valeeee, te contaré los chismes…

Efectivamente, cuando Gonzalo volvió a casa ese domingo, me informó del cambio de fechas y expresó su negatividad, afirmaba que precisamente en ese momento no le venía bien, que tenía

trabajo en Madrid y que tenía ganas de estar conmigo. Lo que no terminaba yo de ver era que, de repente, Gonzalo se había trasladado a mi casa sin que lo hubiéramos hablado. Que no me disgustaba, pero irse a vivir juntos, quizá, solo quizá, es un tema que deberíamos acordar tras un diálogo que no se había dado.

Recogió sus cosas y dobló la ropa que tenía tendida en el tenderete.

—*Cherry*, te aviso cuando lleguemos, ¿vale? —Asentí antes de darle un beso—. Llámame cuando quieras, estaré disponible.

Me hundió entre sus brazos, nos fundimos en un beso y nos despedimos hasta ese mismo viernes.

Otra vez ese silencio que comenzaba a incomodarme invadió la casa. Sincronicé la lista de Aday con Alexa y pulsé *play*. Me tumbé en el sofá a escuchar con atención la letra.

Unas cinco horas después, entraba la llamada de Gonzalo informando de que habían llegado y de los planes que tenían para esa noche: cena y terraceo. Al día siguiente irían a la playa.

Casi en el mismo momento entró un mensaje de Aday:

> Acabamos de llegar. Aquí halcón informando a gorrión: el águila está comunicándose con una chica. Creo que es su novia, o sea, tú. No hay arpías a la vista.
>
> Seguiré informando.
>
> Corto.

Me hizo reír. Aday era divertido. Y no lo voy a negar, me tranquilizó que él estuviera en ese viaje, él sabría aplacar o avivar mis celos porque, sí, lo veía totalmente capaz de delatar a Gonzalo en caso de que la cagara con otra.

Necesitaba volver al trabajo, me aburría muchísimo en casa, aunque pasara a ver a mi madre a la peluquería y quedara de cañas con las chicas, me hacía falta una rutina. Me levantaba cansada y con la espalda cargada, estaba todo el día cansada, aburrida como una auténtica ostra. El cuello no me dolía y confiaba en que me dieran el alta ese mismo viernes. Los días iban pasando como el día de la marmota. Gonzalo llamaba por la noche, yo le llamaba a la

hora de comer, y Aday iba lanzando informes como si fuera un Guardia Civil realizando un seguimiento.

Todo se truncó cuando ese jueves Gonzalo no me cogió el teléfono a mediodía. No le quise dar importancia hasta que tampoco llamó por la noche.

De verdad que no quiero parecer una histérica, pero Gonzalo no me ha cogido el teléfono y tampoco me ha llamado. Le he escrito mensajes que ni lee.

Dime al menos que sigue vivo y que no ha pasado nada por lo que me tenga que preocupar.

Aday:

Parece cabreado, está más serio desde esta mañana. No sé qué le habrá pasado, estábamos todos en la playa y de repente se ha ido al chiringuito, y no lo hemos vuelto a ver hasta la hora de comer.

Pero no ha pasado nada más. Quiero decir, que no hay ninguna tía rondando por la que te puedas preocupar.

A lo mejor le ha salido mal alguna inversión y está gestionando su disgusto.

¿Y qué culpa tengo yo para que no me coja el teléfono?

Aday:

Gabriela, no lo sé.

Volví a llamar a Gonzalo en repetidas ocasiones. Una y otra casi sin descansar. Tuvo que recibir unas diez llamadas. Ninguna la descolgó. Le escribí mensajes que tampoco llegó a leer.

Aday:

Supongo que lo estarás llamando. Ha mirado la pantalla y ha

bufado. Ha dejado el móvil en su habitación y ha salido sin él.

¿Qué has hecho?

¡¿Yo?!

Nada. No he hecho nada.

Joder…

Mandé un audio a las chicas para exponerles la situación. Cuando le di a enviar noté que se me alteraba la respiración, las pulsaciones y la presión en el alma. Me senté en el suelo. ¿Eso era un ataque de ansiedad?

—Uff, ¡qué mal pinta eso! Así, ¿sin motivo aparente? Chica, no sé. Algo me huele mal… ¿Y si una ex le ha pedido volver y de repente le sobras? —planteó Yoana.

—¿Qué sabes de sus exs? —preguntó Claudia.

—No hemos hablado nunca de eso —admití.

—Es lo primero de lo que hay que hablar —dijo Yoana.

—Hostia…, nena…, yo no quiero decirte nada, pero… —balbuceó Nuria.

—No me digas que me lo dijiste, porque no fue eso lo que dijiste —solté entre bocanadas de aire.

—No, pero ya te dije que no me gustaba, tiene un historial importante de tías. Y me extrañaba mucho que contigo estuviera durante tanto tiempo. Yo qué sé, creí que se había enamorado de verdad y se había reformado, pero visto esto…

Me eché a llorar. No podía ser verdad. Justo cuando más tranquilos estábamos, más confiábamos el uno en el otro, me hacía *goshting*, ¿mi novio? No un nuevo ligue, no, ¡mi novio!

—Gaby, tómate una tila, la noche va a ser larga. Mañana vuelves a llamarlo y lo mismo cambia todo… ¿Cuándo vuelve? —aconsejó Marta.

—Mañana —confirmé.

—Pues mañana si sigue sin dar señales, te presentas en su casa y le pides explicaciones. La verdad es que hay que ser un cobarde para no poner las cartas sobre la mesa. ¿Que ya no quieres nada?,

coño, pues dilo, pero no se hace esto. Hay que ser más maduro. Nena, creo que esto te tiene que dejar claro que no te merece, ¿eh? —dijo Yoana.

—Exacto, tú a la persona que quieres no le haces sufrir así —añadió Nuria.

Y lloré. Lloré desconsoladamente. En poco más de mes y medio, había llorado por un tío más que en todo el año por cualquier cosa. No podía explicarme el motivo de su silencio. Repasé mentalmente todas las conversaciones que habíamos tenido y, joder, ninguna estaba fuera de lugar ni explicaba aquella actitud. Tenía que ser algo externo.

Nene, ¿qué pasa? ¿Qué he hecho?

¿Ha pasado algo en el trabajo?

¿Por qué no me coges el teléfono?

¿Por qué no me lees los mensajes?

Podemos hablarlo, por favor. Vamos a hablar de lo que sucede.

No entiendo que no me hables ahora de repente.

Nene, por favor.

Por favor, no me hagas esto.

Y así decenas de mensajes con las lágrimas empapándome las manos, las piernas, el móvil, el sitio en el que me fuera dejando caer.

Me quedé dormida del puro sofocón que me había dado la noche anterior. Eran las diez de la mañana y seguía sin noticias suyas.

Aday:

Gabriela, salimos hacia Guadalajara.

La idea es comer de bocadillos en la piscina comunitaria de

uno de mis primos.

¿Sigue sin contestarte?

Hola…

Gracias por informarme.

Sí, sigue sin contestarme…

Pasé el día entre la desolación y la rabia. No desayuné, no comí y casi ni bebí agua; no me entraba nada en el cuerpo.

Recordé el consejo de Yoana. Me daba igual si le gustaba o no, me presentaría en esa piscina. Tenía el contacto de Aday, él me ayudaría. Me plantaría delante de él y le pediría explicaciones.

Y así fue, a las seis de la tarde le pedí la dirección a Aday.

Aday:

¿Estás segura?

¿No es un poco de locas?

Sí, pero loca me estoy volviendo por no saber qué cojones pasa y tener un silencio absoluto.

Necesito explicaciones. ¿Tan difícil es hablar?

Aday:

Vale, vale. Tú sabrás.

Avísame cuando llegues y te abro.

Llegué allí llorando y quise recomponerme antes de entrar. Me temblaba el cuerpo y hasta dudé de que esa fuera la mejor forma de hacerlo. Quise convencerme de que podía aguantar una noche más y hablarlo tranquilamente el sábado. Por otro lado, la presión del pecho me obligaba a tener ya una respuesta, no podía esperar.

Avisé a Aday. Salió a buscarme. Llevaba una camiseta amarilla y un bañador verde. Iba comiendo chucherías. Me dio un abrazo.

—Lo siento, no te puedo ayudar de otra forma. Me ha dado vergüenza preguntarle por ti…

—Ya estás haciendo suficiente. No sé si estoy cometiendo un

error…, pero es lo que necesito —admití.

Me ofreció una chuchería, la rechacé con pena. Entramos dentro y me pidió que esperara en un lado, que iba a buscarlo. Pufff, me temblaba el cuerpo.

Lo vi venir: recto, con decisión y presencia.

—¿Qué haces aquí? —preguntó serio, tan tan serio, que no me atreví a acercarme.

Aday se retiró un poco, pero se quedó cerca controlando la conversación. El que más distancia marcaba era Gonzalo.

—Necesito que me digas por qué has dejado de hablarme de repente. Necesito que me expliques qué está pasando.

Comencé a llorar.

—No me vas a dar pena con esas lágrimas de cocodrilo.

—¿Qué? ¿Pero qué pasa?, ¿qué he hecho, Gonzalo?

—No tengo por qué darte explicaciones. Que no te contestara ni te cogiera las llamadas, te debería haber dejado claro que no hay nada más entre nosotros.

—¿Cómo no me vas a dar explicaciones? ¿Cómo no me vas a decir qué está pasando? Que no quieres nada más, lo puedo llegar a entender, pero necesito saber por qué. Hablarlo, al menos. Que soy tu novia.

—¿Mi novia? ¿Cuándo hemos hablado de novios? ¿Es que te he pedido salir en algún momento? Estábamos juntos y ya. No teníamos ningún compromiso futuro.

Su seriedad y su seguridad me estaban causando una rabia terrible.

—Gonzalo, has estado una semana viviendo en mi casa, joder. Un rollo no hace eso. Algo habría, ¿no? Yo te he considerado mi novio. Había un compromiso, una lealtad…

—Nunca hablamos de eso. No llegamos a acuerdo alguno. Estuve contigo porque lo necesitabas y a mí me parecía bien en ese momento. Ya no. Déjame en paz, eres muy pesada con los mensajitos y las llamadas. Eres libre de hacer lo que quieras, pero a mí, déjame en paz.

Se giró dejándome con la palabra en la boca. Y como un rugido de

rabia me salió de golpe:

—Pues que sepas una cosa, que los orgasmos que me has provocado en este tiempo puedo contarlos con los dedos de estas manos. Que ni para follarme bien has valido.

Volvió la cabeza con la cara desencajada y los ojos desorbitados. Un sonido raro llamó mi atención y vi a Aday manoteando al aire. Se estaba ahogando.

Volví en mí y corrí a ponerme a su espalda. Gonzalo se quedó paralizado. Coloqué mis manos en su estómago y con una fuerza que ni supe de dónde estaba sacando, apreté hacia arriba en varias ocasiones. No conseguía expulsar lo que fuera que le ahogaba. Mentalmente y lo más rápido que pude, valoré si estaba realizando bien la maniobra de Heimlich. Y sí. Aday estaba musculado, pero en esa situación había perdido toda firmeza y yo estaba poniendo toda mi energía. Tomé aire y volví a apretar con fuerza.

Lo oí toser y lo solté. Ya entraba aire. Se dejó caer al suelo. Me apoyé en mis rodillas agotada y mareada.

—Joder, tío, ¿estás bien? Joder…, me ha pillado a contrapié, perdona. Menos mal que estaba aquí Gabriela…, si no… —oí decir a Gonzalo con un tono muy suave en su voz—. Ya te dijo tu madre que dejaras de comer esas mierdas, mira, casi te matan.

—Gracias —balbuceó con la voz ronca Aday dirigiendo su mirada hacia mí.

—¿Podrías hacer el favor de dejar de intentar morir cada dos por tres? —le exigí señalándole con el dedo.

Se rio pidiéndome perdón con las dos manos juntas.

—Gabriela —me llamó Gonzalo casi en un susurro—, vamos a hablar un momento, ven.

¿Qué acababa de pasar? ¿Ahora quería hablar conmigo?

—Perdona, he sido muy duro. No te puedo decir el motivo, pero sí te quiero confirmar que entre nosotros no va a haber nada más. Sé que te puede doler, a mí también me duele, pero nosotros… No hay un nosotros, Gabriela. Estábamos yendo muy rápido y no lo estábamos viviendo y disfrutando como nos merecemos. —Se llevó la mano al pecho—. No quiero llevarme mal contigo. Has sido lo mejor que me ha pasado en los últimos meses, pero estoy

convencido de que lo nuestro ha llegado a su fin.

—Pero…, ¿por qué? Podemos intentarlo más despacio.

—No, y lo sabes. Ya no vamos a confiar en nosotros como antes y cualquier fallo nos va a llevar a reproches que no nos ayudarán a estar felices. —Me tomó de las dos manos—. Fue bonito mientras duró. Ahora te pido que me des mi espacio, ¿vale? —Me soltó y se giró para emprender la marcha hacia la piscina—. Ah, y gracias por volver a salvarle la vida a mi primo.

Asintió apretando los labios y se fue.



Capítulo 21

Giré las llaves y pulsé el timbre repetidamente. Cuando cerré la puerta, tanto Fran como Jésica estaban ya en el pasillo.

—Reunión de emergencia —anuncié.

Entraron al salón con cara de preocupados, se sentaron en el sofá y me observaron atentos.

—Casi muero de nuevo —informé.

—¡¿Cómo?! —exclamó Fran.

—¿Cómo que casi mueres? ¿Qué ha pasado?

—Me he atragantado con una chuchería y… Gabriela me ha salvado.

Se quedaron callados, pensativos, se miraron y gesticularon extrañeza.

—¿Cómo que Gabriela? ¿Ha ido Gabriela al viaje? ¿Gonzalo se la ha llevado al viaje familiar? ¿Tan en serio van?

No pude evitar echarme a reír a carcajadas. Me peiné el pelo varias veces. Estaba conteniendo mi alegría y no quería mostrarme tan excitado.

—Gonzalo dejó de hablarle ayer, ella me escribió porque quería pedirle explicaciones. Hoy se ha presentado en casa de Jaime y le ha echado en cara, delante de mí, que podía contar con los dedos de sus manos los orgasmos que ha tenido con él. Me he atragantado. —Me salió la sonrisa—. Y ella me ha hecho la maniobra de Heimlich. Me ha tocado… A ver, que ya me tocó la otra vez, pero esta al menos la recuerdo.

Me pasé la mano por el esternón y el pecho, recordando sus brazos y la presión de su cuerpo contra el mío.

—Y se parte el culo… —se indignó Jésica mirando a Fran que alzaba los hombros—. El chisme Gonzalo-Gabriela me fascina y necesito más, pero vamos a lo importante, casi te vuelves a morir, esta vez atragantado, y ¿estás feliz?

Sí, así era. En mi mente solo había pensamiento para la vía libre que acababa de dejar Gonzalo porque, para más suerte mía, no habían acabado bien, por lo que la opción de que volvieran era

inviable, lo que me dejaba libertad de movimiento.

—Creo que le voy a decir que es el amor de mi vida —confesé.

—¡¿Qué?! —exclamaron los dos a la vez.

—¿Pero tú me escuchas?

—Sí te he escuchado. Tengo vía libre y la voy a aprovechar. Estoy enamorado de Gabriela.

—¡Hala! —expresó Jes.

—Sí, estoy jodidamente pillado por ella. Me encanta, no puedo remediarlo. Y por muy cursi que parezca lo que voy a decir, ella me ha atado dos veces a esta vida, será por algo. No puedo esconderle que estoy interesado en estar con ella.

—Creo que te estás volviendo loco —intervino Fran—. Estás viviendo sentimentalmente de lo que llevas años sintiendo o creyendo que sientes. No voy a cuestionar —alzó la voz al ver que quería interrumpirle— tus sentimientos, lo que sí voy a destacar es la forma en la que estás pensando ahora. Estás siendo muy egoísta. Gabriela acaba de romper con Gonzalo, de peor o mejor manera. Seguramente lo esté pasando mal, lo que menos querrá esa chica ahora es que un tío le diga que lleva décadas enamorado de ella, es que suena hasta cutre, y para rematar la jugada ese tío es el primo de su ex, con el que ha tenido contacto y confianza en el último mes, por lo que se puede sentir utilizada si le llegas con el cuento del enamoramiento infinito desde que tienes uso de razón.

—Vale…, puede que tengas razón —admití.

—La tiene —apuntó Jes—. Tendrás que ser cauteloso, ir poco a poco, darle su espacio de luto y consolarla si tan interesado estás.

—Y pasar a ser el amigo pañuelo de lágrimas… —lamenté.

—Depende de cómo te lo curres. ¿Crees que ella se puede enamorar de ti? Porque el hecho de que confieses tus sentimientos no te garantiza que ella también pueda sentir algo por ti. La puedes espantar. Y eso sin contar con que estaba con Gonzalo, que tu primo y tú sois el agua y el aceite.

—Conmigo se ríe, le hago reír —informé.

—Genial, seguro que te llaman para hacer un monólogo —ironizó Jésica—. Eso no te garantiza que le puedas gustar.

Bufé. Tenía razón. No quería contemplar esa posibilidad. Yo había

visto cómo me miraba Gabriela, no era una mirada de amigos. ¿Y si se había confundido al hablar primero con Gonzalo en vez de conmigo la semana siguiente de la boda? Si hubiera sido yo su objetivo, ya estaríamos juntos, lo sabía. Salí del salón y me fui a la habitación. Me puse los cascos y me volqué en la lista de música.

Tanteé en varias ocasiones su chat. Escribí y borré el mensaje repetidamente. Siguiendo los consejos de Fran, debía recurrir a la paciencia, solo que la ansiedad ganaba terreno.

Hola, Gab, ¿cómo estás?

Le di vueltas al móvil arrepintiéndome de haberle escrito. ¿Me había precipitado? Me preocupó que a partir de ese momento, todos los pasos que diera hacia ella fueran a ser motivo de cuestionamiento.

Gabriela:

Hola…

Mal…

Llorando…

Me generó tristeza. Era cierto que tenía que pasar el duelo, aunque me habría gustado estar abrazándola. Busqué la canción de *pobre diabla*[1] y se la mandé. Y la añadí a la lista de música.

Gabriela:

Jajajaja, sí, algo así.

¿Te estás martirizando?

Gabriela:

Un poco… No sé qué he podido hacer tan mal para que tome esta decisión tan drástica.

Quizá soy yo… no consigo que ningún tío se quede y, cuando creo que hay opciones con uno… mira… de golpe y porrazo

me tira como si fuera basura.

Soy una pavisosa…, eso no le gusta a ningún tío.

Le he aburrido o algo…

Pero es que soy así, no sé ser una persona que no soy…

Se me encogió el corazón. Para mí era suficiente, ella, así, pavisosa o no, me daba igual. Era inteligente, paciente, tranquila y analítica. Y sabía que contaba con un punto de locura divertido que no sabía que tenía porque nadie lo había descubierto. Y yo quería sacárselo y que disfrutase de él.

Psicólogo Aday a su disposición.

¿Hay alguna tontería más que le preocupe?

Gabriela:

Ay, perdona… que te estoy contando esto a ti que ni te interesa.

Sí me interesa, Gab, pero no estoy de acuerdo con lo que dices. No creo que seas una pavisosa y no creo que seas tú la culpable de que los tíos no se queden. Quizá no ha llegado el tío adecuado o no saben valorarte.

Gabriela:

Quizá…

Yo sí te valoro, me gusta cómo eres, al menos lo que he conocido de ti. Y me has salvado la vida dos veces, por lo que sé que es mejor tenerte cerca.

Respiré hiperventilando tras mandar el mensaje.

Gabriela:

Gracias.

¿Gracias?, ¿solo gracias? «Ufff».

Además…, voy a serte sincero y espero no arrepentirme de lo que voy a escribir… Mi primo no te merecía, no solo no te

valoró, sino que no te cuidó como te mereces y necesitas.

Mira…, Gonzalo se lio hace tiempo con Jes, le prometió el sol, la luna y la galaxia entera y, cuando menos lo esperaba, le puso los cuernos con su hermana.

Gabriela:

¿Quién es Jes?

Mi compañera de piso. A lo que voy, de esto me enteré cuando le conté que Gonzalo tenía novia y me dijo que Gonzalo nunca tenía novias, que nunca tenía nada serio, que le hace creer a todas que sí, pero no es cierto.

Gabriela:

Entonces, ¿soy como las otras?

¿Hay muchas otras?

No lo sé, yo no conocía esa versión de Gonzalo. Pero está claro que no era para ti.

Entiendo que tengas que llorar y pasar este trance, porque el corazón así lo exige, es solo que…

Gabriela:

¿Qué?

¿Me puedes prometer una cosa?

Gabriela:

¿Qué?

Valórate, vales mucho. Prométeme que no perderás energías pensando en Gonzalo. Si quieres y me dejas, te puedo ayudar a superarlo antes.

Volví a hiperventilar. Mi corazón oprimía rápido mi pecho. Me

estaba lanzando demasiado rápido.

Gabriela:

¿Y por qué ibas tú a ayudarme a superarlo antes?

«Porque estoy enamorado de ti», quise escribir, aunque solo me limité a pensarlo. Durante un par de minutos, ninguno de los dos hablamos. Demasiado silencio.

Gabriela:

Perdona, creo que ha sonado borde, no quería atacarte.

No, no me has atacado, es que tienes razón, ¿por qué yo si solo nos conocemos de hace poco?

Pero te voy a contestar… porque el día de la boda conocí a una Gabriela sencilla, empática, sensible y divertida, y quiero que la conozcas.

De nuevo regresó ese silencio interactivo.

Gabriela:

¿Y cómo lo vas a hacer? Porque yo ahora mismo no quiero levantarme del suelo ni quiero dejar de llorar…

No lo sé… Dicen que comer quita todas las penas… ¿Cuánta pena tienes y cuánto crees que tienes que comer para estar más contenta? Es por evaluar gastos…

Me mandó la foto de un sumo.

Jajajajaja. Eso es mucho…

¿Te gusta el sushi? Conozco un sitio en Torrejón, es barra libre de platos, nos podemos poner así de gordos por el mismo precio que si solo te comieras una empanadilla.

Gabriela:

Sí, me gusta. Mucho.

Estupendo, pues dime cuándo te viene bien. Eso sí, nos

tendrás que llevar tú, porque yo conducir todavía no puedo.

Gabriela:

¿Podría ser mañana?

Estoy a ver si lloro tanto que me quedo sin lágrimas y así consigo verlo todo de otra forma…

¿Has probado a recogerlas? Así te podrás recordar que no hay lágrimas suficientes que ningún tío se merezca…

Gabriela:

Jajajaja.

Gracias, Aday.

No hay que darlas.

Solté el móvil en la cama y me tumbé bocarriba con las manos cruzadas en el pecho. ¿Comeríamos juntos al día siguiente o solo me lo habría dicho para que la dejara llorar tranquilamente? Dejé que mi mente sacara la función profesor y creara una programación de actividades y valorara los diferentes niveles de logro. ¿Con cuál se daría cuenta de que ese tío que ella quería que se quedara ya había llegado? ¿Cómo podría hacerle ver que yo era el adecuado? ¿Y si por mucho que mostrara, nunca conseguía enamorarla? Aquella última pregunta me causó un escalofrío que me recorrió entero regalándome un latigazo en la clavícula que me retorció el gesto. Señal inequívoca de que no podía plantearme la opción del no.



Capítulo 22

Llevábamos media hora en videollamada. Cada una estaba haciendo sus cosas. Permanecíamos en silencio, pero todas juntas. Tenía el mejor grupo de amigas que podía existir. Agradecí que Nuria no me repitiese el «te lo dije».

—Yo creo que deberíamos irnos mañana a Madrid a darlo todo —propuso Yoana.

—No tengo ganas de liarme con nadie ahora —admití.

—Ah, pero si yo no lo decía por eso, podemos ir a Chueca, si quieres, todavía colea la semana del orgullo.

—Claro, y tener que quitarme a las tías de encima… —ironicé.

—A ver si te crees que te van cayendo del cielo, *It´s raining girls*. Ojalá fuera tan fácil, no estaría yo tan necesitada…

Nuria se rio y negó con la cabeza mientras cortaba cebolla. Estaba preparando una tortilla de patata. Tenía una pinta estupenda, mi estómago rugió, aunque la realidad era diferente, no me apetecía dar bocado. ¿Cómo podía ser que el malestar anímico o amoroso afectara tanto al estómago y al físico?

—Bueno, ¿entonces quedamos? Que me tengo que organizar —preguntó Claudia.

—No me apetece, chicas. Gracias por intentar darme opciones, sé que lo hacéis para animarme. Prefiero quedarme este finde en casa y ver cómo levanto cabeza la semana que viene. Supongo que la vuelta al trabajo me ayudará. Estar de baja tampoco ha sido lo mejor, tener la cabeza desocupada me ha llevado a tomarme todo esto a la tremenda.

—¿Sabes algo de Gonzalo? —se interesó Marta.

—No, no me ha escrito, yo tampoco lo he hecho, no quiero saber nada de él. No lo ha hecho bien. Puedo entender que no quiera nada, lo que no entiendo es que se haya comportado como un crío de «ahora me enfado y no respiro».

—Y en cuanto asimiles eso, te será más fácil animarte. Úsalo como motivo para tenerle rabia —propuso Ainhoa.

—Nah, no hace falta. Desde la rabia no voy a conseguir estar mejor. Prefiero asumir… —acepté.

Efectivamente, esa era la vía, asumir. Asumir que no le gustaba a nadie, que me quedaría soltera y sola de por vida y que mi ideal de

familia estándar con hijos era inviable. Me acercaba a los treinta, en unos meses cambiaría de dígitos y yo no quería ser una madre mayor. Cuanto más tiempo pasara, peor sería. El hecho de encontrar un tío verdadero, que cuadrara conmigo, que tuviera las mismas aspiraciones; así, midiendo el tiempo de manera generalizada, supondría, por lo menos, dos o tres años, si es que encontraba a ese tío. Y luego buscar hijos, que todo fuera bien y no hubiera problemas de fertilidad… cuatro años. Tendría el primer hijo con treinta y cinco. ¿Y el segundo? Me eché las manos a la cabeza. Madre mía. ¿En qué momento me había planificado la vida desde un ideal? Recordé de pronto que nunca había hablado de ese tema con Gonzalo. ¿Acaso aspiraba a tener hijos con él? Ni me lo había llegado a plantear. Él no era el indicado.

Me despedí de mis amigas, les di las gracias y colgué la llamada.

Tenía que cambiar de estrategia y quitarme a Gonzalo de la cabeza priorizando otra forma de pensar respecto a mi futuro. Debía intentar convencerme de que quizá ese sueño que tenía desde adolescente, no iba a conseguirlo nunca y que tenía que vivir cada día como si fuera el último. Algo en lo que no me había parado a pensar tras el accidente, cuando, por gracia o desgracia, tuve la vida de Aday en mis manos. Al igual que ese mismo día, en que la vida de Aday volvió a correr peligro. Y lejos de verlo triste, me animaba y me proponía planes que me ayudaran a olvidar a Gonzalo. Su filosofía de vida estaba en las Antípodas de la mía. Una buena opción podía ser dejarme contagiar por su actitud y positivismo.

Me desperté descansada, frente a todo pronóstico, la ruptura con Gonzalo no me había dolido tanto, o mi mente había sabido gestionarla y asumir que la realidad es que no éramos compatibles y que todo habría sido cuesta arriba. Si en un mes había sufrido su lejanía y los celos por falta de información, qué no podría pasar tras unos años juntos en los que el enamoramiento adictivo se esfumaba.

Sonreí al recordar que había quedado con Aday para comer sushi y no habíamos concretado nada. ¿En eso consistía su filosofía de vida? ¿No planear del todo?, ¿no fijar? No estaba acostumbrada, mi padre siempre había organizado todo, horarios, lugares, planes. Y mi madre se organizaba por tiempos, se gestionaba cada actividad para

saber lo que podría durar y así continuar con la siguiente. Yo había heredado eso de los dos, mi hermana me lo había dejado a mí. Ella no organizaba nada, vivía y se nutría de la experiencia, quizá por eso era libre y no debía explicaciones a nadie ni se marcaba metas inalcanzables como yo. Cuando estuviera con ella en apenas unas semanas, me sentaría a hablar seriamente de cómo lo había logrado, que me diera pautas y herramientas. No quería cambiar mi forma de ser y de pensar, pero yo sentía que necesitaba desencorsetarme.

—¿Hola? —contestó extrañado Aday al otro lado del teléfono.

Me escondí una risa por haberlo sorprendido con una llamada.

—Hola.

—Ay, qué susto, por favor, Gabriela. Que pensé que te habían robado el móvil o algo. Digo, ¿y esta chica cómo es que me llama por teléfono? —Por su tono de voz supuse que se estaba riendo.

—Fíjate, cualquiera lo diría, ¿eh? Ya no está de moda llamar.

—No, no está de moda, eres una antigua.

—Del pleistoceno.

—Por lo menos…

—Ayer quedamos en que nos llevaría a un plan que tú habías propuesto —comenté.

—Así es. Lo mantengo…

—¿Paso a buscarte?

—Por favor.

Le oí reír. No sabía que le había hecho gracia; reí con él, fue contagioso. Le colgué sin despedirme. Agarré las llaves en el puño y me descubrí dando saltitos de camino al coche. Puse su lista de música en el reproductor. Entre su casa y la mía tan solo había diez minutos, tres canciones de distancia. Reí. Se lo diría y observaría su reacción. Le avisé con un mensaje de que ya estaba abajo. No me había dado tiempo a darle a enviar cuando lo vi asomarse a la ventanilla sonriendo, con su cabestrillo azul, su mirada marrón intensa y su pelo negro precioso. Me sobresalté.

—Jo, qué susto.

—Que no soy tan feo…

—No he dicho eso…

—¿Entonces crees que soy guapo? —Levantó las cejas

repetidamente con gracia y se peinó el pelo.

Pues sí, lo era, era guapo, aunque no fuera eso lo que más me llamaba la atención de él.

—Tampoco he dicho eso. —Gesticuló un puchero de lo más infantil que me hizo reír—. Una curiosidad —expuse—, entre tu casa y la mía hay tres canciones de distancia. —Señalé la radio que marcaba *La noche perfecta*[2] como tema en reproducción. Abrió los ojos sorprendido.

—¿Me propones una yincana? ¿Tengo que recorrerme la ciudad hasta que encuentre tu casa tras tres canciones?

Me reí a carcajadas. Se hizo el indignado. No pude parar. Levantó las manos pidiendo una explicación. Volví a reír a carcajadas. Me miró con una ceja levantada y una tierna sonrisa. Con satisfacción.

—¿Sabes la de cosas que hay a tres canciones de tu casa? Es como buscar una aguja en un pajar…

—Lo sé —se puso serio—, pero estás riendo a carcajadas… Que es mucho mejor que llorar.

Me quedé seria mirándolo. No hacía falta que hablara, su mirada me mostraba que se preocupaba por mí, como aquel día de senderismo en el que no podía con mi vida. Un escalofrío me recorrió entera.

—Venga, vamos a ponernos gordos de sushi.

—Eso… —se levantó un poco la camiseta, pude ver algún que otro músculo en su abdomen—, que para ponerme tan orondo tengo que ingerir muuuuuuchooo sushi.

Suspiré. Y agradecí mentalmente su forma de ser, qué fácil lo ponía todo. Era divertido, afable, delicado y atento. Tenía un punto de gracia infantil que, lejos de molestarme, me hacía reír con facilidad.

Durante el trayecto no paró de hablarme de los animales que habían vivido durante el pleistoceno y mis opciones como humana en esa época. Me había relegado a una mujer de las cavernas que dedicaba sus horas a pintar mamuts en las cuevas.

—Para que lo puedas entender bien, tienes que imaginarte vestida con pieles de tigre dientes de sable. El *outfit* queda a tu elección,

sujetador y tanga, aunque hacía frío, o tipo pijama del Primark, el gordo de osito de peluche.

Todas y cada una de las cosas que decía llevaban una carga de ironía que amenizaba la conversación.

—Pijama achuchable, por supuesto. Así me podría mimetizar con el paisaje.

—Sí, pasarías por una cría de mamut, sin duda.

Reí a carcajadas de nuevo, por lo absurdo y por lo necesario que era para mí no tener conversaciones profundas.

Salimos del coche y subimos por unas escaleras mecánicas. Me miró al llegar arriba, se rio, me cogió de la mano y echó a correr.

—Para, nos vamos a matar, ¿por qué corremos? No tenemos prisa.

—No pasa nada, te tenemos a ti para salvarnos la vida. Por cierto, ya te debo dos.

Su mano apretaba la mía lo justo para que no me escapara. Su tacto era suave y no me molestó ese arranque de cercanía. A mi mente regresó esa pregunta que días antes les había planteado a mis padres: «¿es posible que te gusten dos personas a la vez?». ¿Me gustaba Aday o solo era que me sentía cómoda con él? Y si me gustaba, ¿no resultaba muy feo reemplazar a su primo por él? Eran familia. «¿Reemplazar?», me pregunté a mí misma. Y otro escalofrío me recorrió de arriba abajo. Quise frenar a mi mente.

Tomó la iniciativa, pidió mesa para dos. Sin soltarme la mano, siguió al camarero y me invitó a sentarme en un sofá supercómodo. Se sentó enfrente y haciendo uso de su poder comunicativo y la forma tan enigmática que tenía de explicar, me informó de cómo había que pedir, cuántos platos por persona, el tiempo que teníamos y de todas las opciones que podía escoger.

Tragué saliva en varias ocasiones para no resultar muy transparente y que él pudiera leer lo que escasos minutos antes había pensado.

—¿Tú puedes comer aquí? ¿Es un lugar sin gluten?

—Sí, si no, créeme, no estaríamos aquí.

Le pedí que eligiera por mí y que me sorprendiera.

—Está bien, pero luego no me lo reproches, ¿ok? Recuerda que es obligatorio comerse todo y no dejarse nada, porque nos cobrarán a

parte el plato que nos dejemos.

Asentí rápido aceptando sin rechistar.

Los platos comenzaron a llegar; así, de un golpe, fueron diez los que cubrieron la mesa. Comencé con uno que él me recomendó. Colocó su mano libre bajo su barbilla y me observó atento. Me abrumó bastante y me puso en alerta. Me llevé la primera pinchada de ternera a la boca. Mastiqué.

—¡Ostras!

Comenzó a reír a carcajadas.

—Te lo tienes que comer…, me lo has prometido.

Aquello picaba horrores. La lengua me abrasaba, pero no por que estuviera caliente, sino por el picante. Bebí agua. El picor bajó a la garganta y tosí.

Sus carcajadas, sinceras y sin intención negativa, me contagiaron. Tosí agua, no lo pude remediar. Le salpiqué la camiseta. Se echó para atrás y se sacudió con la mano riendo aún más.

—Perdón, perdón, yo no quería…

—Eso te pasa por no ir a poquitos, ¿qué pensabas que iba a pasar? ¿Es que no has visto que yo estaba esperando tu reacción? —comentó risueño.

—Ya…, me ha extrañado, pero… yo qué sé, he confiado en ti.

—Vaya…, gracias… —expresó con sinceridad llevándose la mano al pecho.

Una hora después no podíamos comer más. Estábamos llenos y comíamos por puro vicio. Nos atrevimos con un helado que tuvimos que compartir. Me sentía tan a gusto a su lado que me habría quedado pidiendo platos y platos con tal de pasar más tiempo con él.

—Gracias, has conseguido alegrarme el día y que no entre en la espiral de tristeza en la que estaba ayer —admití.

—¡Olé! Un pin para mí, por favor —exclamó levantando la mano.

—Y un diploma… Me da pena que se acabe este rato, la verdad. Quizá sueno demasiado atrevida, pero he estado tan a gusto…

—¿Confías en mí? —me preguntó con esa mirada clavada en mis

ojos.

—Pues no lo sé, después del picante…

Rio y asintió.

—Te prometo que no me vas a volver a escupir.

Reí a carcajadas. ¿Quién ganaba con esa promesa?

—Venga, vale…, confío.

—Genial. Como yo no puedo conducir…, estoy lisiado…, te daré las indicaciones, seré tu GPS, y llegaremos a un sitio que creo que te va a encantar.

Acepté. Nos levantamos, pagamos la comida a medias y nos volvimos a montar en el coche. En los primeros metros cambió la voz a una más robótica imitando las indicaciones de Google Maps. Después empezó a reírse y me pidió perdón por la estupidez.

Media hora después, y a un par de kilómetros de Guadalajara, me pedía que me desviara por la salida de Chiloeches. Cruzamos el pueblo camino de Pioz. Mi corazón se disparó cuando comencé a ver la vegetación que cubría los laterales de la carretera.

—Con cuidado, gira a la izquierda por ese camino —dijo casi en un susurro.

Acaté las indicaciones. Paré en el camino, me quité el cinturón y salí del coche sin contar con él. Sonreí frente a la extensión de la plantación de lavandas. Oí a mi espalda el cierre de la puerta del copiloto y sentí su presencia en mi lado derecho. Me puse nerviosa y hasta me castañearon los dientes.

—No sabía que aquí había lavandas, pensé que estaban todas por la zona de Brihuega.

—No es lavanda…, es espliego.

Echó a andar por uno de los caminos que separaba las matas. Se agachó junto a una. Rompió una ramita y me la dio.

—Gracias… —musité.

—Fíjate bien, ya eres una experta —sonrió—, sabes cuáles son las diferencias.

Efectivamente, era espliego. Acerqué la ramita a mi nariz y con el golpe de olor, regresó el recuerdo de esa primera sonrisa junto al zumbido de los abejorros, los dos escondidos sin quererlo cerca de unas colmenas. Suspiré muy fuerte. Sé que me oyó, se giró y me

pidió que me acercara.

Me señaló una planta en la que se posaba una abeja y danzaba entre una rama y otra. Un zumbido fuerte viajó cerca de mi oído.

—Ayyy, hay muchos bichos —chillé.

—Shhh, chilla en bajito, que si se sienten amenazados van a ir todos a por ti. —Gesticuló con la mano un tumulto que me perseguía.

Su mano rozó inocente mi cuello y por mi cuerpo revolotearon mil abejas, porque mis nervios zumbaban, estaba segura de que las podía escuchar. Por suerte, se mimetizaban con el entorno.

—Es que me da un poquito de miedo. Me van a picar, seguro; soy una persona dulce, ellas hacen miel… Soy su mejor condimento… —quise ironizar con intención de provocarle risa, como él conseguía conmigo.

—Madre… —Se echó la mano a la cabeza y comenzó a carcajearse.

Me sentí tan orgullosa en ese momento, que hasta gané un puntito de poder.

—No te rías de mí. —Le lancé la mano y le di en el hombro malo.

—Aggg, ostras, Gabriela…, que aún duele…

—Ay, perdón, perdón, perdón. Ay, ayyyy.

Me acerqué a él con cuidado y lo toqué con intención de suavizar su dolor. Lo escuché reír. Había exagerado el dolor. La mano que le quedaba libre me agarró por la muñeca. Pude ver el movimiento y la certeza con la que sus dedos rodeaban mi pequeña muñeca. Se me paralizaron las pulsaciones. Busqué su mirada. Estaba cargada de una intensidad que podía notar en las pulsaciones que golpeteaban mi cuello. Su sonrisa se volvió seria, aunque sus ojos brillaban.

—¿Por qué me miras así? —musité.

—Así, ¿cómo? —susurró.

—Así, como lo haces…

—No sé mirarte de otra forma.

Mis labios se abrieron lentamente. Por ellos exhalaba tímidamente el aire que salía de mis pulmones. Su mirada se fijó en mis labios y pude captar que su lengua humedecía con rapidez y secretismo los suyos. Las mil abejas de mi estómago comenzaron con su danza y

mi mente voló a ese sueño en el que me despertaba besando a Aday tras besar a Gonzalo.

Un pinchazo agudo me hizo creer que de alguna manera iba a caer en una traición. Desconecté nuestras miradas y la dirigí al suelo. Lo oí suspirar.

«¡Mierda!», me oí gritarme a mí misma. ¿Y si hubiera dado pie a ese beso que los dos estábamos esperando? Me arrepentí en ese mismo momento de haber roto la magia. Todo nos acompañaba, el sonido, el ambiente, el lugar, las ganas… Madre mía, ¿él también quería besarme?



Capítulo 23

La vuelta la realizamos casi en silencio, se habían esfumado las risas y se había instalado la tensión. Yo me sentía culpable y supuse que él no terminaba de entender qué había pasado. Lo ideal habría sido hablarlo, pero me moría de vergüenza, ¿y si yo estaba imaginando cosas que no eran y había sido yo la que le había puesto a él en un aprieto? En su mano llevaba un ramito de espliegos. Cuando lo dejé en el portal de su casa, me lo ofreció.

—Toma, el de la otra vez se te secó, y yo tengo en casa la ramita de chuches, que huele espectacular, aunque su aroma se acerca más a la sandía que al espliego. —Sonrió tímido.

—¡Aday! —llamé su atención antes de que cerrara—. Gracias por el día de hoy, lo necesitaba de verdad.

—Siempre es un placer, bella dama. —Realizó una reverencia muy extravagante.

Cerró la puerta y se despidió con la mano. Me generó tristeza. Yo había echado la tarde a perder…

Sentí, de repente, unas ganas tremendas de ver a mis padres. Así que, sin siquiera avisarlos, fui directa a su casa. Aparqué en la puerta. Bajé, tomé aire y toqué el timbre.

—Mi chica —saludó mi madre con una sonrisa de oreja a oreja. Yo no sonreí. Le di un abrazo—. ¿Qué pasa? ¿Todo bien?

—¿Infanta? —preguntó mi padre bajando las escaleras—. Uy, ¿qué ha pasado?

—Ya no estoy con Gonzalo —confesé.

Los dos se miraron cómplices. Se dirigieron al salón y se sentaron en uno de los sofás. Estaba claro que a mí me tocaba el que estaba enfrente y que sería una especie de confesionario-interrogatorio.

—Cuéntanos… —invitó mi madre.

—Me ha dejado. Se fue con sus primos de vacaciones, de repente dejó de hablarme, no me cogía las llamadas y no contestaba a los mensajes… Hablé con Aday, porque estaba en el viaje con él —pude captar un contacto visual entre ellos muy sutil y mi corazón se desbocó recordando esa misma tarde— y me dijo dónde estaban el día que volvieron. Bueno, que me presenté allí…

—¿Perdón? ¿Qué es eso de que te presentaste allí? ¿Te deja de

hablar y le lames el culo? —expuso mi padre muy enfadado.

—Quería pedirle explicaciones y que no actuara como un niñato y hablara como un tío de casi veintinueve años…

—¿Veintinueve? Parecía más mayor… —comentó mi madre.

—Pues allí me dijo que yo no era su novia, que nunca habíamos hablado de eso y que no quería nada conmigo.

—Me parece genial —admitió mi padre.

—¿Te parece genial? ¿Te parece bien que me haga eso?

—No me parece bien cómo lo ha hecho, pero sí que ya no sea tu novio o lo que fuera… —soltó sin despeinarse.

—Díselo, anda…, no ves que no entiende por qué lo dices…

—¿Que me digas qué? —pregunté extrañada.

Se hizo el silencio, mi padre miraba a mi madre y esta le alentaba a hablar con la mano.

—Infanta… Yo no sabía que él era tu novio —gesticulé irónicamente—, lo que fuera —aclaró—. El día del accidente yo estaba sentado a su lado en la sala de espera. No pude evitar mirar la pantalla de su móvil, no lo soltaba y no paraba de escribir a una y a otra y a otra… Con una llegó a hablar de quedar, otra le dijo que lo echaba de menos… Y me interesó más, por lo que leí todo lo que pude…

—¡¿Qué?!

—Por lo menos habló con cinco, por Instagram. A una le dijo que ya quedarían otro día, que le había surgido un problemilla y no podía acercarse a su casa en ese momento. Entonces saliste por la puerta y te lanzaste a sus brazos. Y entendí que el «problemilla» eras tú.

—¡¿Qué?!

—Pues…

—¡No!, ¡no me estás entendiendo, papá! —chillé—. Sabías esto desde hace semanas y ¿no me has dicho nada hasta ahora?

Se pasó la mano por la cara desfigurando su gesto.

—Te lo dije —le susurró mi madre.

—¡¿Y tú lo sabías?! —le increpé.

—Deja de chillarnos, Gabriela —impuso mi padre.

—¿Y qué quieres que haga? Me entero de que mis padres sabían que Gonzalo me ponía los cuernos y no me dicen nada y quieres, no

sé… ¿quieres que te haga un caminito de flores?

—Lo sé, sé lo que piensas, ¿vale? Pero no era fácil. Te vi deshacerte en sus brazos, tampoco podía asegurar que estuviera con ellas, se le ve un fantasma. Daba la sensación de que les daba largas. Y, sinceramente, confié en que eso se acabara pronto. Iba a ser insostenible. Tú estabas mal del accidente, estabas aquí en casa y con eso me conformaba, te tenía… Y, bueno, el tiempo pone cada cosa en su lugar…

—Me tenías bajo tu ala, por eso no le dejabas venir a buscarme, querías controlarme en todo momento…

—¡No! Sabes que es por seguridad, ese tío no me gustaba y no quería que tuviera información que no debía. Cuando mejoraste y quise decírtelo, viniste con que te gustaba otro… Y, Gabriela, vi la luz…

—Pues habría ayudado a saberlo en ese momento, porque he quedado como una gilipollas celosa y llorona que le pide explicaciones como una cría… —Me dejé caer en el sofá.

—Lo sé y lo siento. Te juro por lo que más quiero, que sois vosotras y tu hermana, que no habría dejado que se alargara esa relación mucho más. Pero, gracias a Dios, se acabó.

—¿Gracias a Dios? ¿Qué ha hecho Dios? —volví a chillar.

—Gabriela… —me avisó mi madre.

—¿Qué? ¿Quieres que me quede conforme con las explicaciones? Porque no…

—Entendemos tu rabia y la sorpresa. Y sabemos que te sientes traicionada, pero nosotros solo esperábamos el momento idóneo para exponértelo, abrirte los ojos. No queríamos que con la lesión de cuello, la baja y la medicación, este problema se te hiciera más grande…

—Ya…, solo queréis lo mejor para mí —ironicé.

—Pues sí, solo que nos hemos equivocado, ¿vale? Y sí, podemos excusarnos, pero tienes razón, teníamos que habértelo dicho antes. Tenía… yo tenía que habértelo dicho antes. Perdóname —se disculpó mi padre con sinceridad.

Me tumbé en el sofá y me froté la cara con las manos. Me senté

con la cara tapada.

—Me gusta Aday. Mucho. Muchísimo.

No los miré, pero supe que entre ellos sí lo hicieron y seguro que hasta se habían sonreído.

—¿Y eso cómo lo sabes? —preguntó mi madre con una voz muy dulce.

Me quité las manos y los miré.

—Estoy cómoda con él, me hace reír, hasta me siento orgullosa de las ocurrencias que tengo cuando hablamos… Y…, siento una cosa por aquí… —Recorrí mi estómago, mi pecho y mi garganta con mis manos.

Mi padre me miró sonriente. Agarró la mano de mi madre.

—Y… —quiso invitarme a hablar.

—Es el primo de Gonzalo, bueno uno de ellos y… creo que es precipitado, traicionero…

—Y Aday… —tanteó mi madre.

—No lo sé, creo que sí, no soy buena leyendo señales de los chicos… A la vista está, estoy más sola que una monja de clausura…

Mi padre se levantó, fue a la cocina y volvió con tres tercios de cerveza. Los repartió y brindó.

—El tiempo coloca las cosas en su sitio —sentenció.

***

La vuelta al trabajo fue abrumadora. Todos me preguntaban por mi estado, por cómo estaba y qué había sucedido en el accidente. Al parecer había sido el chisme en todo el polígono y muchos de mis compañeros estaban más interesados en el accidente en sí que en mí.

Lucas se mantuvo muy serio todo el día. Me miraba de reojo y no hablaba nada. A media mañana, le pregunté:

—¿Qué te pasa, Lucas?

Se encogió de hombros, pude adivinar que sopesaba si confesarse o callarse.

—¿Por qué no me avisaste?, ¿por qué no me dijiste qué te había pasado? Me tuve que enterar al día siguiente por el jefe cuando vino

a decirnos que estabas de baja. Alguien hiló tu baja con el accidente, y otro alguien dijo que conocía a gente en el hospital y que, efectivamente, una de las implicadas eras tú. Todavía estoy esperando a que me digas lo que pasó.

—Ostras, Lucas… tú tampoco me escribiste… La que tuvo el accidente fui yo…, se supone que tendrías que haberme preguntado tú. Y también podría estar rencorosa contigo, ya ves que no…

—Yo esperaba a que la confianza que tenemos te llevara a escribirme y decirme: Lucas, mañana no voy a ir a trabajar, me ha pasado esto…

—Puede que tengas razón, en otras ocasiones te he avisado… Pero esta vez ha sido diferente, estaba preocupada, un conductor perdió la vida y el otro estuvo a punto… Tenía la mente en el accidente y no en escribir a la gente. He estado una semana con collarín y medicación.

Bufó y centró su objetivo en la pantalla del ordenador. No había pasado ni un minuto cuando me miró.

—Tienes razón, lo siento.

—No pasa nada… Al menos estoy viva… —Le resté importancia.

Tras el café de media mañana, me preguntó por Gonzalo y, una vez más tuve que contarle lo sucedido. Sorpresivamente, cada vez que lo contaba dolía menos, parecía hasta anecdótico.

Llegué a casa tras conducir despacio y con mucha precaución. Me metí en la ducha. Hacía mucho calor, era la última semana de julio y se notaba. En unas dos semanas y media, volaría camino de Emiratos Árabes, y me ilusioné, comenzaba la cuenta atrás.

Seguía sin tener noticias de Aday. Desde el sábado, cuando lo dejé en casa, no había tenido contacto con él. Me arrepentía por no escribirle, y supuse que él se sentía igual. Al contrario que con Gonzalo, con el que habría dudado de sus intenciones con dicho silencio, Aday no me generaba inseguridad ni pensamientos negativos.

Me metí en la ducha con agua templada. Quizá demasiado tiempo. La dejé caer por mi cuerpo y movilicé el cuello durante unos minutos, todavía dolía con algunos movimientos. Al salir vi que la

pantalla del móvil se encendía.

Aday:

Hola. Sé que hoy has vuelto al trabajo…

Espero que la vuelta haya ido bien…

Ese lo había mandado justo cuando yo entraba en la ducha y no lo había leído. Llegaron más mensajes, tardó diez minutos entre uno y otro.

Verás, llevo todo el día acordándome de ti. Me arrepiento de no haberte escrito esta mañana y haberte deseado buena vuelta. Y me arrepiento de no haberte escrito antes de que salieras y realizaras el trayecto de vuelta…

Pero no sabía cómo reaccionarías ante mis mensajes después de lo del sábado… No he tenido noticias tuyas desde que me dejaste en casa y… No quería parecer demasiado pesado…

Vaya, pensábamos igual… Me senté en la taza del váter con el albornoz puesto. Crucé mis piernas y tomé aire antes de escribir.

Hola.

La vuelta bien, un poco abrumadora, todo el mundo quería saber lo que había pasado.

Somos tontos, Aday, somos tontos…

Vi que había leído mi mensaje y comenzaba a escribir.

Yo he pensado lo mismo que tú, no te he querido escribir para no resultar pesada y no sabía hasta qué punto nos habíamos distanciado…

Quiero pedirte perdón por la forma que tuve de reaccionar,

pero…

Aday:

Oye, habla por ti, yo de tonto no tengo un pelo 😊.

No tienes que pedir perdón. Son cosas que pasan.

O que no pasan…

Aday:

¿Amigos?

Por supuesto.

Aday:

Genial.

Y ahí se quedó la conversación. Ni él ni yo añadimos nada más hasta el día siguiente, que me mandó un meme divertido, y algún mensaje más que intercambiamos a lo largo de la semana, sin ninguna sustancia. Me dio pena, parecía que habíamos perdido la chispa que teníamos. Me hacía ilusión ver mensajes suyos, aunque al abrirlos, no se parecían en nada a las primeras conversaciones.
La semana pasó sin pena ni gloria. El calor había disminuido y hasta tuve que recurrir a una chaqueta porque refrescaba a primera hora de la mañana. Por las tardes, Yoana me había convencido de ir a la piscina municipal, por lo que, habíamos sacado un bono de diez y nos echábamos allí la siesta antes de refrescarnos y sentarnos en el bordillo, escaneando el lugar. Yoana era administrativa y era la única que tenía jornada intensiva y salía pronto, contaba con las tardes libres y se aburría en casa. Había llegado a plantearse el apuntarse a un gimnasio, aunque desistió alegando que lo pisaría la primera semana y después «si te he visto no me acuerdo».

Para ese viernes habíamos preparado una quedada en casa de Nuria, ya habíamos comprado todo lo necesario para los mojitos. Mi ánimo cambió sustancialmente cuando salí del trabajo, pues había sido un día tremendamente duro. Habían llegado instrucciones desde arriba de reducir la plantilla. Esa misma mañana, fueron dos las personas despedidas, pero no se quedaría ahí y todos tenían los

nervios a flor de piel, sobre todo, los que menos tiempo llevaban. Mi puesto no peligraba, sin embargo, no era plato de buen gusto ver cómo compañeros con los que llevaba meses compartiendo tiempo de trabajo, se iban a la calle.

Me estiré antes de entrar al coche. Oí un claxon y giré la cabeza buscando el origen. Lo que nos gusta un salseo. Entrecerré los ojos. Un coche negro con matrícula azul estaba parado al otro lado de la valla de la empresa. ¿Aday?

—¡Gab! —Se acercó a la verja y metió los dedos entre el metal. Fui hasta allí—. Vamos, que tengo un plan.

—¿Un plan?, ¿yo formo parte de ese plan?

—Sí, claro. Venga, que tengo ahí el Uber esperando.

—Pero yo tengo aquí el coche…

—Déjalo ahí, sácalo aquí fuera, lo que quieras.

Sonrió tanto que ni me planteé más excusas. Entré en el coche y lo saqué del *parking* de empleados para dejarlo fuera. Llegué hasta Aday, su brazo libre me rodeó por la cintura y me dio dos besos. Me invitó a subir al Uber.

—¿Y esto? —pregunté confundida.

—El día de la boda me dijiste que la gente pensaba que eras una sosa y que tú simplemente creías que eras una chica tranquila. Estoy de acuerdo con eso —puntualizó—. También comentaste que si algún día surgía una locura, te gustaría tener la capacidad de no negarte a ella. —Si él supiera que tenía una locura escrita de por vida en mi piel—. Así que, te he organizado la locura, no puedes decir que no y te voy a ayudar a llevarla a cabo…

—Montar en un Uber…

Rio a carcajadas y negó.

—No, no, nos vamos a Valencia. He pillado dos billetes de AVE de ida y vuelta, salimos hoy y volvemos mañana después de comer.

—Hala…, pero no llevo ropa, ni bañador, ni cremas ni nada…

—No te preocupes, yo tampoco, estamos en igualdad de condiciones. Llevo una mochila para cada uno, por aquello de meter el agua, y dos toallas de microfibra en las que no se pega la arena, para poder dormir esta noche en la playa.

—¿Vamos a dormir en la playa? —pregunté asustada—. No llevo

ropa de cambio…

—Sí, no seremos los únicos, no te preocupes. Y por eso tampoco te preocupes, llevo dos calzoncillos.

—¡¿Cómo?!

—Para cambiarnos mañana…, la higiene es importante. Podría haber cogido unas bragas de Jésica, pero el hecho de pensarlo me resultaba turbio, y creí que la mejor opción es que…

—Me podía poner tus calzoncillos… —le corté a carcajadas tapándome media cara.

—Chi… —pronunció con un tono infantil muy divertido.

—Bueno…, vale…

—¿Aceptas? —preguntó ilusionado.

—No me das alternativa…

Juro que por dentro estaba saltando de alegría. Que las abejas revolucionadas habían vuelto y que estaba batallando mentalmente conmigo misma para no frenarme en caso de que se diera un acercamiento. Se tenía que dar, estaba segura, ¿veinticuatro horas los dos solos? Algo iba a pasar, y si no se daba, yo lo iniciaría.

—Aday…, ¿cómo has sacado los billetes? No tienes mis datos…

—Ya…, bueno…, ahí…, he puesto tu nombre y los apellidos y el DNI de Jésica. Es que, si no, no podía sacarlos…

—Pero eso es delito, Aday.

—Lo sé, podemos hacer dos cosas, o los cambiamos ahora alegando que nos hemos equivocado, o pasamos, supongo que solo mirarán el nombre y, si coincide, entramos.

—Hay que cambiarlos, Aday. Yo no voy a pasar con los datos de otra persona. ¿Y si no nos dejan entrar? ¿Y si nos denuncian? Mi padre me mata y a mí me da algo…

—Tranquila, que intentamos cambiarlo… Pero no es para tanto, tu padre no tendría por qué enterarse…

—Mi padre se entera de todo. Sabía que había tenido el accidente antes de llegar a urgencias… —Me miró extrañado—. Es Guardia Civil.

—Ah, uy, entonces no podemos cometer delitos. O sí, nos sacaría de cualquier lío, ¿no?

—Deja, deja, vamos a ser legales —sentencié.



Capítulo 24

Me moría de nervios. Habíamos conseguido cambiar el nombre de los billetes sin problema, ella enseñó su DNI y la gestión fue rápida. De ahí fuimos a un establecimiento, ella compró un bocadillo y yo una ensalada y un bol de fruta y arroz.

Entramos al tren y dejé la mochila en el altillo. Me senté mirándola. Me preguntó quién era realmente Jésica y se interesó por el motivo de vivir todavía en un piso compartido cuando yo podía vivir solo perfectamente. Le conté que vivía con Fran y Jésica en mi piso, que yo les alquilaba las habitaciones y que la razón era simple, aparte de considerarlos ya mis amigos, además de compañeros de piso, yo no soportaba la soledad y el silencio de vivir solo.

—Eres todo lo contrario a mí. Aunque es cierto que últimamente no dejo de escuchar la música que me pasaste, me gusta vivir sola. Y la semana que estuvo Gonzalo en mi casa tampoco me molestó demasiado. ¿Sabes algo de él?

No me gustaba que me preguntara por mi primo, sobre todo por la situación en la que nos encontrábamos en ese momento.

—No, no nos hablamos. Voy a serte sincero y…, espero que no me tomes por una mala persona… —me miró interesada—, le he hecho la cruz. El día que me atraganté, no reaccionó, si tú no hubieras estado allí, me habría ahogado. Se lo recriminé, excusó que se había bloqueado… Lo siento, pero no lo acepto, ni movió un pie. Se lo conté a algunos primos y les dije que no contaran conmigo en las quedadas en las que estuviera él. Les pareció lógico…

El otro motivo es que le quería levantar a la que había sido su novia. Y cuanta más distancia hubiera entre él y yo, mejor. Evidentemente, eso no se lo iba a decir a Gabriela.

Me valió con que ella lo comprendiera y le pareciera bien. Gabriela tampoco sabía nada de Gonzalo, lo que me generó una paz tremenda.

Durante el trayecto, avisó a sus amigas de que sus planes estaban cancelados y nos volcamos en hablar de nuestras vidas, nos pusimos al día de la situación de nuestras familias. Le conté que mi padre me había repudiado por estudiar ambientales y después optar por la profesión docente. Él había preparado para mí su propio negocio farmacéutico. No me gustaba y no quería amargarme la vida como sí

lo estaba haciendo mi hermano, que hacía poco que había entrado en la directiva y, desde ese día, no le había vuelto a ver sonreír.

—¿Cuándo es tu cumpleaños? —preguntó divertida.

—Fue en enero, cumplí treinta años. Me hicieron una fiesta en una finca, la llenaron de estufas de gas, porque hacía muchísimo frío, imagínate. Vino toda la familia y mis amigos, hasta compañeros de la carrera. La verdad es que parecía más una boda que un cumpleaños. —Me encogí de hombros—. Mis primas…

—Guau… yo los cumplo en noviembre, los treinta también. Aunque, mira… yo no tengo treinta, me siento veinteañera total, tengo veinticinco y de ahí no me baja nadie, los tendré toda la vida. Cuando cumpla cincuenta, seguiré teniendo veinticinco, aunque esté más arrugada.

—En cada pierna… Pero, oye, que la edad está en la mente, mientras el ánimo sea joven… ¿Te das cuenta de que ya tenemos otra cosa en común? Nacimos el mismo año…

—Ya… ¿Cómo es que no nos conocíamos de antes? Si en Guada todos salimos por los mismos sitios…

Se me puso un nudo en el estómago que hasta me impidió tragar saliva. Me limité a encoger los hombros. Ya era tarde, aunque confesara todo, era tarde. Tenía que pensar muy bien cuándo descubrirme, porque no podía esconderle información, me pasaría factura.

Se recostó en el asiento y perdió su mirada en el infinito del vagón. Entonces comenzó a confesar que Gonzalo le había engañado con otras, se puso seria, aunque intentaba quitarle importancia, sus ojos perdieron brillo. Le pedí que me cambiara el asiento y le ofrecí que se recostara en mi hombro. Aceptó sin dudar. Su pelo quedaba a la altura de mi barbilla, me llegaba su olor como una bofetada. Se descalzó y subió los pies al asiento. Con el brazo que me quedaba libre, intenté recogerla todo lo que pude. Mi mano quedaba a la altura de su cadera y juro que me estaba volviendo loco. Que mis dedos pedían pasear por su cuerpo, hacerle cosquillas relajantes, aprenderse cada una de sus líneas y sus poros, empaparse de su suavidad y su olor.

El final de trayecto se acercaba y yo no quería. Se había quedado

dormida agarrada a mi brazo. Hacía varios minutos que se me había dormido y no lo sentía, pero la imagen que estaba guardando en mi cerebro, valía oro.

—Gab, estamos llegando —susurré.

Se movió y se desperezó. Se sentó y me miró. Sonrió. Le devolví la sonrisa.

—Gracias, eres una almohada estupenda —comentó.

—Hala, otro trabajo más… ¿por este voy a cobrar o es gratuito?

—¿Cómo quieres que te pague? —preguntó con voz melosa.

Uy, si ella supiera lo que yo quería cobrar. Sentí subir y bajar a la maraña de mariposas que solo ella era capaz de accionar. Tenía que ser inteligente respondiendo.

—¿Con qué estás dispuesta a pagar?

Su mirada se quedó fija en la mía. Pude observar que su pecho se hinchaba y mi alegría se disparaba. Quizá la *friendzone* se alejaba y me abría la puerta a un nosotros. ¿Y si ella también quería y la cobra de la semana anterior solo había sido un espejismo? Quise lanzarme en ese mismo instante y besarle los labios lentamente hasta grabármelos, hasta tatuarlos en los míos.

La gente de nuestro alrededor comenzó a moverse y nos sacó de esa burbuja que habíamos creado. Quise coger la mochila, mi brazo no respondió seguía dormido.

—Perdona, Gab, pero me has dejado inútil el brazo de las pajas… —Me lamenté sobreactuado. Oí su carcajada— y no puedo pillar la mochila. Me has lisiado el brazo que me quedaba. Ya te vale…, me vas a tener que dar de comer… Eso, o comeré como los perros. Y de las pajas ya…

Volvió a carcajear negando con la cabeza. Cogió la mochila y se la echó a la espalda. Se mordió el labio de abajo y alzó las cejas divertida.

—Vamos, anda…, qué mal enfermo eres.

—¡Pero bueno! Qué atrevida… Me destrozas los dos brazos…

—Pero te he salvado la vida dos veces…

—Ostras, sí, vale. Sigo estando en deuda… te debo dos vidas. Madre mía, se me acumula el trabajo.

—¿Otro más? —apuntilló divertida—. ¡Buah! Qué calor. —Se echó

la mano al escote—. Ya estoy pegajosa… Mira, por estas cosas no me gusta viajar a la playa, soy una incondicional del clima seco.

Negué divertido. Moví el brazo arriba y abajo hasta que recuperé la sensibilidad. Saqué el móvil y pedí un Uber que nos llevara hasta la Malvarrosa. Ya allí, veríamos qué hacer.

Me sentía tremendamente orgulloso del plan que había organizado. Además de estar solos los dos, dándonos esa oportunidad, Gabriela estaba feliz. No tenía nada que ver con la chica que había conocido de la mano de Gonzalo. Cada vez estaba más seguro de que él la apagaba. No es que fuera la mujer más divertida del mundo, pero sí se reía y aceptaba las bromas e ironías con calma y una sonrisa en la cara. Habíamos dado un paseo por el puerto, nos habíamos comido una copa de nata con nueces, habíamos entrado furtivamente a baños de locales en los que no habíamos consumido nada y no había dejado de hablar en ningún momento. ¿Ella era la amante del silencio? ¿Ella? ¿De qué silencio? Para mí, su voz era música, era armonía.

Nuestros pies nos llevaron hasta las maderas de la arena de la playa. Su mirada buscó la mía. Me cogió la mano. Pensé que moría de un infarto en ese momento porque mi corazón se paró. Era la primera vez que ella lo hacía por iniciativa propia. Sonrió y tiró de mí decidida.

—Ay —suspiré lo más bajito que pude para soltar tensión sin que me oyera.

Llegamos a la orilla, me soltó y se apoyó en mi hombro, se quitó las sandalias. La copié y saqué una bolsa de plástico que llevaba en la mochila, las metí y las guardé dentro para poder tener las manos libres.

De repente, se puso a correr por la orilla. La oí reír. Abrió los brazos y dio vueltas sobre sí misma. Era tarde, estaba anocheciendo, pero aún quedaba gente que no le quitaba ojo. Observé que alguno sonreía al verla. Corrí detrás de ella. Fingió cara de susto y corrió más rápido. Llegué a ella, la agarré de la cintura.

—Te pillé…

Sus ojos volvieron a clavarse en los míos. Podría haber sido el momento del beso, pero no quise. Tenía un plan, quería jugar mis

cartas, lo hacía con ventaja. Hundí mi pie en el agua y la salpiqué.

—Idiotaaaa —chilló divertida.

Entonces fui yo el que salió corriendo. De reojo vi que no me alcanzaba y se apoyaba en sus rodillas cogiendo aire.

—¿Y quién ganó? ¿Quién ganó? —chuleé.

—Tú…

Me acerqué a ella. Me agaché a su altura. No vi venir que su mano se metía en el agua y me la lanzaba a la cara.

—Oh, me has dejado ciego. Lisiado y ciego. No levanto cabeza.

—Quejica. Es agua de mar, esto purifica y limpia —dijo pasando sus manos por mi cara eliminando el exceso de agua.

Me iba a deshacer allí mismo. Quería gritar a los cuatro vientos que esa chica me volvía loco, que me encantaba y me gustaba como nada en la vida.

—¿Vamos a buscar conchas? —le pregunté.

Asintió. Le tomé la mano, no quise mirarla, aunque sé que ella sí buscaba mis ojos. Paseamos por la orilla, de vez en cuando nos agachábamos para seleccionar las mejores. Algunas tenían ya un agujerito y llegamos al acuerdo de hacernos un colgante a juego cuando volviéramos a casa. Ella se ofreció voluntaria para ponerle un cordón de color naranja.

—¿Por qué naranja? —pregunté extrañado.

—Mira el cielo, ¿de qué color está?

—Naranja…

Efectivamente, el sol se estaba despidiendo y el naranja pintaba el cielo. Me agaché a por una caracola.

—Mira, una caracola… —le mostré.

—Ostras, no habíamos visto ninguna…

—¿Será verdad que se oye el mar?

Se encogió de hombros.

—¿Pruebo?

La invité a hacerlo con un gesto de mano. Se colocó la caracola en una oreja. Me acerqué a ella, a su otra oreja.



Capítulo 25

—Estoy enamorado de ti.

El mundo se congeló. La brisa dejó de rozarme el cuerpo y los sonidos cesaron. Solo quedaba el eco de sus palabras. Lo miré fijamente. Aquella intensidad en su mirada llegaba arrasando sin darme más opción. Y de nuevo sentí la magia de una semana antes. Di un paso hacia él. Ya casi no corría el aire entre nosotros.

Abrí los labios y cerré los ojos. Me dejé besar, que tomara él las riendas. Que manejara el timón. Solo podía sentir el zumbido en mi estómago y el galope de mi corazón agitado contra mi pecho. Los segundos se hicieron eternos.

Primero llegó su aliento chocando con mis labios, entrando en mi nariz como un aroma delicioso. Después sentí el roce suave de sus labios. Besó mi labio inferior, mis comisuras y mi labio superior. Las yemas de sus dedos trazaron el recorrido de mis labios. Su aliento me seguía llegando, directo, certero y deseado. Pasó su mano por mi cara dejando su dedo pulgar en el borde de mis labios. Fue entonces cuando lo oí gemir y el beso llegó con toda su intensidad. Su lengua entró certera y le pidió a la mía bailar juntas. Sabía dulce y, junto a la delicadeza del beso y su olor, creí que me iba a desmayar allí mismo.

Mi cuerpo se revolucionó. Sentí un maravilloso frío recorrerme el cuerpo. Las abejas subieron hasta mi garganta dejando un peligroso vacío en mi estómago. Me oí gemir.

¿Podía ser aquel el mejor beso que había vivido en mi vida? Desde luego.

Cortó el beso despacio. Apoyó su frente en la mía. Lo oí expulsar aire por la nariz y tomar oxigeno por la boca. Me mordí el labio. Quería repetirlo. Abrí los ojos queriendo localizar su boca y me lancé a por ella. Volvimos a perdernos en una mezcla de sensaciones, saliva, pieles, lenguas y ganas, muchas ganas.

—Gabriela… —susurró cuando paramos para poder tomar aire.

No pude decir nada.

Me acurruqué en su pecho. Estaba duro y musculado. Era lo que menos me importaba. Me recogió con su brazo, como si fuera el escudo que nos protegía a los dos. Habíamos tenido que salir de Guadalajara los dos juntos para que sucediera lo que estábamos

deseando. Porque sí, ya me había quedado claro que era recíproco.

—Los dos sabíamos que esto iba a pasar —admití.

—Llevo años soñando con este momento y te juro que nunca había imaginado esta puta fantasía.

Me retiré y lo miré con el ceño fruncido.

—¿Años?

Se pasó la mano por la cara. Apretó la mandíbula. Se giró y anduvo hasta la arena seca. Se sentó y me pidió que me sentara enfrente. Me agarré las piernas y coloqué mi barbilla sobre las rodillas.

—No creas que te he engañado, ¿vale? Para nada… Hace más de diez años te vi en una discoteca con tus amigas y… me enamoré. Amor a primera vista, pero de mí hacia ti porque tú no sabías de mi existencia. Desde ese día me volví loco buscándote todos los fines de semana en todas las discotecas, no hubo forma de encontrarte. Tras un tiempo, coincidimos de manera casual en la puerta de una discoteca, me empujaste y me pediste perdón. —Se pasó la mano por el pelo. He de reconocer que me encantaba ese gesto—. Nunca he tenido agallas para hablarte, me moría de vergüenza. Me moría mucho… Y el día que me iba a armar de valor para hablar contigo…, te vi comiéndote los morros con otro y…, dejé de salir. —Pestañeé rápido.

—¿Por qué?

—Porque se me rompió el corazón… —tragó saliva y bajó la cabeza avergonzado.

—¿No salías por si me veías con otro?

—Exacto. Llevaba meses y años pensando en ti. Fantaseando nuestra vida juntos… Hasta tenemos dos criaturas, rubias de ojos azules —se puso el dedo en la frente—, fíjate si es fantasía, los dos somos morenos con ojos marrones.

No pude evitar reírme, me llevé la mano a la boca y le pedí perdón con un gesto. Su relato era bonito y triste a la vez. Quise hablar, pero no sabía qué decir.

—Te juro que no sabía que eras amiga de Nuria y que venías en el *pack* con Fernando hasta el día de la boda. En estos años he querido guardar tu recuerdo en el paleolítico de mi cerebro, fosilizarlo para

poder seguir con mi vida…

—Y aparecí.

—Apareciste. Llevabas un pedo… y yo…, yo no, pero me metí tres chupitos para tener el valor de hablarte y, mira por dónde, eras tú la que estaba habladora ese día, te di mi Instagram con la esperanza de volver a tener contacto contigo y llegué a casa superilusionado, y…te volví a ver donde menos lo esperaba.

—Con Gonzalo… —Dejé caer mis hombros y miré al suelo, nuestros pies para ser más exactos.

—Y otra vez a sufrir… Hasta que Jes me informó de cómo era Gonzalo y volvió la esperanza. Ella insistía en que le levantara la novia a mi primo; no era una opción, no soy así.

—Tendría que haberte escrito a ti primero…

—Me tenías guardado en la funda del móvil… ¿Estás enfadada?

Mi mente entró en alerta. Estuve a punto de hablarle del tatuaje, de la búsqueda de posibles candidatos y de dejar la elección a ChatGPT. Era tan cutre y rocambolesco que preferí callar.

—¿Por qué debería enfadarme?

—Por no habértelo dicho antes…

—Creo que no ha habido cabida a un antes… Aunque suena turbio que lleves años enamorado de mí sin conocerme.

—Puede sonar turbio, pero te he respetado siempre, no he sido un acosador ni nada, solo un sufridor porque te veía inalcanzable.

Lo miré con pena.

—Me has idealizado y ahora te voy a defraudar…

—¡No! No digas eso, no me defraudas. Eres mejor de lo que siempre imaginé. ¿Te puedo besar otra vez? Es un sueño de la adolescencia…, entiéndeme… —suplicó con una sonrisa.

Pasé mis pies por su espalda, él me rodeó con sus piernas. Me agarré a su cuello. Junté mi nariz a la suya y cerré los ojos.

—Bésame, por favor —susurré.

El choque de nuestros labios volvió a avivar a las abejas. Me concentré en cada uno de nuestros movimientos. En mis manos perdiéndose en su pelo, en su mano sujetando mi espalda, en el barullo lejano de la gente y el rumor de las olas impactando con la arena. Ese sí era el momento mágico. El momento que quería

guardar para siempre.

Pasaron segundos, minutos, quizá horas. Cuando me quise dar cuenta él estaba tumbado y yo me sentaba sobre él. La noche había caído y nos alumbraba una luna llena preciosa.

Noté su erección bajo el pantalón y reí.

—Buenos días —pronuncié golosa moviendo mi cadera sobre él.

—Uf…, cuidado con lo que haces que esta viene cargada con balas antiguas, son más peligrosas e incontrolables… No sabes en qué momento pueden explotar.

Reí por la ocurrencia. Moví mis caderas sobre él. Lo vi mirarme fijamente. ¿Cómo sería llegar al orgasmo con esa intensidad penetrándome hasta el alma? Entrecrucé mis dedos con los suyos.

—Gabriela… —me advirtió.

—¿Qué? Te faltan manos para las pajas…, solo te estoy ayudando.

—Madre mía, ayudando dice…

Se mordió el labio de abajo y arrugó el entrecejo. Supe que no aguantaría mucho más y acerqué mi boca a la suya sin dejar de frotarme con su ropa. Abrió los labios y busqué su lengua. Hasta en ese momento tan excitante donde se puede perder el compás, nuestras bocas eran armoniosas. Sus dientes atraparon mi labio en el instante que gemía guturalmente el orgasmo que le había robado en una playa, en la noche, en nuestro viaje furtivo. Me sentí poderosa.

—La que has liado…, señora de las cavernas…

Rompí en carcajadas. Me llevé el dedo a la boca de forma involuntaria y lo miré sensualmente.

—¿Qué? Seguro que acabo de cumplir otro de tus sueños de adolescente.

—De adolescente y de adulto, a ver en quién te crees que pienso cuando me descargo… Mira, te libras de que solo tenga una mano libre útil y de que me parece una guarrada llenarte de arena, porque te puedo asegurar, que te iba a matar a orgasmos.

—Oh —me llevé la mano al pecho—, que llamen a Iker Jiménez, que ya han salido los fantasmas.

—Yo ¿y cuántos más?

Me giró y quedó sobre mí. Me besó de nuevo. Me podría tirar

horas besando esa boca, era tan deliciosa… Su pelo rozaba con mi cara. Joder, acababa de crear una nueva necesidad. Levantó su cadera y se miró el pantalón…

—Mira lo que has hecho…, la gente va a pensar que me he corrido…

De verdad que me encantaba ese chico, era pura chispa todo el rato. Se levantó y se sacudió la arena. Sacó una toalla de la mochila y se la colocó estratégicamente tapando la mancha del pantalón, pero sin parecer que se tapara una mancha en el pantalón.

—¿Y si vamos a comprar ropa? Además, yo tengo frío y si tenemos pensado dormir aquí, con estas toallas nos vamos a helar.

—Me lees el pensamiento, ¿verdad? El tema está en qué hay abierto a estas horas…

—Un bazar de esos que tienen de todo…

Gesticuló posibilidad, me agarró de la mano y comenzó a andar. La arena ya estaba fría. No terminaba de convencerme que dormir en la playa fuera buena idea. Solos no íbamos a estar, eso estaba claro, porque a lo largo de todo lo que conseguía ver, se repartían diferentes grupos de chicos y chicas charlando de manera tranquila. Se paró, sacó nuestras zapatillas y las dejó en el suelo.

Entramos en una tienda que todavía tenía todas las colchonetas esparcidas por la puerta. Aday fue directo al burro de ropa.

—Estoy por comprarme directamente un bañador… total…

—Yo no me pienso comprar ningún bañador…

—No, claro que no, te puedes bañar con las bufas al aire y mis calzoncillos.

Me tapé la cara con las dos manos.

—Si hago eso me detienen fijo y mi padre se partiría el culo de mí. Sería la anécdota estrella de las navidades…

—Toma, ¿te lo pruebas o no he dado con la talla? Te lo regalo yo.

De su mano colgaba un bikini simple de tiras que se ataban en la espalda, en el cuello y en las caderas. Miré la talla. Sí, era la mía.

—¿Por qué naranja?

—Para verte bien y que no te pierdas en la inmensidad del océano.

Eres la boya de mi vida…

—Estás sembrado, ¿eh? —dije riendo.

—Es que hace un rato he perdido el control… —se señaló la mancha del pantalón—, no me pidas más. En realidad es para que haga juego con el colgante de conchas…

Lo vi reírse a escondidas. Agarró una percha de la que colgaba un bañador azul marino. Después se fue a otro pasillo donde, sorpresivamente, había sudaderas. Cogió una azul marino donde ponía «Valencia» en grande y debajo «España» en pequeño. Busqué mi talla en el mismo color y modelo. Me observó sonriente. Me habría encantado saber lo que pasaba por su mente, quizá estaba cumpliendo otro de sus sueños o, directamente, todo superaba sus expectativas.

Me acerqué a él, me colgué de su cuello y lo besé. Ay, es que me gustaba tanto cómo nos besábamos.

—Gracias por invitarme a esta… locura…

—De nada. —Me dio un beso en la nariz—. Te juro que no sé en qué momento has pensado de ti misma que eres una sosa. Me acabas de hacer una paja en plena playa, llena de gente, un sitio público y con mirones… Eso solo pueden hacerlo las locas.

Me encogí de hombros.

—Tú sacas esa locura…

—Ahora la culpa es mía… —Asentí y sonrió.

—Deberíamos cenar algo, ¿no? —propuse al oír mis tripas.

—Pagamos esto y vamos.

De camino a la caja, cogió dos cepillos de dientes y un tubo de pasta. Pagó y salimos. Se peinó el pelo y me cogió de la mano. Sé que lo miraba embelesada, no lo podía remediar y me encantaba.

Al poco estábamos entrando en el McDonald’s. Pidió en las pantallas con una soltura admirable. Me señaló el BigMac y asentí conforme. Añadió dos helados y, como vi que tenía intención de pagar, fui más rápida y coloqué mi móvil para cubrir yo los gastos.

—Hay que ver… Voy a cambiarme al baño.

—Vale, me quedo aquí esperando a que lo preparen.

Cuando salió simuló modelar, hasta se giró sobre sí mismo y se

peinó el pelo.

—¿Tú sabes lo difícil que es cambiarse el pantalón en el cubículo ese con una sola mano?

—Ay, perdón, te podía haber ayudado…

—Sí, claro, y que me vieras en bolas…

Negué con la cabeza. Cogí las bolsas que acababan de salir y fui directa a la calle. Volvimos a nuestro rinconcito en la playa. Estiré una de las toallas y coloqué todo encima. Me descalcé y me senté. Aday se puso a mi lado. Observé que se manejaba estupendamente bien con una mano, se echó el kétchup y fue comiendo con ella. Tenía un poco de salsa en la comisura de los labios, me acerqué para quitársela y aprovechar a besarlo.

—No… no…, tu hamburguesa lleva gluten. Si ahora me besas, me va a afectar.

—¿De verdad? —pregunté sorprendida.

—Sí, así que, si tienes pensado no dejar de besarme nunca, tendrás que ir con un cepillo de dientes y un bote de pasta, siempre.

—Gracias por avisarme. Por eso has comprado…

—Está claro, después de más de una década, preveo que nos vamos a comer a besos toda la noche, y no pienso renunciar a eso por el gluten, bastante renuncio ya.

Sonreí y asentí, recogí la salsa con mi dedo y lo chupé. Puso los ojos en blanco y simuló deseo.

Tras cenar, nos cepillamos los dientes enjuagándonos con agua. Y me besó con la excusa de probar si me los había cepillado bien. Al poco comenzó a refrescar, nos levantamos para ponernos las sudaderas, le ayudé a colocársela. Prefirió dejar dentro el cabestrillo. Me acerqué a la orilla, el agua estaba fría, pero no molestaba. Me abracé. Sentí su pecho en mi espalda y su brazo derecho rodear mi cintura. Colocó su barbilla en mi hombro. Oía su respiración, era pausada y calmada. Me giré para mirar, una vez más, la intensidad de esos ojos y me acurruqué en su cuerpo como pude. Me gustaba lo guapo que estaba con sudadera y lo achuchable que resultaba. Coloqué mi nariz en su cuello y me emborraché de su olor.



Capítulo 26

Estaba congelado de frío, no podía encogerme para guardar el calor porque debía dormir bocarriba, por suerte, Gabriela me daba calor en media parte del cuerpo, apoyaba su cabeza en mi pecho y se encogía, con una pierna entrelazada a la mía, intentando mantener la temperatura. Llevaba despierto desde los primeros rayos de sol. Ella seguía dormida, respiraba tranquila y rítmica. Y yo me moría de amor, ni en mis mejores sueños o fantasías, habría imaginado esas últimas horas junto a ella.

Se movió buscando más calor porque se pegó más a mi cuerpo. Aproveché para darle un beso en el pelo, aún guardaba su olor, pese a que, a nuestro alrededor, el salitre lo inundaba todo.

—Estás un poco duro…, me duele la cabeza… —murmuró.

—No te preocupes, dejaré el gimnasio y me hincharé a bollos de chocolate para tener unas tetas tan blanditas como las del sumo que me mandaste.

La oí reír. Levantó la cabeza y me miró. Se incorporó lo justo para llegar hasta mis labios y dejar un beso.

Se puso de pie y se sacudió la arena que tenía en las piernas. Me senté, me dolía la espalda. Definitivamente, la playa no era el mejor sitio para descansar. Le pedí que se sentara delante de mí. La abracé. Colocó su cabeza en mi hombro y así estuvimos el tiempo que duró el amanecer. En mi vida había estado tanto tiempo tranquilo y en paz, sin tener pensamientos, sin querer organizar o adelantarme a acontecimientos. Solo respirar.

—¿Este es el silencio que te gusta? —le pregunté.

—Esto no es silencio, pero me encanta. —Se giró, me agarró por el mentón y me dio otro pequeño beso. Podría acostumbrarme a eso todos los días a todas horas. ¿Podría acostumbrarme? No… Lo necesitaba—. ¿Vamos a desayunar?

Nos levantamos, dejamos allí las toallas. Antes de irnos hice una foto y me arrepentí de no haber captado el momento en el que nos abrazábamos en la noche con el simple reflejo de la luna en el agua. El sol comenzaba a apretar y Gabriela propuso darnos un baño. Se lamentó por no haberse cambiado en el baño de la cafetería. Se

levantó, sacó el bikini que le había regalado y me lanzó una toalla.

—Sujétala, porfa, me voy a cambiar. —Fingí sorpresa—. ¡No mires!

—Bueno, lo intentaré…

—Porfa, no mires… —medio suplicó.

—Tienes que entender que es un sueño.

—De la adolescencia… sí, pero no mires… ¿No puedes esperar al día que…? —se calló de repente.

—¿A qué día, Gabriela? —le piqué.

—No mires.

—Vale, vale…

Cerré los ojos, pero no voy a negar que abrí uno para ver si podía captar algo. Me dio la espalda cuando se quitó el sujetador. Me empalmé, lo que era previsible. Esa espalda desnuda me estaba pidiendo paso. Tuve que controlar mis dedos para no lanzarme de lleno a acariciarla.

—Te he dicho que no mires, Aday —se indignó—. Anda, átame el bikini, por favor…

—Si es que me lo pones muy difícil… Es como si me colocaras delante de la boca una barra de pan con todo el gluten del mundo, oliendo a trigo, y decirme que ni la roce… Ahora mismo metería las manos debajo de la tela y sería yo quien tapara tus tetas.

—Me dejarías una al aire —puntualizó.

Reí a carcajadas mientras intentaba con destreza hacer un nudo con los dedos del brazo inmovilizado y los que tenían ganas de recorrer su piel.

—Y por eso mismo no lo hago.

Salió corriendo al mar. No tardó en tirarse y mojarse entera. Salió como una auténtica sirena con el agua salada brillando en su piel.

—Yo no me voy a meter, Gab.

—¿Por qué? —preguntó extrañada. Le señalé el cabestrillo—. ¿Y hasta la cintura? La camiseta luego se puede secar…

Pues también tenía razón. Fui despacito hasta ella. Cuando el agua me llegó a la cintura y la camiseta ya se mojaba, me quedé quieto.

—Y hasta aquí.

—Vale… Aquí también me vale. —Me agarró por el cuello y me besó con necesidad. A mí esos besos me hacían perder el sentido.

Cualquier cosa que me pidiera, se la daría—. ¿Sabes la de años que no me bañaba en el mar?

—Mmmm, estás salada…

—Parecemos los personajes de una serie ñoña.

—Soy una máquina de crear momentos románticos, bella dama. No me pongas retos…

Volvió a besarme hundiendo sus dedos en mi pelo. Sé que puse los ojos en blanco bajo mis párpados. Solo pedía que el tiempo se congelara y su boca nunca se separara de la mía.

Nada más salir del agua me pidió que volviera a sujetar aquel cambiador portátil que había inventado.

Sacó de mi mochila mis calzoncillos. Los giró en varias ocasiones y he de reconocer que me sentí un poco inseguro, no puedo explicar el motivo. Cerré los ojos mientras se cambiaba.

—Guau, son cómodos… Podría acostumbrarme.

¿Que podría acostumbrarse? Ay, me iba a matar… Me limité a mirarla, me dejó sin saber qué añadir. Mi corazón se expandía por mi pecho, era feliz y estaba ilusionado como nunca. Por fin el karma me premiaba.

***

Nada más montar en el AVE, el gesto de Gabriela cambió. Me miró triste, aunque sus ojos brillaban como nunca antes.

—No quiero que esto acabe, Aday. Han sido las mejores horas de mi vida.

—¿Las mejores de tu vida? Espérate mujer, que aún tienen que nacer nuestros retoños rubios de ojos azules.

Rio tapándose la boca.

—Con Gonzalo no hablé de esto, porque entendí que los planes que hacíamos, dejaban claro que éramos…, bueno, ya me quedó claro que no. ¿Nosotros? —Me miró muy seria y muy fijamente—. ¿Qué somos? ¿Novios?

—Si me preguntas a mí, marido y mujer, porque mi objetivo en la vida es casarme contigo y prometernos un para siempre hasta que la muerte nos separe —ironicé, aunque era totalmente cierto lo que

estaba diciendo.

—No pienso llegar virgen al matrimonio, por lo que primero deberíamos ser novios —me copió el tono.

—Aprendes rápido, pequeña padawan.

—Tengo al mejor de los maestros… —susurró mientras acercaba sus labios a los míos.

—¿Te quieres casar conmigo? —murmuré en sus labios con un tono muy infantil. Rio. Mis labios rozaron sus dientes y yo toqué el cielo—. Vale, vale, retrocedo. ¿Quieres ser mi novia, perder la virginidad conmigo, preparar nuestra pedida, casarnos, tener churumbeles y morirnos agarrados de la mano?

—¡Hala! ¿Ya me matas? —Me miró con seguridad—. Quiero ser tu novia. Fin.

Reí a carcajadas y me llevé la mano al pecho.

—Creo que me vale. Mira —tomé su mano y la dirigí a mi corazón —, se me va a salir de aquí, porque quiere llegar aquí. —Llevé su mano hasta su pecho.

Tomó aire despacio y lo soltó.

—Me encantas. Eres romántico y divertido a partes iguales.

—Lo sé, gracias —jugueteé con mi mano en mi pelo.

—Lo tendremos que llevar en secreto… —soltó de golpe.

—¿Secreto? Tenemos treinta años y media Valencia ha visto cómo me has masturbado contra mi voluntad…

—No creo que sea ético que ahora se me vea contigo como novia cuando hace una semana era la novia-no novia de Gonzalo. Yo quedaría como una promiscua y tú como un auténtico cabrón.

Me quedé pensativo. Tenía razón.

—Tienes razón y es coherente lo que dices, pero… no me gustaría esconderme y esconderte… estoy feliz, ilusionado, tremendamente encantado de estar contigo y…

—Piensa en el morbillo de tenerlo solo para nosotros… de que no nos pillen, de ser celosos con lo que hacemos y sentimos… Disfrutarlo nosotros primero… No tiene que ser para siempre, pero sí un tiempo, el justo para que la gente no pueda hablar de nosotros.

—Me importa una mierda lo que piensen los demás, Gabriela… — Puso sus manos en mi cara, rozó su nariz con la mía. Tomé aire—.

Vale, sí, vamos a evitar conflictos.

Agarró mi labio con sus dientes y después me besó como la primera vez, lenta y segura.

El Uber nos dejó en la puerta de su coche, nos montamos y puse mi lista de música. Tomé aire para volver a sincerarme.

—Te mentí, Gab, no le puse tu nombre a la lista para saber que te la había mandado. Hace años que esa lista llevaba tu nombre porque es la que me pongo cuando pienso en ti.

Me miró y sonrió. Negó con la cabeza y rio.

—Eres un romántico.

—Y te encanto.

—Y me encantas.

Y yo me moría por encantarle.

Estuvimos durante minutos besándonos. De fondo la puerta de mi casa, yo no quería bajar y ella no quería soltarme. ¿A cuál mejor? Me bajé del coche sin retirarle la mirada. Y anduve marcha atrás hasta dar con el hierro de la puerta. No habíamos hablado de cuándo nos volveríamos a ver. Por el momento, los dos nos nutriríamos de la resaca de esas fantásticas veinticuatro horas.

Abrí la puerta de casa con sentimientos contradictorios, felicidad y desazón.

—¿Qué tal? ¡Cuéntanos! ¡Fran, ven, corre!

Llegó derrapando por el pasillo.

—Estoy enamorado.

—Eso ya lo sabíamos —apuntó Fran.

No les conté todo lo que habíamos hecho, obviamente, me tenía que guardar momentos mágicos solo para mí, pero sí les relaté nuestro primer beso, el momento de la caracola, que ella se había guardado, la predisposición de ella y que el sentimiento entre los dos era mutuo. Les conté que me había sincerado y había expuesto mi pasado y que la reacción de Gabriela fue más que positiva. Jes daba palmas con las manos y Fran sonreía asintiendo. La reacción de mis compañeros me terminó de llenar las barritas de ilusión y felicidad.

También les dije que sería secreto por el momento para evitar malos rollos con mi familia, Jésica lo aprobó con un aplauso, añadió que era lo más inteligente en este momento y que eso me dejaría a

mí espacio para terminar de enamorarla hasta los huesos y que nunca se alejara de mí.

—Si lo sabes hacer, esa chica estará contigo toda la vida. No es consciente todavía del tío que tiene entre manos.

—Gracias, Jes… ¿Estás enamorada de mí? Mira que ya tengo novia —le piqué.

—Tú eres tonto. No estoy enamorada de ti y nunca lo he estado, pero te quiero mucho, muchísimo y sé cómo eres. Te mereces lo mejor. Y me pido ser dama de honor tuya en la boda.

—Y yo, y yo… —se ofreció también Fran.

***

Esa semana no pudimos vernos. No había tarde que yo no tuviera una reunión por el tema de los cristales y suelos solares. Al parecer era más complicado de lo que habíamos previsto. Aunque quería estar centrado en el tema, no tuve más remedio que delegar, porque mi cabeza solo podía pensar en Gabriela. Eso sí, no podía librarme de dar la cara hasta que tuviéramos todo bien atado. Para poder calmar nuestras ganas por vernos y estar juntos, hacíamos videollamadas y veíamos la misma serie juntos y la comentábamos. Hasta compartíamos el momento de hacer la cena. Jésica y Fran eran habituales en nuestras llamadas. Uno de los días, mientras yo me reunía con mis empleados en la empresa, Jésica y Gabriela se habían quedado hablando. Que las dos se llevaran bien y tuvieran conversaciones durante minutos y minutos, conseguía que me sintiera realmente cómodo.

Su creciente amistad me lo facilitaba todo.



Capítulo 27

Por fin iba a volver a verlo. Solo podía pensar en besarlo de nuevo y mi cuerpo estaba loco, nervios para arriba, nervios para abajo; ansiedad y ganas de picotear todo el rato, incluso todo lo contrario, siendo incapaz de probar bocado.

Sonó el timbre de casa y abrí sin preguntar. Me aposté en la mirilla. Se encendió la luz del rellano. Ahí estaba. Me descubrí dando saltitos. Abrí, lo agarré de la camiseta y tiré de él hacia dentro. Cerré y lo besé, con ganas, con fuerza, con un ímpetu que nos llevó contra la pared.

—Guau…, qué potencia… —musitó cuando nuestros labios se separaron.

—Te echaba de menos… —dije con chulería.

Se limitó a abrir los ojos impresionado. De repente sonrió, levantó una ceja, pasó su mano por mi cintura y me apretó contra él.

—Yo sí que te echaba de menos.

Mmmm, es que me encantaba su sabor, su olor, su todo.

Lo cogí por la mano y lo llevé al salón. Lo senté y me subí encima.

—Ay, madre, otra paja que me vas a hacer…

Reí a carcajadas.

—No, primero voy a saciarme y a cobrarme todos los besos que me he guardado esta semana y después vamos a relajarnos viendo una película.

—Soy un juguete…, para eso he quedado.

—Cállate y bésame.

Pusimos el *Diario de Noa*, fue elección suya, alegó que necesitaba tomar ideas románticas y que yo tenía que hacerme a la idea de que nuestro amor sería tan eterno como el de los protagonistas. Amor… y ni nos habíamos dicho «te quiero». Aunque no hacía falta…

A mitad de película, colocó su mano en mi muslo. Tensioné los músculos de mi vagina. Estaba tan cerca y tenía tantas ganas. ¿Se atrevería?

Y tanto que se atrevió. Pude ver su sonrisilla. Sin separar la vista de la pantalla, sus dedos comenzaron a abrirse paso por debajo de mi pantalón. Acarició mis bragas de encaje. Levantó una ceja. Me llevé un dedo a la boca y fijé en él mi mirada. Se lo estaba gozando, estaba jugando a acariciarme y crearme más deseo sin llegar a esos

puntos que ya estaban exigiendo su tacto. Cuando sus yemas atravesaron la goma y se hundieron en mi humedad, los dos gemimos. Frunció el ceño y puso morritos satisfecho. Cerré los ojos y recosté la cabeza en el sofá.

—Joder —exhalé.

Me miró, se humedeció los labios y llenó de fuego sus ojos. Me abrasaba por todos lados, por arriba y por abajo. Sus dedos jugaban con mi clítoris a placer y supe que sí, que era capaz de matarme a orgasmos porque sabía muy bien lo que se hacía. Entraba, salía, trazaba círculos, me acariciaba cada uno de los pliegues y recovecos. Marcaba la intensidad como quería y, aunque yo solo deseaba llegar al éxtasis, aquello era tan delicioso, que podía hacer el esfuerzo de aguantar más. Miré mi entrepierna y su mano colándose bajo mi ropa. Madre mía, qué morbo. Busqué sus ojos. Estaba a punto de correrme y quería sentir la puñalada de su mirada. Se mordía el labio y respiraba profundo, como si él también fuera a correrse.

—Por favor —suspiré y me agarré de su duro brazo cuando no pude sostenerle más la mirada.

Se me rompió la garganta gimiendo. Puede que pusiera los ojos en blanco mientras la electricidad me recorría entera y mis piernas temblaban. Sus movimientos bajaron la intensidad y terminó con un pequeño golpe en el centro de mi clítoris creando un calambre en mis piernas y una pequeña risa escondida.

Me levanté corriendo a la habitación y cogí la caja de preservativos. Volví al salón y la tiré sobre el sofá.

—Ay, madre… todos esos polvos vamos a echar… Mira que estoy en forma, pero al estar lisiado he perdido fuelle…

—Calla —le ordené—. Me encantaría quitarte la camiseta, pero no me puedo esperar, te tengo muchas ganas y eso estorba —dije señalando el cabestrillo.

—Pero puedes acariciarme por aquí. —Me agarró la mano y la pasó por debajo de su camiseta. Estaba duro y musculado. Me mordí

el labio—. Y yo puedo acariciarte por aquí…

Intentó quitarme la camiseta.

—¡No! En igualdad de condiciones, los dos con la camiseta.

—Pero ¿cómo me vas a privar de semejante espectáculo?

—Son lentejas…

Bufó y se llevó la mano a la cara cuando le quité los pantalones y me terminé de desnudar. Mordí su labio a la vez que agarraba su erección entre mis manos y la masajeaba a mi antojo. Gimió en mi boca. Delicioso.

Le puse el preservativo.

—Madre mía, señora de las cavernas… Usted hace algo más que pintar en las paredes…

—¿Te gusta? —pregunté hundiéndole en mí.

Expulsé el aire de mis pulmones y él gimió a la vez.

—Esto es pura fantasía. Pero si ya me dejaras comerte las tetas… Claro que así me correría cual adolescente precoz.

—Pero jugarías con ventaja.

Mis caderas se movían arriba y abajo con mis manos apoyadas en su abdomen.

—Siempre voy a jugar con ventaja, hace años que te creé unas tetas preciosas.

Apretó su mano en mi culo.

—Cállate —dije riendo—, que no me concentro…

—Vale.

Cerró la boca fuerte y con la cabeza imitó el movimiento de mi cuerpo. Paré y me dejé caer sobre él riendo.

—Así no puedo…

—Pero yo sí. Túmbate…

Lo hice, su mirada me exigía tanto… Abrió mi pierna izquierda y supuse que quería que la otra tuviera la misma posición. Se agarró a ella y entró en mí con delicadeza. Volvimos a exhalar nuestro deseo.

—Te dije que te iba a matar a orgasmos, pero de momento tendrás que conformarte con quedarte en coma, cuando recupere mi otro brazo, preparamos el ataúd.

Reí, me recompuse, cerré los ojos y me centré en la situación que estaba viviendo. Su mano acariciaba mi pierna sin dejar de entrar y

salir. De repente, paró y comenzó a mover las caderas como si estuviera bailando. No supe qué puntos estaba tocando dentro de mí, sentí un picor delicioso que necesitaba de su roce para calmarlo.

—Uy, no pares… —suspiré.

Me miró, se mordió el labio. Abrazó mi pierna y colocó su mano en mi clítoris, ejerció la presión justa para que yo notara el inicio del siguiente orgasmo. Y arqueé mi espalda canalizando mi placer. Grité el éxtasis. Conseguí mirarlo a los ojos cuando me comenzaba a bajar la intensidad. Y entonces fue él el que se corrió apretando la mandíbula, enseñándome los dientes cual depredador marcando a su presa.

Me besó y me dio las gracias, y no puedo asegurar cómo me sentí, ¿plena? Era la primera vez que me daban las gracias después de echar un polvo. Se levantó y fue al baño. Me vestí y me senté en el sofá con las piernas encogidas, pegadas a mi pecho. Cuando entró por la puerta, lo miré con timidez.

—Te quiero.

Se tambaleó y se agarró al marco de la puerta. Movió divertido la cabeza de lado a lado.

—¿Es una cámara oculta? —preguntó con los ojos abiertos. Ay, qué guapo estaba, por favor.

—No… —Me encogí de hombros.

—Me muero… —Se llevó la mano al pecho y se dejó caer al suelo —. Ven a salvarme, porque me muero.

Me levanté riendo. Él ya se había tumbado en el suelo. Me senté sobre él a horcajadas.

—¿Simulo las pulsaciones o lo que necesitas es aire? —tanteé juguetona.

—Te necesito a ti. Pero puedes empezar por el aire… —dijo poniendo morritos.

Lo besé riendo, lo besé con cariño, lo besé divertida, lo besé con confianza. Lo besé con amor. Sí, con amor.

Se sentó y me agarró por la cintura.

—Tienes una habilidad para moverte solo con un brazo...; cuando tengas los dos, no sé cómo voy a poder escapar de ti…

—No te voy a dejar escapar. —Se quedó en silencio y me miró con

esa intensidad que solo él tenía—. Gabriela, te debo dos vidas…, quiero que seas la única dueña de la que me queda. Tú, solo tú.

Tuve que controlar las lágrimas, porque esas palabras fueron mucho más que una declaración. Las abejas de mi estómago picoteaban por todos lados y me taponaban la garganta.

—¿La que te queda? —conseguí pronunciar con la voz cogida. Él se dio cuenta y me acarició la cara.

—A ver si te piensas que soy un gato…

Rompí en carcajadas y apoyé mi cabeza en su hombro. Tenía un comentario gracioso para todas las ocasiones. No me importaba ser la dueña de esa vida que le quedaba.

—Vale, acepto, pero… no me tengas en tensión todo el día e intenta no morir cada dos por tres.

Levantó la mano como si estuviera jurando en un tribunal, propio de una película americana.

—Lo juro —sentenció serio con el ceño fruncido.

Pasé mis dedos por su frente para relajárselo, y acaricié cada una de las líneas de su cara. Repasé el borde de sus labios.

—Eres la fantasía que nunca llegué a imaginar. No te haces una idea del revuelo de mariposas que tengo aquí. —Se señaló la tripa.

—A mí me has llenado el cuerpo de abejas que no paran de zumbar.

—No te creo… con el miedo que te dan…

—Pero si voy de tu mano, me gustan.

Entrelacé mis dedos a los suyos. Lo vi apretar la mandíbula y tragar con dificultad. Me recosté en su cuerpo colocando mi nariz en su cuello para impregnarme de su olor.

Esa misma noche me convenció para ir a cenar a su casa y presentarme en carne y hueso a sus compañeros de piso. Llegué agarrada a su brazo, me ponía nerviosa destapar lo que habíamos convenido tener como secreto y, aunque mis amigas se enterarían al día siguiente, sería la primera vez que estaríamos juntos con alguien conocido delante.

—Bienvenida —saludó Jésica con una sonrisa de oreja a oreja.

Era una chica más bien rellenita, con el pelo negro, muy largo y unos ojos que estaban a caballo entre el marrón y el verde. Su

sonrisa era sincera y su energía delataba que tenía muchas ganas de conocerme en persona.

Allí, de pie, en la entrada de la casa, había un chico con unas gafas de pasta de color rojo, con el pelo castaño y revuelto, y más alto y delgado que la idea que me había hecho a través de las videollamadas.

—Hola, Gabriela. Hemos preparado un variado para cenar. Todavía no conocemos tus gustos, por lo que la mejor opción ha sido una quiché de verduras, sin gluten, obviamente —puntualizó mirando a Aday— y el clásico español por excelencia: huevos fritos con patatas fritas.

—Encantada y… muchas gracias. Yo como de todo, no como esta vaca, que solo come alfalfa y alpiste —me oí decir y me puse colorada por la vergüenza que me produjo mi atrevimiento.

—Oye…, que también me gusta el sushi…

—Eres muy bienvenida, Gab, muy bienvenida. —Rio Jésica.

Me agarró por el brazo y me invitó a acompañarla hasta la cocina. Le ayudé a preparar la mesa mientras me contaba lo pesado que estaba Aday desde que me había visto en la boda. Me encantó oír ciertos comentarios y saber que, en realidad, yo era importante para él.



Capítulo 28

No me quedé a dormir, aunque sí estuvimos hasta las dos de la mañana hablando tumbados en la cama y escuchando música como auténticos adolescentes. Me enseñó una foto que guardaba como una estampita de la Virgen en la que salía yo en el fondo del encuadre. Aseguraba que esa foto había conseguido retener mi imagen en su mente.

Cuando menos lo esperaba, saqué una bolsita de tela que contenía dos colgantes con una cuerdecita naranja y una concha colgada. Gesticuló un puchero.

—Me están dando ganas de volver a colgar aquí un corcho y pincharlo ahí junto a tu foto, los billetes del AVE y hasta el informe del ingreso de Urgencias. —Señaló la pared.

—Venga, póntelo.

—No, que se me rompe y empezamos por una concha y acabamos con mi corazón.

—De verdad… —Reí—. Nos lo ponemos ahora y después haces con él lo que quieras… Si tú lo guardas, yo también lo haré.

—¡Vale! Date la vuelta, que te lo engancho. ¿Esto será como la pulsera roja de siete nudos? ¿Ahuyentará el mal de ojo?

Me encogí de hombros antes de girarme y recogerme el pelo facilitándole la maniobra. Tuve que agacharme para que pudiera usar los dedos de la mano que tenía inmovilizada. Inspiré con el roce de su piel y sentí que las abejas zumbaban a placer.

Volví a casa sonriendo. Aday llevaba pillado por mí muchos años, sin siquiera conocerme y saber si cuadraría con él a nivel personal y sentimental. Había tenido la paciencia incansable de esperar a que ese destino del que mucha gente habla, o el karma que vamos trabajando a lo largo de nuestra vida, me pusiera en su camino de la mejor de las maneras.

A lo largo del día siguiente, me mandó cada hora una canción que le recordaba a mí.

Aday:

> Ahí va otra para acabar con el molesto silencio que reina en tu casa.

Y otra canción que sonaba a todo volumen en el salón de casa. Mi

favorita era *Bienvenida a tu canción*[3], de Antonio José. Cada vez que la escuchaba, la imagen de la mirada de Aday me daba de lleno en el pecho.

En la entrada seguían las ramitas de espliego metidas en un vaso de agua. Les cambiaba el agua todos los días, aunque eso no había conseguido evitar el paso del tiempo y que cada día fueran cayendo flores que se marchitaban. Recogía todas y las metía en una caja transparente que había comprado expresamente para eso.

La quedada con las chicas fue en casa de Yoana. Se quejaba del calor y con la excusa de que habían sobrado mojitos, pediríamos unas pizzas y cenaríamos fresquitas con aire acondicionado.

Llegué sonriendo, no lo pude evitar. Estaba nerviosa por contarles las últimas semanas y el viaje a Valencia del que todavía no tenían ni idea. Nuria intuyó algo, me miró con una ceja levantada y me invitó a sentarme en el suelo. El resto se colocó en los sofás y, como si de una exposición de clase se tratara, comencé a relatar absolutamente todo desde el primer momento, desde el día de la ruta senderista, la ramita de espliego y el abejorro, hasta el último minuto de la última canción recibida esa tarde.

—Va a sonar muy mal lo que voy a decir —comenzó Ainhoa—, pero eres una puta con suerte.

—¡Hala! —exclamó Nuria.

—Joder…, está con un pijo que le podía haber solucionado la vida, braguetazo de los buenos, que daba mal rollo, sí, lo daba, pero, quién sabe, esos tíos son como muy tradicionales, cuando aparece la tía que les gusta, cambian hasta de marca de calzoncillos. Pero es que, ella ya se estaba pillando con el otro pijo con aires de Carlos Sainz, porque no me lo puedes negar, se parece como si fuera su vivo reflejo. Pijo número uno la deja sin motivo, así, sin dar más guerra y le deja vía libre a pijo número dos que, olé por él, ha sabido aprovecharlo como el que mejor —expuso gesticulando con las manos —. Y yo todavía con el tonteo, he elegido al familiar más lento.

—Encima es romántico, ¿cuántos quedan de esos? —planteó

Marta.

—Es un pijo educado al estilo tradicional, son románticos de sangre —se golpeó las venas del brazo—, no se tiene que esforzar.

—¿Estás diciendo que si no eres un pijo con pasta o de familia con estatus no puedes ser romántico? —se indignó Nuria.

—Sí se puede, pero no te sale solo, ¿sabes? Es otro rollo… Además, tiene pasta para poder realizar esos planes. ¿O es que Fer compraría billetes de AVE el día de antes con lo caros que están? —le respondió Ainhoa.

—No, no los compraría, pero no por falta de pasta…

—Por falta de romanticismo —apuntilló Yoana.

Nuria meneó la cabeza conforme y le dio un buen trago al mojito que tenía en la mano.

—Chicas… —susurró Marta. Todas la miramos—. Tengo que contaros algo.

Me levanté y le cedí mi puesto en el centro, pero se negó a punto del llanto. Nos miramos extrañadas. Me senté a su lado y pasé mi brazo por su espalda.

—¿Qué pasa? —preguntó Claudia.

—Hace un tiempo me noté un bulto raro en el pecho izquierdo…

—Ay… —suspiró Yoana.

—Yo no sé explorarme…, me toco y lo noto todo igual… Lo siento, soy estúpida.

—No lo eres, a mí me pasa lo mismo —admitió Nuria.

—Se lo dije a mi madre, me exploró ella y dijo que no parecía raro, pero que era mejor ir al médico. Mi médica de cabecera no le dio importancia. Pero me empezó a picar y me asusté. Volví y se lo comenté. Le pedí una mamografía y me dijo que era muy joven, que hasta los cuarenta y cinco años, la seguridad social no hace mamografías. Que me picaría porque me había pillado con la regla, la hinchazón y que no era necesario mandarme al ginecólogo.

—¿Una tía? Es que ya no estamos seguros ni con una mujer como médica… ¿qué le cuesta a ella mandarte al especialista? —se quejó Yoana.

—Mi médica es todo lo contrario, quizá deberías cambiarte de

médico… —propuse.

—Mi madre me ha convencido para hacerme un seguro privado. Y ahí pedí cita, me exploraron y me hicieron una ecografía. No lo pintan bien, la verdad…

Se echó a llorar y corrimos a abrazarla.

—¿Te han hecho más pruebas?

—Sí, una analítica de sangre, sale alterada. No pinta bien, chicas, no pinta bien. —Sollozó—. Esta semana me hacen la mamografía, pero porque la he pagado, como me he hecho el seguro hace poco, no me cubre estas pruebas todavía. Y no me va a cubrir el tratamiento…

—Vete con las pruebas a la médica esa de mierda —dijo Yoana.

—Lo hice el viernes, pero los médicos están hasta arriba y no tengo cita hasta finales de septiembre. Y he buscado en internet… y tengo miedo, mucho miedo…

Cuando quise darme cuenta, estábamos todas llorando.

Aquel domingo fue un día agridulce. Nos quedamos todas dormidas en el salón de malas maneras, pero juntas. Me levanté pronto por la preocupación, Yoana estaba en la cocina sentada en una silla llorando. Estaba rabiosa e indignada. Le propuse salir a dar una vuelta y de paso comprar churros y chocolate. En ese momento, Marta no necesitaba vernos destrozadas, teníamos que ser su colchón, su energía para cuando cayera y sus piernas para seguir caminando. Nos faltaba información y no podíamos ponernos en lo peor y, aunque así fuera, aunque el pronóstico fuera el peor, teníamos la obligación de quemar cada uno de los minutos de vida que quedaran por delante.

Marta se sintió agradecida por el apoyo, por los ánimos y por no volver a hablar de lo suyo en todo el día. Intentamos cambiar de tema, inventar historias rocambolescas y planear un viaje a finales de septiembre todas juntas como hacía tiempo que no disfrutábamos. Y así, que si sí, que si no; teníamos billetes de AVE para ir cuatro días a Barcelona la última semana de septiembre.

Al llegar a casa, llamé por videollamada a Aday y le conté todo. Lo vi afectado y preocupado y, por egoísta que pudiera parecer, me gustó su reacción. Sin duda había dado con el hombre indicado con el que

compartir algo más que cariño, sexo y amor.

A media noche me desperté sobresaltada con la imagen de Gonzalo gritándome que nunca habíamos hablado de ser novios. Y se me encendió la bombillita. Ese mismo lunes, según llegué del trabajo, le escribí.

Gonzalo, necesito hablar contigo. ¿Podría ser posible?

Evidentemente no hubo respuesta. Leyó mi mensaje, pero nada más se supo.

Por suerte, Aday esa semana tenía trabajo con la empresa y, a diferencia de la semana anterior, me sentía aliviada, porque me estaba intentando comunicar con Gonzalo a sus espaldas. Sabía que le iba a hacer daño que yo quisiera hablar con él y, como no era seguro que fuera a recibir respuesta, no le contaría nada hasta que consiguiera hablar con Gonzalo.

Además, pude aprovechar para quedar con las chicas e intentar animar a Marta. Fuimos al cine, cenamos fuera de casa y un día jugamos a los bolos en los recreativos. Solo esperaba que aquella necesidad de estar ahí no la perdiéramos nunca.

Por otro lado, repetí mi mensaje cada uno de los días de esa semana con la misma respuesta: ninguna. No quise llamarlo para no agobiarlo demasiado y que me bloqueara, porque así perdería todas las opciones.

—Cielo —dije cuando descolgó la videollamada del jueves.

—¿Me has dicho cielo? —Asentí divertida—. Oh, me muero… Ya tengo apelativo cariñoso y puedo estar contento porque no es gordi, ni osito ni nada de eso. Soy tu cielo, nada más y nada menos.

—Mira que te gusta la polémica…

—¿Pero qué polémica? Para mí tú eres mi amor y yo soy tu cielo. Es que no hay color…

—¿Y cómo quieres que te llame?

—Como sea, pero llámame, por favor.

Reí negando.

—Escucha, vamos a lo importante. Ya tengo la maleta hecha, mañana ceno en casa de mis padres y duermo allí, porque a las cinco de la mañana tenemos que estar en el aeropuerto. ¿Nos

veremos antes, no?

—Pues claro, ¿vienes a buscarme?

—Sí, qué remedio —fingí cabreo.

—Voy a aprovechar estas semanas que no estás en ir a comprar el coche, de alguna forma tendré que matar el tiempo que no pasaré contigo. ¿Qué voy a hacer quince días sin ti? Madre mía, me voy a morir —exageró.

—Pues ten cuidado, que no estaré para salvarte y espero que a mi vuelta estés vivito y coleando.

Mis nervios se partían en tres. Por un lado el viaje, que me tenía en vilo y con ganas a partes iguales; por otro lado el último día que vería a Aday antes de irme; y para finalizar, intentar ponerme en contacto lo antes posible con Gonzalo.

Ese viernes, según salí del trabajo fui directa a su casa, hablaría conmigo sí o sí. Aparqué, llamé a su casa. No había nadie. Me desesperé sin saber qué hacer… No tenía mucho tiempo, me quedaban pocas horas para recoger a Aday y unas más para irme a la otra punta del mundo. Decidí quedarme en la puerta del garaje hasta que llegara. Ya inventaría excusas con Aday o… me descubriría…, una cosa era esconderle temporalmente la información y, otra muy diferente, mentirle, eso sí que no.

Miré el reloj nerviosa. Llevaba allí más de una hora, no dejaban de entrar y salir coches, pero ninguno era el suyo. Encima hacía calor y hasta me notaba mareada.

Por fin a lo lejos pude distinguir su blanco coche. Me coloqué delante de la puerta. Lo vi mover la cabeza de malas maneras. Puso el freno de mano y salió con aire chulesco.

—¿Qué? —preguntó desganado.

—Te juro que no te molestaría si no fuera necesario, que no tiene que ver con nosotros, no pienses que soy una acosadora.

—Pero eres muy pesada, no captas las indirectas tan directas como no responder tus mensajes…

—Tengo que pedirte un favor.

—¿Y por qué crees que voy a acceder?

—Te podría decir que por lo que tuvimos en su día, por mí, por el

recuerdo…, pero no, prefiero decirte que por humanidad —supliqué.

Se quitó las gafas de sol y me miró fijamente. Movió la cabeza de lado.

—Bien, veamos de qué se trata.

—Mi amiga Marta tiene cáncer de mama. Bueno, puede… —balbuceé—, le están haciendo pruebas, va todo muy lento y en la privada todavía no le hacen todas las pruebas —me embalé explicando. Abrió los ojos sorprendido—. Quería pedirte que hablaras con tu padre, a ver si la pudiera colar de alguna manera, atenderla antes, no sé…

—¿Tú sabes la de gente que tiene cáncer, Gabriela? La medicina lleva su ritmo, lo siento, pero si tiene que esperar, que espere.

—Gonzalo, solo tiene treinta años… Está a tiempo de salvarse, le queda una vida por delante…

—¿Y?

—Imagina que soy yo… ¿Qué harías?

—¡¿Qué haría?! —gritó exaltado—. Por ti habría hecho lo que estuviera en mi mano, ya estaba haciéndolo.

—Pero, ¿qué dices? Si me pusiste los cuernos… Mi padre vio tus mensajes.

—No te los puse nunca, Gabriela. Les estaba dando largas a todas porque me gustabas, joder, mucho. Vale que mi historial no es el mejor, pero quería reformarme, creí que contigo podía, que tú serías la indicada para llevarme por el buen camino. Vale que la cagué, pero lo reconduje, ¿no? —Asentí a medias—. Ahora, claro, fuiste un caramelito envenenado que traía mentiras a las espaldas.

—¿Mentiras? Yo nunca te he mentido.

—Esconder información y mentir es lo mismo.

—No te he escondido información, Gonzalo.

Me miró incrédulo y visiblemente cabreado. ¿Qué narices estaba pasando? ¿Por qué me estaba reprochando algo que yo desconocía?

—¿No te callaste que habías estado con mi primo antes que conmigo? ¿Y que te hiciste la «no conozco» el día de la quedada con mis primos?

¿Sabía lo de Aday? Pero… ¿antes de estar con él? ¿De qué

hablaba?

—¿Qué primo, Aday? Lo conocí en la boda y no me acuerdo de eso…

Rio de manera estridente. Tan fuerte que hasta me molestó.

—¿No? ¿Y entonces por qué tenéis el mismo tatuaje?

Dejé de sentir las pulsaciones, dejé de notar mi respiración y tuve que apoyarme en el coche porque el mareo se abrió paso y comencé a ver doble.

¿Tatuaje?



Capítulo 29

El timbre de casa sonó repetidamente con prisa.

—¿Estáis esperando a alguien? —preguntó Jes.

—A mi churri, baby.

—Pues viene con ganas, prepárate —advirtió.

Fue ella quien abrió la puerta.

—¿Dónde está? —preguntó Gabriela con la voz grave.

Me alerté, ¿qué pasaba?

—Ahí lo tie… —Jes no terminó de pronunciar la frase.

Gabriela se plantó delante de mí. Estaba cabreada. Mucho. Podía ver su furia a través de su mirada. Toda ella exhalaba fuego por los poros de su piel.

—¡Quítate eso! —me ordenó señalando el cabestrillo.

«Ay, madre…», me lamenté.

—Gab…

—¡¡¡Que te lo quites!!! —gritó rabiosa.

Jes me miró con miedo y dio dos pasos hacia atrás. Bajé la cabeza y me desabroché el enganche. Lo retiré con cuidado y lo dejé caer al suelo.

Mi corazón, lejos de desbocarse, perdió ritmo.

—Levanta el brazo lo que puedas —pidió con más suavidad.

Me daba miedo mirarla, pero tenía que hacerlo. Sus ojos solo observaban mi pecho, podría haber traspasado la tela sin esfuerzo.

Sus dedos cogieron el dobladillo de la camiseta y la subió despacio. Su piel rozó con la mía, pero la sentí como si me estuviera clavando cristales. Me comenzaron a castañear los dientes.

Se quedó congelada mirando mi torso.

—Gab…

—¡¡¡Joder!!!

—Gab… puedo…

—¡Joder, Aday!

Vi que se le saltaban las lágrimas y se me formó un nudo muy amargo en la garganta.

—Escúchame, yo…

Se echó las manos a la cabeza y se apretó con fuerza. Se volvió,

me miró y me alzó el dedo.

—Cállate, cállate —balbuceó entre sollozos.

Miraba a todas partes sin conseguir fijar sus ojos en un punto concreto.

Vi que Jes se llevaba las manos a la boca y tenía los ojos muy abiertos.

—Nena…, vamos a la habitación…

—¿Cuándo tenías pensado…? —no terminó la frase—. ¿Por qué no me lo…? —tampoco la acabó.

De repente, se giró y salió al descansillo.

—No, no te vayas, vamos a hablarlo, por favor —supliqué.

—Déjame pensar, por favor. Necesito… —Movió sus manos alrededor de su cabeza y la vi apoyarse en la pared.

Me acerqué a ella con cautela. Por un error de medición, puse mi mano izquierda sobre su hombro, la apartó con fuerza.

—Agg —me lastimé entre dientes.

Su mirada buscó mi hombro y puso su mano sobre él.

—Perdón, perdón. Será mejor que me vaya…

—No, por favor. Lo hablamos. O no lo hablamos. Lo que quieras, pero no te vayas. Mira, entramos, vamos a mi habitación. Y yo me callo hasta que tú me digas. O vamos a tu coche, nos sentamos y…

—Y te callas, como llevas este tiempo callado.

Me pasé la mano por la cara. Madre mía, qué cagada. Tenía que hacer lo posible para que se quedara, para hablar con ella. Me entró un miedo espantoso por si se iba y todo cambiaba sin que yo pudiera hacer nada para salvar lo nuestro. Porque la ansiedad apareció con tanta fuerza como ella y comencé a temer que todo se fuera a la mierda.

—Me voy, Aday. —Sus lágrimas caían descontroladas por su cara —. En unas horas estaré camino de… Y creo que ahora es lo mejor. Necesito pensar. Necesito organizar mi mente e intentar entender por qué… —señaló mi pecho y el suyo— no me lo habías dicho… ¿A qué esperabas para…? —paró para coger aire previo a un hipo del lloro. Mi nudo se apretó más y mis lágrimas también se desataron—. ¿En qué momento…? —Se pasó la mano por debajo de la nariz para limpiarse. Me acerqué para recoger las lágrimas que caían, pero dio

un paso atrás—. ¡No! Ay, joder, Aday… ¿por qué…? —se lamentó.

No me quedaron más fuerzas. Me arrodillé en el suelo balanceando mi cabeza. Nunca me había imaginado que esa fuera a ser su reacción. Era la peor que podría haberse dado jamás.

—No…, no lo sé…, nunca me hablaste de eso… y creí que… —intenté hilar palabra tras palabra—. No sé lo que creí.

Sorbí por la nariz y dejé salir el aire de mis pulmones. Gabriela me miraba con pena y la cara desencajada.

—Odio los tatuajes.

Se dio la vuelta. La oí bajar las escaleras. Y escuché cómo se cerraba la puerta de hierro del portal. Y la pena me invadió.

—Venga, ven. —Me recogió Jes—. Explícame bien qué ha pasado, porque no entiendo nada.

Me llevó hasta el salón. Me senté en el sofá. Me temblaba la pierna. Me peiné el pelo repetidamente. Fran apareció con el cabestrillo.

—Os he escondido información…, a todos… ¡Qué gilipollas soy! Lo tenía todo… la he cagado…

—Toma aire y cuéntanos —animó Fran.

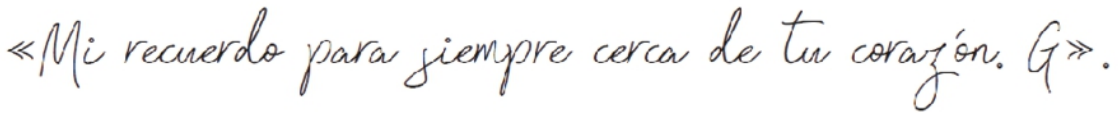
—El día de la boda…, los dos estuvimos hablando mucho rato. En ningún momento imaginé que se olvidaría de todo. Hablamos del pasado, del presente y del futuro. Y en un momento de esos, ella dijo que quería atreverse a algo diferente, que quería dejar de ser la amiga y la hija que siempre cumple con lo convencional para agradar a todo el mundo. Y hablando del presente…, nos prometimos no olvidar esa noche, guardar nuestra conversación y nuestro recuerdo en algún sitio, como una especie de cápsula del tiempo. Ella se propuso que la boda sería un antes y un después. Fer había contratado un estudio de tatuajes… Lo dije a lo loco, no iba en serio…

—Ostras…

Viajé al momento de la boda en el que ella pronunciaba cada uno

de los sonidos que iban a conformar esa frase.

—Fue ella quien la propuso. —Me levanté la camiseta—:



¿Entendéis ahora por qué estaba tan ilusionado? Pero el puto karma… Se olvidó de ese día, se olvidó de nuestra conversación, se olvidó de mi usuario de Instagram, se olvidó de su propósito, se olvidó de todo… Y fue como empezar de cero, pero con cicatrices. —Me señalé el tatuaje.

—¿Y por qué se ha puesto así? ¿Qué importancia tiene que lleves un tatuaje? La frase es bonita y la letra es elegante… —comentó Fran.

—Porque ella lleva uno igual en el mismo sitio. Y porque un día me preguntó si llevaba algún tatuaje y le dije que alguno que no podía ver porque tenía novio. Quizá ese habría sido el día que debería haberme descubierto… Pero no lo hice.

—¿Quién es G? —preguntó Jes.

—Ella, Gabriela.

Puso morros y frunció el ceño.

—Ya…, pero ella tiene el mismo… ¡Ah! ¡No!

Asentí triste.

—Sí, le conté casi toda mi vida. Y a ella le pareció bien elegir la G porque nos unía y la teníamos en común. Y por ella, accedí…

—Perdonad, pero no entiendo… —intervino Fran.

—Su padre le llamaba «mi pequeño Grupeli» hasta que dejó de hablarle. Y todos sus amigos de la infancia y de la adolescencia le llamaban Grupe, porque su padre le llamaba así delante de ellos. El día que su padre dejó de hablarle, exigió a todos que le dejaran de llamar así, por razones obvias…

—Y ahora el amor de tu vida tiene tatuado en su piel esa G. ¡Genial! —ironizó.

Los ojos se me volvieron a inundar de lágrimas. Me puse el cabestrillo como pude porque me dolía todo el cuerpo. Seguramente sería de la tensión que acababa de acumular de golpe.

—¿Cómo lo hago? ¿Cómo hago para llegar a ella? Está cerrada en banda y en unas horas se va por quince días. Me muero, os juro que me muero si no consigo aclararlo todo antes de que monte en ese

avión.

—Voy a decirte algo que no te va a gustar —comenzó Jes.

—Lo sé…

—Ella necesita ese tiempo, te lo ha pedido. Y es mejor que piense a miles de kilómetros de aquí, que aquí —insistió— con todas sus amigas comiéndole el coco. Que no sabemos si están o no de tu parte, pero… es mejor no tentar a la suerte.

—Quizá podrías mandarle un audio contándole todo esto que nos has explicado mientras ella está en el avión, y que lo escuche al llegar allí, o en el avión si tiene wifi… —propuso Fran.

—¿No le escribo antes?

—Yo no la agobiaría, la verdad… puede ser peor… Te bloquea y… a ver cómo lo haces… —añadió Jes.

Pero no le hice caso. Me fui a mi habitación, me puse su lista de música y le escribí.

> Sé que me has dicho que necesitas tiempo para pensar. Y lo voy a respetar. Me gustaría poder darte todas las explicaciones, todas, sin dejarme nada, y me gustaría poder hacer eso mirándote a los ojos, porque nosotros nos entendemos con mirarnos.

> Te juro que nunca pensé que te lo tomarías así, creí que te reirías, que me llamarías idiota, que fingirías estar cabreada conmigo, pero sin estarlo.

> Esto me destroza el corazón, Gabriela. Se me ha roto a cachitos. No quiero que te alejes, sé que esto es importante, ahora entiendo que es muy importante para ti. Cuando me dejes explicártelo, lo entenderás.

> Te juro que no te voy a mentir. En realidad, nunca te he mentido. Solo te he escondido información.

> No quiero ser molesto, ni agobiarte ni nada… Por favor, no me bloquees, pídeme lo que sea antes de hacerlo y yo lo cumpliré.

> Te juro que haré lo que me pidas, pero por favor… te amo,

eres el amor de mi vida. Y lo digo de verdad, y… pase lo que pase… siempre lo vas a ser. Ese título siempre será tuyo.

Ya no sé ni lo que digo.

PERDÓNAME.

Me giré en la cama y lloré como un adolescente herido. Como si me hubieran apagado el sol que me alumbraba y calentaba.

Tampoco era tan grave, ¿no? Yo no lo veía así. Y eso aún me preocupaba más, porque para ella sí era importante y yo no conseguía comprenderla y ponerme en su lugar. Solo podía vivir en el papel de víctima, pero ¿víctima de qué?

Odiaba los tatuajes, había dicho. Quise ubicarme en el día siguiente a la boda, el momento en el que vería el tatuaje y, odiándolos, saber cuál sería su reacción. No lo conseguía. Necesitaba hablar con ella. Hablar todas las horas que fueran necesarias, pero hablar.



Capítulo 30

Vaya panzada a llorar que me pegué al llegar a casa. Me duché llorando, me vestí llorando, cerré la maleta llorando y conseguí recobrar la dignidad para lavarme la cara y apañarme un poco para que mis padres no se preocuparan. ¿Sucedió? Obviamente no. Me conocían demasiado bien y sabían que me había pasado algo. Intenté cenar normal, ni mucho ni poco, y me fui a la cama pronto con la excusa de que íbamos a madrugar. Cuando ya estaba en la cama, releyendo por enésima vez los mensajes de Aday, mi padre pidió permiso para entrar. Se sentó en el borde de la cama.

—¿Todo bien, infanta? ¿Seguro que no necesitas hablar?

Él probaba, como toda la vida había hecho, porque era por las noches cuando me desahogaba con mis padres contándoles todo aquello que me preocupara.

—No, todavía no. Prefiero encerrarme en mí misma un tiempo, ¿vale?

—Perfecto, buenas noches. A las cuatro te levanto.

Inspiré profundo antes de contestar a su mensaje. Me negaba a imitar las malas formas de Gonzalo. No le iba a dejar en visto, pero tampoco le iba a estar hablando como si nada.

> Si lo que te preocupa es que siga siendo tu novia, no te he dicho lo contrario.
>
> Creo que todas las parejas tienen sus conflictos, ¿no?
>
> Siento mucho que tengas el corazón así. Yo también tengo algo roto, ahora mismo no sé el qué, pero lo noto.
>
> Y…, necesito mi tiempo para pensar antes de decirte algo de lo que me arrepienta. ¿Crees que podrás ser paciente?
>
> Me voy a dormir o lo que sea, porque creo que hoy voy a sufrir insomnio.
>
> Por favor, dame ese tiempo. Mañana te aviso cuando llegue a Abu Dabi.

Reaccionó al mensaje con un 👍.

Suspiré y me revolví en la cama. Cerré los ojos intentando recordar las horas que pasamos abrazados en la noche bajo la luna

llena, pero mi mente no paraba de recordarme el momento en que había descubierto el tatuaje bajo su camiseta.

Desperté sobresaltada con unos pinchazos horribles en el tatuaje. Me senté en la cama, me levanté la camiseta y miré si todo estaba bien. Lo acaricié con dulzura. Volví a suspirar y me dejé caer en la cama. En esa cama en la que había llorado todas las decepciones amorosas que había vivido de adolescente.

—Infanta, arriba.

Tocó mi padre y asomó la cabeza por la puerta. Me puse en pie, me estiré e hice la cama. Me puse la ropa que había dejado preparada y entré en el baño, me lavé la cara y eché crema. La guardé en la bolsa de plástico que sacaría en la bandeja del aeropuerto y bajé al salón cargando con el maletón.

—¡Nos vaaaamooosss! —gritó entusiasmada mi madre.

Sonreí, estaba eufórica. Además de ir a un lugar envidiable, iba a volver a abrazar a su hija mayor y era normal que tuviera tantas ganas. Me dejé contagiar. La abracé y le di un beso antes de subir al coche. Saqué el móvil y releí todos los mensajes que tenía en el chat de Aday. Casi desde el primero pude entrever su chispa y ese enamoramiento que decía tener por mí. Suspiré. Quise pensar, pero no pude, tenía la mente tan cansada que ni se atrevía a realizarse preguntas.

Me tocó ventanilla. Me recosté observando todo lo que sucedía fuera. Al poco pasó una azafata ofreciendo auriculares. Los acepté gustosa. Inspiré al seleccionar la lista que llevaba mi nombre. Puse el móvil en modo avión, lo conecté al wifi y cerré los ojos.

Me volví a despertar con los pinchazos en el tatuaje y me revolví en el asiento. Sentí rabia, no estaba disfrutando del avión, de los nervios del viaje ni de lo que me esperaba durante quince días con mi hermana, por mi culpa, por estar intentando crear un problema, porque, en realidad, no sabía si lo había.

«Venga, vamos, arriba. Mentalízate. Estás de vacaciones y las vas a disfrutar», me repetí varias veces.

Mi madre no paraba de moverse mientras esperábamos las maletas. Doblaba repetidamente las rodillas, se movía de un lado a otro y hasta llegó a dar saltitos. Vi cómo mi padre se acercaba a

calmarla, la recogía entre sus brazos y besaba su frente. Esos podíamos ser Aday y yo, perfectamente. Lo sabía.

Ay, cómo lloramos todos cuando salimos. Mi hermana esperaba fuera con un cartel que rezaba: «Rey, reina e infanta», y un ramo de flores para cada uno.

—He de reconocer que no sabía que te estaba echando tanto de menos, hasta ahora —le dije con un fuerte abrazo.

Mi madre no se despegaba de ella. La agarraba por la cintura, le acariciaba el pelo con cariño y le daba besos cada pocos segundos. Mi padre se vino a mi lado y pasó su brazo por mi espalda.

Cuando llegamos al hotel, mi hermana nos repartió las habitaciones, mis padres tendrían una doble para ellos y nosotras una individual cada una. Entré en mi habitación, era majestuosa, como sacada de un cuento de las mil y una noches. Demasiado recargado para mi gusto, había mucho ruido visual. Me tumbé en la cama intentando analizar las mil líneas arquitectónicas que impregnaban el lugar.

—Toc, toc, enana, ¿se puede?

—Claro… ¿por qué no compartimos habitación? —pregunté extrañada. Tenía la esperanza de pasar las noches charlando para recuperar el tiempo.

—Porque… —se pasó la mano por la cabeza—, bueno…, no se lo digas a los papis… —negué—, estoy conociendo a un chico…, un piloto de la compañía…

—Anda, sorpresa…, ¿vais en serio?

—Sí, creo que sí. En los últimos viajes hemos pasado todo el tiempo juntos.

—¿Dónde está? ¿Puedo conocerlo? —me interesé.

—Lo vas a conocer, pero en unos días, ahora está volando. Creo que se lo voy a presentar a los papis. ¿Crees que hago bien o que debería esperar?

—Lo primero, me vas a enseñar foto y, lo segundo…, el hecho de que te lo hayas pensado te indica que haces bien. ¿Cuándo has presentado a algún otro?

—Tienes razón… —Medio rio.

Sacó el móvil y me enseñó su fondo de pantalla. Estaban los dos

muy acaramelados en una piscina. Él era rubio, muy rubio, y tenía los ojos verdes.

—¿No es español?

—No…, es irlandés… Pero habla español perfectamente, de pequeño venía todos los veranos a España y sus padres le apuntaban a campamentos para que aprendiera a hablar, ahí, a la aventura. Se llama Liam.

En ese momento me acordé de los hijos imaginarios que Aday nos había preparado, rubios de ojos azules. Sé que sonreí con pena.

—Tata, te necesito…

—¿Amores? —Asentí—. Soy la experta del amor, querida… ¡suelta!

Le puse al día de todo lo que había pasado ese verano. Le conté lo del tatuaje y la última averiguación. No dejaba de abrir los ojos con cada información que le daba y fruncía el ceño cuando algo no le gustaba.

—Y ahora…, creo que una parte de mi cuerpo me pide desconfiar de Aday, pero en realidad no desconfío de él. Tengo la sensación de que me ha escondido la información por un motivo que desconozco y que si lo ha hecho con eso, cuántas más cosas me va a esconder en la vida. ¿Estoy segura de estar con alguien que tiene por costumbre esconder información? ¿Casarme con alguien que me puede mentir? Porque esconder información y mentir… lo mismo es.

—Uy, qué densa. Mira, yo creo que es muy mono. Lo estoy flipando muy fuerte contigo, que de repente eres una rompecorazones, chica.

—Mono sí que es.

Saqué el móvil y le enseñé una foto de Instagram.

—Se parece a Carlos Sainz… ¿No tienes una foto con él?

No…, no tenía una foto con él… Dejé caer los hombros y me arrasó la desazón. ¿Por qué no nos habíamos hecho una foto juntos?

—No…

—No pasa nada, eso es porque el tiempo que habéis pasado

juntos ha sido de calidad y no habéis sacado los móviles.

—Bueno, ¿qué hago?

—Chicas…, lo siento, lo he escuchado todo…

—¡Papá! —me quejé.

—Perdón, no lo he podido remediar. ¿Puedo formar parte del aquelarre?

Me encogí de hombros.

—Pero primero doy mi opinión, ¿va? —dijo mi hermana. Mi padre le invitó con la mano—. Creo que estás buscando una excusa para tener movida con él. Te hiciste un tatuaje y no te acuerdas, de eso él no tiene la culpa. ¿Que no te ha dicho que os habíais hecho un tatuaje juntos, visto que él sí se acordaba y sabe que tú no? Bueno, pues minipunto menos, pero dime, en ¿qué momento te lo dice? El día que apareces con el otro: «hola, Gabriela, ¿te pica mucho el tatuaje? Mira el mío». —Se levantó la camiseta enseñándonos el sujetador—. O el día del abejorro: «estamos solos entre los árboles, enséñame la teta y mira la mía». —Me tapé la cara con la mano, mi padre reía—. O el día que se atragantó…

—Vale que no hubo muchos días, pero en Valencia podría habérmelo dicho, y no me habría podido escapar, porque dependía de él al cien por cien.

—Pues precisamente es el día menos indicado, porque además de romper toda esa burbuja que creó, y que reconozco que me da una envidia de morir, tú habrías pensado que era una encerrona, porque dependías de él cien por cien. En serio, míralo de esta forma: ¿qué hay más bonito que llevar el mismo tatuaje que la persona que amas? Encima con anécdota para los nietos…

—Yo opino igual, infanta. Da igual si te lo ha dicho o si no, ese tío te quiere, te quiere de verdad, se preocupa por ti, por que estés bien, por que le veas en todas sus variantes, está agradecido de por vida contigo. No lo conozco, pero me cae genial, cosa que el otro no. Te brillan los ojos, la cara…, todo… ¿Tienes un tatuaje? Bueno…, no es un problema. ¿Tienes el mismo tatuaje que la persona que está enamorada de ti y de quien tú también estás enamorada? Es una

puta fantasía romántica, nena.

—Chicooooosss —llamó mi madre a la puerta.

Mi padre la abrió, la invitó a la charla y le puso al día. No opinó, tan solo me miró con mucho cariño y los ojos llorosos.

—Ay, mamá…

—Es que es tan bonito… Me alegro tanto por ti… No puedes echar a perder eso, ni se te ocurra…

—Vale, pues entonces… dejadme un rato, los tres. Fuera de aquí, voy a llamarlo y voy a hablar con él. ¡Y no escuchéis al otro lado de la puerta! —les exigí con media sonrisa en la cara.

—¡Vale! ¿Nos vamos a la piscina? Es de esas infinitas… —propuso mi hermana.

Salieron los tres juntos. Supe que iban a hablar de mí, iba a ser el objetivo de su chisme.

Me tumbé en la cama, serían las seis de la tarde en Guadalajara y todavía no le había avisado de que había llegado. Me sentí superculpable, porque le había prometido una cosa que no había cumplido.

Cogí el móvil, me miré en la pantalla. Estaba nerviosa como nunca antes… Busqué su chat, me peiné el pelo y le di a llamar. Al primer tono, descolgó.

—¿Gab? —preguntó entre serio, extrañado y comedido.

—Hola, cielo —intenté sonar cercana.

Los ojos le brillaron muy fuerte. Se me hizo un nudo en la garganta y empecé a llorar.

—¿Estás bien?, ¿ha pasado algo?

—No, uf —me abaniqué con la mano—, es que estoy todavía un poco…

—Ya lo veo. ¿Qué quieres hacer primero, hablamos del tema, me enseñas el hotel o hacemos sexo por videollamada?

Reí. De golpe recordé que Aday le ponía siempre un toque de humor y era más fácil sobrellevar todo.

—Quiero hablar, necesito que me expliques cómo pasó, qué pasó, en qué momento decidí hacerme un tatuaje, que me confirmes que no me coaccionaste para tatuarme y que me quieres mucho aunque

me haya enfadado así contigo.

—Te amo hasta la eternidad, eso que te quede claro. Entiendo que te hayas enfadado conmigo, no pensé que te iba a importar tanto, la verdad… Fuiste tú la que dijiste de hacérnoslo, te empeñaste en que querías hacer una locura y desatarte a lo loco porque en esa boda nadie te controlaba. Obviamente, me dejé arrastrar, el hecho de tener el mismo tatuaje que el amor de mi vida era una fantasía.

—Eso ha dicho mi padre.

—¿Tu padre? —preguntó extrañado.

—Sigue, porfa…

—Pues eso, la frase la elegiste tú. Dijiste que nunca te habías abierto de esa manera con nadie, salvo conmigo ese día, y que eso había que dejarlo escrito en algún sitio. Miraste hacia el estudio de tatuajes y… el resto vino solo. Me cogiste del brazo y me llevaste hasta allí. De hecho, debería ser yo quien te pidiera explicaciones. Pero no lo voy a hacer.

—¿Todo eso hice?

—Ajá.

—¿Y la G que tengo yo tatuada?

—Bueno, esa historia es más larga… ¿Estás lista para que te la repita?

Me recosté y asentí. Comenzó a relatar una historia que empezaba el mismo día que nació. En realidad era un relato muy triste, y me arrepentí de haber decidido y haberle obligado a elegir esa G.

—¿Y si me la cambio? ¿La borro o tatúo otra cosa encima?

—¿Te harías otro tatuaje? Hala, a lo loco, te haces uno y ya… vicio…

—Que no, que solo para la G… Yo no me tatúo más ni de broma. ¿Te he dicho ya que odio los tatuajes?

—No hace falta, Gab. Así compartimos más cosas, el tatuaje, la G de tu nombre y mi apellido, el año de nacimiento, el accidente… Si es que estamos hechos el uno para el otro. Tú no querías creerme, pero viene escrito desde que nacimos….

—Nunca he dicho que no te creyera, no inventes.

Terminamos riendo y haciendo un *roomtour* de la habitación. Le sacó pegas y virtudes a todas las cosas que veía, a partes iguales.

En ese momento me habría encantado tenerlo cerca viviendo ese viaje conmigo.

—Te dejo, me voy a la piscina con mi familia. Prometo escribirte todos los días, pero no una videollamada, que te acostumbras y luego hay un día que no puedo, y te vuelves loco pensando que te he dejado.

—Disfruta mucho, amor. Te quiero, no se te olvide.

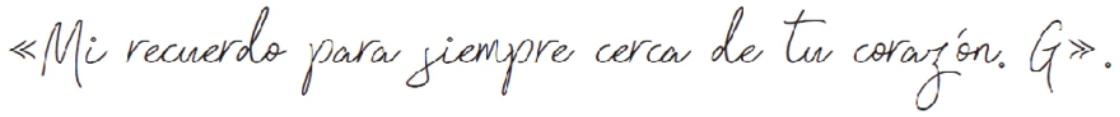


Capítulo 31

Los días se hacían largos sin tenerla cerca, lo positivo era que esos quince días que pintaban lejos física y sentimentalmente por su parte, con un cabreo serio de por medio y un tiempo que necesitaba para pensar, se habían esfumado de un plumazo con una conversación. Lo hacía todo tan fácil. Habría sido mucho mejor hablarlo en el momento, pero entendía que ella necesitara procesarlo, incluso comentarlo con alguien que le diera otra visión diferente a la que ella creaba.

Tenía una sensación agridulce, estaba saliendo todo demasiado bien. Había esperado durante años que esas fantasías adolescentes se hicieran realidad, en cuestión de quince días o un mes, todo iba a las mil maravillas. Podía asegurar y firmar en ese momento que moriría casado con ella, que nos quedaban décadas por delante viviendo experiencias, que era la única y la elegida. Y me esforzaría para que ella me viera igual. La parte agria llegaba con la incredulidad de que todo fuera un campo de rosas. Tenía la sensación de que en cualquier momento me iba a pasar algo negativo que acabaría con la felicidad. Ya fuera la ansiedad o la inseguridad por no poder controlarlo todo, me veía incapaz de disfrutar plenamente de lo que la vida me estaba ofreciendo.

Desbloqueé el móvil y miré el fondo de pantalla. Lo había intentado colocar de tal forma que nadie pensara que tenía una teta ahí puesta. Fue la primera que mandó de su viaje: se podía ver el bikini naranja que le había regalado y el tatuaje que teníamos en común:



Ainss, su recuerdo ya llevaba tiempo en mi corazón…

Oh, ¿pero esto qué es?

¡Que me has mandado una foto de tus tetas!

Gabriela:

Jajaja, más quisieras tú.

Te envío nuestro tatuaje junto a tu bikini, para que sepas que no puedo olvidarte.

Te quiero y no hay más que hablar.

Gabriela:

Lo sé y me encanta.

Desde ese día fue ella la que realizaba videollamadas, yo, simplemente, me tumbaba en la cama y disfrutaba de su presencia al otro lado de la pantalla. Conocí a su hermana, aunque mantuvo en secreto la identidad de sus padres. Estela parecía resuelta y divertida, sonreía constantemente y le picaba a su hermana delante de mí. Gabriela se ponía colorada y giraba el teléfono para que yo no lo viera. Me limitaba a sonreír, porque eran situaciones bonitas que forman parte de esos primeros días, esas primeras etapas en una pareja en las que estás forjando la confianza y todavía no te muestras al cien por cien, aunque lo vas intentando poco a poco. Me moría de ganas de abrazarla y cada vez que colgaba me sentía vacío.

Esa misma semana aproveché a pasarme por el concesionario para comprarme el coche, tenía claro que quería un Audi, híbrido enchufable y de color azul. Del modelo no estaba seguro y necesitaba asesoría. Como todavía no podía conducir y carecía de coche, fue Jésica la que se encargó de llevarme a unos cuantos concesionarios por el Corredor del Henares, dado que cada uno, sorprendentemente, tenía un precio diferente. Tardamos una semana en elegir el adecuado, y la entrega se postergaría un mes más, por suerte, dado que tenían alguno con las características que

pedía en uno de sus concesionarios.

Por otro lado, la clavícula ya no me molestaba y adelanté la cita con el traumatólogo. Ese día fue Fran el que me acompañó. Me volvió a citar para realizarme una radiografía y darme libertad de movimiento; con cuidado, pero libertad. Cuando me di cuenta, la cita coincidía con el día que regresaba Gabriela. Entré en Google Fligths para comprobar cuántos vuelos llegaban ese día a Madrid, todos eran con escala, algunos contaban con diez horas de vuelo y otros con dieciocho. Dudaba mucho que su vuelo fuera de los últimos. Quería sorprenderla, pero necesitaba saber cuál era su vuelo, porque había llegadas por la mañana, por el medio día y por la noche. Y no podía tirarme todo el día en el aeropuerto y perder la cita. La idea era que me dieran libertad antes de presentarme en Barajas.

Entré en Instagram y, como ya había visto a su hermana, se me ocurrió buscarla dentro de su lista de seguidos. Fui despacito, uno a uno para no saltarme ninguno. De repente, me topé con Gonzalo y se me revolvieron las tripas. ¿Cómo era posible que me entraran esos celos si cuando estaba con él no los sentía? Tomé aire para relajarme, no había razón para preocuparme por absolutamente nada, yo mismo había presenciado el día que habían roto y ahí no había ninguna señal que pudiera poner en peligro mi relación con Gabriela.

No me fue difícil encontrarla porque en el perfil tenía una foto con su hermana. Sonreí, qué guapa era, por favor. Gabriela, claro. Estela también, pero ella me daba igual.

Le escribí y le conté que tenía pensado presentarme a portagayola en el aeropuerto. No tardó en mandarme un audio riendo y encantada con la idea. Me dio los datos del vuelo y me informó de que, obviamente, irían sus padres. También me contó que Gabriela quería presentarnos formalmente y que contara con una pequeña bronca por reventar su plan.

—Pero que sepas que apoyo al trescientos por ciento que hagas lo que te dé la gana y no tengas en cuenta los límites absurdos que se pone mi hermana. Mis padres están deseando conocerte y, por si mi madre fuera, ya se habría colado en alguna videollamada, pero el otro día, la pava de la infanta, se cabreó muchísimo al ver que mi

madre lo intentaba sin que ella se enterara. Nada, chico, que tienes nuestra bendición. Que nunca he visto a mi hermana así, tú sigue y persiste. Sé que me adelanto, pero quiero boda, así que, tú recto, ahí, sin perder el norte.

Reí a carcajadas, qué energía y qué intensidad, por favor. Me recordó a una compañera del departamento de lengua, sin pelos en la lengua y con positividad.

¿Boda? Si yo le proponía eso ya a Gabriela, se me desmayaría. No, era muy pronto.

***

Sacudí las piernas en varias ocasiones. Me temblaba todo. Llevaba dos horas en la salida de la sala 10 de la terminal 4. Las mariposas habían comenzado a revolotear el día de antes, con cada ramita cortada para realizar el ramo, una echaba el vuelo. Y no se cansaban de aletear, era impresionante. El camino había resultado más largo de lo habitual, tenía clavado el nudo en la boca del estómago. Se me hizo más complicado de lo que había imaginado en un principio. Me había mentalizado en mi objetivo para que conducir por primera vez tras el accidente fuera meramente una anécdota. Pues me costó. Y sentí la rigidez en mis manos agarrando el volante demasiado fuerte. Y se me cargó el hombro de la clavícula rota. Quizá había sido todo demasiado precipitado.

«Da igual, esto un fisio lo soluciona. Gabriela. Gabriela. Gabriela», me dije.

Los minutos pasaban y las puertas no dejaban de abrirse y cerrarse. Hordas de gente se amontonaban por todas partes. Presencié decenas de encuentros de familiares, con sorpresas, globos, carteles, lloros. Tenía la sensibilidad en niveles altos, porque se me había llegado a saltar alguna lágrima con uno de los encuentros. Una abuela esperaba sentada en la cafetería de al lado y una nieta, de unos cuatro años, salía corriendo hacia ella gritando a pleno pulmón: «¡Abuela, abuela, abuela!». Todos los allí presentes

nos volvimos a ver el reencuentro.

—Uff —llegué a suspirar en voz alta.

Estaba claro que si alguien necesitaba pegarse una lloradita y le estaba costando, solo tenía que sentarse allí un ratito para conseguirlo.

Hacía una hora que el vuelo había tomado tierra, pero no había rastro de Gabriela.

Gabriela:

Hola, cielo.

Ya estoy en España, estamos esperando a que salgan las maletas.

Esta noche he quedado con las chicas, vamos a salir un rato para animar a Marta. ¿Crees que nos podremos ver antes un ratito?

Sonreí. Le iba a dar algo cuando me viera ahí fuera, es que ni se lo imaginaba.

¿Ya? Me pillas despeinado, amor.

Sí, supongo, estoy en casa, ¿me vienes a buscar o voy directamente a la tuya?

Creo que hoy hay quedada de primos, no sé si ir… ¿Cómo lo ves?

Gabriela:

Te paso a buscar, que me hace ilusión.

Eso es decisión tuya, ¿va Gonzalo? Tú fuiste el que pusiste esa condición. Tú la puedes quitar.

Vale, la quito, ¿no? Total, sigo vivo… Con poner un poco de distancia…

Gabriela:

O hablar con él, que tenéis treinta años, no quince…

¿Ya tengo treinta? Eso no puede ser, si estoy enamorado

como uno de quince…

Gabriela:

Jajaja, te quiero.

Vale, si ya estaban esperando las maletas, el tiempo corría a mi favor. Me coloqué en un lateral, había una pequeña puerta por la que salía el personal del aeropuerto, desde ahí se veía el pasillo interior. Se me iba a salir el corazón. Madre mía, qué manera de latir. Qué cosquilleo por el estómago. Qué bendita locura, que maravillosa sensación.

La vi.

Tomé aire.

Tragué con dificultad el nudo de la garganta.

Me mordí el labio.

Me sorprendí riendo casi a carcajadas.

Me coloqué en el centro del pasillo de salida.

Me miró.

Abrió los ojos.

Se quedó quieta.

De repente se oyó un grito, soltó la maleta y salió corriendo hacia mí. Tal fue el ímpetu que saltó sobre mí. La agarré como pude, sentí un pinchazo en la clavícula, aunque tenerla como un koala aplacaba todos los dolores. Su olor invadió nuestro espacio vital.

—Te voy a matar, ¿cómo me has engañado así? —pronunció en mi oído.

—De eso tratan las sorpresas, bella dama.

Agarró mi cara entre sus manos y me besó. ¡Oh! ¡Cuánto la echaba de menos!

—Ay, que están mis padres, ¡qué vergüenza! —dijo de repente saltando al suelo.

Sonreí y le di el pequeño ramito de espliego. Me devolvió la

sonrisa, se lo llevó a la nariz y cerró los ojos inspirando su olor.

—Bueno, ¿qué? ¿No me notas diferente? —le piqué.

Frunció el ceño y entrecerró los ojos.

—Hala, si ya no tienes el cabestrillo.

—Menos mal, pensaba que no te ibas a fijar… Lo mismo me querías tullido de por vida.

Me acarició el brazo con cuidado.

De reojo vi que una pareja abrazada nos miraba atentamente. Supuse que serían sus padres, pues llevaban tres maletas y estaban demasiado interesados en nosotros.

—Buenas tardes —saludé ofreciendo la mano—, soy Aday.

Gabriela se abrazó a mi cuerpo, agazapada como un pajarillo bajo el ala de su madre.

—Encantado de conocerte, soy Dani, el padre de la criatura —se presentó con una gran sonrisa.

—Hola, Aday, soy Yolanda, su madre. Estábamos deseando conocerte. Bienvenido a la familia.

—¡Mamá! —le llamó la atención Gabriela.

Sonreí con cariño y dejé un beso en su pelo. Vi que su madre gesticulaba una mueca de ternura.

—Si no les importa…, había preparado un plan sorpresa con su hija, ¿podría robársela por unas horas?

Gabriela me miró asombrada.

—No nos hables de usted, por favor —exigió su padre—, por supuesto —aceptó levantando las manos.

—Pero…, ¿ya tienes coche? ¿Cómo…?, ¿cuándo te han quitado…?

—Esta misma mañana. He alquilado uno para venir a buscarte…

La miré fijamente. Le brillaban tanto los ojos, que resultaba hipnótico.

—Perfecto, pues nos vamos, pareja. Que ya deben de tener el coche preparado para devolvérnoslo. Pasadlo bien, chicos —se despidió su madre mientras se acercaba a darnos dos besos.

Su padre me dio un abrazo y palmeó mi espalda.

—Cuídamela —susurró cauteloso sin que ellas nos oyeran.

Asentí discretamente y apreté los labios acatando la orden. Por

supuesto que iba a cuidarla.

Los vimos marcharse por la puerta de salida.

—Ufff, me muero de nervios… No era este mi plan… Creo que les has caído bien.

—Por supuesto, señora de las cavernas, ¿qué creías? Yo tengo un aura que me acompaña que, mágicamente, atrapa. Ya me he camelado a mis futuros suegros y solo ha hecho falta un ramito de espliego.

—Ay, qué idiota —dijo riendo—, con eso me has camelado a mí. ¿Cómo lo has conseguido?, ya han cosechado todo.

—No el espliego salvaje… El que conociste en Valverde —le recordé.

Agarré el asa de su maleta y tiré de ella camino de la rampa que subía hacia el *parking*. Se acomodó en mi cuerpo y me abrazó con fuerza. Cuando llegamos arriba se agarró de mi cintura y entrelazó su mano a la mía. Dio varios saltitos para coordinar su paso con el mío. Reí y besé su cabeza.

—¿Dónde me llevas?, ¿a casa?

—A casa después, primero vamos a otro lado. Tengo las dos manos libres y te dije que te mataría a orgasmos.

Sus carrillos se pusieron rojos.

—Ay —musitó.

Paré, reí, la abracé fuerte y la besé sin control.



Capítulo 32

Le tapé los ojos para entrar en la habitación. El aroma a lavanda lo impregnaba todo, vale que no era espliego, pero en ese momento, me valía. Reinaba una atmósfera cálida con paredes de piedra y muebles de madera oscura. En el centro había un sofá en gris oscuro y una mesa baja y, en un lateral, unas escaleras flotantes de madera que llevaban a un altillo donde estaría la cama.

Sus dedos rodeaban mi mano. La retiré de sus ojos, pero giré la muñeca para atrapar sus dedos con los míos, no quería soltarla.

—¡Hala!, pero… ¿y esto?, ¿por qué?

—Porque sí, porque quiero.

—Pero… no era necesario, si querías que estuviéramos solos… está mi casa.

—Lo sé, pero quería que estuviéramos solos aquí. Una cápsula para nosotros. Me apetecía y punto. No me cuestiones —le dije muy cerca de la boca empujando su cuerpo contra la pared. La besé.

Sus brazos rodearon mi cuello y yo, por fin, pude acariciarla con mis dos manos. Colé mis dedos por debajo de su camiseta.

—Ya estamos en igualdad de condiciones —susurró con tono meloso.

—Vamos…

La tomé de la mano y comencé a subir las escaleras. En el lateral derecho había un gran ventanal desde el que se podía observar un paisaje precioso. En el centro reinaba una cama con sábanas blancas y ramitas de lavanda esparcidas por encima, como había pedido.

—Qué bonito, jo, gracias.

—Bonita tú —dije recogiendo la lavanda. Realicé otro ramo y se lo di—. Este es diferente al otro, mira —le señalé las flores—, no los mezcles o tu cuerpo no sabrá si relajarse o excitarse.

—Lo que toca ahora es excitarse, ¿no?

—Yo ya lo estoy… —Llevé su mano a mi entrepierna.

Se tapó la cara y rio a carcajadas. Dejó el ramo sobre una silla y se acercó a mí. Retiré las sábanas y me senté en la cama.

—¿A la vez? —preguntó.

—A no… Yo no llevo sujetador…

—¿De verdad?

Asentí. Sonrió. Se llevó las manos a la espalda, se desabrochó el

sujetador y se lo sacó magistralmente por las mangas de la camiseta. Sus pezones se marcaban a través del algodón.

—Uff, madre mía… Me vas a matar…

—Calla. Venga, a la de tres —asentí—, una, dos… tres.

Los dos nos quitamos las camisetas a la vez.

—¡Oh! Qué locura, por favor… —Me dejé caer en la cama tapándome la cara.

—Ay, Aday, que me siento expuesta así…, compórtate —me pidió riendo.

—Si es que ahí hay unas tetas que no me dejan concentrarme en el tatuaje.

—Qué tonto —dijo cariñosamente—. Pues me tapo.

—Sí, por favor.

Me incorporé con los dedos de la mano entreabiertos simulando que quería ver sin ver. Su brazo izquierdo tapaba parcialmente su pecho. Tomé aire, ya con seriedad. Mi dedo índice fue directo hasta la tinta y repasó el trazo despacio. Busqué su mirada, estaba seria.

—Queda mejor en tu piel que en la mía.

—No te puedes hacer una idea de la escena que montamos cuando lo vimos, seguro que tú lo viviste de otra forma…

—Yo sabía lo que había pasado y no cabía en mí de ilusión.

—Nosotras chillamos como locas, seguro que nos oyeron los vecinos.

—Voy a comerte entera, ¿estás preparada?

—No…

—¿No?

Negó riendo. Me puse de pie junto a ella. Me desnudé. Empujé su ropa hacia abajo dejándola caer a sus pies. Ella misma la lanzó lejos. Coloqué mis manos en su espalda y fui subiendo poco a poco hasta llegar a su nuca. Llevé mi boca a su frente y comencé a repartir besos por su cara, cuello, hombros, pecho, tripa y piernas. Mis manos trazaban el mismo camino por su parte trasera. Su piel se erizó. Sus manos se colaron en mi pelo. Dejé las mías en sus caderas y la giré. Realicé el camino de vuelta. Su cuello se giraba lo justo esperando mis labios. Solté estratégicamente un te quiero

susurrado.

Me puse frente a ella. La miré fijamente. La cargué a horcajadas y subí de rodillas a la cama. La tumbé despacio pegando mi cuerpo al suyo. Esa vez me recreé con mis dedos, repasé cada uno de los poros que alcanzaba a ver. Rodeé sus tetas con mis manos. La oí reír. Debí de poner algún gesto en la cara que no controlé. Mi boca se fue directa a uno de sus pezones. Mmm, ¡qué bien olía su piel! Sus manos acariciaban mis manos, mi cara, mi pelo. Sus piernas y su cadera se movían mientras sus labios notaban la presión de sus dientes.

Me posicioné entre sus piernas, pero quise admirar su belleza antes. Colé mis dedos en su vagina y la cubrí con su humedad. Recorrí cada uno de sus pliegues. La estimulé despacio, acariciando furtivamente su clítoris. Cada vez que lo hacía su cuerpo temblaba y se le escapaba un pequeño gemido.

—Aday… —me exigió.

—Espera, espera. Que estoy preparando tu asesinato.

—Que no me hagas reír en estos momentos… —dijo entre risas.

—Porque no te lo estás tomando en serio, esto no es un chiste, es un asesinato —sentencié con seriedad.

Lo cierto es que me lo estaba gozando. Con una mano enganché el pantalón y busqué el preservativo que había guardado horas antes. Me lo puse. Seguí masajeándola. Según pasaban los segundos, su intensidad subía. Estaba a punto. Tomé sus piernas y la llevé al borde. Coloqué mi pulgar en su clítoris a la vez que me introducía en ella. Los dos soltamos el aire de nuestros pulmones. Apreté y solté cada poco jugando con el balanceo de mis caderas.

—¡Oh, oh, oh! —Me miró con los ojos abiertos.

Tracé varios círculos jugando con la presión y comencé a notar las contracciones de sus músculos.

—¡Ahhh!

Supe que comenzaba su orgasmo y mi intención era alargarlo hasta que yo me corriera, que no me quedaba mucho porque estaba excitado a unos niveles insospechados. Cambié el ritmo y entré y salí rápido para disfrutar de la fricción y la fuerza de su vagina. Llevé mi

mano izquierda a uno de sus pezones y lo pellizqué suavemente.

Volvió a gemir.

Sus piernas comenzaron a temblar sin control. Su cuello se dobló y la vi agarrarse de las sábanas con fuerza. Su humedad cada vez era mayor. Realicé un barrido visual por su cuerpo. Era tan jodidamente excitante.

Entonces fui yo el que gimió y no me reprimí. Lo grité. Y ella me acompañó.

Entré y salí más despacio para ir relajando la zona. Quité el pulgar. Salí. Acaricié sus muslos. La oí tomar aire precipitadamente. Acerqué mi boca a su clítoris y le regalé una pequeña pasada. Sus piernas temblaron enloquecidas y la escuché reír.

Me coloqué sobre ella apoyando mi cuerpo en la fuerza del brazo derecho, todavía no me fiaba del otro. Sus manos recorrieron mi torso, cada uno de mis músculos, terminando en el tatuaje.

—Vaya, no estás muerta…

La besé, pero besé sus dientes porque rio escandalosamente.

—Tendrás que esmerarte más la próxima vez —me picó—. Las piernas no las siento…, si te vale…

—Es un inicio…

Nos tumbamos abrazados en la cama. Nos regalamos caricias y besos sin límite. ¿Qué fantasía era aquella?

—Si esto es un sueño, mi bella dama, no quiero que me despiertes nunca.

—No estás soñando, cielo, es solo la escena de una película.

—Entonces rebobinaré y la pausaré hasta el día que me toque morir.

Sus ojos me decían que estaban allí y que se quedarían conmigo. Al rato Gabriela se durmió y me limité a observarla como si me la fueran a arrebatar en cualquier momento.

Tuve que despertarla. La pantalla de su móvil no dejaba de encenderse.

—Amor…, tenemos que ir a Guada…

Se revolvió acurrucándose en mí ronroneando como un gatito. Me iba a explotar el corazón. No quería que nuestros planes rompieran

nuestra burbuja, pero era obligatorio.

—Venga, bella durmiente. Yo iré a la cena con mis primos. ¿Nos vemos luego por ahí?

—¿Y si nos vemos hacemos como que no nos conocemos, después de que hayas intentado matarme? —pronunció en mi pecho produciéndome unas cosquillas maravillosas en mi piel.

—No tienes por qué delatar a tu asesino. Nosotros ya nos conocemos. Simplemente nos hablamos y bailamos, si te apetece. Hay dos reglas que debemos comprometernos a seguir.

—¿Cuáles?

—No besarnos en la boca.

—¿Te puedo besar la polla?

—Uy, niña, esa boca. No acostumbro a llevarla colgada por fuera del pantalón. —Rio escandalosamente—. Aunque podemos quedar en los baños. —Fingí una tos.

—¿Y la otra?

—No comernos con la mirada.

—La primera la puedo cumplir, la segunda… no tengo ningún control sobre eso…

—Mierda, yo tampoco…

Se levantó, me dio un beso rápido en los labios. Se contoneó por la habitación hasta llegar a donde estaba su ropa.

—Qué exquisito espectáculo, mmm. ¿Puedes repetirlo para el otro lado? —propuse.

—No…, me cuesta mantenerme en pie.

Me eché a reír a carcajadas retorciéndome por la cama.

—*And the winner is*… —Me señalé con chulería.

Me tiró mi ropa, rio y se peinó el pelo con los dedos.

—¿Qué vamos a hacer con esto? —Señaló la habitación—. Es preciosa, me da pena que nos tengamos que ir y dejarla aquí.

—Podemos volver luego. La tenemos hasta las dos de la tarde.

—Pero sería muy cantoso que luego nos vayamos juntos.

—Podemos quedar en alguna calle y te paso a buscar con el coche.

—Ay, qué morbo. Es como si tuviera diecisiete años y tuviera que

esconderme de mis padres de estar con un chico mayor que yo…

—No voy a preguntar por ese dato porque me puedo poner muy celoso, y yo soy un celoso educado.

—¿Un celoso educado?

—Educado, yo me lo gestiono, ni prohíbo ni pregunto.

—¡Anda, tonto! Olvídate. ¿No confías en mí?

—¿En ti? Te confío mi vida, dos veces lo he hecho.

—Pues eso… —susurró cerca de mi boca antes de devorarme de nuevo.

***

Llegué antes que la mayoría de mis primos. Mi intención era intentar hablar con Gonzalo antes de que tuviéramos demasiados espectadores. Y así fue. Él ya estaba allí. Me senté a su lado. Me miró, soltó aire por la nariz y le dio un trago a su cerveza. Parecía cabreado conmigo, encima…

—Primo —le dije serio.

—Parece que ya te han quitado el artilugio ese… ¿Estás mejor?

—Sí, ahora tengo que ir con cuidado, pero sí. Quería limar asperezas contigo. Perdón si fui muy duro. En caliente, tu reacción me resultó difícil de digerir. Pasado el tiempo, puede que a mí me hubiera pasado lo mismo y no habría sabido reaccionar.

—Tío, de verdad que lo siento, ¿vale? Gabriela fue más rápida, quizá si ella no hubiera estado allí, habría hecho lo que hizo ella.

—Sí, quizá. No merece la pena que estemos distanciados por eso, ¿no? Estoy bien que es lo que importa…

—No, no merece la pena.

Me ofreció la mano, se la garré y la apreté. Nos miramos y asentimos.

Yo sabía de sobra que nuestra relación nunca sería como lo era antes, y menos cuando lo de Gabriela y lo mío se hiciera oficial. Sin embargo, había que mantener las formas.

Las horas pasaron con nuestra dinámica habitual. Miré el móvil repetidamente por si tenía noticias de mi chica, sin éxito. Me había dicho que me avisaría si salía por la zona de bares y esperaba ese

mensaje para motivar mi noche. Mis primas se alegraron por que hubiera perdonado a Gonzalo y todo fuera como antes. Intenté restarle importancia asumiendo parte de mi culpa por haber sido tan intransigente.

Tras pagar, fuimos todos al local de Gonzalo. De camino compré una bolsa de chucherías, necesitaba calmar la ansiedad que me generaba no tener noticias. Me aposté en la barra. Me pedí un cubata y fui alternando tragos con gominolas. Gonzalo se puso a mi lado.

—¿No bailas?

—Sí, en un rato, me estoy engrasando un poco —contesté.

—Pues me quedo contigo aquí, mientras. No vaya a ser que te atragantes y no te pueda salvar la vida —soltó con gracia.

No supe si lo había dicho con intenciones, me limité a asentir y le ofrecí chucherías que no quiso coger.

Noté que mi móvil vibraba. Supe que era ella. Miré la pantalla disimuladamente, porque estaba a la vista de Gonzalo.

Gabriela:

Estamos camino del local de Gonzalo. No sé si estás por allí.

Vamos un poco piripi…

Me tuve que esconder una sonrisa. Me mordí los labios.

—¿Todo bien?

—Perfecto. Un compañero, que se lamenta de que se nos acaban las vacaciones y no ha disfrutado lo suficiente.

—Profesores…

Inspiré con discreción. No retiré mi mirada de la puerta. Al rato vi aparecer a alguna de sus amigas. Ella fue la última en entrar. Sus ojos hacían un barrido al local que, por las fechas que eran, no estaba precisamente lleno. Cuando su escáner llegó a la zona de la barra, topó con mi mirada. Fruncí el ceño para que intentara disimular. Siguió el barrido y vio a Gonzalo. Él también la miraba a ella. Gabriela alzó las cejas a modo de saludo. Él la contestó de la

misma manera.

—Creo que la cagué con ella. No la tenía que haber dejado…

—No te sé decir, Gonzalo. —Me encogí de hombros.

—No te creíste lo de los orgasmos, ¿verdad?

Lo miré.

—Ahí no me meto, lo que vosotros hicierais en la cama… Lo dijo muy segura, pero yo… me mantengo al margen. —Levanté las manos.

Pues claro que me lo creía. No lo había hablado con ella, pero lo que tenía claro es que no era una mentirosa y que no se inventaría algo así de manera gratuita. Seguramente le salió solo con la rabia del momento y ni se dio cuenta de que yo estaba delante.

—Joder, tío, que no… Que yo consigo que se corran. Si no, muchas no querrían repetir.

Volví a levantar las manos y negué con la cabeza. No quería saber más.

—Me voy a ir a bailar, porque, sin ánimo de ofender, saber cómo consigues que las tías se te corran, no está entre mis conversaciones favoritas.

Me tomé de golpe lo que me quedaba de cubata. Cuando me giré, Nuria se acercaba a mí, me cogía del brazo y me llevaba a la pista mientras bailaba. Buena estrategia la de mandar a una amiga. Les di dos besos a todas. A todas. Incluida ella. Qué raro y qué morboso fue. Tenía los nervios agolpados y pedían paso hasta su boca, pero me controlé.

Me guiñó un ojo y sonreí.

Bailé con Marta, con Yoana y con varias primas que se nos unieron al grupo. Nadie podía sospechar.

De fondo sonó una de las canciones de nuestra lista, de su lista. La había añadido recientemente. Su mirada se dirigió de golpe hacia mí buscando la mía. Vi que su pecho se hinchaba sin control. Apreté la mandíbula. Sonrió y comenzó a cantar como si estuviera en la primera fila de un concierto. Por suerte, dos de sus amigas le copiaron.

—Que por ti de repente la cabeza me va a más de doscientos veinte y solo hablo de ti, me lo dice la gente y no lo puedo

evitaaaaaarrrr —cantaron.

—Yo solo intento explicar, si no lo has entendido, que me muero por ti desde que te he conocido, solo puedo dormir cuando duermo contigo y solo quiero gritaaaarrrr —me uní a ellas.

Saltamos todos coreando la canción.

—Cuidado cariño, tienes magia en los ojos y me puedo morir si me miras asíííí[4] —canturreó mirándome fijamente.

Negué con la cabeza y la animé a cantar juntos de nuevo. Nos iba a delatar. Pero nos vinimos tan arriba que terminamos el uno frente al otro dedicándonos la última frase de la canción:

—Que no me encantas, te quiero.

Por suerte, entró un temazo de ese verano y la gente a nuestro alrededor se volvió loca. Lo cierto es que nosotros no. El tiempo se congeló. Los dos apretamos las mandíbulas. Los dos nos estábamos aguantando las ganas y nos estaba costando un esfuerzo titánico. Me eché la mano al bolsillo, saqué la bolsa de chucherías y le ofrecí. Cogió una, pero se la llevó a la boca de una forma tan sensual, que tuve que cerrar los ojos y salir disparado al baño para poner distancia.



Capítulo 33

Me estaban tomando por gilipollas. Lo mismo se pensaban que era tan idiota que no me iba a dar cuenta. Desde el mismo día que aparecí con ella en aquella quedada con todos, la cara de Aday había cambiado radicalmente. No supe con seguridad el motivo hasta que en el viaje vi el puto tatuaje de Gabriela grabado también en su cuerpo.

Aún me ardía la sangre y me reventaba el pecho. Me llevaban los demonios ver cómo se miraban. No hay que ser idiota para darse cuenta de lo que tenían.

Ella era una mentirosa con patas. Quiso engatusarme con su delicadeza, su saber estar, su calma. Era una mosquita muerta…, parecía no haber roto un plato en su vida. Me volvió loco. Me enamoró. Me llevó a su terreno. Hasta me jodió pensar que era un cabrón si le ponía los cuernos. Lo que nunca antes me había llegado a plantear siquiera. Me gustaba, joder. Me gustaba de verdad. La quería. Y por ese motivo ni la había eliminado ni bloqueado.

Le pedí un chupito a mi camarera.

Los miré, se cantaban canciones a la cara, solo les faltaba besarse ahí delante de todos. En el mismo lugar en que yo le había dado el primer beso.

No era capaz de olvidarla. Cuando le dije que la quería y que era la única, lo dije en serio y sentí que me creía. La semana que habíamos vivido juntos sin haberlo hablado, había sido la mejor semana de mi vida en el plano amoroso. Y me vi viviendo con ella de verdad.

Tuvieron que aparecer esas letras negras para abrirme los ojos. ¿Cuál había sido su explicación? Que quien lo leyera ya tendría un hueco en su corazón porque había llegado hasta ahí. ¡Já! ¿Desde cuándo se conocían? ¿Fue en la boda? ¿Realmente se lo hicieron allí juntos? ¿Realmente no se acordaba de nada de esa noche? Porque en mi mente guardaba el recuerdo del día que les presenté y sus miradas ya brillaban.

Mi *sweet cherry*…

Le di una calada al váper. Me recordaba a ella, a su olor, a nuestro olor. A nuestro primer encuentro. Cerré los ojos.

Después de destruirme se creyó capaz de pedirme un favor… Pobre… No pude controlar mi rabia. Estaba encantado de tenerla

delante, pero mi corazón estaba hecho polvo, y era la primera vez que me sentía así, no sabía gestionarme.

Cuando le solté que sabía lo de su tatuaje, se mareó. Todavía no estaba seguro de si en realidad estaba mintiendo o realmente fue una sorpresa para ella. Me había planteado las dos opciones. Que fuera cierto que no se acordaba de nada de la boda y que no supiera que Aday tenía el tatuaje igual, lo que le impresionó tanto que le llevó a marearse, aunque ella alegó que era por el calor del tiempo que llevaba esperándome; o que lo supiera y llevara a cabo la actuación de su vida para no delatarse.

—Que no me encantas, te quiero —rezó la canción.

Los vi mirarse como si no existiera nadie más en la pista. Noté que se me encendía la furia y quería gritar y llenar de puñetazos la cara de mi primo.

Mi primo… había tenido los huevos de pedirme perdón, ¿para qué? Nunca le perdonaría que me levantara a la novia, porque en ese momento lo supe. Esa mirada, esa frase, la postura de sus cuerpos… Estaba con ella.

Era mi *sweet cherry*. Yo la había presentado a la familia. Era mi chica, la mujer que me estaba cambiando, la que me iba a enderezar. Y él me la había quitado. Me la había arrebatado delante de mis narices. Se estaba riendo de mí en mi propia cara.

No les iba a dejar.

No iba a quedar así.

«A mí no me joden la vida y se ríen en mi cara como si fuera una mierda».

Aday salió corriendo al baño. Me bebí el chupito y le exigí otro a la camarera que tragué con la misma rapidez que el anterior.

Crucé la pista, llegué hasta Gabriela.

—Hola, *sweet cherry*. ¿Lo estás pasando bien?

—Hola, Gonzalo. Sí, he venido con mis amigas, para animar a

Marta. —La señaló con el dedo.

—Ah, Marta, la del cáncer.

—Sí, ella —dijo seria.

—Veré qué puedo hacer. —Asentí mirándola fijamente a los ojos.

¿Es que no se daba cuenta de que me traía loco?

Seguí mi camino hasta el baño. Aday apoyaba las manos en el lavabo y dejaba caer su cabeza mirando al suelo. Sonreí orgulloso.

—¿Estás bien, primo?

—¿Eh? Sí, sí. Me dolía un poco la cabeza y he venido a tomar aire.

—Ya… —Frunció el ceño ante el tono de mi voz—. Gabriela, ¿no?

—¿Qué?

—No soy gilipollas, aunque los dos lo creáis. Eres repugnante. ¿Eres capaz de traicionar así a la familia?

—No sé de qué me hablas.

Sí, sí lo sabía. Le temblaba el labio. Aday siempre había sido el niño bueno de la familia. El que nunca se metía en problemas porque no era capaz ni de matar una mosca. Nunca había sabido gestionar la presión.

—Sí…, sí lo sabes. —Me mantuve en silencio buscando la frase clave para desestabilizarle. Y quise probar la posibilidad de que yo hubiera sido el delator de su tatuaje. Y de paso, intentar ponerle celoso—. Tú lo sabes, yo lo sé y Gabriela lo sabe. Os veo muy bien gritando en mi local que os queréis. No sé si ya habéis follado. Me da asco siquiera pensarlo. —Gesticulé una arcada. Su cara se puso seria con la mandíbula muy apretada—. ¿Te ha contado que el día antes de irse de viaje estuvo conmigo?

—¿Cómo?

Reí por dentro. No, no se lo había dicho y pareció no gustarle esa información.

—Pues sí. Y le informé de eso que tenéis igual, además de ser unos traicioneros. —Puse mi dedo en su pecho, justo encima de su tatuaje y apreté varias veces. Miró el dedo, torció la boca y tomó aire. Vi que su mandíbula castañeaba—. Vino a pedirme un favor, así que, supongo que no me ha olvidado… —Reí con chulería y prepotencia—. Y yo le voy a ofrecer mi ayuda, por lo que entiendo que la volveré a ver. Si no quieres convertir esto en una pelea de

gallos, retírate.

Me di la vuelta y salí del baño. Volví a pasar cerca de Gabriela.

—*Sweet cherry*, siempre es un placer tenerte cerca. Te llamaré, estate atenta —susurré en su oído y le guiñé un ojo.

Me miró extrañada. Volví la cabeza a la puerta del baño. Aday observaba la escena. Lo miré y levanté una ceja. Estaban en mi territorio y ahí solo ganaba yo.



Capítulo 34

Sentí una ola que me arrasaba de arriba abajo, una ola que mezclaba el miedo y los celos a partes iguales. Me obligué a no pensar hasta que realmente pudiera hablar. Hasta que consiguiera conformar un relato coherente.

Bajé a la pista. Gabriela me miraba interrogante. De reojo controlé el posicionamiento de Gonzalo. No dejaba de mirarnos. Teníamos que salir de allí.

—¿Podemos irnos?

—Así, ¿delante de todos? ¿Ha pasado algo? Gonza…

—¿Podemos irnos, por favor? —no le dejé acabar la frase.

—Sí, claro.

Se despidió de sus amigas, no sé qué les diría, pero todas la animaron a salir de allí. Sostuvo la mirada a Gonzalo que sonreía con prepotencia. No me gustaba nada la amenaza que me acababa de lanzar.

Gabriela se puso frente a mí, la invité a salir y coloqué mi mano en su espalda empujando levemente para que no se volviera. Vi que Gonzalo me saludaba ridículamente con la mano. Tragué saliva una vez fuera del lugar. Miré que no hubiera nadie conocido a la vista. La agarré de la mano y tiré de ella andando muy deprisa.

—¿Qué pasa, Aday? Algo ha pasado, estás muy raro.

—Cuando lleguemos a la casa rural, hablamos. ¿Has bebido?

—Mojitos hace un par de horas ya —dijo mirando el reloj.

Saqué las llaves del coche y se las di.

—Tendrás que conducir tú, yo he bebido y… necesito pensar.

Las cogió y asintió. Se mantuvo en silencio y preocupada hasta que llegamos al coche.

Me metí y me puse el cinturón. Ella entró y se colocó el asiento.

—Uf, es automático. Yo no sé conducir esto.

—Es fácil, el pie izquierdo no te vale para nada, así que apóyalo allí para que no tengas la tentación de usarlo y frenes pensando que embragas, nos podemos comer el cristal. La R es para la marcha atrás y la D para que funcione. Con eso te vale.

—Vale…

Le costó pillarle el truco y sacarlo del aparcamiento. Llegó a suspirar y la vi agitada. Cada rotonda que cogíamos, suponía un

sufrimiento para ella. Pero mientras se esforzaba en conducir el coche, no estaba pendiente de mí, lo que me dejaba tiempo de mente en blanco para recargar energías.

Cuando entramos en la habitación, media hora después, ella se descalzó y yo me senté en el sofá de la planta de abajo. Me eché las manos a la cabeza, la sangre me bombeaba con tanta fuerza que me causaba dolor.

—¿Me vas a contar ya qué ha pasado?

—¿Qué te ha dicho Gonzalo?

—Que me llamará.

—¿Para qué?

En ese momento le cambió la cara y se dio cuenta de que me faltaba información.

—Con el viaje…

—Con el viaje…, ya…

—Es por Marta, hablé con él para pedirle ayuda, que su padre…

—¿No me lo podías haber dicho a mí?

—Se supone que nadie sabe que estamos juntos, si le vas a tu tío con este tema…

—Podría haber fingido que era amiga mía y habría sido más fácil.

—Pues también…

No veía la gravedad del asunto.

—¿Qué más hablaste con él? —Me miró seria—. ¿Por qué me lo escondes, Gabriela? —Tomé aire—. Soy imbécil. En ningún momento me planteé cómo habías llegado a la conclusión de que yo tenía el mismo tatuaje que tú. Ni llegué a pensar cómo sabías que había otra persona con tu mismo tatuaje.

—Llamé a la empresa y me dijeron que hicieron dos iguales.

—A eso sí me contestas, a lo primero no… Joder, Gabriela —intenté imitar sus palabras cuando me levantó la camiseta en mi casa.

Se pasó la mano por la cara.

—Gonzalo me lo dijo. Creo que él pensaba que ya lo sabía, porque

me reprochó que habíamos estado juntos a sus espaldas.

—Pero eso no es cierto. ¿Se lo dejaste claro?

Negó con la cabeza. Me pasé la mano por la boca y suspiré.

—Me mareé y fui volanda a tu casa…

—Me has escondido que has quedado con Gonzalo, ¿por qué lo has hecho? Me echaste en cara que había escondido la información del tatuaje y vas tú y…

—Porque sabía que te iba a sentar mal —admitió.

—¿Y ese es motivo suficiente para que me escondas información…? ¿Y ahora yo tengo que hacer como si no pasara nada? Gonzalo me ha dejado de idiota en el baño, es lo que menos me importa, créeme, aunque de haber tenido esta información, habría sabido reaccionar de otra forma… Me importa que tú no confíes lo suficientemente en mí como para contarme esto. ¿Cuándo me he cabreado contigo? En el tiempo que nos conocemos, ¿cuándo me he cabreado? ¿De qué tenías miedo, exactamente? Porque si eso me sienta mal, es problema mío que me tengo que trabajar yo… No me molesta que hables con él, no…, me molesta que no me lo cuentes porque me va a sentar mal.

Bajó la cabeza y miró al suelo.

—Tienes razón. Lo siento.

Inspiré y solté aire.

—Vale —acepté, otra cosa no podía hacer. Sí, aceptaba las disculpas, pero el malestar que sentía por dentro no me lo iba a quitar así como así.

Se acercó a mí. Se sentó sobre mis piernas y colocó sus manos en mi pecho.

—¿Estás enfadado conmigo?

—Un poco, Gabriela…

—¿Por qué me llamas por mi nombre? ¿Por qué no bella dama, amor o señora de las cavernas? —preguntó a punto de llorar.

—Porque ahora mismo no me sale. —Se le escapó una lágrima que recogí con mi dedo—. Gonzalo nos ha amenazado, lo sé. —Reproduje sus palabras. Gabriela se preocupó.

—¿Y si te adelantas? No sé, habla con tu abuela, con el familiar más cercano, con el que mejor te lleves y que sepas que él no…

Cuéntales la verdad, que me conoces desde hace décadas, que estás enamorado, que eres feliz solo conmigo y que hasta ahora solo te dejabas llevar —la miré fijamente, todas mis mariposas volvieron a revolotear, me sentí orgulloso, le había quedado muy claro todo lo que sentía por ella—, que te mueres por mí… Que me debes dos vidas y no te voy a dejar morir más veces, porque vivir con deudas no es vivir en paz.

—Eso último no se lo puedo decir a mi abuela…

—No, eso último es de mí para ti. Porque te quiero como nunca lo he hecho. No sé qué me pasa, qué has hecho, pero no quiero estar sin ti, no quiero que estés cabreado, no quiero que pierdas tu chispa graciosa. Yo sí que me siento en deuda contigo y no sé cómo compensártelo.

—¿En deuda?

—Tú me quieres mucho más de lo que yo a ti. Quiero quererte como tú lo haces, pero es que me llevas años de ventaja.

Sonreí.

—Amor, no me tienes que alcanzar, porque un Opel nunca alcanzará la velocidad de un Ferrari.

—¡Oh! ¿Cómo te atreves a compararme con un Opel? —Me dio un manotazo, la agarré por la muñeca—. Al menos ya me has llamado amor… —Puse los ojos en blanco—. *And the winner is*…

—Ven, anda…

La empujé contra mi pecho para que se acurrucara en mí. Coloqué mi nariz en su pelo, ella era paz para mí.

—Si este es nuestro nivel de discusiones, me quedo contigo para siempre, ¿vale?

—Bella dama…, tengo un mal presentimiento… No te pido promesas, solo te digo que, pase lo que pase no te voy a soltar. Aguantaré como pueda, sé que voy a salir dañado, pero no te voy a

soltar, ¿vale? ¿Tú podrás resistir?

Se incorporó y me miró con preocupación.

—¿Pero qué va a pasar?

—No lo sé, pero no me fio de Gonzalo. Va a intentar algo contigo.

—Pero yo no quiero nada con él.

—Lo sé, pero lo va a intentar.

—Te juro por mi padre que no voy a tener nada con él, es que ni por asomo. No hay opción. —Cerré los ojos, algo iba a salir mal y lo sabía—. Mírame, por favor. —Me cogió por la cara y me obligó a colgarme de su mirada—. Solo tú. Tú y yo. Solo. Y si viene un huracán, que nos lleve abrazados, porque sin ti, no me va a llevar.

—Te amo.

—Lo sé. Y yo a ti. —Me dio un beso—. Vamos a descansar, que estamos cansados, muchas veces los problemas son menos problema al día siguiente.

Se levantó, me cogió la mano y tiró de mí hasta la cama. Nos quedamos en bragas y calzoncillos y nos metimos bajo las sábanas. Se colocó frente a mí, repasó el tatuaje y dejó en él un beso que me quemó el alma. Se giró y acopló su espalda a mi pecho. Pasé mi brazo por su cuerpo y agarré con mi mano izquierda su teta. La oí reír. Su mano agarró la mía y sonreí. Si estábamos juntos, todo sería más fácil.

Ella se durmió pronto y yo me quedé pensativo. Quizá había llegado el momento de pasar por casa de mis padres, avisar a mi hermano y, acompañado de Gabriela, tener a mi familia más cercana informada de todo.

—Tengo hambre —dijo girándose hacia mí.

La luz entraba por las ventanas, hacía horas que estaba despierto. Con suerte habría dormido dos horas.

—Tengo las chuches de anoche. La hora del desayuno ya se nos ha pasado…

Posó su mano en mi pecho y comenzó a bajar peligrosamente. Llegó a mi calzoncillo y apretó ligeramente.

—Buenos días… —pronunció con voz acaramelada.

—Amor, no me apetece… Tengo la cabeza a mil… —Y era verdad.

Aquella erección era simplemente fisiológica.

—Pues habrá que descargar esa mente para que puedas pensar con claridad. ¿Preservativos?

—En la mochila.

Se levantó, miró en todos los bolsillos hasta que dio con ellos. Tiró la caja a la cama.

—¿Tanto? ¿Qué tenías pensado hacer?

—Asesinarte.

—Estás muy flojo hoy. Quédate así, que yo me encargo.

Levanté las manos y acaté la orden. Comenzó haciéndome una paja. Cerré los ojos, no estaba concentrado. La cosa cambió cuando noté su lengua. Abrí los ojos y observé con detenimiento cómo me devoraba con dedicación.

—¡Oh! —exhalé.

No supe qué me producía más morbo, si lo que sentía o lo que veía. ¿Cuántas veces en mi vida me la había imaginado así?

—¿Te gusta? —preguntó.

—Otra jodida fantasía cumplida. Joder, señora de las cavernas…

La oí reír. Con la mano pilló un preservativo, lo abrió y se lo colocó en la boca. Abrí los ojos y me tapé la boca para no soltar una gracia que la desconcentrara. Quise ver su actuación, pero no pude controlar que mis párpados se cerraran por el placer. Volvió a reír. Se sentía poderosa y yo estaba encantado de que así fuera. Que hiciera conmigo lo que quisiera, si yo era suyo desde antes de que ella lo supiera.

Se subió sobre mí. Aquello era una jodida danza maravillosa. Se movió como quiso buscando su placer y el mío. Quise tocarla, pero como me dijo que ella se encargaba, la dejé hacer. No pude reprimir ni retrasar mi orgasmo cuando vi que se llevaba los dedos a la boca, se los llenaba de saliva y se masturbaba a sí misma mientras yo estaba dentro.

—¡Oh! ¡Joder! —grité entre dientes.

Paró los movimientos y, manteniéndome dentro de ella, se terminó de masturbar frente a mí en primer plano. ¡Qué morbo, por favor! Noté que yo mismo me hacía daño con los dientes en el labio a la

vez que ella curvaba su espalda hacia atrás y gemía su orgasmo.

—Madre mía, madre mía… qué fantasía… —musité.

Rio entrecortado mientras cogía aire.

—Me voy a duchar, precioso.

—Ay, precioso, dice… Me matas… Voy contigo.

***

La vuelta a casa no tuvo como destino ni la suya ni la mía. La de mis padres. Había escrito a mi hermano a primera hora de la mañana para que, en la medida de lo posible, estuviera en casa para darme apoyo. Le avisé de que salíamos de la casa rural en el mismo momento que cerré la puerta.

Gabriela estaba nerviosa, le había contado mi plan, me apoyaba, pero se sentía insegura. No le gustaba tener que conocer a mis padres en esas condiciones. Aunque mi padre no sabía que yo iba a entrar por la puerta de su casa.

Aparqué junto a la acera, tomé aire. Gabriela me miró y me acarició el brazo.

—Vamos —animé.

Mi hermano nos esperaba en la puerta de casa. Me agarró la mano y me acercó a él para abrazarme. Me palmeó la espalda.

—Está que trina, ya ha llegado la información. Le tiene la cabeza a mamá… A ver cómo lo haces…

—Hola —saludó Gabriela.

Mi hermano la miró con cariño y la abrazó sin que ella lo esperara.

—Siento haber sido tan borde el día que te conocí. Es que Gonzalo me cae como el culo, y todo lo que vaya con él… Pero ahora el tema ha cambiado —me miró—, os apoyaré en todo lo que pueda.

Asentí, cogí a Gabriela de la mano y entramos. Mi hermano nos siguió.

—Mamá… —saludé.

Oí el silencio y la vi aparecer sorprendida tras el marco de la puerta del salón.

—Ay, hijo, ay. —Vino corriendo a abrazarme. No solté a Gabriela—. Ay, por fin en casa de nuevo… —Me agarró la cara y me miró con

pena. De reojo la vio, me soltó y se puso frente a ella—. Bienvenida.

No supe muy bien cómo leer esa palabra. Gonzalo se había adelantado, pero, ¿qué había contado?

Mi hermano nos invitó a entrar en el salón.

—Ponme al día, por favor —le pedí.

—Ha escrito en el grupo de primos después de echarte, no sé si te habías dado cuenta. Dice que le has levantado a la novia, que os liasteis en la boda, que Gabriela es el amor de su vida y que cuando viste que ella le prefería, jugaste sucio y la engañaste para que le dejara y se fuera contigo con la excusa de que teníais un tatuaje igual y contando mentiras sobre él, y metiéndole mierdas en la cabeza como que le había puesto los cuernos. Asegura que es mentira porque él estaba convencido de que es la mujer de su vida y que le iba a pedir que se casara con él. Que por fin se había enamorado. Que por eso la había introducido tan pronto en la familia y que lo que has hecho es pura traición. Que haciéndote el bueno, le has jodido la vida y ahora pretendes llegar a la familia con ella para hacerle daño y dejarle en ridículo.

—Mamá, eso es mentira —le dije mirándola a los ojos—. Yo conocí a Gabriela cuando tenía dieciséis años y me enamoré perdidamente de ella cuando ni siquiera sabía que yo existía. Me obsesioné con ella, llevo todo este tiempo enamorado, a escondidas, nadie lo sabía. Coincidí con Gabriela en la boda y… Mamá, estoy enamorado de ella. Y ella de mí.

—Lo estoy —añadió con vergüenza—. No sé cómo conocí a Gonzalo, comenzamos algo juntos, pero no era serio, él mismo me dijo que nunca habíamos hablado de novios, yo para él en realidad era un rollo, no sé lo que era. Estuvimos juntos un mes, más o menos, me dejó de hablar de repente y no me dio explicaciones de por qué. Tuvimos el accidente y mi padre vio en la sala de espera cómo él hablaba con otras…

—Eso no me lo habías dicho…

Me miró seria.

—Entre medias… fuimos a una ruta senderista a Valverde, Gonzalo prácticamente me dejó tirada, fue Aday el que se preocupó pormí. Ese día… —tomó aire—, ya me di cuenta de que había algo especial,

diferente. Prefería estar con Aday antes que con Gonzalo. No sé lo que fue, creo que me forcé a estar con Gonzalo porque se lo debía al haber empezado algo, pero yo no lo he querido, tampoco lo he utilizado. No he estado con los dos a la vez en ningún momento. Madre mía —me miró—, parece que esté defendiendo que no soy una puta…

Se le saltaron las lágrimas de los ojos.

—No sé cómo te atreves a aparecer en mi casa contando estas milongas. Vas a tu puta bola, te pasas a la familia por el forro de los cojones —gritó con rabia mi padre haciendo acto de presencia en el salón. Lo miré a los ojos— y ahora vienes con una historia de amor de príncipes y princesas, traicionándonos una vez más.

—Eso no es así. Me da igual lo que diga Gonzalo, ayer me amenazó y sé que va a inventar lo que sea con tal de jodernos, porque no soporta que nos queramos y que él haya perdido.

—Esto no es un puto cuento de hadas, Grupeli, no lo es —sentenció con la voz grave—. Me has vuelto a poner en ridículo. Para mí estás muerto.

—Hace años que morí para ti, el día que opté por tener mi vida, decidir por mí mismo, me mataste. Toda la familia sabe lo que hiciste. Creaste un precedente, sí, ninguno se ha atrevido a llevarle la contraria a «la familia» por si le sacaba de la herencia. ¿Te crees que es eso lo que me importa? Hace años que vivo de mí mismo sin tu ayuda y soy feliz. Ahora no vengas exigiendo que no te deje en ridículo. Yo no me he expuesto sentimentalmente. Nadie sabía que yo estaba con Gabriela, nadie. Queríamos hacerlo bien, despacio, sin prisa y sin llamar la atención, precisamente para no hacerle daño, porque sabíamos que lo nuestro podría confundir a la gente y podrían pensar que yo era un cabrón y ella una puta. No somos ninguna de esas cosas. —Quiso cortarme, pero alcé la voz y no le dejé—. Ha sido Gonzalo el que te ha traicionado, el que te ha expuesto, el que ha puesto el foco en nuestra familia para señalarme e intentar hundirme por pura envidia. Gonzalo habla desde el despecho, los celos y la venganza. Sé que va a venir a por mí, sé que va a venir a por nosotros. —Señalé a Gabriela—. Te juro que la quiero por encima de todo y por muy ridículo o cursi que te pueda

sonar, no la voy a soltar y la voy anteponer a todo, a mi vida, a la familia y, por supuesto, a ti y a tu puto honor. Es el momento de que elijas de qué lado estás. Porque te puedo asegurar que este tiempo que no me has visto y que has decidido repudiarme, ha sido solo un ensayo de lo que puede pasar si te pones enfrente en lugar de a mi lado.

La casa se quedó en silencio. Mi madre estaba a punto del llanto. Mi padre se estaba poniendo rojo de furia. Adam me miró, asintió y se colocó al lado de Gabriela. Ella estaba hiperventilando. El brazo de mi hermano la rodeó por los hombros y pareció calmarse.

Mi madre se levantó y se limpió las lágrimas.

—María Ángeles… —advirtió mi padre.

—Juan Manuel, nuestro hijo está por encima del resto, por encima de tus padres y, sobre todo, por encima del hijo de tu hermano.

—¿Vas a formar parte de esta patraña?

—Yo les creo, yo he visto a esta niña preocupada por tu hijo, más que tú. Esta niña le ha salvado la vida a tu hijo. Si no hubiera sido por ella, ahora no estaría gritándote traidor a la cara y estarías llorando sobre su tumba la culpa de tus decisiones. Es el momento de tomar la decisión correcta.

Noté el nudo en mi garganta y tomé aire para controlar mis lágrimas. Me llenó de orgullo ver a mi madre defendiéndome así.

—María Ángeles, juramos que íbamos a mantenernos unidos…

—Y tú rompiste el juramento cuando decidiste repudiar a tu primogénito. Ahora son ellos los que nos piden estar juntos y te puedo asegurar que van a contar conmigo. Tú sabrás lo que decides.

—Adam… —llamó la atención de mi hermano.

—Papá, no me tientes… Voy a estar del lado de mi hermano, básicamente porque cuando tú te mueras, el que me quedará será él. Bastante estoy tragando en la empresa, y me arrepiento de no haber tenido los huevos que tuvo él de decirte que no. Pero, mira, se me presenta esta oportunidad y no he tenido ni una pizca de duda a la hora de elegir. ¡Ah! Te voy a dar una información, para ver si te ayudo a decidir, y visto que mamá nos va a elegir a nosotros antes que a ti, hace un mes que le pedí matrimonio a un chico con el que llevo tres años. Depende de cómo decidas, te ofreceré ser mi

padrino o no —soltó con total tranquilidad.

Todos lo miramos con los ojos abiertos. Había que ser muy valiente para destaparse así en ese momento. Yo imaginaba que estaba con alguien, pero tres años, matrimonio…

—Hijo…, enhorabuena… —lloró finalmente mi madre con pena—. Pero, ¿por qué no me lo presentaste?, ¿por qué me has privado de todo esto?

—Esto es un puterío… —lamentó mi padre echándose las manos a la cabeza.

—Por este señoro, mamá…

—A mí me hablas con respeto, Adam —exigió.

—Es el momento de elegir —le expuse—, la familia o tu familia.



Capítulo 35

Iba a explotar de felicidad. Lo primero que hice fue echarle del grupo, así podría largar a mis anchas sin que él pudiera contradecirme. Encima estaba su hermano, que lo leería todo y le iría con el cuento.

A primera hora, me presenté en casa de mis padres y, junto a mi hermano, les expliqué que quería a Aday fuera de juego, fuera de la familia. Y que haría lo posible por intentar quedarme con Gabriela. Eso lo veía difícil, para ser sincero, tampoco yo era tonto. Si Gabriela se negaba, se negaba, pero no descartaba robarla algún beso delante de Aday y joderles un poco lo que fuera que tuvieran.

Ese día hubo comida familiar por petición de mi hermana. Estaba algo alterada.

—¿Vosotros qué pensáis? —les preguntó a mis padres tras contarles lo que había sucedido en el grupo de primos.

Lo cierto era que a Aday lo tacharon de traidor, con toda la razón y a Gabriela de marioneta que se movía por interés.

—Hija, no está bien lo que ha hecho Aday, es su primo. Debería haberlo hablado antes con él, decirle lo que pasaba y haberse alejado de esa chica. Es una chica más.

—No es una chica más —expresé cabreado—. Era mi chica, me gustaba, tenía un proyecto pensado con ella. Si ese cabrón no me la hubiera levantado, hoy estaría aquí comiendo con nosotros.

—Pero no está —sentenció Lucía—. Y no está por elección propia. Gabriela no es un muñeco que os podáis rifar o tirar a la basura después de follárosla.

—Espera, que ahora le va a salir la sororidad en vez de la fraternidad. —Rio con descaro Borja.

—Niños…, ojo con lo que os decís —advirtió mi madre.

Me limité a levantar las manos.

—Yo no le he faltado el respeto a nadie, mamá —se excusó Lucía —. Papá, piénsalo, Gonzalo acaba de crear un conflicto innecesario entre todos. Lo que busca es que nos posicionemos de su lado por el simple hecho de que la tía con la que estaba se ha ido con otro.

—Con otro no, con mi primo. Eso es traición —añadí.

Mi padre me señaló asintiendo.

—¿Qué esperas, que el tío te llame y te diga que hablará con

Aday, que te pedirá perdón y dejará a Gabriela?

—Algo así —admití.

—El tío Juan Manuel no se habla con su hijo porque ha sido el único de toda la familia que ha tenido los cojones de elegir su destino por sí mismo —gritó—. Mientras el resto hemos seguido las líneas trazadas como si esto fuera una puta mafia de la que si te sales, estás muerto.

—¡Lucía! —regañó mi padre—, no te permito hablar así. Tienes una carrera y una reputación a tus espaldas que, sí, te he pagado yo, por lo que, controla esa manera de hablar.

Bufó y bebió agua para controlarse.

—Es que esto es una familia, Lucía, nos respetamos, no nos saltamos las líneas con sueños o fantasías. Deja de defender a tu primito y dame ideas de cómo recuperar a Gabriela.

Aday siempre había sido el favorito de mi hermana. Desde pequeños había jugado más con él que con nosotros. Estaba todo el día pidiendo ir a dormir a casa de mis tíos. Durante la adolescencia, no le soltó y sé que presumía con sus amigas más de él que de mí. Nunca me puso en valor y, bueno, lo acepté, también yo tenía primos favoritos en la familia. Pero ahora la necesitaba de mi lado.

—Yo tengo alguna, primero probamos las que tienes en mente y, si no funcionan, probamos la mía —comentó Borja.

—No voy a participar de esto… Conmigo no contéis. Mamá…, no puedes permitirlo… Es el capricho de un niñato…

—Si nos metemos en líos, nos tendrás que sacar, eres nuestra hermana —argumentó Borja.

—Ya os saco de bastantes líos, por desgracia, tenéis a la mitad de mis abogados intentando limpiar vuestras chapuzas, no me pidas más. —Quise intervenir, pero me miró fijamente con el dedo levantado—. Gonzalo, te voy a describir un poco por encima lo que sucede… Tú te sientes como un perro herido porque estás despechado por una tía que no quiere estar contigo, ha elegido a otro y te han escocido las heridas. Y ahora lo que buscas es joderles la vida a los dos, a ella, y a él por estar con ella. Tu único interés es hacerles daño porque ella no quiere estar contigo. ¿Sabes cómo se

llama eso?

—¿Cómo? —pregunté con prepotencia.

—Violencia de género. Y, créeme, yo ahí no te pienso respaldar.

—Hija, eso que dices es muy serio —intervino mi padre—. Gonzalo, ¿has hablado con ella? ¿O te ha bloqueado y no tienes acceso? Quizá es mejor hablarlo, y si crees que le puedes gustar algo todavía, intenta luchar.

—No me ha bloqueado, de hecho, fue ella la que se puso en contacto conmigo hace unas semanas. Me pidió un favor que te implica a ti.

—¿A mí? ¿En qué sentido?

—Una amiga suya tiene cáncer y, al parecer, la citan demasiado tarde y me pidió que hablara contigo para ver si podías hacer algo.

—Perfecto. Llámala, pídele el nombre y el apellido de la chica y yo me encargo —aceptó con gusto—. Y sé inteligente a la hora de hacerlo.

—Queda con ella. A solas. Sin Aday —propuso mi hermano—. Yo te estaré grabando desde lejos sin que me vea.

—¡Estáis enfermos! Que sepáis que desde este mismo momento, y con vosotros delante como testigos —señaló a mis padres—, dejo de ser vuestra abogada. Lo que teníais de antes lo mantengo, todo lo que pueda suceder a partir de ahora —levantó las manos— no es asunto mío. Y para evitar ser cómplice de cualquier delito, me voy de aquí. No me llaméis. No os lo voy a coger.

Se levantó, tiró la servilleta sobre la mesa. Borja rio. Mi madre la miró preocupada y mi padre intentó pararla.

—Lucía…

—Ni se te ocurra decirme que si salgo por esa puerta no vuelvo a entrar, porque te juro que no entro, y te va a doler más a ti que a mí.

El salón se quedó en silencio. Le oí ponerse las sandalias y salir dando un portazo.

—Ella se lo pierde, porque va a estar divertido. Ya era hora de que tuviéramos un poco de vidilla en esta familia. Chin-chin —brindó mi hermano.

Mis padres no nos hablaron el resto de la comida. Cuando

terminamos el postre, subimos a la buhardilla a echar unas partidas. Me sentía eufórico. Los mensajes en contra de Aday seguían llegando. Echaba en falta el de algún primo que se mantenía callado, aunque la mayoría ya estaban de mi parte. Ni en mis mejores sueños habría imaginado llegar a tener ese poder.

Hola, *sweet cherry*. He hablado con mi padre.

¿Podemos quedar esta tarde para hablar y te comento?

Vi que leía mi mensaje y que estaba en línea. Me ardió el pecho al pensar que estaría junto a Aday leyéndolo en voz alta.

Solos, por favor.

Ese también lo leyó.

—Está con él ahora mismo, seguro. Anoche se fueron juntos.

—Bueno, o no, lo mismo está llorando en su casa porque él se haya cabreado con ella por no decirle que os habíais visto.

—No, están juntos…

—Pues mejor, así le jode más que quieras quedar con ella.

Visto así, era una forma de ponerle celoso. Genial, me podía servir, matarle el corazón poco a poco.

Sweet cherry:

Hola, Gonzalo.

Gracias por hablar con él.

Claro, dime hora y sitio y allí estaré.

Paso a buscarte a las siete, ¿vale?

Te aviso cuando esté abajo.

Mi hermano miró mi pantalla.

—Movimiento maestro, bro. No me gustó esa chica, nunca te lo llegué a decir.

—Pero se notó, tranquilo.

Me temblaba todo. Quería imaginarme la conversación que habían tenido los dos y cómo mi primo se moría por dentro aceptando que ella tuviera que quedar conmigo. Básicamente porque había venido en mi búsqueda pidiéndome el favor. Ella me había puesto el

caminito. La vi bajar. Tragué saliva. Me pareció aún más guapa que otras veces. Llevaba unos vaqueros claros y una blusa color carne. Recogía su pelo en una coleta que dejaba su cuello al aire. Se me aceleraron las pulsaciones.

—Hola —saludó al entrar al coche.

Se abrochó el cinturón y esperó mirando al frente.

—Hola, ¿ni dos besos?

Me acerqué a ella. Asintió y acercó su cara a la mía. Coloqué mi mano en su cuello. Si Aday estaba cerca, debía ver mi acercamiento.

—¿Dónde me llevas?

—Pues había pensado en un bar que hay a orillas del Tajo, pero está un poco lejos y no sé cómo estás de tiempo.

Inspiró y supe que controlaba lo que pensaba. Me miró y sonrió.

—No tengo prisa, la verdad. Aunque no sé si lo de Marta tiene mucho recorrido de conversación.

—Podemos hablar de otras cosas.

Movió los hombros y no dijo más en todo el camino.

Conduje hasta Alcalá de Henares, la llevaría a cenar al Parador, así me daba tiempo a dar un paseo con ella antes. Y en caso de que quisiera irse, dependería de mí para volver a Guadalajara.

Aparqué cerca del restaurante. Anduvimos hasta la puerta. Entré y reservé mesa para dos a las nueve de la noche. Gabriela se cruzó de brazos y se peinó el pelo que tenía recogido. Estaba incómoda. Tampoco quería eso, no era mi intención.

—¿Damos un paseo antes?

—Vale.

—Verás…, además de lo de Marta, quería quedar porque necesitaba ser claro contigo. El día que apareciste en mi casa… me revolvió algo aquí que yo intentaba esconder o desechar. —Me llevé la mano al pecho—. Me di cuenta de que seguía ahí y… —saqué el váper del bolsillo y le di dos caladas. Vi que los labios de Gabriela se curvaban hacia abajo—, de que me sigues gustando, *sweet cherry*. Que yo quería olvidarte. Me dolió tanto ver el tatuaje en… mi primo…

—Gonzalo, me dejaste de hablar, no cogías mis llamadas, no contestabas a mis mensajes, yo no sabía qué pasaba… Me trataste

como una mierda que no merece ni una palabra.

—Me dolió, ¿sabes? Me dolió mucho. No supe cómo reaccionar, ¿vale? Me sentí atacado y herido. Creí que habías jugado a mis espaldas…

—Yo no sabía que tenía ese tatuaje. No me acuerdo de nada del día de la boda y lo sabes. Te lo dije mil veces. —Se pasó la mano por la cara.

—¿Qué hiciste con él el día de la boda?

—Hablar.

—Si no te acuerdas…

—Me lo ha dicho él, hablé con él, al parecer yo iba pedo y me fui de la lengua y… me hice un puto tatuaje. Yo qué sé. Odio los tatuajes, no estaba en mis planes, créeme, marcar mi piel de por vida.

—¿Te crees lo que él te dice?

—Sí, le creo.

—¿Qué tenéis?

Me miró fijamente y se pensó la respuesta.

—¿Qué quieres Gonzalo? Sé lo que le dijiste en el baño y sé lo que has hecho en el grupo de primos. ¿Qué es exactamente lo que quieres? Empiezo a creer que no estamos aquí para hablar de Marta y que ni siquiera le has dicho nada a tu padre.

—A mí no me crees…

—Pues no confío demasiado en ti, la verdad. Mientras yo estaba en urgencias tú hablabas con otras tías. Te vas de vacaciones y te olvidas de que existo durante horas. Y, para rematar, me dejas de hablar de golpe sin darme explicaciones. No es que te estés forjando mi confianza, precisamente.

—En cuanto a las tías…, ya te dije que nunca te engañé, ¿vale? Me da igual lo que viera tu padre, te enseño las conversaciones si quieres.

—Claro…, las de Instagram, que cuando borras un mensaje no deja rastro siquiera…

—*Cherry*… —le di otra calada al váper—, te lo juro. Lo de las vacaciones ya estaba hablado y me perdonaste, y lo arreglé con creces, creo recordar. Y lo de no hablarte, te acabo de dar las

explicaciones, ¿no me has escuchado? ¿Qué necesitas para creerme?

—No lo sé, Gonzalo.

—Gabriela, estoy enamorado de ti. Y es verdad, no me mires así.

—Es que… cuando quieres a una persona no se le trata así…

—Lo siento, no sé hacerlo mejor, ¿vale? Estaba aprendiendo. Era la primera vez que me enamoraba de alguien…

—¿Y por qué no lo dijiste?

—Porque no sé expresar mis sentimientos. Lo siento. Me miras y me vuelvo loco, se me encoge el alma. Se me revolucionan las pulsaciones. Y me siento pequeño, joder, porque no sé cómo tengo que hacerlo.

Se puso las manos en los ojos y tomó aire.

—Lo siento, Gonzalo, lo siento tanto… No es recíproco. No te puedo ayudar ya. Los dos sabemos que eso no iba a ninguna parte. Lloré más en un mes que en un año. Yo te quise, pero no te amé. Te guardo cariño, cuando estuvimos bien, fue bonito. Quizá no era el momento. Quizá si éramos las personas adecuadas, pero no el momento adecuado. Quizá…

—Yo te sigo queriendo. Dime que hay una opción, que por pequeña que sea, lucharé.

—¿Pero qué vas a luchar, Gonzalo, por favor? —Le di otra calada al váper—. ¿Puedes hacer el favor de dejar de chuperretear eso? Me da asco.

Me quedé fijo mirándola. Su gesto cambió en arrepentimiento en el mismo momento que vio mi cara.

—¿Te da asco? ¿Nuestro primer beso? ¿Nuestra primera noche de sexo? ¿Te da asco?

—No, no he querido decir eso, me refiero al hecho de que vapees…

—Puede que esto sea un error, Gabriela. No teníamos que haber quedado, no tendrías que haber venido a pedirme un favor. La distancia entre nosotros estaba bien… —sobreactué un poquito mi indignación.

—No, Gonzalo, no pienses eso, por favor, perdóname.

Eché a andar sin hacerla caso. Vino corriendo detrás y me agarró del brazo. Me giré y quedé frente a ella. Su cara estaba tan cerca de

la mía que hasta quise atreverme a besarla, pero no era el momento. Tendría que esperar. Mi móvil vibró y supe que mi hermano había captado la instantánea. Apreté la mandíbula. Tenía órdenes de mandarle a Aday cualquier fotografía que reflejara un acercamiento de Gabriela hacia mí.

—Vamos a cenar, no creo que pase nada por que lleguemos un poco antes.

Asintió y se colocó a mi lado. Anduvo seria todo el camino. Al llegar al restaurante, efectivamente, nos atendieron sin problema. Le retiré la silla y la invité a sentarse. Se puso la servilleta en las piernas y estiró las manos sobre la mesa. Alcancé una antes de que la retirara.

—¿No me echas ni un poquito de menos?

—Gonzalo…, hemos venido a hablar de Marta. —Retiró su mano despacio—. Lo nuestro ya está hablado. Y no, no hay opciones, ¿no te das cuenta de que todo son reproches? ¿Qué relación se sustenta así?

Me callé. Tenía que forzar la maquinaria de otra manera. Cambié de tema y, finalmente, accedí a decirle que mi padre se encargaría de atender a Marta y que necesitaba sus datos para que pudiera realizar sus movimientos.

Sacó el móvil, lo puso sobre la mesa y me los mandó. No pude evitar cotillear qué conversaciones tenía activas. Aday le había mandado una fotografía. Ella no había abierto el mensaje. Sentí orgullo al pensar que mi hermano ya se la había hecho llegar. También vi que estaba compartiendo ubicación con otra persona. Aquello me cabreó.

—¿Estás compartiendo ubicación con alguien? ¿Es que no te fías de mí? ¿Tan poco te fías de mí?

—¿Tú sabes que es delito mirar las conversaciones privadas de terceros?

—De terceros no, tuyas. Y las tienes ahí, a la vista del que pase. ¿Quién sabe dónde estás ahora? Ese no es Aday. ¿Tienes otro? ¡Oh!, qué maravilla cuando se entere de esto mi primo. Juegas a tres bandas.

—Gonzalo —dijo con dureza—, uno, no te importa una mierda con

quien comparto ubicación; dos, no te importa una mierda con quién esté yo…

—Te equivocas, sí me importa. Me importa porque, pese a que me jode muchísimo que estés con mi primo y lo quiera ver sufrir, no quiero que le hagas lo mismo.

—Es mi padre. Con quien comparto la ubicación, es mi padre. Y es algo que hago desde que tengo uso de razón y quedo con un hombre.

—¿Sí? ¿También le compartes ubicación cuando estás con mi primo? —Se quedó seria—. Vaya, resulta que hay hombres de primera y de segunda. Y está claro dónde estoy yo.

—Ya está bien, Gonzalo. Se acabó la farsa. Yo he venido porque pensé que realmente tenías humanidad y me querías ayudar con el tema de Marta. Ya veo que lo has utilizado como excusa para… no sé… Mentirme diciendo que me quieres…

—Y te quiero, no es mentira.

—Y atacarnos a Aday y a mí. Te juro que entiendo cómo te sientes. Que me pongo en tu situación y lo entiendo. Hemos intentado hacerlo bien, dejar un tiempo de por medio, que no pensaras que te queríamos hacer daño, porque nunca lo hemos querido. No hemos buscado esto que ha pasado, simplemente ha sucedido…

—Tú eras mía, *sweet cherry*.

—Yo no soy de nadie. No soy de nadie. Pero vamos a ver, Gonzalo, por un instante, piensa, pongamos que dejo a Aday y me voy contigo… ¿qué crees que va a pasar cuando veas el tatuaje? ¿Te vas a sentir cómodo?

—Te pagaré el tratamiento para quitártelo.

—No estás entendiendo nada… —Suspiró—. Me quiero ir a casa.

—No hemos terminado de cenar.

—Me da igual, me quiero ir.

Se levantó sin darme libertad de movimiento. Llamé rápido al camarero y le dejé un billete de cien y otro de cincuenta, le pedí que se quedara con el cambio como propina y salí corriendo detrás de ella, que se dirigía a paso rápido hasta el coche. Se apoyó en la

puerta con los brazos cruzados y muy seria.

Me acerqué a ella. La pillé de sorpresa y no pudo reaccionar. Pasé mis brazos por su espalda y la agarré por la nuca.

—Nunca nos dimos el último beso.

No le di tiempo a retirarse. Pegué mis labios con los suyos. Fue un segundo, suficiente. Me empujó con sus manos y levanté los brazos.

—Perdón, perdón. No tendría que haberlo hecho. Perdóname, por favor. Es que me vuelves loco y…

—Abre el coche y llévame a casa —exigió mirando al suelo.

No pronunció palabra en todo el camino. Su móvil vibraba, pero ella no hacía caso. Intuí que estaba a punto de llorar, pero lejos de darme pena, me generó rabia. Se lo merecía. Se merecía sufrir para que sintiera lo que yo estaba viviendo en mis carnes.



Capítulo 36

Gabriela entró en casa llorando. No me saludó. Se desvistió y se metió en la ducha. Observé una vez más las fotos que mi hermano me había reenviado. Borja había enviado al grupo de primos tres imágenes en las que Gabriela estaba tan cerca de Gonzalo que hasta se besaban. Esa última me reventó el pecho. Se las mandé a ella. No tuve contestación y una nube negra me cubría pensando en lo peor. Nos habíamos jurado estar juntos en eso, sabía que no podía fallarme, pero verla tan cerca de Gonzalo esa misma tarde… me rompía el alma.

Me acerqué a la puerta del baño. Oía caer el agua y también el sollozo de mi chica. Inspiré. Me desvestí y entré sin pedir permiso. En cuanto toqué su piel, se giró hacia mí y se acurrucó llorando.

¿En qué la había metido? Gabriela estaba sufriendo por mi culpa, por estar enamorado de ella. Por no haber sabido esperar y por haber aceptado esa noche la locura del tatuaje.

Cuando salió de la ducha se limpió las lágrimas y me contó todo lo que había sucedido. Asumí que me había puesto celoso, aunque no la responsabilizaba a ella en ningún momento y que me parecía muy valiente haber aceptado ese plan sabiendo que había gato encerrado.

Le enseñé las fotos. Se cabreó. Y volvió a repetirme lo que había sucedido, palabra por palabra, punto por punto, solo que levantó el tono de voz. Intenté calmarla sin éxito.

—¿Y estas fotos quién las tiene?

—Todos los primos.

Cogió el móvil y llamó.

—¿A quién llamas? —le pregunté.

—A Gonzalo. No tiene derecho a publicar fotos mías en ningún grupo de WhatsApp sin mi consentimiento. Es la ley.

—Ya da igual, amor. Ya están, ya las han visto y ya las he visto yo, que es lo que él quería.

—¿Qué texto ha acompañado a esas fotos?

Cogí el móvil y leí la captura de pantalla que me había mandado mi hermano:

—Chicos, buenas noticias, perdón por lo de ayer… Hoy he quedado con Gabriela y parece que hay acercamiento. Estamos pensando si

volver o esperar un poco. No queremos hacer daño a Aday. Ahora ella tiene que ver cómo se lo cuenta. Un tropiezo lo tiene cualquiera.

—Lo mato. Lo mato. ¿Le han creído?

—No lo sé, no me importa.

—Me da asco, me repugna, sabe a la puta cereza esa, arrgg. Dile a tu hermano que ponga en el grupo que no es cierto, que me da asco y que estoy enamorada de ti.

—No le voy a decir que ponga nada. Amor, mírame —intenté tranquilizarla—, el tiempo pone a cada uno en su lugar.

—Eso dice mi padre, pero mientras duele, ¿sabes?

—Lo siento, soy el culpable de esto.

—Ni se te ocurra hacerte la víctima. Gonzalo es el ser más despreciable que he conocido jamás. No es nuestra culpa.

—Lo mejor que podemos hacer ahora es mantenernos al margen. Vamos a ser grises. En unos días cumplimos nuestro primer mes juntos.

—¿Ya? —preguntó asombrada.

—Sí, ya… Yo sigo de vacaciones y a ti te queda una semana… Nos vamos fuera y que se caiga el mundo que a nosotros no nos va a pillar. ¿Te parece?

—Sé que no se va a quedar aquí…

—O sí… Depende de cómo se tome nuestro silencio.

Se quedó pensativa y negó con la cabeza.

—No…

—¿Cómo? ¿Que no te quieres venir de viaje conmigo la semana que viene? —le piqué.

—Eso sí, lo otro es no…

Fingí indignación. Se acercó a mí. Se sentó en mis piernas y me peinó con sus dedos. Después se recostó en mi hombro, paseé mis dedos por su espalda intentando relajarla con cosquillas.

—Me apetece ir a Escocia, nunca he ido —propuse.

—Vale, el lugar me da igual si estoy contigo.

—Ohhh, que se me pone romántica la niñaaaa. —Su cuerpo se movió con una carcajada—. He pensado que mientras…, y fallando a Fran y a Jes, me podía venir estos días contigo. Si te parece bien, porque sé que te gusta el silencio, yo soy todo lo contrario, y que

estás acostumbrada a vivir sola.

Se levantó y me miró.

—Sí, por favor, quédate conmigo.

Esa misma noche sacamos los billetes de avión y buscamos un hotel medianamente decente. Habló con sus padres y les contó lo sucedido. Su padre se preguntaba el motivo de haber compartido la ubicación con él si estaba conmigo. Terminamos en videollamada y explicándole hasta los últimos mensajes que había escrito. Daniel se enfureció, se le endureció el gesto.

—Necesito los dos apellidos de Gonzalo.

—Papá…

—No, infanta, no.

—Daniel, mi familia tiene poder en Guadalajara y más sitios… No merece la pena, se olvidará con el tiempo.

—Lo siento, Aday, pero si vas a formar parte de mi familia —recalcó con fuerza esas dos últimas palabras—, tendrás que saber que a los míos no los tocan y que, tarde o temprano, los haré caer.

—Es una tontería, solo son tres fotos…

—Es una tontería hasta que deja de serlo. Solo le voy a seguir de cerca y a informarme bien.

No le iba a llevar la contraria, desde luego. Su autoridad estaba más que clara y yo no tenía mucho que hacer.

Al día siguiente llegó la invitación de boda de mi hermano. Volvimos a casa de mis padres y lo agarré tan fuerte entre mis brazos que me tuvo que pedir que lo soltara. Lo animé para que invitara ese mismo día al prometido. Aceptó con rubor en sus mejillas. A mi madre le brillaban los ojos. Mi padre no había salido de su despacho desde que habíamos llegado.

—Gabriela —oímos su voz desde la escalera—, ¿podrías venir un momento, por favor?

—¿Yo? ¿Sola? —preguntó extrañada.

No supe qué decirle más que sí, que fuera. Mi madre se quedó mirándome sonriendo y asintiendo. Me puse tan nervioso como supe

que estaba ella en ese mismo momento. No tardó en bajar.

—Dice tu padre que ahora baja.

—¿Y ya? ¿No vas a decirme qué te ha dicho?

—Que soy bien recibida en la familia, que quiere conocer a mis padres y que no lo decía delante de ti porque tendría que tragarse su orgullo y no está dispuesto a eso.

Mi madre rompió a reír a carcajadas mientras yo me quedaba perplejo con lo que acababa de pasar.

—Hijo, el orgullo masculino no puede ser herido. Estoy tan feliz de que haya escogido el lado correcto… Sé que ayer habló con su hermano. Adam le enseñó las fotos y lo que Gonzalo había dicho. También sé que ha hablado con los abuelos. —Tragué saliva—. Salió cabreado del despacho, pero no me dijo nada más. Solo que te está defendiendo, y eso ya es mucho.

—Eso ya es todo, mamá, es todo.

El novio de Adam llegó una hora después. Mi padre bajó a recibirlo. Se llamaba Jesús y era un chico moreno, con el peinado de moda, los ojos verdes y una gran sonrisa. Mi madre me miró y me señaló la nariz. Jesús llevaba un piercing. Respondí a su mirada con otra que venía a decirle: «pues, claro, mamá».

Allí nos explicaron cómo querían celebrar su compromiso. Sería en octubre, en una finca con un lago, a las afueras de Madrid. Jesús llevaría madrina y Adam padrino.

—Tranquila, mamá, que serás madrina de mi boda —le dije. Abrió los ojos ilusionada y dio palmitas con las manos.

—No…, todavía no… —se alertó Gabriela.

Mi hermano rio y movió la mano con soltura. Lo observé con detenimiento, por primera vez en la vida, era él mismo en esas cuatro paredes, se estaba destapando y había soltado su escondite. Y yo, por primera vez en años, me sentí allí como si fuera un búnker de seguridad, como si por muchas bombas que fueran a caer, ninguna acabaría con nosotros. Con ninguno de nosotros.

***

No nos soltamos de la mano desde que llegamos al aeropuerto. Los

dos estábamos más ilusionados que nerviosos. Justo antes de embarcar, Gabriela recibía una llamada de Marta en la que le contaba que mi tío la había llamado y le había citado al día siguiente. Las amigas de Gabriela estaban al corriente de todo, de lo que había pasado con Gonzalo, de lo sucedido en Alcalá y de nuestro viaje. Tenía suerte de poder contar con ellas. En mi caso, los que tenían ese privilegio eran Fran y Jésica, a los que mantenía al tanto de todo, aunque intenté aislarme, puesto que Jésica entró en cólera con Gonzalo y, añadiendo el resquemor que todavía sentía, solo proponía ideas de cómo rajarle las ruedas del coche o quemarlo directamente. Por suerte, Fran se reía de las ocurrencias y le pedía que bajara la intensidad para cuando, definitivamente, hubiera que romperle las piernas. Sin mi presencia y sin autorización, por supuesto.

Escocia nos recibió con lluvia y, aunque íbamos preparados para ello, pasamos dos días encerrados en el hotel. Nada más llegar, encendí el altavoz y puse nuestra lista de canciones. Cantamos, bailamos, saltamos y nos besamos. Allí, encerrados en esas cuatro paredes, éramos libres.

Apagamos los móviles durante un día entero. Ese día pateamos Edimburgo. Entramos en tiendas, llenamos bolsas de regalos para nuestras familias, comimos hasta hartarnos, aunque nos costó encontrar un restaurante sin gluten. Ese se convirtió en nuestro lugar de referencia. Gabriela hizo migas con una camarera que veraneaba en España, porque en cuanto al idioma, si no hubiera sido por mí, no habríamos llegado a ningún lado.

Reímos sin censura y nos descubrimos un poquito más entre nosotros. Gabriela no resultaba tan pava como ella hacía creer al resto, era atrevida y sabía reírse de sí misma cuando se confundía. Una tarde, por culpa del agua, se escurrió y cayó de culo en plena cuesta del centro.

—¿Estás bien? —Me acerqué a levantarla.

Tiró de mí y caí junto a ella. Comenzó a reír a carcajadas. No pude enfadarme con ella. Me era imposible.

—Si luego voy a andar como si me hubieras dado por culo, tú vas

a andar igual conmigo. ¿No dijimos que juntos?

—Estás loca y me encanta, que lo sepas. —Me levanté y me miré —. Por culo no lo sé, pero que parece que nos hemos meado… ya te digo yo que sí.

Rio a carcajadas y se tapó la cara, no entendí que fuera tan gracioso.

—Es que yo un poquito sí…

—¿Que te has meado? —pregunté riendo—. No puede ser…

Rompimos los dos en carcajadas hasta el punto de llorar. A ella ya no se le oía la carcajada, solo cogía y soltaba aire como podía. De la risa no conseguía levantarse y le daba aún más risa. Saqué el móvil, me senté a su lado y nos hice una foto.

—¿Qué haces?

—Nuestra primera foto juntos.

—¿Primera?

—Por raro que parezca no tenemos ninguna…

—Y tiene que ser ahora…

—Para contarle a nuestros nietos que no pudiste controlar esfínteres.

Volvió a reír. La agarré por la espalda y la levanté a pulso. Me miró y se mordió los labios.

—Nos vamos a hacer una promesa…

—¿Cuál?

—Nos vamos a hacer dos fotos al día, como mínimo. No puede ser que no capturemos cada uno de nuestros momentos.

—No prometo nada, porque prefiero sentirlos.

—Mimimimi.

—Vale, dos.

Mordí su labio y la besé despacio. Todavía sostenía el móvil en la

mano y aproveché a capturar ese momento.

—¿Qué día es hoy?

Abrí los ojos.

—No…, no se me ha podido olvidar. —Asintió—. No…, mierda…

Fingí. Abrí la mochila y saqué un sobre.

—Eres un mentiroso.

—Y tú una meona —le piqué.

—¿Sí?, pues ahora no lo voy a abrir hasta que me duche. Venga, vamos al hotel.

—¿En serio?

Y tan en serio. Se metió en la ducha y salió con una pequeña toalla que le tapaba lo justo. Con una mano se movía el pelo todavía húmedo. Una imagen sencillamente exquisita.

Se acercó a la mesilla, cogió el sobre entre sus manos. Lo abrió con cuidado. Volcó lo que había dentro sobre su mano izquierda. Pinzó el llavero con dos dedos y lo alzó para que quedara suspendido en el aire.

—¿Es una canción? Este es… —Me miró—. Es nuestro tatuaje… —Sonrió.

Me dediqué a admirarla. Cada uno de sus movimientos eran pura magia. Fue hasta su móvil y leyó el código que aparecía en el llavero. Subió el volumen y escuchó atenta. Canté la canción. Me miró.

—Deja de mirarme así. Si me vienes suplicando una razón… He encendido nuestra habitación, con un faro por si vuelas lejos, he marcado mis costados con tu voz…[5]

Me quité la camiseta y señalé el tatuaje. Gesticuló un puchero.

—Ay, qué bonito… No la había escuchado antes… Ay…

—Tú fuiste quien propuso la frase… Me hice una foto al tatuaje y —me rasqué la cabeza— elegí una canción que me recuerda a

nosotros… Pensé en el llavero para las llaves de tu nuevo coche.

—Te quiero. Tanto…

—Tanto que, ¿qué? No puedes dejarme a medias…

—Tanto que ahora te voy a dar un premio. Y luego tu regalo.

—¿Tengo regalo?

—Sí, pero no está aquí.

Dejó caer la toalla al suelo. Puse los ojos en blanco. Rio mientras reptaba por mi cuerpo hasta mi boca.

—¿Puedo hacer ahora una foto?

—No —sentenció.

—Cachis…, con lo favorecida que saldrías.

—Shhh, calla.

—Qué manía tienes de hacerme callar cuando vamos a follar.

Pegó sus labios a los míos y no tuve más remedio que guardar silencio.

Su mano apretaba demasiado la mía. Más que ninguna otra vez. Estaba nerviosa como pocas veces la había visto. Me tenía en un vilo pensando en qué podía ser ese regalo que tanto la alteraba.

—Amor, ¿qué es?

—No te lo puedo decir todavía…

—Pero ¿qué has ideado? Que yo con una bolsa de gusanitos y chuches soy feliz… Los gusanitos no tienen gluten…

Rio y se tapó la boca. Vi que intentaba morderse un trocito de piel de su labio inferior. La paré y paseé mi lengua por encima para hidratarlo.

—Bella dama, relájate…

—Ya hemos llegado.

Fruncí el ceño y miré a mi alrededor. Estábamos en una calle como otra cualquiera.

—¿Aquí? Es un picnic en el suelo. —Negó—. Estamos esperando a

que anochezca porque es una estrella, me has regalado una estrella.

—No —rio—, pero me gusta la idea para el siguiente regalo.

—¿Entonces?

—Es ahí.

Señaló con el dedo a una tienda de la calle. Miré con atención.

—¿Cómo? —pregunté sorprendido.

Sonrió con timidez y tiró de mi mano. Abrió la puerta. Olía a desinfectante.

—Hola, somos Gabriela y Aday.

—Bienvenidos —nos saludó una chica morena en un perfecto español.

—Gracias.

Yo no era capaz de articular palabra. Todavía intentaba comprender lo que estaba pasando.

—Lo vamos a hacer a la vez. Yo te lo haré a ti y mi chico al tuyo.

Gabriela me miró interrogante.

—No entiendo nada, a ti esto… tú no…

—Juntos y consciente —comentó.

—Pero a ti esto… dijiste que…

—Venga, siéntate. Tú aquí. —La chica me indicó un sillón. Lo hice —. Nos queda decidir dónde.

—Eso lo va a elegir él. Yo decidí el otro.

—¿Yo? —medio grité con voz aguda—. No, amor, no. Ya me parece demasiado esto para ti, como para elegir yo.

—Tú.

—Uf, qué presión… ¿Dónde nos recomiendas? —pregunté a la chica.

—Es decisión vuestra.

Miré a Gabriela. Apreté la mandíbula.

—¿Puedo saber qué es?

Asintió.

La chica me mostró el dibujo. Sonreí.

—Fue lo primero que me regalaste. El olor me recuerda a ti y a la sonrisa que había detrás de esa ramita aquel día. Desde ese momento, yo no siento mariposas, tengo todo un enjambre de abejas en mi cuerpo que va directo hacia ti. Además, fuiste tú el que

dijo de tatuártelo.

—Guau… —susurré— es la mayor declaración de amor que me has hecho nunca… Y nos la vamos a grabar de por vida… —Asintió con una lágrima saliendo de sus ojos—. Pero ¿estás segura? —Asintió—. ¿Segura, segurísima? —Asintió—. Mira que esto no se quita.

Rio y volvió a asentir.

—Donde tú digas.

Un chico pelirrojo hizo entrada y le preguntó a la morena que si ya habíamos decidido.

—Aquí.

Señalé el interior de mi muñeca derecha. Miré a mi chica y asintió.

—¿Por algún motivo en especial? —se interesó la tatuadora con una sonrisa.

—Porque cuando nos llevemos la mano al pecho, los dos estarán juntos. Uno está en el corazón y el otro donde se localizan los latidos.

—Precioso. Vamos a girar este sillón, para que os podáis mirar mientras los hacemos y os deis las manos. Qué monos sois. Me encantáis.

Así lo hizo. Tomé aire y lo solté despacio.

—¿Va a doler? —preguntó Gabriela mirándome fijamente.

—Un poquito, pero se pasará pronto —respondió el tatuador en un español con mucho acento escocés.

Me fijé en cómo preparaban la mesa con diferentes colores.

—¿Es a color? —le pregunté a Gabriela.

—Sí. Es único y es nuestro.

De fondo comenzó a oírse el zumbido de las agujas. Vi que Gabriela tomaba aire, pero no separaba sus ojos de los míos. Ostras, sí, dolía. Los dos apretamos las mandíbulas y reímos con cuidado de no mover el resto del cuerpo.

No tardaron en acabar aquella ramita de espliego con un tono verde ceniza y las flores en un violeta claro. Pese a ser pequeñas, estaban perfectamente delineadas, era una auténtica rama de espliego, con una perfección que no tenía nada que envidiar a la naturaleza. En el tramo superior, un abejorro peludo parecía batir

sus alas. Podía escuchar su zumbido como si fuera real.

Nos lo taparon y nos recetaron unas cremas antibióticas para cuidarlo y que no se infectara.

—Estoy sin palabras, Gab.

Se echó a llorar con hipo. La recogí entre mis brazos.

—Te quiero —susurró—. Y me encanta cuando me abrazas con una sudadera puesta, porque estás muy achuchable.

Reí y le llené la cabeza de besos.

—Ahora ya sí que no me puedes dejar nunca. El otro no se ve, pero este…

—Lo has hecho aposta para que todo el mundo sepa que estoy marcada.

—¡Oye! Que la que me has marcado has sido tú… No…, lo he puesto ahí porque es la zona de mi cuerpo que más veo, para recordarme que nunca voy a dejar de quererte.

Se apretujó con fuerza en mi regazo.

—Feliz primer mesiversario.

—Feliz primer mesiversario. Espero que no nos hagamos un tatuaje cada mes… porque nos va a faltar piel donde colocarlo cuando seamos viejitos.

—No, ya ninguno más, ¿vale? Creo que he tenido suficiente.



Capítulo 37

La vuelta a la rutina me estaba costando más de lo habitual. No me apetecía nada trabajar, había perdido la motivación por seguir en ese lugar. Era una realidad. Aday todavía tenía una semana de vacaciones. Mientras yo estaba en el trabajo, él se iba a su casa y recuperaba el tiempo en el gimnasio. Me había propuesto acompañarle cuando empezara el curso. Cambiaría el horario a la tarde y podríamos ir juntos. No me gustaba nada la idea, no me gustaba el gimnasio, pero si iba a ir con él…. Podía probar y renunciar en caso de no querer seguir. Mi padre también me había insistido en varias ocasiones en que fuera con él, pero me daba una pereza horrible.

Esa misma semana mi padre vendría conmigo a buscar un coche nuevo, ya me había decidido por la marca, solo quedaba ver el modelo y reservarlo. El mío había sido declarado siniestro y solo me daban cinco mil euros por él. Sería la señal del siguiente.

Por el momento, Gonzalo parecía estar relajado. No habíamos recibido noticias por parte de Adam de que nos estuviera atacando de alguna manera.

En cuanto a nuestros padres, ese sábado habíamos organizado una comida en un restaurante de Guadalajara para presentarlos mutuamente. La presentación que yo había planeado de Aday a mis padres se esfumó el mismo día que apareció en el aeropuerto. La reacción de mi padre fue tan positiva, que no me preocupé de más. Además, habían coincidido en alguna videollamada con una conexión realmente increíble.

La revelación del nuevo tatuaje causó furor en mi casa. Mi padre enloqueció para bien y mi madre se limitaba a mirarlo y mirarlo.

—Es que es perfecto, los colores, qué calidad…

—A mí me encanta. Ay, infanta, que ya has entrado en el vicio de la aguja…

—Que no, papá, que no. Que ya no más. Olvídate. Además, este se ve. Suficiente.

Se limitaba a reír asintiendo.

—Sí, sí, claro, claro.

Estela llamó esa semana avisando que llegaría a España en quince días para pasar un mes. Que les mandaban a los dos temporalmente

a realizar unos vuelos privados encargados por unos jeques que pasarían las vacaciones por la península. Tendrían unos días libres para estar en casa. Liam también había entrado por la puerta grande. El simple hecho de que mi hermana tuviera un novio oficial, formal y duradero, ya les bastaba a mis padres para que fuera de confianza.

Horas antes de la comida, mi padre nos llamó.

—Infanta, tengo datos de la familia de Gonzalo.

Miré a Aday, se sentó a mi lado frotándose las manos nervioso.

—Dinos.

—Tienen poder, sí. Tienen tentáculos en todos lados, hasta en la Guardia Civil. Por suerte, yo tengo más. He hablado con mi jefe y le he mostrado ciertos acuerdos de algunos de tus primos con altas estancias que sobrepasan lo legal. Por el momento lo dejamos en *stand by*, si nos hiciera falta, recurriríamos a ello. En cuanto a Gonzalo, tiene algunas pifias con Hacienda, algunas licencias que no deberían estar aprobadas y unos cuantos movimientos de dinero ilegales. También lo dejamos en la retaguardia. El que peor lo tiene es el hermano pequeño, no os puedo contar mucho porque hemos abierto una investigación y de momento, vamos a mantenerlo en secreto. Básicamente, que sepáis que, si dan un paso en falso, los tengo cogidos por los huevos. Es lo que tiene el poder, que se creen intocables y dejan muchos cables sueltos.

—¿Mi padre también? —preguntó preocupado.

—No he querido mirar. Si me lo pides…

—No, no quiero saberlo… ¿Mi prima? Es la abogada de mi empresa.

—Ella está limpia, su bufete trabaja bien. Si tiene algún caso dudoso o motivo de delito, no lo hemos encontrado.

—Vale.

—Os veo en un rato. No quería contaros esto delante de todos.

—Gracias, papi.

—De nada, infanta. Te quiero.

Aday se pasó la mano por el pelo.

—Pues me preocupa que tengan tanta mierda detrás… Son mi familia… Es que no solo se ha referido a Gonzalo, ha hablado de

varios y… Eso lo tiene que saber mi prima… Joder…

Su teléfono sonó rompiendo ese momento de reflexión.

—Cuéntame… Sí… —…—. ¿Cómo es eso? —…— ¿Se puede solucionar? —…— Vale, llámalo y haced lo que se pueda. Es sábado, si no tiene una solución rápida, lo paralizas y ya veremos el lunes qué hacemos. —…— Sí, vuelvo el lunes, pero en cuanto acabe el reparto de grupos salgo disparado a Madrid.

Colgó y me miró preocupado.

—¿Qué pasa?

—Nuestro sistema se ha desconectado de los servidores y es como si se hubiera quemado todo el flujo de energía. Los discos duros del ordenador principal están achicharrados. Creen que ha sido un virus, un ataque desde fuera.

Se levantó y se paseó nervioso de un lado a otro del salón.

—¿Qué se te pasa por la cabeza?

—Pues no quiero pensarlo…

—Gonzalo.

—Es que está muy callado… Qué casualidad que, de repente, pasa algo. Si tanto daño me quería hacer, lleva una semana quietecito… Y justo en sábado y antes de que vuelva yo al instituto…

—Pero Gonzalo no sabe de esas cosas.

—Su hermano sí. Está metido en mierdas de internet, se pasa el día pegado a un ordenador.

Cogió su móvil y llamó a alguien.

—Lucía, ¿te han contado? —…—. ¿Y qué te parece? ¿Se puede hacer algo a nivel legal? —…—. Ya…, hasta que no sepamos… Lo sé. ¿Avisamos a la policía? —…—. Vale, pues me mantengo atento al teléfono. Gracias. Adiós.

—¿La hermana de Gonzalo?

—Sí, le ha llegado el correo de aviso que ha lanzado mi equipo a todos los trabajadores. Ella se encarga de recabar información y poner la denuncia.

—¿Sospecha de su hermano?

—No se lo he preguntado, supongo que en su casa serán una piña con este tema. Lucía sabe distinguir y poner límites entre lo que es

trabajo y lo que es familia.

—Ven, anda, que estás muy tenso.

Le pedí que se sentara a mi lado. Lo acurruqué en mi cuerpo y le hice cosquillas por el brazo con la intención de relajarlo un poco. No sé si lo conseguí, porque su mirada seguía perdida en el infinito.

Fuimos los primeros en llegar al restaurante. Aday se hizo cargo de realizar las presentaciones cuando llegaron nuestros padres. Adam vino de la mano de Jesús. Me alegré de tenerlo allí, eran algo así como nuestro apoyo, nuestra cobertura.

Todo parecía ir a las mil maravillas. Nuestros padres hablaban de todo y de nada con cordialidad y educación. Mi madre y María Ángeles encontraron un punto en común, la lectura, las dos se volvían locas por la novela histórica y los thrillers policíacos. Puedo asegurar que sentí alivio, al menos podrían tener tema de conversación.

El ánimo de Aday no mejoraba. Expuso lo que había sucedido en la empresa. Su padre se preocupó y le propuso avisar a su equipo de seguridad digital para ayudarle. Aday aceptó, y sé que eso a él también le alivió.

Pero antes de que llegaran los postres, a Adam le cambió la cara. Se levantó y se acercó a Aday.

—¿Qué es esto? ¡¿Qué cojones es esto?! —gritó como un loco.

—¿El qué, cielo? ¿Qué pasa?

Cogió mi móvil, lo desbloqueó con mi cara y vimos las notificaciones. Nos miramos. Sus ojos reflejaban miedo. Le quité el móvil y entré en el mensaje que me había mandado Gonzalo.

Gonzalo:

¿No te acuerdas de nada de la boda?

¿De nada?

¿Absolutamente nada?

Pues te voy a mandar un vídeo que te recuerde lo que hiciste

con mi primo en la boda. Así os refresco la memoria.

También podrás comprobar que te ha mentido…

Descargué el vídeo que adjuntaba.

La primera imagen era Aday enfocándose de frente, cambiaba la cámara y salía yo frente a él con mis manos apoyadas en su camisa. De fondo se oía música. De repente yo bajaba, le desabrochaba el pantalón, le sacaba la polla y me la metía en la boca.

Tiré el móvil sobre la mesa con los ojos muy abiertos. Todo mi cuerpo se congeló. ¿Qué era eso?

Vi que mi padre cogía mi móvil.

—¿Qué es esto? —me preguntó. No pude contestar. Solo quería llorar y ni siquiera podía—. Aday —vi que le mostraba la pantalla—, ¿qué sabes?

—Por Dios. —Aday tapó la pantalla.

—Hijo… ¿qué es eso? ¿Es Gabriela? —le preguntó su madre. Su padre la cogía de la mano y nos miraba con cara de preocupación.

—No sé qué es eso, Daniel. Te juro por lo que más quiero, que es tu hija, que eso no pasó. La primera foto que tenemos juntos es de Escocia, para que te hagas una idea. Nunca, nunca, nunca nos grabaría.

A Aday le temblaba la voz y a mí las manos. Mi madre se levantó a comprobar también la pantalla de mi móvil. La oí dar un grito. Se acercó rápido a mí.

—¿De dónde viene ese vídeo? ¿Quién lo ha mandado? ¿Dónde lo has encontrado? —Oí que preguntaba mi padre.

—Lo ha mandado al grupo de primos —confirmó Adam.

—¿Gonzalo? ¿Ha mandado eso al grupo? ¡Que hijo de puta! —gritó Aday.

—¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaah! —conseguí chillar. Me tiré al suelo y me agarré las piernas.

Aday vino corriendo a abrazarme. Lo retiré con manotazos.

¿Qué horror era aquel? ¿No solo me habían grabado sino que lo mandaba por los grupos? ¡Qué horror! ¡Qué vergüenza! Me sentí sucia. Muy sucia. Me sacudí por todo el cuerpo. Aire, necesitaba aire. Me faltaba el aire. Aday volvió a abrazarme. Mi madre sujetó mis

manos.

Miré a Aday. ¿Él me había grabado? ¿Yo había hecho eso? Puta boda de la que no recordaba nada.

—No, amor, no pienses eso. Ese vídeo es mentira, no pasó. Eso no pasó. Te lo juro.

—Es que no me acuerdo… —Lloriqueé.

—Mi vida, mírame. Nunca te he mentido. Te juro que eso no pasó.

—Aday, no me engañes…

—Joder, nena, que esa no es mi polla —dijo entre dientes.

Dejé caer mi cabeza hasta llegar al suelo y empecé a balancearme.

—Lo mejor será que salgamos de aquí, Daniel —oí que decía mi madre—. Tenemos que ir a un sitio más tranquilo.

—Vale. Yo la cojo.

Vi que Aday se apartaba y mi padre me cargaba en su hombro. Anduvo hasta su coche, abrió la puerta de atrás y me sentó dentro. Me puso el cinturón. Yo parecía un muñeco que movía a su antojo. Solo podía pensar en que todos me habían visto en ese vídeo haciéndole una mamada a Aday.

Al poco sentí su presencia en mi lado. Se puso en el medio, se abrochó el cinturón y me recogió en su cuerpo.

Los dos estábamos en silencio.

Al poco llegamos a casa de mis padres. Fue Aday el que me cargó esa vez. Me soltó en el salón y me ayudó a sentarme.

—Mi vida…

Y lloraba. Cada vez que él me hablaba, lloraba.

—Déjame ese vídeo —pidió mi padre—. Aday, ¿estás seguro de que este no eres tú?

Oí que volvían a reproducir el vídeo.

—Quitadle el volumen a eso…

—Lo siento, infanta, pero todos los detalles son necesarios.

—Ese soy yo, o sea la cara, ese cuerpo no es mío. Mira —se levantó—, podemos recrear el vídeo desde la misma posición, mi

cuerpo es distinto.

—¿La ropa?

—Sí, la ropa sí es, pero… unos pantalones de vestir y una camisa…

—¿Y tu ropa, Gabriela? ¿Eso es lo que llevabas?

Volví a mirar el vídeo y ver cómo bajaba, le desabrochaba y me metía… Vomité. Aday se puso a mi lado, recogió mi pelo. Mi madre apareció con toallitas que me ofreció, enseguida limpió mi destrozo.

—Lo siento.

—No pasa nada, cariño…

—Sí, es el vestido que llevaba y… soy yo.

—Sí, eso sí lo había notado —admitió mi padre—. No recuerdas haber hecho esto… —dejó caer.

—No recuerdo nada de esa noche, visto lo visto, recuerdo menos de lo que creía.

—Amor, yo no sé si hiciste eso, estuviste conmigo bastantes horas, no sé si antes o después… Pero te puedo asegurar que yo no soy, y eso ya me da a entender que…

—¿Seguro que no eres tú? —volvió a preguntar mi padre.

—Mira, Daniel, te lo puedo asegurar por mi vida. Es que además ese no es mi… —se señaló—. Creo que es excederme, pero te lo puedo enseñar y verás diferencias considerables…

—En ese caso, yo lo veo claro.

—¿El qué ves tan claro? —pregunté al borde de otra arcada.

—Que es un *fake*. Este vídeo está montado.

—Pero yo, sí soy yo. —Volví a sollozar.

Aday torció el morro.

—Dame —le pidió a mi padre el móvil. Lo miró atento durante un rato. Por suerte le quitó el sonido—. No eres tú.

—Soy yo.

—No, no eres tú. Es tu vestido y tu cara, pero ese no es tu cuerpo. Te falta el lunar del brazo y, cuando te agachas, este cuerpo se hace más delgado que el tuyo. Además, ese no es tu cuello, a ti te sale este músculo bajo la oreja. Aquí en el vídeo eso no se ve.

—¿Seguro? —pregunté.

—Gabriela, me sé tu cuerpo de memoria. Ese no es tu cuerpo. —Vi que mi padre lo miraba con el ceño fruncido. Aday también se dio

cuenta—. Perdón, yo… no quería…

—No, no, si me parece bien…

Me toqué el cuerpo y me acaricié a mí misma. Me abracé. Aday corrió a recogerme él también con sus brazos.

—¿Entonces?

—Se lo voy a enviar a los compañeros… Voy a pedir un favor para que sea urgente. Intentaré que eliminen el vídeo de todos los sitios en los que lo hayan podido volcar, pero…

—Todos los sitios…

—A ver, Gabriela —llamó mi atención mi padre—, lo primero de todo, tú tienes que concienciarte de que la del vídeo no eres tú, ni el tío es Aday. Y una vez que te hayas convencido de eso, asume que este vídeo lo ha visto gente y que lo han podido colgar en páginas porno. Lo importante es que tú seas lo suficientemente fuerte, que estés mentalmente fuerte para lo que pueda venir, lo que te puedan decir…

—¿Pero cómo voy a ser fuerte si salgo comiéndole la polla a Aday y lo ha visto la gente?

—No somos nosotros, amor.

—No sois vosotros. Y eso es lo primero que tienes que grabarte en la mente. Ahora, voy a intentarlo todo. Y os aviso…, preparaos porque va a tronar. Nadie toca a los míos.

—Quedaros aquí hoy, será lo mejor —propuso mi madre.

Los dos nos miramos y asentimos.

—Juntos, mi bella dama, juntos.

Asentí antes de acurrucarme en su cuerpo.



Capítulo 38

Todo estaba saliendo a pedir de boca. Le había avisado a mi hermano de que quizá ese cartucho era de un calibre demasiado grande, que lo mismo nos pasábamos. No fue así. Supe hacerlo.

Gabriela no contestó al mensaje, aunque supuse que le estaría gritando a Aday con todas sus fuerzas. Que estaría indignada y molesta hasta el punto de llegar a plantearse dejarlo.

El otro movimiento también fue certero. Escribí indignado en el grupo de primos, alegando que me había llegado un vídeo horrible y pregunté si alguien sabía algo. Adam seguía en el grupo y sabía que se lo iba a enseñar a su hermano. Tenía que desestabilizarlo. Por mucho que negara que eso había pasado, Gabriela no le creería. Habíamos clavado sus caras, hasta le habíamos puesto a la figura de Gabriela el mismo vestido.

Mis primos se indignaron. No entendían que Aday grabara ese tipo de contenido. Les dije que me había llegado de una página porno, que me lo había mandado un amigo. Aquello hizo estallar el grupo.

Lo había reventado y no me había costado mucho. Su reputación ya estaba en entredicho. Me pensé si mandarlo al instituto donde daba clase, qué pensarían de eso en la escuela pública. Pero me controlé. Sería mi cartucho en la recámara.

Habíamos tomado por costumbre pasar los domingos en casa de mis padres. Mis movimientos habían creado un auténtico cisma en la familia. Mi tío, frente a todo pronóstico, se decantó por su hijo. Tras años sin hablarle, había decidido, justo cuando más le necesitaba, abandonar a su verdadera familia por su hijo traidor. Mi padre propuso pasarnos un día por el pueblo y tantear la opinión de mis abuelos.

He de reconocer que actué un poquito de pena, no de despecho, porque eso sí que lo sentía muy dentro. Me estaba obsesionando cada vez más con Gabriela. Lo único que me relajaba era pensar que había roto con Aday. Y me encendía hasta que la rabia me consumía el simple hecho de imaginar que en un futuro llegaría la invitación a su boda. Aunque seguramente yo no estaría invitado. Esa boda tendría que ser la mía, la mía con ella. La mía.

—Abuela, no sé qué he hecho mal, ¿tú cómo la viste el día que

vino aquí?

—Sola.

—No estaba sola, estuve yo y…

—Aday.

—¿Qué quieres decir?

—Que estaba sola y Aday no la abandonó. Tú también te diste cuenta de eso. Aprovechaste que él se encargaba de ella para irte con Jaime.

—Sí, puede ser —recordé—. Ahí ya estaban juntos…

—Hijo, he visto el vídeo… —Fruncí el ceño. De repente me pareció horrible que ella hubiera tenido acceso a eso—. No es plato de buen gusto ver eso. Supongo que a ti no te sentó bien. Y cuando uno está soltero, puede hacer lo que quiera. Sé que sois primos y… resulta raro que compartáis mujer. Hasta en las buenas familias ha pasado eso. La Pepa se casó con el hermano de su marido tras ponerle los cuernos durante años. Y ahí están, felices. Deberías plantearte eso, si te puso los cuernos, que puede ser lo más doloroso, o te respetó el tiempo que estuviste con ella.

—No lo sé, pero algo tuvieron juntos, antes o después.

—El día que estuvieron aquí no tenían nada.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque tu primo no habría venido, simplemente. Es inteligente, huye del conflicto. No tiene necesidad de exponerse aquí delante de ti. Que se gustaban, no te lo voy a negar, Aday no dejó de comer chucherías desde el momento que entró por esa puerta. Y las miradas, Gonzalo, tendrías que haberte fijado en las miradas.

—Me di cuenta de las miradas, tarde.

—Tú no la mirabas así.

—¡Abuela!

—Conmigo no te cabrees. Es lo que vi.

—¿Entonces de qué lado estás?

—Los dos sois mis nietos, no me puedo posicionar. Pero te voy a decir una cosa, el amor siempre vence y el tiempo pone a cada uno en su lugar. Si se quieren, ya sea hoy o dentro de una década,

estarán juntos.

—Pero yo la quiero y no veo que vayamos a estar juntos.

Mi abuela suspiró. Se sentó en una silla de la cocina y colocó el trapo sobre sus piernas.

—Tú la quieres para ti porque otro también la quiere, pero tú no la quieres de aquí —se echó la mano al pecho—, es un capricho. Como cuando eras pequeño y te peleabas con Aday, precisamente, por tener en brazos al gato. Tú lo cogías, el gato huía y se iba directamente con él. Cuando llevaba un rato acurrucado, llegabas y se lo arrebatabas como si te fuera la vida en ello.

—No lo recuerdo.

—Teníais cuatro años… Eso a tu hermana le entristecía, terminaba llorando.

Me quedé pensativo. No recordaba esos momentos de mi infancia. Sí recuerdo al gato, sí me recuerdo con Aday jugando en el patio, pero no de eso en concreto. Yo siempre me he llevado bien con él, o así lo creía.

Mi hermano anduvo pululando por la zona y escuchó toda la conversación. Salí de allí serio y desganado. Mi abuela no se había posicionado y quizá yo me había equivocado. ¿Me había cegado la obsesión?

—No te me amaricones, hermanito. Les hemos jodido la vida, al menos por el momento, que era lo que querías. Contigo no se mete nadie. Que lo hubieran sabido hacer. No era tan difícil quedar contigo y hablarlo, ¿no? Lo han hecho a tu espalda, y están pagando por ello.

—¿Y qué me dicen? Quedan conmigo… ¿y qué? ¿Me piden la bendición como si yo fuera el papa?

Un rayo de lucidez cruzó mi mente. Lo cierto es que no se habían mostrado delante de nadie. Hasta el último día en mi local habían mantenido las distancias. Yo sí les descubrí por las miradas y porque era incapaz de quitarle ojo a Gabriela, si no hubiera sido por eso, no me tenía por qué haber enterado. Y había sido yo quien les había expuesto ante el resto.

Al llegar a casa me vi en la necesidad de preguntar por la amiga de Gabriela. Si ella no hubiera venido a pedirme ayuda ese día, no

se habría desatado la locura. Cuando sentí el placer de ver reforzado mi orgullo al delatar el tatuaje de Aday, dejé de pensar con claridad.

—Ya la estamos tratando. Lo hemos pillado en fase primigenia y no va a ser un tratamiento largo. Luego tendrá que llevar sus controles.

—¿Qué sabemos de la familia? ¿Habéis hablado entre vosotros? —pregunté.

—¿Qué te preocupa? —Me encogí de hombros—. Hemos hablado sí, y nos parece repugnante el vídeo, no entendemos por qué lo hizo y, mucho menos, por qué lo difundió. Con Juan Manuel no nos hablamos, le llamamos para ofrecerle nuestro apoyo, pero no nos cogió el teléfono. Y lo entiendo, no me gustaría ver un vídeo así de ninguno de mis hijos. No quiero pensar cómo estará el padre de la chiquilla. Solo de pensar que fuera tu hermana, me hierve la sangre. Le haría la vida imposible al tío, lo tengo claro.

No había pensado en esa posibilidad. ¿El padre de Gabriela le haría la vida imposible a Aday? ¿Entonces Gabriela tendría que elegir entre él y su familia? Su padre era Guardia Civil y, aunque seguro que Aday tenía todo en regla, no tenía que ser plato de buen gusto tener a la Guardia Civil soplándote el cogote. Además, no me había parecido muy afable que se dijera, fue serio y distante el día que lo conocí, y eso que su hija acababa de salir viva de un accidente de coche. Y Aday, gracias a ella.

Me revolví el pelo y me froté la cara. Necesitaba pensar todo fríamente. ¿Y si me había equivocado?

Durante unos días no tuve noticias de nadie, lo que era extraño, porque las fiestas de Guadalajara estaban ahí mismo y ya habíamos pagado la peña, pero nadie hablaba de quedar. Gabriela me había bloqueado y había borrado sus perfiles en redes sociales. Todos. Lo sé porque creé perfiles falsos y el suyo no aparecía por ningún lado. Aday, por el contrario, se mantenía. No me había bloqueado ni eliminado. ¿Qué significaba aquello? ¿Que ya le había dejado? Aunque así hubiera sido, yo no tenía vía libre, porque ella había decidido darme la patada. Llegué a plantearme que me había pasado con ella. Joder, ella en realidad no tenía culpa. Con ese vídeo me cerraba las puertas. ¿Y por qué me las cerraba si ella no tenía

por qué saber que había sido el creador y distribuidor?

Mi hermano llamó a media tarde de ese viernes raro.

—Gonzalo, lo de la empresa de Aday no ha funcionado. Nos han descubierto.

—¿Cómo nos van a descubrir? ¿No se supone que habías pagado a un tío que era bueno y discreto?

—Y así lo hice; al parecer nuestro tío, Juan Manuel, le ofreció su equipo a nuestro querido primo y… son los mejores, Gonzalo. Lo han conseguido medio arreglar y han dado con nosotros, bueno, con el tío al que pagué.

—Joder…

—Si te consuela, ha habido cosas que no ha podido recuperar y ha supuesto una buena cantidad de euros en pérdidas.

—¿Se irá de la lengua?

—No creo, le acabo de pagar más, por si acaso.

Le colgué porque entraba otra llamada y esa sí que me interesaba.

—Hermanita.

—Hermanito… Solo llamo para decirte que eres gilipollas, que no me quisiste escuchar. Si es que la venganza ciega y los celos consumen el alma. Has estado a punto de llevarte parte de mi trabajo por delante. Te dije que no te ayudaría con esto y no lo voy a hacer. No me llames cuando todo caiga.

—No va a caer nada porque yo no he hecho nada, no sé de qué me hablas.

—Solo te he llamado para avisarte, deberías prepararte.

Colgó y su última frase me llenó de preocupación. ¿Prepararme para qué? ¿Tendría que ver con el vídeo? Quise unir las piezas, Gabriela me había bloqueado, a mí, ¿por qué? Aday no, ¿por qué? ¿Y si el padre de Gabriela se había dado cuenta de que era falso?

«Da igual, no tiene pruebas. Las borrasteis todas», me dije para relajarme. Aun así, noté que los nervios se habían instalado en mi cuerpo para no irse.

«No, la llamada tiene que ver con lo de la empresa de Aday…, por eso ha dicho que casi te llevas una parte de su trabajo por delante…», conversé conmigo mismo. «Pero por ahí tampoco nos

pueden pillar, yo no he tocado nada…».
La siguiente noticia llegó media hora después por el grupo de primos.

Nerea prima:

Chicos…, ha venido a la oficina la Guardia Civil, venían de paisanos con pasamontañas. Se han llevado a Rafa. Me han dicho que está detenido por un delito económico y fiscal. Han venido con una orden de registro y se están llevando portátiles y discos duros.

Carlos primo:

¿Perdona? ¿Estás de coña?

Jaime primo:

No está de coña, me acaba de llamar mi madre para decírmelo. Ya hemos llamado a Lucía.

Me puse nervioso. ¿Cómo que habían detenido a Rafa?

Javier primo:

Joder, chicos. Nos acaba de pasar lo mismo. Se han llevado a Idoia. Mismo motivo.

Elisa prima:

No te creo. ¿Estáis de broma?

María prima:

¿Qué está pasando? Se acaban de llevar a Jose.

Jaime primo:

¿Quién cojones se ha ido de la lengua?

No pongas eso por aquí, idiota. Que caemos todos.

Elisa prima:

No, Gonzalo, caerás tú. Yo no tengo nada que ver con vuestras mierdas.

Javier primo:

Mi padre está llamando al contacto de arriba. Dice que no

puede hacer nada porque también tienen cosas de él, que nos abandona.

Jaime primo:

Gonzalo, ¿dónde estás?

Sí, claro, te crees que lo voy a decir por aquí, para que el topo lo sepa.

Pues yo estaba en casa, el primer lugar en el que vendrían a buscarme. Joder, Lucía lo sabía, me había avisado.

¿Quién se está encargando de reciclar?

María prima:

Los basureros, pero no creemos que les dé tiempo…

¿Sabéis de alguna detención más?

Me senté en el sofá intentando pensar. ¿Y si me iba del país? ¿Quién se habría ido de la lengua? Si caíamos todos era porque habían descubierto nuestros desvíos. Si podían probarlo, ¿cuántos años de cárcel suponían? Busqué en ChatGPT.

Genial, de uno a cinco años con multas elevadas. Si no nos echaban más de dos, no entrábamos en la cárcel, ¿no? ¿O era un mito? A nivel económico, podíamos asumir las multas sin problema.

Nerea prima:

Gonzalo, la novia tuya esa, ¿sabía algo?

Absolutamente nada. De mi entorno no ha salido.

Sopesé los pros y los contras de huir. ¿Me daría tiempo a llegar al aeropuerto y coger el primer vuelo a Latinoamérica?

Sonó el timbre de casa. Me puse recto y aguanté la respiración. No

iba a abrir. Escribí en el chat:

Chicos, acaban de llamar a mi casa. No voy a abrir.

Jaime primo:

No me jodas… No me jodas…

El timbre volvió a sonar.

Ha vuelto a sonar. Estoy cagado.

Esta vez tocaron fuerte a la puerta. Unos cinco golpes que la hicieron temblar.

—Guardia Civil, abra la puerta. Sabemos que está ahí.

Chicos, la Guardia Civil en mi puerta. Soy el siguiente.

Era el siguiente y mi hermana me había abandonado. Estaba jodido, realmente jodido.

Me incorporé, abrí la puerta y levanté las manos. Al primero que vi fue al padre de Gabriela. Ninguno llevaba pasamontañas, venían todos al descubierto y pude contar unos seis.

—Hola, Gonzalo. Venimos con una orden de detención.

—Y otra de registro.

—No, no hay de registro.

—¿Por qué se me detiene?

—Por un delito contra la intimidad regulado en el artículo 197 y siguientes, por el que te pueden caer de uno a cuatro años por tenencia y de dos a cinco años por difusión.

—No le puedes informar de eso —comentó otro agente.

—Bueno, es el ex de mi hija, me veía en la obligación moral de comentárselo.

—¿Qué? ¿Contra la intimidad?

—Gonzalo, nos estabas esperando… ¿Acaso hay otra cosa?

—No os estaba esperando. ¿Contra la intimidad?

—Ya te contaremos más en el cuartel. Tienes derecho a guardar silencio, y a un abogado, si no dispusieras de uno, puedes solicitar uno de oficio…

—Ahora le leemos los derechos, vamos a ponerle los grilletes —

dijo otro.

—Pon las manos delante —me exigió el padre de Gabriela—. Eso es.

Sacó unas esposas, las puso y tiró de ellas hacia el ascensor. Me llevaron hasta el coche, que tenían aparcado en la misma puerta de mi casa. Agaché la cabeza, no quería que me vieran los vecinos.

Pensé en mi padre. ¿Estaría ya al tanto? ¿Me encontraría con mis primos en el cuartel? Aunque algunos de ellos estaban en Madrid. Pero yo no estaba detenido por fraude fiscal. ¿Contra la intimidad?

—Daniel…

—Para ti soy Salgado. No te tomes unas confianzas que no tenemos.

—Salgado, quiero saber cuál es el motivo real por el que estoy aquí y qué va a pasar conmigo.

Rio de manera estridente.

—Mira, vas a tener suerte de que no me puedo encargar de ti por un conflicto de intereses y porque Gabriela ha hecho una petición especial de que te tratemos bien. Me siento orgulloso por cómo la he educado.

—¿Gabriela?

El coche paró en la puerta del cuartel de la Guardia Civil. Daniel salió del coche, se acercó a mi puerta y me sacó agarrándome de la camiseta.

—Es la última vez que te voy a dirigir la palabra, hay que tener cuidado con quién te metes, nadie toca a mi familia. Y me voy a asegurar de que vas a cumplir hasta el último día.

Me empujó. Otro Guardia Civil se encargó de mí. Él se quedó quieto. ¿Mi detención era por el vídeo?

Me metieron en una sala muy oscura y me dejaron allí sentado. Me pusieron un vaso de agua delante. Los minutos pasaban y pasaban y allí no entraba nadie. Cada segundo que respiraba ese aire, más convencido estaba de que era por el vídeo. Nos habían pillado.

—Buenas tardes, Gonzalo Grupeli, ¿es así? —preguntó un agente. Asentí—. ¿Sabes por qué estás aquí? —Había aprendido que tenía que negarlo todo y así lo hice con un movimiento de cabeza—. ¿No

tienes voz?

—Sí.

—Muy bien. Supongo que ya te han leído los derechos. ¿Dispones de abogado?

—Sí, mi hermana.

—Me temo que no. Se ha puesto en contacto con nosotros y ella no se va a hacer cargo.

—Llamen a mi padre y pídanle que me busque uno, por favor.

—Bueno, al menos eres educado. Ahora llamamos. Mientras tanto… Te voy a enseñar una cosa, como tienes derecho a guardar silencio, no tienes por qué decir nada.

Sacó un móvil y reprodujo el vídeo muy cerca de mi cara. Intenté quedarme impasible. Era difícil. Me rasqué la nariz.

—¿Te suena?

—Sí.

—¿Conoces a los protagonistas?

—Sí.

—¿Quiénes son?

—Mi primo Aday y Gabriela.

—¿Y si te digo que no son ellos y que tú sabes que no son ellos?

—Son ellos, son sus caras.

—¿De dónde ha salido este vídeo? ¿Te lo vuelvo a poner?

—No, no lo sé.

—Bien. —Miró a uno de sus compañeros—. Te vas a tomar un descanso en los calabozos, a ver si se te ilumina la mente y, mientras, viene tu abogado. Además, te están esperando.

Se giró y salió de la sala. Su compañero me cogió por las esposas y me indicó que saliera por la puerta. Recorrimos varios pasillos hasta llegar a lo que supuse que eran los calabozos, pues había una hilera de puertas metálicas.



Capítulo 39

—¿Gonzalo? —oí mi nombre sollozado.

—¿Borja?

—Sí… —Lloriqueó.

—¿Por qué estás aquí?

—Me han dicho que por un delito digital y otro contra la intimidad.

—El puto vídeo.

—¿Va a venir Lucía?

—Me temo que no, Borja. No sé si papá mandará a alguien, pero Lucía se ha desentendido.

Quería mantener la compostura y pensar con la claridad que me había abandonado las semanas anteriores y que ahora me llevaba a estar detenido. Durante años había preparado mi defensa por si pillaban nuestros trapicheos, pero nuestra detención no tenía nada que ver con el otro tema y no sabía cómo salvarme. Mi hermano no dejaba de llorar.

—Gonzalo…

—¿Qué?

—No voy a salir nunca.

—Sí, saldrás. Quizá nos toque estar encerrados unos años. La hemos cagado, tenemos que asumir la culpa, es una realidad. El padre de Gabriela no va a descansar hasta que nos vea bien jodidos…

—No, no es eso… No es solo el vídeo.

—¿Y qué más es?

—Yo…, Gonzalo… —le oí llorar.

—Intenta tranquilizarte, ¿qué más hay?

—Fotos y vídeos de menores. En cuanto revisen mi portátil… Me van a violar en la cárcel, me van a matar, Gonzalo…

Me eché las manos a la cabeza.

—¿Menores, Borja? —Se me revolvió el cuerpo solo de pensarlo.

—Daba mucho dinero…

—Joder, Borja, ¿menores? Dios…, siempre hay un límite… Los niños son intocables… Joder, Borja… Cuando se entere papá…

Lo oí llorar desconsoladamente. Me llevé las manos a la boca. En ese instante, poco me importaba lo que a mí me pudiera pasar por un puto vídeo hecho con inteligencia artificial. Mi hermano estaba

realmente jodido. Si necesitaba el dinero solo tenía que pedirlo. ¿Menores?

Pasaron horas hasta que volvieron a buscarme. Me metieron en otra sala donde me esperaba un señor calvo con traje que apestaba a perfume. Me ofreció la mano, se la estreché y me senté.

—Buenas noches, Gonzalo, soy Miguel, su abogado. Su padre me ha llamado con carácter de urgencia para atender su detención.

—¿Y la de mi hermano?

—Y la de su hermano. Lo que nos interesa ahora mismo es la suya. ¿Le han informado del motivo de su detención?

—Sí. Quiero confesar, colaborar, arrepentirme y pedir perdón.

—Perfecto, eso rebajaría la pena considerablemente. Es posible que el lunes pase a disposición judicial, voy a intentar sacarle hoy de aquí.

—Vale. ¿Y mi hermano?

—Estamos hablando de usted.

—Lo sé, pero quiero saber qué va a pasar con él. Soy su hermano mayor, necesito esa información.

—Me temo que su hermano lo tiene más complicado.

Asentí. Entraron dos agentes que me rompieron el nudo que se me había clavado en la garganta. En ese momento, me preocupaba más mi hermano que yo mismo.

—Me gustaría hablar con Salgado.

—No va a ser posible. Tenemos unas preguntas que…

—Quiero pedirle perdón, a él, pero sobre todo a Gabriela. Me cegó el despecho, los celos… No sé qué me pasó. Yo no soy así, me obsesioné y no pensé con claridad.

—Está bien que te des cuenta una vez que estás detenido y con tu abogado delante.

—No estoy actuando por mi situación. Asumiré las consecuencias de mis malas decisiones. Lo siento así. No lo hice bien y sé que le he podido joder la vida. No controlé las consecuencias. No las tuve en cuenta…

—¿Quieres contarnos cómo lo hiciste?

—Fue idea de mi hermano. Me dijo que con la inteligencia artificial podíamos hacer lo que quisiéramos. Mi objetivo era joderle la vida a

mi primo y dejarle en evidencia ante toda la familia. No sabía que lo que estaba haciendo era delito y —el policía intentó cortarme, pero proseguí—, sí, sé que desconocerlo no me exime. Compramos un portátil, nos fuimos a un McDonald's de Madrid.

—En Gran vía.

Lo miré extrañado. Ya lo sabían.

—Sí.

—Os grabaron las cámaras. Vuestros móviles os posicionan allí. Las cámaras os muestran entrando y saliendo con el portátil. También que lo tirasteis en unos contenedores cercanos.

—Pero eso no es delito…

—Eso no, pasarse el vídeo en ese momento, en esa hora, a tu móvil y darnos información de datos de tu dispositivo móvil, sí te pone en el objetivo. El vídeo guarda metadatos que nos informa de cuándo, cómo e, incluso, dónde se ha originado. El que tú mandaste dejó un rastro único de ese ordenador a tu dispositivo.

Me quedé en silencio. Me tenían más que cazado.

—¿Cómo lo hicisteis? —preguntó el otro agente.

—Utilizamos una inteligencia artificial que me recomendó mi hermano. Buscamos fotos de la boda, pusimos la cara de Aday, y el vestido, la cara y el peinado de Gabriela. La aplicación se encargó del resto. Tardamos cosa de media hora.

—Mi cliente está colaborando —añadió mi abogado—. Espero que se tenga en cuenta para dejarlo en libertad hasta que se ponga a disposición judicial.

—Lo siento, no tenía que haberlo hecho. No lo pensé, no…

—Le recomiendo que no utilice la enajenación mental como excusa, puesto que usted está en perfectas condiciones mentales.

—No lo voy a usar. Estoy arrepentido.

—Ya… Bueno, le vamos a llevar a calabozos hasta nueva orden.

Miré a mi abogado.

—Me quedo aquí —confirmó.

Asentí. Me acompañaron hasta la celda y se llevaron a mi hermano. Me tumbé en la piedra. Con suerte no me caerían más de dos años y podría salvarme de entrar. Con suerte todo se resolvería de la mejor manera posible. Gabriela era buena, tenía buen corazón,

y Aday era el rey de la empatía. Si veían que me arrepentía de verdad, podría ayudar a rebajar mi pena.
Pasaban las horas y mi hermano no volvía. Me comencé a preocupar de verdad. Pasada la medianoche, abrieron la puerta de mi celda. Mi abogado estaba allí. Me dejaron salir bajo la condición de presentarme el lunes ante el juez.

—Te espera tu padre en la puerta.

Asentí y eché a andar. Cuando llegué a la puerta de la comandancia, vi a mi padre apoyado en el capó de su coche. Me acerqué a él.

No me vi venir el bofetón que me pegó. Me giró la cara y hasta me tambaleé. Se me saltaron las lágrimas, pero aguanté la compostura y el silencio.

—Sube al coche. Y no se te ocurra abrir la boca.



Capítulo 40

Daniel y Lucía nos habían avisado de que iban a comenzar a caer todos. Gabriela estaba nerviosa, incluso se arrepentía de la denuncia. Paseaba por el salón de lado a lado como un león enjaulado.

En las últimas semanas, implicarse en la denuncia le había dado fuerzas para levantar cabeza y ganar seguridad. Además, la Guardia Civil nos había asegurado que el vídeo no había sido publicado en ninguna página porno o, al menos, no lo encontraban, lo que era positivo. Aunque no nos aseguraban que se hubiera difundido por otras vías a las que no podían acceder.

Yo, personalmente, todos los días llegaba al instituto acongojado, como una tortuga metida en su caparazón. Y rezando mucho para que ese vídeo no hubiera salido del grupo de primos, que ninguno de mis compañeros hubiera tenido acceso a él, ni hubiera llegado a altas estancias y, por supuesto, que ningún alumno lo hubiera visto. Porque si ese momento llegaba, estaba seguro de que se viralizaría, saldríamos en la prensa a nivel nacional y, por mucho que quisiéramos negarlo, no tendríamos escapatoria y estaríamos expuestos.

—Nos vamos del país —repetía Gabriela una y otra vez—. Si eso pasa te van a echar, hazte una idea de la imagen que dejarías en el sistema educativo…

—Eso lo tengo claro.

—Pues nos vamos…

—¿Dónde?

—A las Maldivas, donde sea, donde nadie nos conozca.

—Allí se me llenan los huevos de arena… Y una semana vale, pero toda la vida sacudiéndome…

—¡Aday! ¿Es que no te tomas nada enserio?

—Claro que me lo tomo, mi vida, es mi forma de no colapsar… No podemos estar todo el día pensando de esa forma tan negativa, porque nos va a explotar la patata y no de amor, precisamente, sino por un infarto.

—Vale, tienes razón, perdona. Es que estoy muy nerviosa. ¿Cómo se le ocurrió hacer algo así? Yo no conocí esa versión de Gonzalo.

—Yo tampoco. Era un chulo, prepotente, pero no un delincuente.

No sé, Gab…, tu padre está pendiente, mi prima está pendiente, debemos confiar en ellos. Frente a todo pronóstico y a lo que intentaba Gonzalo, hemos salido ganando nosotros. La familia, la real, la sana, nos apoya y nos arropa. Podemos sentirnos realmente afortunados. Pensar en los «y sis…», y mira que llevo toda la vida con miles de «y sis» en mi cabeza; ahora mismo no nos ayuda.
Tras el paso de los días, nos habíamos relajado, no estábamos tan negativos y la rutina nos ayudaba a sobrellevarlo mejor. Dedicábamos las tardes a ver películas, hacer palomitas caseras, poner música y bailar en el salón tras retirar los muebles; buscar nuevas recetas y poner la cocina perdida con inventos sacados de internet que no conseguíamos que fueran comestibles. Fueron varios los días que terminamos pidiendo comida a domicilio. Y reímos, reímos mucho. Quizá esa era nuestra mejor virtud. Mirarnos a los ojos y hacernos reír.

Pero ese día no había forma de calmarla. Miraba el móvil cada dos por tres. Se levantaba y se sentaba recorriendo las diferentes habitaciones sin un objetivo claro. Se estaba destrozando los labios creándose pequeños pellejitos que luego mordía.

—Querida mía —quise distraerla—, hasta que tengamos noticias de tu padre o mi prima, podíamos ir hablando de nosotros.

—¿De nosotros? —dijo con rapidez. Asentí divertido fingiendo sorpresa. No sonrió—. ¿Qué nos pasa a nosotros?

—No, nada… Solo que hace casi un mes que estoy viviendo en esta casa y he abandonado sin remordimientos a Fran y Jésica…

—¿Qué me quieres decir? —preguntó seria.

—Que estoy acostumbrado a vivir con compañeros de piso —le piqué.

—¿Y yo qué soy?

—Mi novia, por Dios, no me digas ahora que no, que me había hecho ilusiones…

—¿Te los quieres traer aquí? No tenemos sitio para todos y yo… Uf, sería mucho ruido…

La miré sonriendo de medio lado. Moví las cejas intentando que se

diera cuenta de mi propuesta.

—Gab…

—¡Ah!, ¡oh!

—¡Uh!

—Esto… —se pasó la mano por el pelo—, ostras… —Me miró fijamente—. Llevas viviendo aquí un mes… —Asentí con los ojos bien abiertos—. Y sin pagarme un alquiler… —Fruncí el ceño y rompió a reír.

Me eché la mano al pecho.

—Vale, bien jugado.

—*And the winner is*… —canturreó señalándose.

—Tú, tú… sin duda alguna. Anda, ven… —Pedí que se sentara como siempre, sobre mis piernas mientras me miraba con esos preciosos ojos marrones brillantes.

—He pensado en vaciar la habitación trastero para que puedas poner ahí tu despacho. No creo que la mesa del salón sea el mejor lugar para trabajar y corregir exámenes.

—¿Me estás proponiendo que me venga a vivir contigo?

—No.

—¿No? —pregunté extrañado.

—Ya estás viviendo conmigo.

—¡Ah! ¿Esto va a así? Sin hablarlo… ¿Dónde quedó lo de preguntarnos al modo tradicional?

—Es que todo este tema nos ha despistado, pero si te quedas más tranquilo… ¿te quieres venir a vivir conmigo?

—¿Por?

—¿Cómo que por? —Alzó los hombros descolocada—. Porque te quiero y quiero que compartas conmigo mi tiempo y mi espacio. Porque me he acostumbrado al ruido y me molesta el silencio.

—¿Yo hago ruido?

—¿Quieres o no? —Sonrió agarrando mi cara entre sus manos.

—Sí, quiero.

Se echó sobre mi cuerpo y se lamentó.

—Estoy muy nerviosa… Es que… ¿Por qué nosotros? Van pasando los minutos y no nos dicen nada…

—Sí, lo sé, es mucha tensión. Están a punto de detener a la mitad

de mi familia…

—Ay, perdón, perdón. Joder, me he centrado en lo mío y me he olvidado de…

—De que se trata de mi familia, además de Gonzalo…

—Perdóname —me dio un beso en la boca—, no he focalizado.

—No, no has estado fina poniendo el objetivo correcto en el foco. Pero estoy dispuesto a perdonarte si te casas conmigo.

Me dio un manotazo en el hombro, me quejé.

—No creo que sea el momento. Hoy estamos en otra cosa. Y es pronto.

—Bueno, bueno…

—Es pronto, Aday…

—Lo que tú digas, pero estate atenta, porque sabes que va a pasar… Yo me voy a morir casado contigo. En cualquier momento, cuando menos esperes, ¡já!, anillito e hincada de rodilla —le dije sonriendo.

Hundió sus dedos en mi pelo, me peinó, me miró con cariño y acercó sus labios a mi boca.

—Todavía no, es pronto —susurró antes de besarme.

—Nooo —me lamenté como un niño pequeño.

Rio, y con eso ya me sentí pleno. Me valía. Había conseguido sacarle una sonrisa en esos momentos y para mí era suficiente.

Sonó el teléfono de Gabriela. Se puso tensa y lo descolgó con el altavoz activado.

—Papá…

—Infanta, Aday… Ya está hecho. No ha puesto resistencia. Estaba tranquilo, pero él pensaba que su detención era por otro motivo, por el mismo que sus primos. Los que teníamos señalados están todos detenidos. Pasarán a disposición judicial en cuanto así se decida. Los que peor lo tienen son Gonzalo y su hermano, sobre todo su hermano. Ya depende de ellos y de si colaboran, que las penas sean mayores o no. Eso depende del juez.

—Se le va a juzgar por el vídeo, pero ¿y de la empresa de Aday?

—Lo de la empresa de Aday no le inculpa a él, sino a Borja. Y queda el tema del fraude fiscal, que lo sacaremos tras el juicio de

vídeo.

—Finalmente, ¿tenemos que ir a declarar?

—No, se ha realizado una denuncia de oficio y tras el análisis del vídeo y las capturas de pantalla, queda bastante claro. Chicos, podéis relajaros. Si os apetece, veníos a cenar a casa.

—No…, prefiero quedarme en casa.

—Daniel —le llamé la atención—, sé que Gabriela es tu infanta, pero es mi reina… —uf, cómo me tembló el cuerpo con esas palabras —, ¿la puedo llamar así?

—Ni lo sueñes. Cuando te cases con ella.

—Son todo señales, bella dama…

Gabriela me miraba con los ojos entrecerrados.

—Adiós, papá.

Colgó y me miró seria. Negó con la cabeza. Se levantó y salió por la puerta.

—Nenaaaa…

—No.

Reí a carcajadas para que me oyera. De lejos oí que ella se aguantaba la risa con un sonido gutural.

—¡Te he oído!

***

Las semanas fueron pasando con mucha tranquilidad. En mi empresa conseguimos recuperar la mayoría de la información que habíamos perdido. Lo que más me preocupaba era la pérdida de datos de la innovación de los suelos solares. Habíamos conseguido llegar a un acuerdo con una gran superficie comercial que los instalaría en varias terrazas por las que transitarían los clientes. Podríamos comprobar su fortaleza cuando llegara la campaña de Navidad y aumentara el flujo de personas. Eso era lo que más me preocupaba, que el cristal resistiera el peso; que generaran la electricidad necesaria para abastecer el local entero, que contaba con unas dimensiones importantes, era secundario.

Un día antes de la boda de mi hermano, a la que solo estábamos invitados los más cercanos y unas cuantas decenas de amigos suyos,

llegó una carta a casa. Fui yo el encargado de recogerla del buzón cuando regresaba del instituto. El destinatario era Gabriela y el remitente, Gonzalo.

La dejé sobre la mesa de la cocina. Gabriela todavía no había llegado a casa, comía en el trabajo. Abrí el frigorífico y me calenté la comida sin quitarle ojo a la carta. ¿Qué pondría?

El juez le había condenado a dos años y un mes de prisión por el tema del vídeo. Su condena se vio reducida a la prevista gracias a que colaboró y, según Lucía, porque había mostrado un claro arrepentimiento. Además, en la cárcel estaba siendo gentil y estaba colaborando con otros presos, por lo que eso le ayudaría a salir mucho antes de cumplir los dos años. Entre medias, estaba pendiente el juicio por fraude fiscal, lo que podría sumarle otros dos o tres años. Borja lo había tenido peor. Le habían caído nueve años por el vídeo y los casos de pornografía infantil. Mis tíos estaban destrozados. Habían llamado a mis padres y les habían pedido perdón reiteradamente.

El resto de primos intentamos seguir quedando, pero muchos estaban esperando los juicios por fraude y no querían reunirse, por lo que esas quedadas que llevábamos años manteniendo, las perdimos. Algunos seguían creyendo que había un topo, ninguno se dio cuenta de que la mecha que había prendido la dinamita había sido Gonzalo con el maldito vídeo.

Y ahí estaba el sobre blanco. Me pasé la mano por la cara, nervioso. Muy nervioso. No pude terminar de comer. Me senté en el sofá, tenía trabajo, debía corregir unos exámenes antes de la boda para que no se me acumularan con los de la semana siguiente, pero no podía concentrarme.

—Cielo…, estoy en casa —canturreó dos horas después. Yo estaba descompuesto de tanto esperar—. ¿Hoy no sales a recibirme? ¿Estás liado? —Entró en el salón quitándose la cazadora vaquera—. ¿Qué pasa? ¿Ha pasado algo?

Me levanté y fui a la cocina, cogí el sobre y se lo di.

—Ha llegado esto.

—¿Una carta? Jo, vaya… una carta… Tanta tensión por una carta… ¿Es de Hogwarts? —Sonrió, pero se le borró al instante cuando vio

que yo seguía serio.

—Mira el remitente.

—Gonzalo… —Se dirigió al sofá y se sentó—. Gonzalo… Uf…, ¿qué quiere este ahora? —Se pasó la mano por la cara—. Toma, ábrela tú, yo no…, no quiero…

—No, viene a tu nombre.

La dejó sobre la mesa bajita y la miró gesticulando mucho.

—¿Y si no la abro? No pasa nada…, ¿verdad?

—Es tu decisión. A mí me gustaría saber lo que pone, está claro, pero… Es tu carta.

—A tomar por culo.

La cogió, metió el dedo por la solapa y tiró con fuerza rompiendo el sobre. Me hizo un gesto para que me sentara a su lado. No dejaba de mover la pierna. Puse mi mano encima con delicadeza. Era una carta de un folio. La estiró y comenzó a leer.

—Hola, *sweet cherry*. He escrito esta carta mil veces y la he roto otras mil. Todavía no estoy seguro de si la voy a enviar. Lo primero que quiero es pedirte perdón por si esta carta te incomoda. Y después…, quiero pedirte perdón por todo lo demás. Antes de entrar aquí ya estaba arrepentido de las decisiones que había tomado. La noche que me detuvieron, me pusieron en libertad. Pasé por la puerta de tu casa. Había luz en las ventanas. Estuve tentado de llamar. No lo hice. Me controlé y me di cuenta de lo que te había hecho. Sé que no te va a dar pena, ni lo pretendo, que te diga que lloré, pero lo hice. Me di cuenta de que me había dejado cegar por el orgullo. No puedo negar que estuve enamorado de ti de verdad, pero está claro que no era un amor sano, no era el que te merecías, me obsesioné y la cagué. —Paró para tragar y tomar aire—. Asumo la condena, es lo que me merezco, son las consecuencias de mis malas decisiones. Aquí, en prisión, he pedido ayuda psicológica para entender lo que me pasaba y no volver a repetirlo. Como supongo que estarás con Aday, quiero pedirle perdón. Entendería que nunca me perdonara, he puesto en riesgo su vida y su trabajo, ese por el que tuvo las narices de plantarle cara a su padre, lo que ninguno hemos sido capaz de hacer. Y mira…, yo no he podido

decepcionarlos más. Espero poder arreglarlo algún día.

Paró y respiró con tranquilidad.

—¿Quieres que siga yo? —Asintió. Cogí la carta, ya quedaba poco —. Pues eso. Os pediré perdón durante toda la vida y sé que me quedaré corto cada vez que lo haga. Quería daros mi bendición, suena falso e hipócrita, lo sé, pero ahora lo entiendo. No hace falta que me invitéis a la boda; perdón, es ironía… Espero que seáis muy felices. Hasta siempre. Gonzalo.

—Quiero llorar, ¿puedo llorar?

Asentí. Se tapó los ojos mientras sus lágrimas caían por los laterales.

—Tiene derecho a equivocarse y a la reinserción, ¿no? —comenté con un nudo en la garganta.

—Quiero creerle, pero algo dentro de mí…

—Lo sé, lo siento igual. Tu padre siempre dice que el tiempo pone a cada uno en su lugar… Pues ya está, el tiempo se encargará. Él nos ha escrito una carta, la hemos leído y ya está.

—Y ya está… Aday… —me tomó por la muñeca y juntó su tatuaje al mío—, ¿crees que podremos vivir sin la sombra de Gonzalo persiguiéndonos constantemente?

Epílogo 1



Navidades

Habíamos llegado de las primeras a la plaza del ayuntamiento para el encendido de luces. La operación de Marta había salido perfecta. Gracias a la implicación del padre de Gonzalo, consiguieron detectar el tumor en su fase inicial, un carcinoma in situ, lo llamaron. El procedimiento fue sencillo, realizaron una intervención en la que extirparon el tumor y cerraron. Esa semana cumplía su cuarta semana de radioterapia, imprescindible para intentar acabar con los restos de cáncer que hubiera y que no se reprodujera.

El viaje que habíamos planeado a Barcelona en septiembre no pudimos realizarlo. Entre lo del vídeo, la detención de Gonzalo y las citas médicas de Marta, solo pudimos tomar una decisión: cancelarlo. En su lugar, habíamos terminado reservando cuatro días, entre Navidad y Año Nuevo, para ir hasta Alemania y visitar los mercadillos navideños. Ese año lo terminaríamos juntas y con la certeza de que estaríamos en los buenos y en los malos momentos.

Nos agarramos de las manos. Nos miramos y sonreímos. Tenía a Marta a mi lado derecho, volcó toda su fuerza en el apretón, podía sentir su emoción. La miré, sus ojos nadaban en un mar de lágrimas acumuladas.

El reloj del ayuntamiento dio la primera de las seis campanas y todo a nuestro alrededor se iluminó. Yoana saltó como las locas y se volvió para abrazarnos a todas.

—Venga, ahora a tomarnos un chocolatito caliente y unas porras, que tengo los pies en principio de congelación —propuso Ainhoa.

Asentimos y la seguimos.

—¿Has tenido noticias nuevas? —me preguntó discretamente Nuria.

Desde el momento en que se enteró de las detenciones, no dejó de ser mi confidente; ella, a través de Fernando, obtenía información que nosotros no conseguíamos. Además, fueron un apoyo importantísimo para Aday. Tomaron por costumbre venir todos los sábados a casa. Invitábamos también a Jes y a Fran y montábamos auténticas sesiones de cena y juegos de mesa. Reíamos y

desconectábamos en un ambiente de confianza total.

Lo que al principio pareció fácil para Aday, con el paso de los días lo vi entristecer. Toda su familia estaba empapelada de alguna forma, su castillo de naipes se había desmoronado y los cimientos de su familia se habían derrumbado. Solo se salvaron cuatro primos, entre ellos Elisa, que cada vez que hablaba con Aday por videollamada, le chupaba la energía, no hacía más que quejarse, criticar y crear un ambiente realmente hostil. No le ayudaba.

La cara opuesta eran sus compañeros de piso. Desde el primer momento estuvieron ahí para animarlo, a través de la ironía y las bromas conseguían animar a Aday.

La carta de Gonzalo pareció abrir una brecha entre ese manto de desolación, pero fue fugaz, porque comenzaron a llegar las sentencias de sus primos y vio cómo su prima, Lucía, se iba consumiendo buscando abogados para unos y otros, así como trabajar a destajo para intentar no caer junto a ellos.

Tras la boda de su hermano, su padre, que se había volcado en los que finalmente habían salido limpios, sus hijos, nos regaló un viaje relámpago a París con salida un viernes por la tarde y llegada el domingo por la noche. Fue suficiente. Me esmeré en mantenerlo aislado del móvil y nos dedicamos a patear la ciudad.

—Cielo, entiendo que todo esto te afecte, pero tenemos que buscar la forma de…

—Soy muy sensible, Gabriela, lo sabes… Es como si se instalara en mi amígdala cerebral y no pudiera controlarlo.

—Lo sé, pero igual que has conseguido marcar las distancias con lo que sucede en el instituto y que no te afecte constantemente en tu vida privada, es vital que luches por distanciarte de todo esto. Te va a consumir. Podemos buscar un psicólogo.

—Sí, tendríamos que buscar uno. Sé que me relaja mucho hablar del tema como si fuera una noticia que implica a otros, como algo ajeno; lo malo es que no puedo estar todo el día poniéndote la cabeza como un bombo.

—Hazlo.

—No es justo.

—Aday, hazlo. Me da igual escucharte una y mil veces, me da igual

que repitas historias de ayer y de hoy, no me importa oírte expresar cómo te sientes. Por favor, hazlo, necesitas descongestionar esa mente, esa parte emocional que no te deja soltar un problema que no es tuyo.

Sus ojos brillaron de repente como hacía tiempo que no veía. Comenzó a hablar y no paró. Y, sí, me puso la cabeza como un bombo, aunque me dio igual. Cada cierto tiempo desconectaba para respirar y oxigenar mi mente; él lo sabía, era lógico, no podía mantener la atención constantemente cuando, además, comenzaba a repetir historias.

Se durmió en el vuelo de vuelta y esa era la señal de que algo habíamos avanzado, se había quitado una pequeña piedra del montón que había cargado a sus espaldas.

Fue Jes la que se encargó de buscarle un buen terapeuta. Al parecer, conocía a uno excelente que le había tratado a ella hacía un tiempo.

El día que comprobé que todo volvía a su camino fue aquella Nochebuena. Habíamos juntado a su familia con la mía, el lugar de reunión sería la casa de sus padres, que era más grande, y estaríamos todos. Aday no dejaba de sonreír y de hacer bromas, de acercarse a su madre y regalarle cariños, de cogerme de la mano y no soltarme, de enseñarme una y otra vez los álbumes familiares y de pasar con su padre tiempo de calidad. Hasta se lanzaron a cantar villancicos junto al marido de Adam, que cantaba maravillosamente bien.

—¿Sabes, bella dama?

—Dime…

Estábamos tumbados bocarriba sobre la que un día fue su cama de adolescente. Pasaríamos allí la noche.

—Soy feliz. No me hace falta más. Hoy he sido testigo de que con poco, con la gente justa, la que te quiere de verdad y la que te arropa cuando vienen los momentos difíciles, es más que suficiente.

—¿En serio? —Me incorporé indignada.

Frunció el ceño extrañado.

—Pero si lo que acabo de decir es superbonito. Deberías valorar

mis avances… He conseguido centrarme solo en mí, y en ti, claro.

—¿Y ya no te hace falta nada más?

—No…

—Perfecto… —Puse mala cara, de manera fingida.

—Me estoy asustando un poco… Amor, ¿qué he hecho mal?

Se incorporó y me miró con preocupación.

—Que te has olvidado de nuestros dos churumbeles rubios de ojos azules, y no me parece bien.

Rompió en carcajadas.

—Me matas…

—And the winner is…

—Tú, definitivamente, tú.



Dos años después…

—Señora de las cavernas, eres la dama de honor principal, va a empezar la ceremonia y no estás lista…

—Voy, voy, he ido a la habitación de mi hermana a darle un beso. Está de guapa…

—No más que tú.

—¡Pelota! —Alcé los brazos—. ¿Cómo estoy?

—Preciosa.

—¡No!, que ¿cómo estoy? —Fruncí el ceño—. ¿Me falta algo? ¿Está todo bien? ¿El pelo, el maquillaje, alguna mota de rímel? Menos mal que me he puesto *waterproof*, porque voy a llorar, mucho.

—Estás… preciosa. —Me saqué un pañuelo del bolsillo—. Toma, anda, para el desembalse.

—Oye.

—¿Qué?

—No se te ocurra hacerme eso de pedirme matrimonio cuando lancen el ramo… Ni en ese momento ni en ninguno, es el día de mi hermana, ¿vale? Te voy a decir que no como se te ocurra hacerlo.

—Mierda, me has pillado… Tendré que decirle a la novia que abortamos misión.

Salió airosa de la habitación y me reí. Pasé al baño. Encima del mármol estaba la prueba de embarazo, dada la vuelta. Los dos habíamos decidido realizarla por la mañana, a primera hora, como aconsejaban todos los vídeos de internet. La misma dinámica que llevábamos haciendo ya cinco meses, sin éxito. Ese día nos habíamos jurado no darle la vuelta hasta la noche, para que el negativo no nos reventara el día más importante en la vida de su hermana. Me vi tentado a girarlo, ese día estaba especialmente nervioso y mi esperanza gritaba sí a los cuatro vientos, mientras otra parte sabía que era un no rotundo. Y no porque no le estuviéramos poniendo interés a la producción.

Me senté junto a Yolanda. Me moría de envidia. Ay, que boda tan bonita, era yo el que tenía que estar ahí y Gabriela la que entrara del brazo de su padre por el pasillo. Daniel llegaba con la cara llena de lágrimas y con Estela temblando a su lado. Saqué otro pañuelo y se

lo ofrecí a mi suegra, que era un mar de lágrimas. Miré a mi chica, no le quitaba ojo a su hermana y, sí, menos mal que se puso el *waterproof*, porque el pañuelo que le había dado ya no cumplía su función del berrinche que tenía. Sus ojos chocaron de repente con los míos. Le guiñé un ojo y sonrió con una pequeña risa.

La ceremonia duró poco, fue entera en inglés, un privilegio que disfrutamos por celebrarla en Irlanda. Pero tuvieron el detalle de dar a todos los invitados españoles un pinganillo a través del que un traductor se encargaba de radiarla en español. La verdad es que me parecía una idea de lo más innovadora.

—Me duelen los pies, no puedo más. Menos mal que esta gente no tiene fuelle y no están hasta las tantas… ¿Qué hora es?

Estaba sentada en la cama desabrochándose las sandalias de tacón. Aún le duraba el maquillaje y el peinado.

—Las once.

—Uff, qué gusto. —Me miró entrecerrando los ojos—. Estás muy serio hoy…

—Ha sido un día de muchas emociones… Las tengo que digerir… A ver…, que yo te voy a quitar ese vestido muy despacio, me voy a recrear mucho muchísimo, como si fuera el de novia… —rio—, y después te voy a hacer el amor como si fuera nuestra noche de bodas. Un ensayo.

—Un ensayo…

—No puedo descubrir todas mis virtudes antes de que seas mi mujer.

—Todavía no me has asesinado… ¿A qué esperas?

—Relaja…, que no estamos en España y no sé cómo está aquí el tema de las condenas por tu muerte orgásmica.

Se levantó, se colgó de mi cuello y me dio un beso.

—¿Y qué más?

—Y estoy deseando entrar en ese baño y darle la vuelta al palito. —Tragué saliva.

—¿Y si es que no? ¿Me harás el amor como si fuera nuestra noche

de bodas?

—Un ensayo —especifiqué.

—Un ensayo… —Su mirada adivinaba la respuesta correcta.

—No, lo cierto es que no.

Me soltó, me dio la espalda y fue hasta su maleta.

—A propósito de eso. Me niego a que ese palito nos vaya a restar un poquito de nuestra chispa cada mes.

—Yo también. Si quieres esperar, tomarnos un descanso…

—No —se puso seria, tomó una bocanada muy honda de aire—, lo que quiero es… —me sonrió con los ojos a punto de llorar— que… —me quedé blanco cuando la vi agacharse— te cases conmigo…

Sacó una caja roja y la abrió. Dentro había un anillo dorado. Sonreí. Se me soltó una carcajada. Me froté la cara. Otra carcajada nerviosa salió de mi caja torácica. Me giré hacia mi maleta. Abrí la cremallera.

Me puse frente a ella. Hinqué rodilla como un día le prometí. Puse en mi mano una caja azul y la abrí enseñando mi anillo.

—No, mi reina, yo quiero que tú te cases conmigo.

Los dos nos echamos a reír. Se acercó a mí. Nos agarramos la cara y nos besamos.

—¿Esto es un sí? —pregunté entre beso y beso.

—Hasta para esto somos tontos. Es que no me dejas sorprenderte.

—Oh, sí, nena, sí que te dejo, de hecho estoy como un flan ahora mismo. ¿Tú pidiéndome matrimonio a mí? Cuando lo contemos no se lo van a creer.

—Lo he grabado.

—¿Cómo?

Asintió divertida y señaló el móvil. La agarré por la cintura y la tiré al suelo para ganar terreno y comérmela a besos.

—Te quiero.

—Te amo.

—Y ahora…, ¿me enseñas el ensayo?

—No, amor, tengo un pálpito. ¿Podemos ver ya el maldito palito? —Dejó caer los hombros—. Creo que es positivo.

—¿Lo has mirado? —Negué—. ¿Y si es negativo?

—Te juro que tengo una corazonada… Si es que no…, eres mi

prometida, ¡por fin!, me puede valer para esmerarme con el ensayo.

—Venga… —dijo desganada.

—¿Lo grabamos? —propuse.

—Ya puestos… No he parado esa grabación, ¿lo traemos hasta aquí y…?

—Espera, primero nos ponemos los anillos, el oro da suerte.

—¿El oro da suerte?

—¿Para qué lo echamos en la copa de cava en Nochevieja si no?

Rio confundida. Cogí mi caja y le puse un anillo dorado con una pequeña piedra brillante. Le quedaba precioso. Movió la mano. Sus ojos brillaban. Después cogió ella su caja, agarró mi mano y deslizó el anillo por el dedo. Fingí un orgasmo.

—Qué tonto… —dijo con cariño—. Venga, vamos a por él.

Nos levantamos juntos. Lo cogimos sin mirar y lo llevamos donde estaban las cajitas. Las coloqué como si fueran dos columnas que iban a sujetar lo que viniera.

—¿Tú crees que será rubio con ojos azules? —pregunté. Crucé los dedos—. Que sea rubio con ojos azules, que sea rubio con ojos azules…

—Deberías preocuparte seriamente si saliera rubio con ojos azules, ¿te has mirado al espejo?

Inspiramos. Fijamos nuestras miradas. Nos cogimos de la mano. Con las que quedaron libre agarramos cada uno un extremo.

—¿A la de tres? —propuse.

—Uno, dos… tres.

Epílogo 2



Cuatro años después…

Tenía a la mejor abogada del mundo. La mejor. Había conseguido reducir dos años mi estancia en la cárcel. También es cierto que mi comportamiento y mi colaboración habían sido claves para que ella pudiera luchar mi puesta en libertad. Desde el momento en que entré, creí que me habría emocionado el día que, por fin, sería libre. Lo cierto es que no, llevaba tres meses con el tercer grado y se me permitía salir a lo largo del día. Horas que dediqué enteramente a mi familia, a estar en casa todo lo que pudiera. Mis padres pedían el día libre o modificaban los turnos para poder estar conmigo.

Había cambiado, la cárcel me había cambiado, yo había cambiado. No me podía quejar, era una realidad, me habían puesto en un módulo donde no se nos mezclaba con delincuentes que habían cometido delitos graves. La mayoría estábamos por fraude, impagos, delitos menores con penas de cárcel bajas. Conocí a mucha gente de todas las edades. Cuando salía uno, entraba otro, había movimiento.

Desde el día que pisé aquella celda, me mentalicé en tener buena relación con todos, pero no hacer amigos. Lo hablé mil veces con la psicóloga, una vez saliera de ahí, conservaría su recuerdo como un mal sueño. Ella insistía en que nunca podría olvidarlo y que debería trabajar la aceptación. No le hice caso, eso no corría prisa y si hubiera necesidad, ya buscaría fuera la ayuda.

A las tres semanas de estar dentro, me informaron de que tenía visita. Me eché a llorar como un niño cuando vi a mi hermana. Me abracé a ella durante minutos. Me balanceó de lado a lado consolándome. Nunca olvidaré todos los sentimientos que cruzaron mi cuerpo durante ese tiempo. Ese día fue el principio de todo.

—No te voy a sacar de aquí. Lo siento. —Sus manos apretaban las mías con fuerza—. Si he venido es por mamá y papá, no se merecen esto. Te he buscado a la mejor abogada penalista, experta en casos como el tuyo. Es todo lo que puedo hacer.

—No soporto esto, Lucía. No pasa el tiempo, me ahogo.

—Apúntate a clases, tú eras bueno en matemáticas, ofrece tu ayuda. Trabaja, lee, ve al gimnasio. Mantente ocupado todo lo que puedas. —Me miró con pena—. Ve a terapia, me consta que puedes

pedir cita con la psicóloga. En tu declaración se recoge tu arrepentimiento, es motivación suficiente. Y hazle caso.

—¿Borja?

Bajó la cabeza y suspiró fuerte.

—Mira, Gonzalo, tú estás bien, has tenido suerte con esta cárcel y… No te puedo decir más.

—Y de lo del fraude…

—Esa sentencia llegará después, posiblemente se te sume a esta, si tu comportamiento aquí es ejemplar, quizá tu abogada consiga algo, seguro que hace magia.

—¿Vendrán aquí los primos?

—Puede que sí, puede que no, puede que se salven y solo les quede una multa. Es pronto para saberlo. Tú ya cuentas con antecedentes, ellos no.

—Gracias por venir.

—Eres mi hermano…, Gonzalo, sigo pensando igual que el primer día, pero… todo el mundo tiene derecho a una oportunidad… Si me lo demuestras…, si me demuestras que puedes cambiar, no te soltaré.

Recuerdo que aquella noche lloré en silencio. Si algo me quedaba en la vida, era mi familia, la mía de verdad, la de mi casa; y, si había la más mínima posibilidad de mantenerla, haría lo que fuera necesario.

Pasé horas leyendo en la biblioteca. Me apunté a clases de economía y de historia. Jugué a las cartas, incluso inventamos un juego nuevo reciclando unos tableros viejos inservibles. Pedí trabajo en la cocina, se me daba bien y eso suponía pasar muchas horas con la mente ocupada en los fogones.

El tiempo empezó a correr más rápido. Tenía psicóloga dos veces por semana. Le pedí que trabajáramos primero con mi obsesión, con la que me había llevado allí. Me recomendó escribir un diario de cartas, pero hablarme a mí mismo me daba vergüenza. Pedí un cuaderno y comencé a escribir cada día una hoja, una carta. Pero la que resultó realmente liberadora fue la que conseguí meter en el sobre. Nunca recibí contestación, tampoco la pedía. No me hizo falta para sanar. Seguí escribiendo cada día una carta. Llevaba varios

cuadernos en la maleta que eran lo que más pesaba.

Mi hermana comenzó a venir cada quince días. Ella era el enlace con mis padres, que todavía no eran capaces de verme. Aquella Navidad llegó la sentencia del siguiente juicio, me sumarían cuatro años más. Desde ese momento, mi abogada trabajó para intentar rebajarme la pena. Consiguió librarme de dos años y que me aprobaran un tercer grado unos meses antes. Mis primos tuvieron más suerte, les echaron un año y medio de cárcel que nunca llegaron a cumplir, y algunos millones de euros en multas. Fue el seis de enero cuando llegó el regalo que esperaba. Mis padres sentados en la sala de visitas. No hablamos, solo lloramos. Desde ese momento no hubo semana sin visita o llamada. Mi madre hasta me traía comida, decía que me veía muy delgado. Yo me veía perfecto, había cogido musculatura.

Mis primos también vinieron. No hablamos de los problemas que nos habían llevado allí. Pero sí me iban informando de cómo se desarrollaban las cosas en la familia. Mis abuelos dieron un gran bajón aquel invierno y tuvieron que ingresarlos en una residencia. Mi hermano y yo fuimos la decepción y el dolor más grande de mi abuela. Dicen que nunca más volvió a pronunciar nuestros nombres. Esa espinita siempre la llevaría guardada en mi alma. Pero no podía más que aceptar y aprender a vivir con ella. Todo lo que me pasaba era responsabilidad mía y consecuencia de mis actos. No podía dar marcha atrás en el tiempo, pero sí podía mejorar mi futuro. Mi abuela no lo vería. Murió cuando me quedaban cuatro meses para que me dieran la condicional. Le escribí una carta que mi madre se encargó de llevar a su tumba.

—Lucía…, no contestes si no quieres, lo entendería perfectamente. Antes de hacer la pregunta, quiero que sepas que ya no les guardo rencor y…

—Siguen juntos, viven juntos.

Volví a asumir. No me hizo daño, no dolió. Aunque tampoco es que sintiera alegría por ellos, no por el momento. No quería olvidar. Sabía que no estaría eternamente ahí dentro y que tendría que lidiar con su relación cuando saliera. Trabajé mucho ese tema con la psicóloga. Hasta valoré la opción de mudarme de ciudad, pero eso

significaría alejarme de los que habían permanecido a mi lado durante esos cuatro años.

Ya con un pie casi fuera, sabía cómo habían trascurrido sus vidas. Y había aprendido a alegrarme por ellos sin sentir envidia.

Eché un último vistazo al arco de seguridad. Lucía y mis padres me esperaban en la puerta. Corrí hacia ellos. Mi padre lloró palmeándome la espalda.

—Ya está, se acabó. Se acabó —dijo mi hermana con los ojos llorosos.

—Se acabó.

Pasó su mano por mi mejilla, noté la humedad de mis lágrimas.

—¿Sabéis? —llamé la atención de mis padres—. Saco una cosa positiva de haber pasado por aquí…

—¿Solo una? —me picó mi hermana.

—No, solo una no…

—¿Cuál es? —preguntó mi padre.

—He dejado de fumar —comenté con gracia.

—Y mira que es difícil con el trapicheo que hay aquí con el tabaco…

—Lo que te demuestra que soy más fuerte y he cambiado para bien.

—Para muy bien, hermanito.

***

Lucía se había encargado de todo. Me había dejado allí mientras buscaba aparcamiento. Sabía que no iba a volver, era una encerrona, me había prometido que estaría conmigo y no me dejaría solo.

Llevaba quince minutos de pie moviendo las piernas. Estaba nervioso. La mochila me pesaba cada vez más.

Un movimiento a lo lejos me obligó a levantar la cabeza. Quise mantener la mirada, pero me moría de vergüenza. Vi sus pies quedarse quietos frente a mí.

—Lo siento…

Ella se acercó y acarició mi brazo con su mano. Él me agarró y me

abrazó con fuerza.

—Bienvenido, primo.

No pude articular palabra. Tenía un nudo en la garganta que me lo impedía.

—Te veo bien.

—Gracias —contesté con esfuerzo—. Vosotros también estáis bien. Enhorabuena, ya me enteré de la boda. Me dijo Lucía me prometió quedarse; que fue muy bonita, muy sentimental. Me enseñó fotos. Estabais muy guapos.

—Gonzalo, no tienes por qué…

—Sí, sí tengo, Gabriela, es parte de la terapia. También quería daros la enhorabuena por el pequeño… —Un niño de, aproximadamente, año y algo, me miraba sonriente— Tiene el pelo de su padre y los ojos de su madre.

Gabriela sonrió con pena.

—No sé cómo actuar, Gonzalo, siento que cada cosa que haga o diga te puede dañar.

—No, de verdad, me alegro por vosotros. Lo vuestro estaba claro desde el principio…

—Sé por tu hermana que te has esforzado mucho, por eso estamos aquí, por eso y porque sé que le has insistido mucho en vernos.

—Sí, gracias. —Me descolgué la mochila—. Veréis, una de las cosas que me ayudó a superarlo, y a despertarme cada día, fue la escritura. Empezó como un diario. Han sido muchos días y, seguramente, la mitad no valdrá para nada… Pero había pensado en juntarlo todo —saqué los cuadernos— y publicarlo como un libro. Solo si vosotros estáis conformes. Evidentemente, cambiaría nombres, lugares, fechas, todo lo que me dijerais.

—¿Quieres publicar tus cartas? Me parece maravilloso —expresó Gabriela.

—Sí, pero hay un tema… Las cartas…, bueno yo…, van dirigidas a *sweet cherry*.

Abrió los ojos de par en par.

—Gonzalo… —comenzó Aday.

—No, pero no eran para ti. Al principio sí, pero luego *sweet cherry*

cambia, se convierte en una especie de ente que vive en mi mente, es difícil de explicar. Tenéis que leerlo. Si me dijerais que no, no lo publicaría, os lo prometo.

Los dos se miraron. Era impresionante cómo con solo unos segundos consiguieron comunicarse.

—¿Has pensado en el título?

Me rasqué la cabeza.

—*Perdona por haberte llamado Sweet cherry*.

FIN



Agradecimientos

Sé que muchos llegáis a estas páginas con la emoción a flor de piel, buscando mi lado más sentimental, agradeciendo desde lo más profundo de mi ser a las personas que han contribuído y apoyado el proceso de escritura y finalización de este libro. Lo cierto es que mi parte más sentimental y emocional ya os la he regado en las páginas que ya habéis leído.

Esta novela ha supuesto una vuelta a la parte más sensible, a lo sencillo, a las cosas pequeñas, a reflejar a personajes que bien podrían ser las personas que nos cruzamos en nuestro día a día, con sus vidas normales y corrientes, sin remilgos ni grandes ostentaciones. Y, una vez más, con Guadalajara como escenario y con «sus cositas» inspiradoras, sus calles, sus gentes, sus recuerdos y sus costumbres. No estaba previsto que la lavanda y las abejas fueran a ser agente importante en esta historia, pero llegó nuestro protagonista y él, por sí mismo, decidió que la parte más terrenal de la gente de los pueblos, con su sabiduría en temas tan básicos como diferenciar espliego de lavanda, debía ser importante. Os invito a todos a pasar por nuestra ciudad y su provincia, porque es preciosa, es una gran desconocida que, estoy segura, os va a cautivar.

Ahora, como siempre me han dicho mis padres, es de bien nacidos ser agradecidos, y no os voy a privar de ello.

Gracias infinitas a mi familia: mis padres, que son los mejores que podría haber tenido; mi hermano, porque no sería quién soy hoy si no existieras, es una realidad. A mi cuñi y mi sobri, porque el mundo tiene otro color cuando aparecéis. Y, obviamente, a maridín y a mis pequeños, que me hacéis sentir más grande y más llena cada día (y más estresada y exhausta 😂), pero feliz.

Y ahora voy con los agradecimientos más directos en la creación de este libro. Como viene siendo ya costumbre en los últimos años, mi momento de escritura es el verano, es julio, esas mañanas en las que me dejo caer sobre las teclas del portátil y todo fluye sin darme opción a decidir sobre las líneas que mis dedos van golpeteando. Es el momento en el que escribo a mi querida Carla y le pregunto:

> Bombón canario, voy a escribir. ¿Tienes tiempo para que te

vaya pasando capítulo por capítulo y me vas diciendo?

Soy toda tuya. Por favor, empieza ya.

Y así es como Carla resulta ser la gasolina de mi creatividad. Escribo un capítulo y se lo mando, no ha terminado el día y ya me ha dado reporte; y entonces, escribo otro, u otros dos, y se los mando. Y reporte... Esta vez he tardado un mes y una semana en terminarlo. GRACIAS CARLA. Sé que todos los lectores te agradecen lo mucho que me quieres, porque tienes que quererme mucho para priorizarme tanto. Te quiero mil.

A mi grupo de ceros. Ay, mis chicas, si es que decidís más que yo. Este año hemos inaugurado las encuestas 😆, y así seguirá siendo. Gracias por estar, por aportar y por empaparos de esta historia que ha supuesto un cambio o, como dijo Leire «una vuelta a los orígenes y a ese Peter que nos enamoró a todas». Os amo, chicas: Leire, Carla, Eli, Laura, Tania y Andrea. Para ti, un párrafo especial:

Andrea, gracias por estar siempre. Porque los libros nos unieron hace ya más de cinco años y todo se trasladó al mundo personal. Tanto, que hasta nuestros libros han pasado a un segundo plano priorizando nuestro día a día, tanto lo bueno como lo malo. Sé que este libro te va a gustar y te va a dejar el corazón calentito. Quédate.

Sé que si empiezo ahora a decir nombres, me voy a dejar muchos por el camino y no quiero que nadie se sienta excluído, no me lo tengáis en cuenta. Quiero nombrar, en primer lugar, al grupo de Valkilectoras, a todas y cada una de ellas. En especial a Susana, porque eres bella toda tú entera; y Eva, que, para mí, eres la matriarca. Gracias por tu paciencia y empeño.

En segundo lugar, aunque el tiempo no nos deje estar presentes físicamente, sé que estamos, estamos y estaremos por siempre, quiero nombrar aquí a Silvia y a Cristóbal. Os quiero. Y esto queda por escrito «para el mundo entero».

Mención especial a Adriana, que siempre estás, nena, siempre. Gracias por tu ayuda y por confiar cuando el mundo parecía estar en contra. Cuenta conmigo, que estoy aquí.

Gracias especiales a Rocío, que me ilustró, ayudó e informó de

cómo se gestiona una urgencia, cuándo y en qué casos se realiza un traslado a planta, normas y tiempos de ingreso. Gracias por colaborar conmigo y estar dispuesta a contestar a mis preguntas que, para ti son el día a día, pero para mí es un mundo nuevo.

Guiñito de cariño a esos compañeros de escritura, a esos que apoyan de manera desinteresada, a esos con los que comparto ferias, mesas en eventos literarios y risas cómplices, porque nunca lloros, se necesita reír más en este mundo.

Y a mis lectores y lectoras, porque la realidad es que este libro, o los anteriores, no tendrían recorrido si no estuvierais ahí, leyendo, buceando, disfrutando, riendo, sintiendo, comentando cada una de las historias que mi mente crea. Sé que esta no será la última, aunque no puedo prometer el tiempo que tardaré en publicar el siguiente. Gracias por vuestra paciencia y por estar siempre ahí.

Mención especial a mis lectores más cercanos físicamente, que me paráis en cualquier momento, hasta en las fiestas del pueblo, para decirme que os ha encantado el libro, que lo habéis recomendado, que os prepare uno que lo vais a regalar en un cumpleaños, que ya no veis a los policías de la misma manera, que dónde pueden encontrar un hombre así, que están aprendiendo a querer de nuevo a Guadalajara o que, por favor, no deje de escribir y que no tarde mucho que necesitan más y más. Mil gracias. Y gracias por atreveros a acercaros y a decírmelo sin vergüenza y con confianza; con la confianza que crea el leer y compartir los sentimientos más profundos a través de las páginas de un libro. Solo soy una persona más con una vida como las de los demás, y saber que mis historias os generan tantos sentimientos, os ayudan a reír y a desconectar, para mí es el mayor premio que puedo recibir.

Gracias

Sobre la autora



Soy Fátima y nací allá por el 1985 y soy escritora de romántica, de manera oficial, desde hace cinco años. Escribo desde que tengo memoria; de hecho, aún recuerdo esos diarios adolescentes que rellenaba a ratos y las historias que dejaba a medias en un montón de cuadernos tamaño A5.

Siempre he tenido una mente activa. Además de esa manía de encontrar el argumento perfecto para ganar una discusión... ¡una hora después!, me gusta a crear y fantasear con historias propias y ajenas. Por suerte, ahora puedo plasmar toda esa locura en mis novelas.

Me encanta la música y confieso que no podría vivir en silencio. Necesito acordes y ritmo para concentrarme y, curiosamente, podcast de true crime para poder dormir las noches de insomnio.

Este libro que tienes es mi octava novela publicada; una historia nueva y diferente a las anteriores, pero no te preocupes, porque no pierdo mi esencia ni mi escenario favorito: Guadalajara. ¡Espero que la disfrutes!

Si quieres saber más de mí:

Web: fatimacorral.com
E-mail: escritora@fatimacorral.com
Instagram: @fatimacorral_
Facebook: @fatimacorralescritora
TikTok: @fatimacorral_

Otros libros:

Otros libros de la autora

Descubre los primeros capítulos leyendo el QR:




No me niegues
lo evidente
Fátima
Corral


Toma un billete
y a volar
Fátima Corral


Fátima Corral
OBJETIVO:
TOCAR
TU
PIEL
Fátima Corral OBJETIVO: TOCAR TU PIEL

Roberto no ha renunciado a encontrar el amor a pesar de lo que ha sufrido. Dedicado en cuerpo y alma a su trabajo, pero sin perder de vista su mayor objetivo, ser feliz.

Lola no cree en el amor tras perder de manera repentina y cruel a su prometido. Se pierde cada noche en un cuerpo diferente, prometiéndose que ninguno entrará en su vida traspasando la barrera del amor.



Dos personas completamente opuestas entre sí, pero con una gran atracción que no pueden evitar. Una enfermera con un extraño fetiche por las venas, que se marca como reto a un GEO discreto e implicado que no admite encuentros de una noche.

¿Se puede volver a amar cuando el corazón ha dejado de latir en ese plano? Y si cuando has decidido apostarlo todo, ¿viene el pasado y te vuelve a golpear con fuerza?

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Epílogo 1
Epílogo 2
Agradecimientos
Gracias
Sobre la autora
Otros libros de la autora
Referencias musicales

Referencias musicales

1 Don Omar (2004): *Pobre diabla*. The Last Don: Live. William Landrón y Eliel.
2 Antonio José, A. Clay, G. Simon, R. "Bobby" Sierra, C. Humberto Dominguez, G. Duque y R. Anselmo López (2023): *Una noche perfecta.* Digital. España.
3 Antonio José (2025): *Bienvenida a tu canción*. Digital. España
4 La La Love You & Samuraï (2023): *El principio de algo*. Blockbuster. Digital: Spotify.
5 Dani Fernández (2019): *Clima tropical*. Entre las dudas y el azar.Warner Music Spain. España.